EL SÉPTIMO CIRCULO

30 MANHATTAN EAST

por

HILLARY WAUGH



EMECE EDITORES / BUENOS AIRES

El caso de Mónica Glazzard se transformó en una verdadera pesadilla para la policía. Mónica era una celebridad. Su columna en el diario le ganó muchos amigos pero también numerosos enemigos. Cuando la encontraron muerta en su departamento se pensó en un suicidio, pero el médico forense comprobó que no lo era. El detective, teniente Frank Sessions, encuentra que el tiempo no le alcanza para descubrir y descartar pistas que lo lleven al esclarecimiento del crimen.

EL SÉPTIMO CÍRCULO



COLECCIÓN CREADA POR JORGE LUIS BORGES Y ADOLFO CASARES
DIRIGIDA POR CARLOS V. FRÍAS

Título del original inglés
“30” MANHATTAN EAST

Traducción de
MARY WILLIAMS

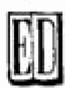
Ilustró la tapa
JOSÉ BONOMI

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

El Séptimo Círculo 215

HILLARY WAUGH

30 Manhattan East



EMECÉ EDITORES BUENOS AIRES - BARCELONA

NOTICIA

Hillary Baldwin Waugh nació en New Haven, Connecticut, Estados Unidos, en 1920. Cursó estudios en la escuela secundaria de Hillhouse y en la Universidad de Yale. Está casado con Diana Taylor y tiene tres hijos: un varón y dos mujeres. Durante los años 1961 y 1962 fue director de la Branford Review. *Entre sus obras podemos mencionar*: Hope to Die, The Odds Run Out, Last Seen Wearing, A Rag and a Bone, Born Victim[1], Prisioner's Plea[2], Girl on the run[3] y The missing man[4]. *Ha colaborado, asimismo, en* Argosy, Ladies Homes Journal y Cosmopolitan.

MIÉRCOLES 3,45 – 9,40 P.M.

Frank Sessions atravesó la puerta abierta del Precinto 24 de la Policía a las cuatro menos cuarto, esquivó el grupo de los patrulleros que cambiaban de turno, y se dirigió al ascensor que estaba en el extremo del hall, al fondo. Un sargento uniformado, poniéndose su chaqueta azul, salió de los vestuarios, diciendo:

—¡Hey! ¡Miren a ese figurín…!

Sessions le sonrió, se pasó suavemente una mano por la manga de su sobretodo marrón oscuro, y subió al ascensor. Apretó el botón de arriba, silbó una tonada desafinada, se ajustó la caída de la prenda y la miró como buscándose una hilacha. Era nuevo y costoso, y se sentía a gusto dentro de él. También era elegantemente discreto, porque aunque Sessions se inclinara instintivamente por lo llamativo, había sido detective durante muchos años y seguido de cerca a demasiados hombres para vestir de modo que lo hiciera notorio.

Además de la ropa, a Sessions le gustaban las mujeres, la buena mesa, la bebida y los libros, en ese orden. Como su ropa, la comida y la bebida tenían que ser buenas. En cuanto a los libros y las mujeres, no era tan exigente. Y desde que la esposa que una vez tuvo, hacía casi una década que había vuelto a casarse, no tenía obligación de pasarle alimentos y podía permitirse sus gustos.

Salió del ascensor en el cuarto piso y entró por una puerta que decía: "Distrito Norte de Manhattan - Detectives". El espacio era largo y ancho; contenía cuatro oficinas separadas por mamparas, de cuatro metros por cuatro cada una, del lado que mira a la calle 100, y dos hileras de armarios dividían el resto. Charlie Gallagher, el patrullero del distrito que estaba de guardia, ocupaba uno de los escritorios gemelos, frente a la primera hilera de armarios,

sosteniendo un teléfono pegado al oído y tomando notas. Saludó con la cabeza cuando Frank pasó por la puerta y el detective le hizo un solemne guiño al entrar a la tercera de las cuatro oficinas. "PATRULLA DE HOMICIDIOS - MANHATTAN NORTH" se leía escrito sobre el vidrio, y tres detectives estaban adentro, sentados, en mangas de camisa, charlando.

Cambiaron saludos con el recién llegado, y Hay Ecklin, sentado detrás del escritorio, fumando, preguntó:

—¿Sobretodo nuevo? —mientras Frank lo colgaba con cuidado en una percha de pie que había detrás de la puerta.

Walt O'Connor, alto, de pelo canoso y cara fresca, se apartó de la ventana y anotó:

—Y chaqueta nueva, también… ¡No puedo recordar cuándo fue que me compré la última!

—Yo le compré una a mi hijo en setiembre último… —apuntó Ecklin.

Frank ignoró el diálogo. Tomó el teléfono y comenzó a discar un número.

—¿Dónde está el teniente?

John Dunford, el otro miembro del grupo, respondió:

—Salió con Duggan, por algo de ese crimen que da tanto trabajo…

—¿Te refieres al de Baskin? ¿El del cuello cortado? —Frank encendió un cigarrillo—. ¿Han encontrado algo?

—Que yo sepa, no.

Frank habló por teléfono:

—Hola, Sweets. Tengo el sobretodo. Hicieron un buen trabajo. Me queda bien. Y la corbata que me regalaste… hace juego. La tengo puesta. —Rio—. ¡Te juro que la tengo puesta…!

Las otras conversaciones cesaron mientras Frank hablaba. Dunford se levantó y se dirigió al gabinete de los pequeños casilleros que estaba afuera, en busca de unos papeles. O'Connor observó por la ventana a los patrulleros y sus automóviles con radio que estaban en la calle. Ecklin sonrió a Frank, con el cigarro en la boca, y Frank le retribuyó con un guiño sugestivo. Terminó de

hablar y colgó.

—¿Era Lucille? —preguntó Ecklin.

Sessions resopló:

—¡Oh, Dios! No me menciones a esa mujer. ¡Es una plaga andante! —se dirigió al armario del café que había en la oficina de la División Juvenil, y sacó una taza. Era todo lo que había. Un detective negro, que dejaba pequeño a Frank con sus seis pies de estatura, llegó hasta el vano de la puerta, preguntando:

—¿Qué hay de nuevo?

—No tener novedades es una buena novedad —respondió Sessions—. Puedo arreglármelas con el resto. —Se sirvió azúcar y leche, y volvió a poner la leche en el estante de arriba del refrigerador.

—Me han dicho que has detenido a Calvert. ¿Era un drogadicto?

—Sí. Y perdí cinco kilos de peso en tres semanas, persiguiéndolo. —Sessions rio—. Vaya… ¡qué buen hijo de perra era!

—¿Cuándo se celebrará el juicio?

—Sólo Dios y el Fiscal del Distrito lo saben; yo no. De cualquier modo, no tardará mucho.

—¿De modo que estás de nuevo disponible?

—Hace ya una semana, Robbie. Hace una semana. —Volvió a la oficina de homicidios con su café. Aplastó un cigarrillo en un cenicero que había sobre el escritorio, y sacó otro.

—Estamos discutiendo esas pistolas de dardos que se comenta que nos harán usar —dijo Dunford—, las que atontan en lugar de matar. Me parece que no es una idea muy brillante.

Ecklin sonrió y se quitó el cigarro de la boca:

—Eso depende. ¿Van a usarlas también los criminales o seguirán utilizando las que disparan balas?

—No podrán hacer que los criminales las usen —replicó Dunford—. Lo que me preocupa es que el Departamento nos obligue a nosotros a utilizarlas. ¿Qué haremos entonces?

O'Connor se volvió desde la ventana:

—Esa es una pregunta fácil de responder. Nos jubilamos. Tengo ya veintiocho años aquí adentro, y puedo marcharme en cualquier momento.

—¡Bien, eso es cierto! —resopló Ecklin filosóficamente—. Nosotros, los veteranos de más de veinte años, tenemos una salida fácil. Pero quisiera saber qué dicen los jóvenes como Sessions.

Muchachos con sólo quince años en el Departamento. ¿Cuáles son tus planes, Frank?

—Mis planes son muy simples. Cuando me entreguen esa pistola que dispara dardos, voy a comprarme un par de zapatos de corredor. Entonces, cada vez que tenga un problema correré como un gamo para ocultarme en un armario del Precinto.

—No creo que sea para tomarlo a risa —declaró Dunford—. Me parece muy serio. ¿Cómo podremos proteger a los ciudadanos con pistolas de dardos? Si eso se aprueba, ya verán que el índice de los crímenes ascenderá vertiginosamente.

—Estás fuera de época, John —bromeó Ecklin—. ¿Acaso no lo sabías? Los ciudadanos ya no quieren que se les proteja. Quieren que se proteja a los delincuentes. ¡Tienes que ponerte a tono con la sociedad en que vives!

Sessions lo palmeó en la espalda:

—¡Vamos, viejo cascarrabias! ¿Cómo anda tu úlcera, John?

—¡Es un milagro que no la tenga! Esa decisión de Miranda… ¡pistolas de dardos! Cada año que pasa nuestro trabajo se hace más difícil, y los criminales se vuelven más osados.

Sonó el teléfono y Ecklin se inclinó hacia adelante para atenderlo:

—¡Homicidios! —dijo—. Detective Ecklin de Manhattan North. Sí, teniente. —Y escuchó.

Dunford suspiró y se puso de pie. Él y O'Connor comenzaron a ponerse las chaquetas. Sessions se dirigió a la ventana, dio tres pitadas profundas al cigarrillo, sorbió su café áspero, y escudriñó la calle. Era un hombre que rara vez se sentaba, rara vez dejaba de fumar, y rara vez dormía.

Ecklin dejó el teléfono e informó a los presentes que el teniente iba a comer algo y que llegaría más tarde. Si no, estaría en su casa. Dunford y O'Connor se despidieron diciendo "¡Buenas Noches!" y salieron. Sessions estudió el tiempo y el aire frío de mayo.

—Este tiempo ambiguo… —se lamentó—, ni amistoso ni hostil. Podríamos tener una noche tranquila o muy atareada.

—¿Qué te importa? Es el turno de Mike, ¿no es así?

—Pensé que era el mío.

—Quizás sea el tuyo, pero se lo deberíamos ceder a él. Estuvo tanto tiempo fuera de la lista de servicios a principio de año, que estamos mucho más adelantados que él.

Mike Connager, el objeto del comentario, entró en ese momento,

colgó su sobretodo al lado del de Sessions y salió a ver si había algo en su casillero:

—¿Qué anda pasando? —preguntó cuando volvió.

—Nada, excepto que John está preocupado por el asunto de las pistolas de dardos —respondió Frank.

—John siempre ha estado preocupado por algo desde que lo conozco.

—Se está poniendo viejo. Debe tener más de sesenta.

—John tiene 56 años. Su cumpleaños fue en marzo.

Connager, que era canoso pero fuerte, replicó:

—No es tan viejo. Yo tengo 48.

—Y yo 42, pero probablemente parezca viejo a un muchacho como Sessions. ¿Cuántos años tienes, Frank? ¿Treinta y cinco?

—Treinta y siete el mes que viene —contestó Frank, aplastando un cigarrillo—. Pero parecería que fueran cien…

—Tienes el aspecto de uno de cien. Flaco y gastado… ¡Las mujeres te están matando!

—Sí —dijo bebiendo el resto del café—. Especialmente esa Lucille. ¡Vaya, por Dios! ¡Es la hija de Drácula…! —Se rio con aspereza y se dirigió hacia el aparato automático del agua para lavar su taza.

El asesinato Baskin, en el que un tal Everett Baskin, de sexo masculino, blanco, conocido homosexual, fue robado y asesinado en su departamento por un negro no identificado, que él había recogido, y el caso de Tommy Grove, de cinco años de edad, muerto a causa de las lesiones infligidas por la madre y su amigo, eran los dos únicos homicidios sometidos a una activa investigación. Desde que ninguno de ellos estaba en la etapa de necesitar ayuda extra, el equipo de Sessions, Ecklin y Connager no tenía nada que hacer más que sentarse a esperar otros acontecimientos.

Cuando el sargento de Homicidios Saúl Remick entró a las cinco, los otros ya estaban esperando. Remick era bajo, fornido y calvo, de buen carácter e inteligente, y encontró a la jefatura del distrito preparada para pasar la noche. La oficina del Ayudante del Jefe de Inspectores, las oficinas de la División de Robos y Hurtos y la de Delincuencia Juvenil estaban vacías y a oscuras. El sargento Gus Laird de la escuadra 25ª de detectives estaba a cargo de la guardia del Distrito en el escritorio de Gallagher, y las únicas personas

presentes eran Sessions, que estaba leyendo el vespertino *Post* en uno de los escritorios de la habitación principal, frente a la Oficina de Homicidios, y Ecklin, que estaba descifrando un problema de palabras cruzadas del *Times*, en el escritorio de homicidios. Este dijo al sargento que Connager había salido a comer algo.

—¿Comer? —replicó Remick—. ¿A las cinco?

—El muchacho se está desarrollando, sargento.

—Debería desarrollarme como él… —Remick sacó unos papeles, los extendió sobre el escritorio y acercó una silla. Ecklin se puso de pie:

—¿Quiere sentarse aquí, sargento?

—No. Estoy bien…

—Continúe —recogió el diario y Remick se sentó en su asiento. Ecklin se dirigió a su armario y lo abrió.

—¡Eh, Frank! —preguntó—. ¿No te sacas nunca la chaqueta?

—Tengo agujeros en la camisa —respondió Sessions, volviendo las hojas y sin levantar la mirada.

—¡Lucille debe tener dientes afilados! —Sacó un montón de papeles, algunos de ellos eran viejos, y comenzó a seleccionarlos.

Sessions no tardó mucho en leer el *Post* y cuando lo dejó a un lado, se dirigió al armario en el dormitorio frente al hall para buscar un libro. Tampoco le llevó mucho tiempo leerlo, pues era un lector relámpago, y fue a dar al canasto de los papeles a las siete menos cuarto.

Entonces se reunió con los otros, que estaban alrededor del escritorio de Laird, hablando de baseball y acerca de la corrida de Mickey Mantle a la primera base. Luego intercambiaron anécdotas de los detectives que conocían y las detenciones que habían realizado, hasta que Connager trajo del dormitorio la TV de la escuadra de homicidios. Los otros se instalaron para ver, pero Sessions no lo hizo. Caminaba por la habitación y se quedaba observando a través de las ventanas. Las sirenas de incendio de la Compañía 76, ubicada en el mismo edificio, comenzaron a sonar y vio salir los grandes camiones. Luego sacó otro libro del armario de su dormitorio, uno más grueso esta vez, y se echó a leerlo en uno de los catres. Lo leyó en un abrir y cerrar de ojos, para terminarlo a las nueve y media. Volvió a ponerlo en su armario y cruzando el hall se reunió con los otros. La TV estaba funcionando, pero él la ignoró. Tomó el *News* de la mañana, que alguien había traído, extrajo lo que pudo de él en cinco minutos, y miró a su alrededor.

—¡Por Dios, qué aburrido estoy! ¿Alguien quiere café?

—¡Deberías hachar árboles, Frank! —dijo Ecklin—. Ese es el remedio para acomodar las cosas.

Connager, sólido e impávido, sentado con la silla inclinada hacia atrás y los brazos en la nuca, dijo:

—Mira la TV, Frank. Así podrás enterarte de lo que es el trabajo de la policía.

—¡Sí…! —acordó Ecklin—. Verás cómo triunfan, para variar…

Sessions resopló.

—En la última película de misterio que vi por TV, el detective privado irrumpió en el apartamiento del individuo para obtener una evidencia. Lo atrapan en el momento en que se tirotea con el malo y lo mata. Ese es un caso de homicidio en primer grado, ¿verdad? Pero, ¿creen ustedes que nuestro detective privado va a la silla eléctrica? No, ¡qué demonios! En la última escena está bebiendo unas copas con un policía amigo en un tugurio de Greenwich Village. ¡Caso resuelto…! —rio—. ¿Televisión…? ¡Por Dios!

Sonó el teléfono y Laird respondió, apretando los botones, tratando de obtener la línea correcta. Finalmente dijo:

—Detective de Distrito, Manhattan North, sargento Laird —y escuchó—. Es para usted —y le dio el teléfono a Remick—. El teniente Walker en el dos-ocho.

Remick acercó su silla y tomó el teléfono.

—Sí, teniente —escuchó, tomó un anotador y una lapicera—. ¿Octava Avenida y Calle 118? —Lo apuntó, murmuró unos cuantos “sí”, y tomó más anotaciones—. ¡Está bien! —dijo, y colgó.

—¿De qué se trataba? —inquirió Connager.

—Dos hombres se dispararon en la Octava Avenida entre 118 y 119. Uno fue herido en el brazo y el otro en el estómago. Están en el hospital Sydenham.

—¿Serio? —preguntó Connager, poniéndose de pie.

—La herida del estómago podría serlo. Vamos a ver. —Los hombres fueron en busca de sus chaquetas. Laird escribió en su libreta “Sydenham”.

—Correcto… y después iremos al dos-ocho.

MIÉRCOLES 9,40 — 10,15 P.M.

El automóvil de la Sección Homicidios era un Plymouth negro, sin distintivo; estaba colocado en ángulo contra la vereda, próximo a un lugar vacío de estacionamiento. Connager se hizo cargo de la dirección con Remick a su lado, y Sessions y Ecklin se instalaron atrás. La radio policial se dejó escuchar cuando Connager dio vuelta a la llave, y una voz de la central dijo:

—Veinticinco E, …Edward —y esperó la respuesta.

Connager salió hacia atrás, rozando un coche-radio que casi los bloqueaba. Se alejó y enderezó al Este. La radio decía:

—Veinticinco C, …Charlie —y otra voz respondió:

—Veinticinco Charlie, … K. —La central dio una dirección—. Informan acerca de una persona que está promoviendo un desorden, K.

Remick bajó el volumen y miró a través de la ventanilla.

—¿Quién está de turno esta noche? ¿Tú, Frank?

—Debimos dejárselo a Mike. Ray atrapó al último, y yo he tenido más que suficiente.

El tránsito estaba liviano en Columbus, y Connager pasó a pesar de la luz roja. Volvió a cruzar otra luz roja en Avenida Manhattan y dobló hacia el Norte.

Sessions encendió un cigarrillo, y mantuvo la llama para que Ecklin encendiera su cigarro:

—No sé por qué hago esto. Ayudándote a envenenar el aire con esa bosta de caballo que fumas.

—Es mi arma secreta. Echo el humo en la cara a los presos… y todos confiesan.

—Lo mismo haría yo. ¡Confesaría cualquier cosa!

Remick intervino:

—Eso es brutalidad policial, Ray.

—Pero es una brutalidad policial científica.

Todavía no eran las diez menos diez cuando Connager entró en la playa de estacionamiento del fondo del hospital; todos descendieron y pasando por la entrada de emergencia llegaron al

escritorio de recepción en el interior.

Una enfermera menuda y muy negra, con anteojos, estaba detrás del mostrador, y cuando Connager preguntó acerca de los heridos de bala, revisó la lista de entradas, preguntando:

—¿No sabe el nombre?

—No… Dos hombres —replicó Connager—. Ambos heridos. Uno en el estómago… Probablemente hace una media hora.

Remick intervino:

—Seguramente estará en Servicio de Urgencia, o en la sala de operaciones.

La enfermera recorrió los nombres con el dedo mientras los detectives, agrupados en torno del mostrador, observaban el hall. El área era pequeña, con piso de baldosas blancas, y algunos asientos. Hombres y mujeres, la mayoría negros, algunos portorriqueños, estaban sentados o de pie, y miraban en un silencio solemne, sin curiosidad.

—Alfred White —dijo la enfermera—. Está en la sala de operaciones.

Connager se llegó al teléfono y lo levantó desde el escritorio hasta el mostrador:

—¿Quién es el médico?

—No puede hablar con el médico…, está operando.

Sessions vio aparecer una figura familiar en el extremo de un corto pasillo. Tocó ligeramente con el codo a Ecklin:

—Oye… ese es Trafolo del dos-ocho.

Los hombres abandonaron a la enfermera y siguieron detrás de Trafolo, atrapándolo en el momento en que tomaba un teléfono en el pequeño mostrador de servicio, donde daba vuelta el corredor. Se estrecharon las manos, y Sessions preguntó:

—¿Está Walker contigo?

Trafolo dijo que no, pero que estaba Durkin, en el cuarto piso, donde se llevaba a cabo la operación.

—¿Qué es lo que tiene? —preguntó Remick, y sacó su libreta. Connager hizo lo mismo.

Trafolo abrió la propia. —Parece que la historia es que este individuo, Alfred White y un amigo, James Johnson…

—¿Tienes las direcciones…?

Trafolo dio las direcciones, que los hombres de homicidios anotaron.

—White y Johnson —continuó Trafolo— estaban caminando por

la Octava Avenida, cuando de pronto les dispararon desde una emboscada, eso dicen. A White le dieron en el estómago, y a Johnson en el brazo derecho. No vieron quién disparó…

—¡Inverosímil! —dijo Connager, escribiendo de prisa—. ¿De quién es esa historia?

—De Johnson —Trafolo hizo un gesto con la cabeza hacia el corredor de donde había venido—. ¡Ese es el hombre! —Indicó un joven muy negro, agobiado, en pijama, que estaba sentado casi hundido en una silla de ruedas, con el brazo derecho en cabestrillo, y la cabeza demasiado inclinada para verle la cara.

—¿Y qué dice White?

—Todavía no hemos podido hablarle.

—¿También es negro?

—No. Portorriqueño.

Los hombres de Homicidios dejaron a Trafolo que hiciera su llamada telefónica, y caminaron por el corredor hasta el hombre de la silla de ruedas. Connager tenía su libreta lista, y se detuvo frente a él. Los otros se pusieron más atrás y más lejos, para que el joven no se sintiera abrumado por ellos.

—¿Tu nombre es Johnson? —preguntó Connager.

El negro delgado asintió con la cabeza, pero no la levantó.

—¿Dónde vives?

Dio la misma dirección que había dado a Trafolo.

—¿Qué sucedió?

—No sé lo que sucedió —musitó el negro.

Los otros detectives se apoyaron contra la pared para dejar pasar a una enfermera y a un paciente con muletas. Connager continuó:

—¿Te llamas Jim, no es así? Jim, sabes que te dispararon, ¿verdad? También sabes lo que pasó, ¿verdad?

Jim asintió.

—Bien, cuéntanos el resto de la historia.

La cabeza de Jim se hundió un poco más, y se hizo más difícil entender qué decía. Connager, inclinándose, se acercó.

—Mi amigo y yo caminábamos por la Octava Avenida, sin hacer nada ni meternos con nadie…

—¿A qué altura de la Octava Avenida?

—Entre la 118 y la 119… Cuando oí un disparo y me toqué el brazo. Y mi amigo cayó agarrándose el estómago y retorciéndose. Y eso es todo lo que sé.

—¿Quién disparó?

—No vi quién disparó.

—¡Por supuesto que viste quién disparó! Te disparó de frente, ¿no es así? No me digas que no lo viste.

—No lo vi bien.

—¿De dónde llegó el hombre?

—Salió de algún zaguán.

—¿De qué zaguán?

—No lo sé. De pronto, ahí está y veo que tiene una pistola, y no veo nada más.

Connager no anotó nada en su libreta. La guardó en el bolsillo lateral.

—¿Cuántos años tienes, Johnson?

—Veintidós.

—¿Drogadicto?

El negro asintió ligeramente con la cabeza.

Trafolo volvió y se reunió con ellos. Connager dijo:

—Está bien, Johnson. Hablaremos contigo más tarde. Entretanto procura recordar alguna cosa.

Lo dejaron y se dirigieron al hall circular de entrada, donde estaba la puerta de calle y los ascensores. Un portorriqueño alto y delgado, de unos quince años, estaba allí, observando. Tenía pantalones amplios y una chaqueta clara, el pelo negro y rizado, la cara triste.

—Ese es el hermano de White —dijo Trafolo.

—¿Qué sucedió, muchacho? —preguntó Connager—. ¿Quién les disparó?

El muchacho meneó la cabeza.

—No lo sé.

—¿Dónde vives?

Dio una dirección en la calle 119 que coincidía con la que tenía Connager.

—¿Qué edad tiene tu hermano?

—Veinticinco.

—¿Ha sido fichado alguna vez?

El muchacho lo miró sin comprender.

—Arrestado… —aclaró Connager—. ¿Ha sido arrestado alguna vez?

—Tres veces.

—¿Por qué?

—No lo sé… —respondió después de tragar.

Connager se dio vuelta abruptamente, dejándolo, y apretó el botón del ascensor. Las puertas se abrieron y los hombres entraron. El muchacho quedó atrás. Trafolo oprimió el botón del cuarto piso, y el ascensor subió. Connager remedaba al muchacho:

—"¡No lo sé"…! —repetía con salvaje amargura—. ¡Hijo de perra! Es su propio hermano, ¡por Dios!

—¿Dónde está el sargento? —preguntó Ecklin.

Se quedó abajo para tratar de convencer a Johnson —respondió Sessions—. Trafolo, ¿este caso es tuyo?

—Sí, es mío.

Encontraron a Durkin en el hall del cuarto piso. Era un detective nuevo, de la escuadra veintiocho, y se hicieron las presentaciones.

—¿Cómo está White? —preguntó Ecklin.

—White está muerto.

Eso lo convertía también en un caso de Connager. Sacó su libreta—. ¿Dónde está el médico? —preguntó.

Se abrió una puerta, y un médico portorriqueño, bajo, con chaqueta blanca, salió al hall con actitud profesional. Durkin se lo señaló, y Connager se adelantó para interceptar al hombrecillo:

—Somos de Homicidios, doctor. Se trata del hombre que fue herido… White.

—No pudimos hacer nada por él —respondió el médico—. Al parecer la bala perforó la aorta. Se produjo una hemorragia interna masiva. —El médico se dispuso a marcharse.

—¿Me quiere dar su nombre, doctor?

—Segura.

—¿Cómo se escribe, por favor?

—S -E-G-U-R-A.

Connager lo anotó y el médico se marchó, desapareciendo por otra habitación.

Connager preguntó a Durkin:

—¿Dónde está el cuerpo?

Durkin los condujo dando vuelta por el corredor hasta una sala en la que había una docena de camas. Una de ellas tenía una luz y una cortina corrida alrededor. Durkin la señaló con un gesto desde el vano de la puerta, mientras desde las otras camas los pacientes los miraban en la oscuridad.

—Será mejor que el muchacho lo identifique —sugirió Sessions —. No tiene objeto hacer venir a la madre.

Trafolo se dirigió al ascensor, diciendo que lo traería, y Sessions

agregó:

—Y, ¡díselo al sargento Remick!

Esperaron cinco minutos, y entonces Trafolo llegó con el muchacho. Estaba más pálido que antes.

—Tenemos que hacer la identificación, muchacho —dijo Sessions con suavidad—. Pensamos que es mejor que la hagas tú, y no tu madre. Te haremos entrar y te lo mostraremos, y si es tu hermano nos lo dices. Asiente con la cabeza, si quieres, ¿entendiste?

El muchacho inclinó la cabeza débilmente, y todos entraron pasando entre las camas, hasta la que estaba en el extremo, con la luz y la cortina. Entraron y rodearon la recia figura allí yacente, con una toalla doblada sobre la cara, con una almohada debajo de la cabeza, y una sábana blanca, limpia, cubriendo el cuerpo. Connager levantó la toalla lo bastante para que el muchacho la viera. Este tragó y asintió con la cabeza. Connager volvió a colocarle la toalla. Todos salieron en silencio y con rapidez.

Nadie habló en el ascensor, pero cuando estuvieron en el vestíbulo circular, Connager llevó a un lado al muchacho:

—Bien, muchacho. ¿Qué es lo que quieres decirnos?

—No sé quién lo hizo.

—¿Por qué lo arrestaron?

—Por vender drogas —respondió con disgusto, tragando saliva.

—¿Quién quería matarlo?

—No lo sé.

—Vives en la misma casa que él, ¿verdad? Andas por las calles. Oyes cosas. Tú sabes qué es lo que está pasando.

—Yo no sé mucho.

—¿Qué es lo que sabes?

—Tengo un amigo. Él podría saber algo.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Ken.

Connager apuntó eso en su libreta.

—Ken… ¿y cómo es el apellido?

—No conozco su apellido.

—¿Dónde vive?

—No lo sé.

Connager apuntó con su lapicera al cielorraso.

—¡Por amor de Dios! ¡Es tu hermano el que está muerto allá arriba!

El muchacho tragó.

—Creo que vive entre la 117 y la 118.

—¿En la Octava Avenida?

De pronto un alarido de llanto se oyó en el corredor, y el muchacho se puso más pálido. Volvió a oírse, y Connager le dijo:

—Será mejor que vayas a ver a tu madre.

El muchacho se alejó de prisa y Connager guardó su libreta.

Sessions, encendiendo un cigarrillo, dijo:

—Tal vez lo ablande un poco el ver a su madre.

—¡Dios! lo que cuesta tratar de obtener información… —comentó Connager.

Remick apareció y se les reunió, informándoles:

—Johnson está cooperando un poco más. Al enterarse de que su amigo había muerto, se conmovió algo. Además, quiere una dosis.

—Se la darán de todas maneras —apuntó Ecklin, chupando su cigarro apagado.

—Sí, pero él no lo sabe…

Connager dijo que iría a tomarle una declaración, y Remick le informó que Johnson estaba en cama ahora, en la habitación que quedaba frente a donde estaba la silla de ruedas.

Observaron alejarse a Mike, y Sessions dijo:

—Espero que su declaración sea mejor que la del muchacho.

—Dale una noche para que lo piense, y podría ser aun mejor en la mañana —sugirió Remick.

—Todos estos drogadictos que son acuchillados o baleados, siempre están caminando por las calles sin hacer nada, cuando alguien que jamás han visto los asesina sin ninguna razón. La historia se hace monótona —sonrió Ecklin.

—Saben que no creemos lo que nos dicen, pero, ¿qué importa? ¿Qué otra cosa van a decirnos? ¿La verdad…? —Sessions rio.

—La verdad, probablemente, es que o son vendedores que venden malas drogas, o han robado a otro vendedor —apuntó Remick.

—Cualquiera de las dos cosas es motivo de muerte. ¿Qué te dijo Johnson?

—Que estaban caminando hacia el norte por la Octava Avenida entre la 118 y la 119, cuando salió un hombre de un bar llamado el Green Glove, les disparó a ambos y huyó dando vuelta por la esquina de la 119 hacia el este.

—Sin ninguna razón… ¿eh, sargento? —Sessions volvió a reír.

—No puedo imaginar la razón.

—¿Describió al criminal?

Remick abrió su libreta.

—El criminal tenía seis pies de altura, ciento cuarenta y cinco libras de peso, un pullover verde-tortuga, pantalones oscuros y no tenía sombrero.

—¿Y no conoce al hombre?

—Dice que no. Pero admite otra cosa…, que un hombre que conoce de vista, llamado Trench, presenció la escena.

—¿Cuál es el nombre de pila de Trench?

—Dice que no lo sabe. No conoce al hombre; sólo lo ha visto algunas veces y lo ha oído llamar por ese nombre. Cree que vive en esa zona.

Sessions dijo:

—Me pregunto si Trench no es el criminal.

MIÉRCOLES 10,15 – 11,15 P.M.

Trafolo y Durkin llamaron al teniente Walker, y luego se adelantaron a ver qué podían averiguar en el Green Glove. Remick, Sessions y Ecklin se quedaron esperando a Connager. Se reunió con ellos a las diez y veinticinco con una declaración que contenía lo que Remick había averiguado, ni más ni menos.

Cuando subieron al automóvil y se pusieron en camino al bar, la radio daba instrucciones a Boy 19 para que se dirigiera a la calle 72 número 154, segundo piso, e investigara una “muerte dudosa”. Eso causó risa a Ecklin.

—Cierta vez yo tuve una “muerte dudosa”. ¿”Dudosa”? ¡El individuo había estado muerto en la bañera desde hacía diez días! Necesité una máscara antigás para poder entrar. Le pregunté a la gente que vivía abajo: “¿Pero, no sentían ustedes el olor?” Y ellos respondieron: “Por supuesto, pero pensamos que estaba cocinando Corned Beef con repollo” —todos los hombres rieron, y Ecklin continuó—: Sí…, ¿pero durante toda una semana…?

El Green Glove estaba en una avenida a dos puertas de la esquina de la calle 119, a mano derecha. Era un bar pequeño, brillantemente iluminado por fuera con luces de neón, y poco iluminado por dentro. Parecía tan pacífico e inocente como el dormitorio de un bebé. Trafolo y Durkin estaban hablando en la vereda, deliberadamente ignorados por los negros que caminaban por allí. Eran las diez y media de la noche, pero las calles de Harlem tenían el aspecto animado de la Quinta Avenida a las doce del día.

—El cantinero dice que no sabe nada —comentó Trafolo a los hombres de Homicidios, cuando estacionaron y salieron del automóvil—. No vieron al individuo ni oyeron los disparos.

—Eso era de esperarse —replicó Remick—. Nadie ve ni oye nada, jamás...

Connager preguntó si habían averiguado algo en el bar de la esquina. No lo habían hecho y se encaminó hacia allá. Pasó una pareja de negros tomados del brazo, y luego dos jóvenes con sus brazos rodeando a un tercero.

Sessions, señalándolos con la cabeza, murmuró:

—Ahí va un muchacho que va a ser una víctima, y no lo imagina aún.

Los otros estuvieron de acuerdo al observar al trío seguir calle abajo.

—El asesino salió por aquella puerta —informó Trafolo—. White y Johnson cayeron aquí—. Se apartó para marcar un sitio con el pie —. Luego el asesino desapareció dando vuelta por aquella esquina.

—Y probablemente se desembarazó de la pistola —agregó Sessions.

Connager salió del bar de la esquina y volvió.

—Allí no hay nada. ¡Vámonos!

Los dos coches se dirigieron al Precinto 28 en la calle 123 Oeste; estacionaron enfrente y entraron, subieron las escaleras que conducían a la Jefatura de Investigaciones. La habitación se encontraba vacía, pero el teniente Walker estaba en su oficina ubicada a la derecha de un hall corto. El moblaje se componía de un par de escritorios, sillas, una mesa, y armarios de archivo. No había espacio para más. Walker, fumando una pipa, estaba detrás de uno de los escritorios.

—Entiendo que White ha muerto —exclamó.

—Está muerto —confirmó Remick, y se sentó en una silla detrás del segundo escritorio.

—Hay café allá. Sírvanse. —Walker indicó una cafetera eléctrica sobre uno de los armarios—. ¿Han averiguado algo?

—He hablado con el cantinero del Green Glove, donde sucedió. Dice que no sabe nada. A la legua se ve que miente —apuntó Trafolo.

Walker volvió a encender su pipa:

—Espero que venga acá más tarde y nos diga algo. Ustedes ya lo conocen. No puede hablar nada frente a los parroquianos. Arruinaría su reputación. Pero estará preocupado pensando que podría perder su licencia. Seguramente vendrá después de cerrar el bar.

Sessions se sirvió café en un vaso de papel y encendió un cigarrillo. Walker preguntó por el otro individuo, Johnson.

—Es un drogadicto —replicó Remick—. Creo que podremos ablandarlo. Está preocupado. Le dije que reflexionara, que podría ser él quien estuviera muerto y en el lugar de su amigo. Quizá nos dé alguna información mañana.

—También está el hermano menor del muerto. Una verdadera almeja. ¡Cómo me gustaría interrogarlo! —exclamó Connager.

—Bien, consultaremos a la Central de Investigaciones sobre White y Johnson. Eso podría dar algún resultado. Entiendo que hubo un testigo.

—Alguien llamado Trench… suponen que vive en la zona. Johnson no lo conoce por otro nombre.

—¿Trench? —Walker inclinó su silla hacia atrás y repitió por lo bajo el nombre—. Me pregunto si estará en el archivo 52. —Se levantó y se dirigió a un pequeño cajón de fichas que había encima de un armario, y comenzó a hojear las fichas de los criminales conocidos que residían en el área—. Aquí está Jack Trench. Negro. Vive en la calle 115. Es el único que hay.

—Tomó un pequeño paquete de fichas de arrestados de otro cajón, y también las verificó.

—Narcóticos debe tenerlo. Tiene que ver con los drogadictos —dijo Sessions.

—Podemos verificarlo. —Walker no encontró nada entre las fichas de los arrestados, y revisó las de los que estaban en libertad bajo palabra, también sin éxito—. No hay más que ésta… —y le dio la tarjeta a Connager.

Connager miró la fotografía del hombre y leyó la fecha:

—Se la mostraré a Johnson —dijo, y salió. Trafolo y Durkin salieron con él.

—¡No se lleven nuestro coche! —les gritó Remick.

—¿Están esperando acción? —preguntó Ecklin.

—Estaba pensando en esa "muerte dudosa", en el 19 —respondió Sessions.

—Soy un *Boy Scout*. Estén preparados —bromeó Remick.

Walker volvió a su asiento:

—He llamado al Servicio de Emergencia, por si acaso el asesino arrojó el arma. Y a los fotógrafos. Necesitaremos algunas fotografías.

—No hay sangre en la vereda —informó Remick, sirviéndose café—. Nada que señale el lugar en que cayeron.

—Bien, podremos sacar fotos del bar Green Glove y de la esquina. —Tomó el teléfono y llamó a la oficina de Identificación Criminal, solicitando información sobre White y Johnson. Tomó notas y colgó—. White tenía trece arrestos —les dijo a los hombres de Homicidios—. Johnson está libre bajo palabra desde 1965.

—¿Trece? —repitió sorprendido Sessions—. ¡El maldito muchacho…!

—¿Qué muchacho?

Ecklin soltó una bocanada de humo de su cigarro.

—Su hermano menor nos dijo que lo habían arrestado sólo tres veces.

—Ese muchachito nos va a causar problemas dentro de un par de años —declaró Sessions.

Dos hombres uniformados, con gorras de cuero negro forradas de piel, entraron excitados por la puerta. Ambos eran jóvenes, de pelo oscuro, delgados, y evidentemente irlandeses.

—¡Hola, teniente! —saludó el primero—. ¿O ya es capitán, ahora?

—Todavía soy teniente —respondió Walker—. Ustedes son de Emergencia, ¿no?

—Correcto. Yo soy Shea, y él es O'Toole. Es mi brazo derecho. Entiendo que tienen trabajo que darnos.

—Sí. —El Teniente apuntó sus nombres y dejó a un lado el cuaderno—. Estamos buscando una pistola. El asesino disparó contra dos hombres en la Avenida Ocho, frente al bar Green Glove, entre las calles 118 y 119. Huyó por la esquina de la 119. Podría haberse deshecho de la pistola en cualquier parte de esa cuadra.

—¿Hacia qué lado huyó? ¿Al este o al oeste?

—Al este —se volvió a Remick—. ¿Qué piensa usted, sargento? ¿Desde la Octava hasta San Nicolás?

—Me parece bien.

—¿Ambos lados de la calle?

—Y no sólo la calle y los coches… Buscaría también en los pasillos y en las entradas de las casas.

—¡Bien! —Desaparecieron, eludiendo a un negro color café, que entraba. El negro dijo:

—Activos… activos… ¿Huh?

—¿Has vuelto? —preguntó Walker, e hizo las presentaciones. El recién llegado era Ed Polin, un detective de su escuadra, con asueto —. ¿Por qué no te vas a tu casa?

—Me agrada observar cómo trabajan todos ustedes —Polin rio, y se sirvió café—. ¿Qué sucede?

Ecklin encendió otro cigarro y se lo refirió. Polin rio nuevamente —. Me alegra no ser yo quien trabaje esta noche. ¿Quién tiene el caso?

—Trafolo.
—¿Y quién de la escuadra?
—Mike Connager.
—Sí. Creo que lo conozco. ¿Alto, fornido, con pelo gris?
—Todos tenemos el pelo gris…, o volviéndose gris.
—O calvos… —apuntó Remick.
—Sólo los sargentos se ponen calvos. El resto encanecemos. Todos, menos Frank Sessions. Pero él sólo es un niño…
—Y el diablo con las mujeres… —agregó Remick.
—Sí, pero no podrá durar mucho tiempo más —dijo Ecklin.
—Vaya, la brigada matrimonial está hablando. Todos abuelos —dijo Sessions.
El teléfono sonó y Walker levantó el auricular. Se lo tendió a Remick:
—Es para usted, sargento. Es Boxton desde el Precinto 19.
—Sí, teniente —respondió Remick hablando por el teléfono; refunfuñó unas cuantas veces y tomó algunas notas.
Sessions dijo a Ecklin:
—¿Qué quieres apostar que la “muerte dudosa” de la calle 72 Este, se ha vuelto un “probable homicidio”?
Ecklin rio:
—Esa es una dirección en un barrio muy elegante, Frank. Si vas a encargarte de un caso así, es bueno que vistas ropa nueva.
En el teléfono Remick estaba diciendo:
—¿Se ha llamado al médico de guardia, pero no al médico de Homicidios? —hizo otro par de anotaciones. Y luego: —¡Está bien! —y colgó. Volvió a levantar el auricular y disco.
—¿De qué se trata? ¿… de la calle 72? —preguntó Sessions.
—¿Conoces a Mónica Glazzard? —preguntó Remick.
—¿La columnista?
Remick asintió con la cabeza.
—¿Quiere decir que ella es la muerta de “muerte dudosa”?
Remick se identificó en el teléfono y preguntó si el Dr. Ballou era el médico de Homicidios de turno esa noche. Entonces ordenó que cancelaran la llamada al médico regular, colgó y tomó un pedazo de papel de su billetera:
—Se trata de Mónica Glazzard —dijo—. Aparentemente es un suicidio, pero hay algunas cosas por ahí que parecen un poco extrañas. —Discó un número de Long Island que tenía apuntado en el papel.

—Boxton siempre cree que todo es un poco extraño —dijo Sessions—. Un tipo no puede saltar desde lo alto de un edificio sin que Boxton piense que alguien lo empujó.

—Es un caviloso —acordó Ecklin—, pero tú también te mostrarías caviloso, Frank, si tuvieras a tu cargo el Precinto 19. Los homicidios son menos, pero las “muertes dudosas” son más importantes.

—¡Vaya, Mónica Glazzard! ¡Eso sí que va a levantar polvareda! Una columnista como ella. ¡Va a estar en la primera plana!

—Frankie, si lo de ella es un homicidio, verás tu nombre en los periódicos. ¡Vas a ser famoso! —dijo Ecklin.

—Sí… —replicó Sessions—, con un montón de reporteros y todas las autoridades de la ciudad colgadas de mi cuello… ¡Te regalo esos homicidios de celebridades!

Remick consiguió al Dr. Ballou en el teléfono, y le dio los datos esenciales: “Muerte dudosa” en el número 154 Este de la calle 72, apartamiento 2A. Interrogante en cuanto a la causa de su muerte.

—Le llevará una hora, más o menos, —dijo, colgando y volviendo a levantar el auricular—. Entretanto, será mejor que vayamos tan pronto como hable con Laird. Espero que Connager nos haya dejado el coche 299.

MIÉRCOLES 11,35 – 11,45 P.M.

Cuando Sessions, Remick y Ecklin llegaron al Nº 154 Este de la calle 72, eran las 11,35, y cuatro automóviles policiales estaban estacionados por parejas en el frente. Dos eran patrulleros con radio, y dos eran sedanes sin distintivos que pertenecían a la escuadra de detectives del 19. El número 154 correspondía a un edificio de nueve pisos de apartamientos dúplex, con una marquesina sobre la vereda, situado a pocas puertas al este de Lexington. El hall interior era más elegante que moderno. No había grandes paredes de espejos, música funcional ni fuentes iluminadas por luces cambiantes. Aquí el mármol era auténtico, la tapicería de cuero, los espejos biselados. Aquí también estaban siete personas: dos patrulleros, un sargento uniformado y su chófer, el teniente Boxton, jefe de la escuadra de detectives del Precinto 19, el portero y el superintendente del edificio.

Boxton se desligó de los otros para saludar a Remick y a los hombres de Homicidios, cuando entraron:

—Éste puede ser un caso bastante complicado —dijo— si resulta un homicidio. Espero en Dios que no lo sea, pero es mejor que esté prevenido.

Remick preguntó cuál era la historia y Boxton le respondió que tampoco sabía mucho porque acababa de llegar:

—Será mejor que ellos te refieran lo que saben.

—¿Quién está aquí de tu personal?

—Devlin y D'Amato. Están interrogando a la otra gente del edificio. Devlin está de turno. Es nuevo. No hace más de diez meses que está en la escuadra, pero es un buen hombre y no quisiera quitarle este caso, si puedo evitarlo. ¿Cuál de tus hombres se hará cargo de esto?

—Frank…, presumiendo que se trate de un homicidio.

—Y así lo encararemos, hasta que estemos seguros de que sea otra cosa. Y, escucha Frank, trata de enseñarle a Devlin, ¿quieres? Puede aprender mucho de ti. No quiero decir que debas llevarlo de la mano. No es estúpido y tiene deseos de aprender.

—Desde luego, teniente —respondió Sessions.

—Cualquier cosa que necesites, pídela.

Se acercaron a los hombres que estaban esperando, y Remick se presentó:

—Bien… ¿y qué ha sucedido aquí? ¿Quién fue el primer hombre en la escena?

Uno de los patrulleros respondió:

—Fui yo, sargento. Nick Barrancas. Yo y mi compañero, John McPartland, aquí presente, estábamos en el auto 19B, y recibimos un llamado—. Sacó su libreta—. Era entre las diez y veinticinco y las diez y treinta, y se trataba de una "muerte dudosa", en el segundo piso de esta dirección.

—Lo oímos —comentó Remick.

—Bien, llegamos aquí cinco minutos después y le preguntamos al ascensorista sobre lo sucedido.

—¿Cómo se llama usted? —interrogó Remick al ascensorista.

El hombre, que vestía un uniforme que le quedaba grande, dijo nervioso:

—Harry Berkman.

—¿Dónde vive usted, Harry?

Dio un número en la calle 86, y Barrancas continuó:

—Dijo que no sabía nada de ninguna "muerte dudosa", de manera que subimos hasta el segundo piso con él. Había dos departamentos: 2A y 2B, y el llamado no había precisado cuál era. Sólo dijeron: "…segundo piso". De manera que McPartland y yo llamamos en ambos apartamientos, y un hombre llamado Krick respondió en el 2B, y tampoco sabía nada de una "muerte dudosa". Pero nadie respondió en el 2A, y Berkman dijo que la columnista Mónica Glazzard vivía allí, pero que nunca estaba durante la noche. Todas las noches asiste a reuniones, teatros, *night clubs*, y cosas así en busca de material para su columna. Dijo que no la había visto salir, pero que él llega a las cinco a tomar servicio y para esa hora ella, generalmente, ya ha salido.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio, Harry? —preguntó Remick.

El ascensorista pensó:

—El domingo a la tarde. Llegó como a las siete.

—¿A qué horas trabaja usted?

—Esta semana estoy desde las cinco de la tarde hasta la una de la mañana.

—¿No la vio ayer o el lunes?
—No, señor.
—¿Dónde estaba ella?
—No lo sé. Probablemente afuera. Por lo general, sale en cualquier momento de la tarde, y lo común es que no vuelva hasta después de la una. De cuando en cuando vuelve antes, pero la mayoría de las veces regresa a las dos o a las tres de la mañana.
—¿Cómo sabe usted eso?
—Porque también trabajo en otros turnos. De ocho a cinco, o de una a diez de la mañana.
—Entonces, ¿cuándo la vio por última vez?
Berkman se humedeció los labios:
—El domingo… el domingo a la tarde.
—¿Y no la ha visto desde entonces?
—No, señor.
—¿Cómo estaba la última vez que la vio?
Berkman se encogió de hombros:
—Bien, como siempre. Tenía una bolsa de papel. Me dijo: "¡Hola, Harry!", así nomás. Yo le respondí: "¡Hola, Mrs. Glazzard!".
—¿Qué tenía en la bolsa?
—Me parece que había estado en una fiambrería. Probablemente algo para comer.
—¿Subió alguien a verla esa noche?
—No, señor.
—¿Y el lunes a la noche, y anoche… mientras usted estaba de turno?
—No, señor. Bien, sólo Mr. Motley.
—¿Quién es Mr. Motley?
—Es un amigo de Mrs. Glazzard. Creo que trabaja para ella.
—¿Dónde vive?
—No lo sé, señor.
—¿Cuándo lo vio?
—Creo que fue el lunes a la noche. Entró como a las once y media, y subió al apartamiento de ella.
—Me parece que usted dijo que ella había salido el lunes a la noche.
—Él venía a veces, cuando ella no estaba.
—¿Y cómo entraba? ¿Tiene una llave de su apartamiento?
—Me parece que sí, señor.
—¿Está seguro de que él no subió anoche al apartamiento de

ella?

—Sí, señor. Fue el lunes a la noche, estoy seguro.

—¿Quizás fuera el domingo a la noche?

—No, fue el lunes.

—¿Por qué está tan seguro de que fue el lunes y no el domingo?

—Porque tuve la sensación de que Mrs. Glazzard había salido. Y estaba en su casa el domingo a la noche.

Remick se volvió a Barrancas:

—Bien. Usted tocó el timbre del apartamiento de ella y no le respondieron. Continúe.

—De manera que llamamos al superintendente, Mr. Hogarth, aquí presente.

Hogarth se adelantó:

—Pensé que era una broma. Pensé que alguien estaba tratando de hacernos una broma. Se lo dije a los agentes.

—Nosotros insistimos —continuó Barrancas—. Finalmente Mr. Hogarth trajo las llaves y entramos.

—No es que no quiera cooperar con la policía —dijo Hogarth—. No me gusta abrir los departamentos sin una buena razón. Y realmente pensé que era una broma. No me refiero a la policía…, me refiero a la persona que telefoneó.

—Un minuto —interrumpió Remick—. Un minuto… Usted no lo sabía; Berkman no lo sabía. ¿Entonces, quién informó acerca de la “muerte dudosa”?

—Esa es una de las cosas extrañas —dijo Boxton—. Fue un llamado anónimo. Devlin lo verificó con la Central. Fue lo primero que hizo, y dijeron que era anónimo. Y estando el apartamiento cerrado con llave, se plantea el interrogante de *¿quién sabía que estaba muerta ahí adentro*?

—En verdad, ¿quién? —anotó Remick—. Bien, Barrancas, no quiso que el superintendente le impidiera cerciorarse. Hizo que abriera la puerta, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Obró bien.

—Todo lo que pensé, sargento, fue que si lo informaba como una falsa alarma… sin cerciorarme ¡y resultaba que no era así…! De manera que fuimos y la encontramos. Llamé a la Central e informé que parecía tratarse de un suicidio. Luego, interrogué a Berkman y a Mr. Hogarth, y más tarde llegó el sargento Kelly.

—¿Dónde la encontraron? —preguntó Sessions.

—En el dormitorio. En la cama.

—¿Tocaron algo?

—No, señor. Me acerqué lo bastante para ver que estaba muerta y luego dejamos todo como lo habíamos encontrado, y volvimos a cerrar el departamento con llave.

—¿Llamaron a un médico?

—Sí, señor. Un Dr. Grove llegó a las 11,05, un par de minutos después de que llegaran los detectives. La declaró muerta.

Dos hombres entraron por la puerta de calle y uno, viendo la colección de hombres uniformados y detectives, exclamó:

—¡Parece que tenemos algo! —Informó que era Paget, del *News*. Que habían captado el llamado con su radio en la longitud de onda policial. —¿Se trata de alguien que conocemos?

El teniente Boxton dijo que se suponía que la mujer era Mónica Glazzard.

—¿Nuestra Mónica? ¿La columnista del diario?

—Eso es lo que creemos. Todavía no tenemos una identificación fehaciente. Ahora vamos a subir al lugar del hecho.

Los reporteros quisieron acompañarlos, pero Boxton declaró que nadie sin autorización podía entrar al apartamiento, pero que haría todo lo necesario para que pudieran hacerlo tan pronto como fuera posible. Dirigiéndose al superintendente, le preguntó:

—¿Usted tiene la llave? ¡Vamos!

Siete de ellos fueron por el corredor hacia la derecha donde estaban el ascensor y las escaleras… Boxton, el superintendente, los hombres de Homicidios, el patrullero Barrancas y el sargento Kelly. Entraron en el ascensor y subieron un piso, a un hall similar al de abajo. La puerta del 2A estaba a la derecha, hacia el frente del edificio, y estaba cerrada. La puerta del 2B estaba completamente abierta, pero no había nadie a la vista.

—Mr. y Mrs. Krick viven allí —dijo el superintendente.

Boxton susurró algo a Remick:

—Llamé al Comandante del distrito. Viene para acá. No conozco al Jefe Nyborg.

El superintendente introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Había un corredor alfombrado de verde que daba a una amplia sala de estar y una escalera hacia la derecha con una puerta hacia la cocina adyacente.

—Ella está arriba, en el primer dormitorio —dijo el superintendente.

Subieron con Boxton a la cabeza, y éste abrió la primera puerta a la izquierda. Directamente frente a ellos había una cama camera y Mónica Glazzard yacía en ella, pacíficamente. Estaba de espaldas, con la cabeza en la almohada, las cobijas llegaban un poco más abajo de su pecho, los brazos tendidos afuera, a los costados. El pelo negro y rizado, el camisón de nylon rosa y blanco no era muy trasparente, la cara atractiva estaba ligeramente vuelta a los espectadores. Era una mujer delgada que se había esforzado en mantenerse joven, y tenía el rostro y la apariencia de alguien mucho más joven que ella, próxima a los cincuenta años.

La habitación era espaciosa y despejada. En un extremo había un diván, un tocador y un sillón; un bar en el otro extremo, un escritorio próximo a la entrada del cuarto de vestir, y pequeñas bibliotecas debajo de la ventana. Un par de mesas ratonas con grandes lámparas flanqueaban la cama, y en la más próxima, muy cerca del cuerpo, había un frasco vacío y un vaso al lado del teléfono.

Boxton y los hombres de Homicidios entraron, y Sessions le dijo a Barrancas y al superintendente que esperaran afuera. Remick y Ecklin se inclinaron sobre el cadáver. Remick comentó:

—No tiene señales ni en la cara ni en el cuello, Frank. Hay una mancha de sangre en los labios. —Se hizo a un lado para dar lugar a Sessions.

—Parecería como si la hubieran amortajado —exclamó Ecklin.

—Sí, así es —convino Sessions, estudiándola con minuciosidad. Su piel era extraordinariamente juvenil, pero había unas arrugas y un ligero aflojamiento de la carne debajo del mentón y alrededor del cuello, que indicaban que la mujer era mayor de lo que parecía.

Ecklin se inclinó para leer la etiqueta del frasco y Sessions se volvió al superintendente:

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Claude.

—¿Vive aquí?

—Sí. Tengo un apartamiento en el primer piso, atrás.

Sessions sacó la libreta:

—¿Qué sabe usted de Mrs. Glazzard, Claude? ¿Cuáles son sus conocidos? ¿Quién trabaja con ella? ¿Tiene secretaria?

—Sí, una tal Miss Butelle. Un tipo de mujer fornida. Viene todos los días.

—¿Conoce su nombre de pila? ¿Dónde vive?

Hogarth no lo sabía.
—¿Tiene parientes cercanos?
—Creo que tenía una hija. No sé su nombre, ni sé dónde vive.
—¿Casada o soltera?
—Tampoco lo sé.
—Está bien. ¿Cuándo vio a Mrs. Glazzard por última vez?
—No estoy muy seguro. En algún momento de la semana pasada. Arreglé una canilla que perdía, el miércoles o el martes. Miss Butelle me llamó y fui alrededor de las dos de la tarde. Mrs. Glazzard vino a la cocina, vistiendo un peinador, y cuando terminé me dio un dólar. Después no la he visto hasta esta noche.
—¿Cómo era ella? ¿Cuál era su conducta?
—Muy normal. Usted sabe… nerviosa. Era nerviosa en la forma de moverse, de hablar…
—¿No parecía deprimida?
—¡Oh, no, señor!
—¿Cuántas personas más trabajan en este edificio?
Hogarth las contó con los dedos:
—En los ascensores está Berkman. Está ahora hasta la una. Norman Caligliaro lo releva esta noche y estará hasta las diez de la mañana. Lester Fritz vendrá a las ocho… no, eso fue hoy. No vendrá hasta el viernes a las cinco. Phil Lowe viene a las ocho de la mañana. De ocho a cinco de la tarde. Y Carl Mancini de diez a siete.
—¿Hay alguien más empleado aquí?
—Bien, sí, dos hombres del servicio de ascensores: George Layman y Pete Tuckman. Y está Joe Moriarty, el portero. Él y su familia tienen un departamento en el subsuelo.
—¿Tiene usted las direcciones de toda esa gente?
—En mi oficina.
—¿Quiere alcanzarme esas direcciones?
—¿Tiene un teléfono en esa oficina, Claude? —intervino Ecklin.
—Sí, señor.
—Bien, iré con usted a buscar esas direcciones. Y verificaré la receta —le dijo a Sessions—. Es de la farmacia Macon, en Lexington. Pastillas para dormir, un frasco entero hace una semana. Receta escrita por un Dr. Stevens.
Frank asintió, y salieron. Se dirigió a las ventanas y apartó las cortinas:
—Todo cerrado —comentó.
Remick, dando vueltas por la habitación, se detuvo para estudiar

los objetos que estaban sobre el tocador.

—Y hasta ahora ni un solo renglón sobre suicidio.

—No hay ninguna nota de suicida. En su lugar, tenemos un oportuno frasco de pastillas. ¿Podrías apostar que no han puesto eso ahí, deliberadamente? —Cruzó el cuarto de vestir y entró a un baño amplio. Un par de medias colgaba en la barra de la cortina de la bañera; una combinación empapada en uno de los dos lavatorios gemelos; un corpiño enjabonado y una "culotte" en el otro, de la cual se había escurrido el agua. Sessions buscó en el cesto de ropa sucia que estaba al lado de una sensible balanza de baño, pero estaba vacío. Abrió la puerta del botiquín y leyó las etiquetas de algunos frascos, sin tocarlos. En uno de los estantes había un espacio que se ajustaba al frasco de píldoras. Cerró la puerta de espejo y se volvió—: Era una dama aficionada a las pastillas —dijo —. Extracto de tiroides, tres tipos de remedios para el dolor de cabeza, cápsulas de vitaminas, benzedrina…

—¡Y cosméticos! —añadió Remick—. ¿Has visto los que tiene sobre la mesa?

—Tampoco se limitaba en la bebida —Sessions miró las cortinas —. Me pregunto si siempre dormía con las ventanas cerradas.

Boxton estaba a los pies de la cama, todavía con los ojos fijos en el cuerpo:

—¿No creen que se trate de un suicidio?

—Es al médico a quien le corresponde calificarlo así; yo no haré conjeturas, pero lavó su ropa; y todas estas pastillas que toma… ¿Ha leído alguna vez su columna, teniente?

—Sí, a veces.

—¿Le parece a usted del tipo suicida?

—En verdad, ¡no!

—Había un timbre agudo y sonoro en lo que escribía, y podía molestar a la gente. En la columna de hoy destrozó a un autor dramático nuevo. Es el tipo de persona que se hace de enemigos.

Entraron los detectives Cornelius Devlin y Ralph D'Amato:

—Registramos el edificio, teniente. Una familia ausente de vacaciones, de acuerdo con lo que dice el superintendente. Otras dos salieron esta noche. Hablamos con las otras tres… cuatro, contando los Krick. No vieron ni oyeron nada. No pueden informarnos nada. Casi no la conocían a la mujer. Sólo la vieron alguna vez en las reuniones del consorcio…, ¿sabe?, relativas a la administración del edificio. Es un consorcio.

—¿Y qué hay de la gente que vive arriba de este apartamiento? La sala de estar de ellos está precisamente encima de este dormitorio.

—El apellido es Paige. Todavía no han vuelto a su casa.

—Bien, verifique cuando regresen ellos y las otras familias. —Boxton presentó a los detectives—. Devlin está a cargo de la investigación. Devlin, trabajará con Frank Sessions. Presumimos que es un homicidio.

—Sí, señor —se estrecharon las manos.

—Dígales lo que la Central le informó acerca del llamado anónimo.

—Bien; lo primero que hice fue llamar a la Central para saber quién había pasado el informe, y allí me dijeron que era un llamado anónimo. La persona sólo dijo que había un cadáver en el segundo piso del 154 de la calle 72 Este, y cuando le preguntaron su nombre colgó.

—¿Era un hombre o una mujer la persona que llamó?

—En la Central no estaban seguros. Dijeron que parecía un hombre, pero que podía haber sido una mujer. Parecía como si quisiera desfigurar la voz.

—¿Algo más?

—No mucho. Eso me hizo cavilar, por supuesto, y luego, la escena aquí… —indicó la habitación—, me pareció que tenía un aspecto sospechoso. Me refiero al frasco en la mesa. No creo que ella lo hubiera dejado allí. Y no hay ninguna carta, por lo menos, que hayamos podido encontrar. Eché un vistazo abajo. Ella tenía una oficina del otro lado del comedor, pero tampoco hay nota alguna.

—¿Qué pasa con la hija? ¿Han averiguado algo?

—Sí. El nombre de la hija es Linda Glazzard y vive en el 302 de la calle 57 Este apartamiento 9D. Llamamos, pero nadie contestó.

—Tenía una secretaria…

—Mildred Butelle. La llamamos. Ella fue la que nos dio referencias de la hija. Viene para acá. También está la mujer de la limpieza. Nettie Sandhurst. De color, trabaja los lunes y los martes. Todavía no tengo su número de teléfono, pero puede estar abajo, en la libreta de la occisa.

—¿Qué me dice de ese hombre, Motley?

—Todavía no he averiguado nada. La secretaria no sabe su dirección y no está en la guía.

Sessions tomaba notas:

—Bien, ¿qué otra cosa se ha hecho? ¿Quién ha sido notificado?

—Se ha llamado a los fotógrafos, y tú te ocupaste del médico.

Sessions miró el reloj. Eran las doce menos cuarto:

—¿Cuánto hace que se llamó a los fotógrafos?

—Una media hora.

—¿Llamaron a una mujer policía para que registre el cadáver? ¿Y qué hay del laboratorio policial?

No habían sido llamados.

—Los llamaré —dijo Sessions—. ¿Qué te parece, teniente? ¿Sellaremos esta habitación, ahora?

El capitán Otto Conklin, Comandante del Cuarto Distrito, un hombre grande, de cara sanguínea y el pelo canoso muy corto, entró en la habitación. Los que estaban allí lo saludaron con respeto y él retribuyó con la cabeza, y dirigió sus ojos al cadáver. Hizo unas cuantas preguntas e impartió instrucciones:

—Quiero que se haga una investigación completa. Presuman que es un homicidio, salvo o hasta que sepan lo contrario. Empiecen a trabajar en esto. ¿Dónde están la hija y la secretaria? Ya deberían haber llegado.

—Sí, señor —respondieron los hombres.

Esta mujer es muy conocida. Si es un homicidio, quiero que trabajen las 24 horas en el caso. Boxton, deles todos los hombres que necesiten.

—Sí, señor.

Conklin se dio vuelta para marcharse:

—Hay seis reporteros en el hall. Denles toda la información que puedan. Quiero una buena publicidad sobre esto. Bien, ya no los estorbo más. Las cosas andan bastante despacio, tal como están.

Cuando llegó a la puerta, Boxton le preguntó:

—¿Ha sido informado el Jefe?

Conklin se volvió:

—Yo lo llamé. No va a venir, pero querrá un resumen completo mañana a primera hora. Lo acosarán a preguntas…

Cuando se fue, Boxton exclamó:

—Bien, vámonos. No llegaremos a ninguna parte, quedándonos acá.

Todos salieron juntos y Devlin se acercó a Sessions en el hall lleno de gente:

—Escucha Frank. Yo soy bastante nuevo en esto y parece un

asunto importante. Tú sabes manejarte, de manera que te pido que me des cualquier idea que tengas o dime qué es lo que quieres que haga. Sessions respondió:

—Te diré lo que vas a hacer. Registra todas las ventanas y puertas para ver si hay alguna señal de violencia y entrada.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Voy a averiguar si los Krick me permiten disponer de su teléfono.

MIÉRCOLES 11,45 P.M. – JUEVES 0,25 A.M.

Los Krick estaban ansiosos por cooperar con la policía.

—Están ustedes en su casa —dijo Mr. Krick, mostrando a Sessions el teléfono en la sala de estar—. ¿Es un asesinato?

—Todavía no lo sabemos.

—Me pareció oírle decir que usted era de Homicidios. No lo llamarían si no…

—Nos llaman cuando hay cualquier sospecha o cuando un ataque puede ser causa de muerte. ¿En qué se ocupa usted, Mr. Krick?

—Soy abogado de una corporación. En realidad, conocíamos poco a Mrs. Glazzard.

—¿Conoce usted a alguien que la visitara?

—No. Nuestras horas no coincidían. Ella estaba afuera la mayor parte de la noche. Nosotros, aquí adentro…

Sessions puso su libreta sobre la mesa, al lado del teléfono, e hizo tres rápidas llamadas: una a los fotógrafos, para averiguar por qué se demoraban; otra al laboratorio policial y una tercera, solicitando una mujer policía. Luego buscó a Linda Glazzard en la guía; llamó y no obtuvo respuesta:

—Les agradecería que no permitieran a nadie más utilizar este teléfono —les dijo a los Krick—. No desearía que los reporteros u otra gente lo tengan ocupado.

—Puede confiar en nosotros, señor.

Sessions salió del departamento y bajó la escalera hasta el hall de entrada. Berkman, el ascensorista, todavía estaba allí con McPartland, seis periodistas y el chofer del sargento Kelly. Los periodistas querían que Sessions les diera el nombre de la persona muerta y la historia:

—¿Es Mónica Glazzard? —preguntaron.

—Eso es lo que creemos. ¿Alguno de ustedes la conoce?

Tres habían trabajado con ella algunos años atrás, antes de que Mónica tuviera su propia columna. Últimamente habían perdido todo contacto.

Entraron dos hombres, uno de ellos llevaba una gran cámara y un trípode sobre el hombro.

—¿Fotógrafos? —inquirió Sessions.

—Así es. Mi nombre es Kuhn. Este es McAllister. ¿A dónde vamos?

Sessions los llevó arriba en el ascensor, atravesaron la puerta del apartamiento abierto y subieron la escalera. Remick y Boxton se unieron a ellos. Entraron al dormitorio y Kuhn instaló la cámara. Remick preguntó:

—¿Quieres las fotografías en color, Frank?

—Necesito en color las tomas de la occisa. El resto en blanco y negro.

—Sacaré una foto de esta habitación. ¿Alguna otra cosa? —preguntó Kuhn.

—Quiero fotos de todo el maldito apartamiento. De todas las habitaciones.

—También tomas de conexión —aclaró Remick a Kuhn—. Así se podrá tener la disposición de muebles y objetos.

—Comprendo.

Sessions tomó a Kuhn del brazo:

—Ven acá. Toma este cuarto de vestir, con las puertas corredizas de los placards. Quiero que quede registrado hasta dónde están abiertas. Ahora aquí, este baño. Quiero que fotografíes el botiquín, con la puerta cerrada, para mostrar la forma en que lo encontramos. Luego ábrelo y toma una foto del contenido —hizo salir a Kuhn nuevamente—, y todas las ventanas y puertas. La forma en que están cerradas. Y, por supuesto, este frasco y el vaso que están sobre la mesa.

Kuhn respondió:

—Eres el jefe —y comenzó a montar la cámara. Ecklin entró y se detuvo un momento para observar:

—¿De dónde conseguiste esa cámara? —preguntó—. ¿De Mathew Brady?

Kuhn la palmeó:

—No hay nada mejor que esta cámara. Estas de madera sacan fotos que no se pueden lograr con las de metal. Es algo que tiene la madera. Respira…

Ecklin dijo a Sessions:

—Verifiqué la receta y el médico. La receta ha sido rehecha tres veces. El médico dice que la occisa sufría de hipertensión y ha sido

insomne desde que la conoce. Había empeorado y lo que le recetaba era bastante fuerte. Una pastilla media hora antes de acostarse, y si no le hacía efecto, no podía tomar otra hasta dos horas después. Si no fuera por el insomnio y la tensión nerviosa, estaba bien. No hay antecedentes de perturbación emocional, bien equilibrada, bien ajustada. La última vez que la vio fue el 13 de marzo a las tres de la tarde, cuando le hizo el examen general anual. Todo estaba en orden.

—¿No era del tipo suicida?

—Dijo que no podía imaginarla quitándose la vida, aun cuando no sabía bien qué tipo de vida era la que llevaba. Agregó que ella era demasiado enérgica.

Sessions aceptó eso con un movimiento afirmativo de cabeza, y comenzó a dibujar un bosquejo, sin detalles, de la habitación del asesinato en su cuaderno.

—Está ese individuo, Caligliaro. El ascensorista que releva a Berkman a la una. Si vio a la occisa anoche… —dijo Sessions.

—Fui a su casa, pero ya había salido para venir acá.

—Y la mujer de la limpieza, Nettis Sandhurst… —se interrumpió cuando McPartland apareció en la puerta, para preguntarle—: ¿Y, compañero…? ¿Qué nuevas traes?

—La gente que vive en el piso de arriba acaba de llegar. Los vi en el hall.

—Yo hablaré con ellos, Frank —intervino Ecklin.

—Gracias, Ray. Quiero que se saquen fotos bien vividas.

Ecklin salió con McPartland, y Sessions observó mientras Kuhn colocaba la cámara en tres diferentes lugares para sacar a la occisa desde distintos ángulos. Cuando quedó establecida su posición y la de las ropas de la cama, Frank hizo que tomara un *close up* de la cabeza y los hombros. Luego le dijo a Remick:

—¿Qué hacemos, sargento? ¿Esperamos al médico o vemos qué hay debajo de las cobijas?

—Echemos una mirada. —Remick levantó los brazos de la mujer y Sessions retiró las cobijas, dejando al descubierto todo el cuerpo. El camisón era largo, de gasa blanca con un forro de gasa rosada. La parte de abajo llegaba suavemente hasta sus tobillos, y sólo se veían sus pies blancos y delgados.

—Hablando de que parecía “amortajada”… —dijo Sessions—. ¿Qué te parece, sargento? Podría estar yaciendo en un féretro.

—Todo muy pulcro. Parecería hecho por alguien que la amaba.

—Sin sangre, sin daños visibles, sin señales de lucha… —Sessions volvió a subir las cobijas tal como habían estado, y Remick le bajó los brazos. Sessions se volvió a Kuhn:

—Necesitaré otras tomas cuando el médico la mueva. Especialmente de la almohada.

—Está bien. Entretanto, si se quitan del medio, tomaré una foto de ese frasco.

—Sí, compañero, y hazme un favor… Sácalo en forma tal que pueda leerse la etiqueta.

Salió de la habitación, bajó la escalera, y se encontró con Ecklin que subía. Éste le informó:

—Los Paige tenían poco con qué contribuir. Su sala de estar podrá estar encima del dormitorio, pero no oyeron nada. Estaban en su propio dormitorio, un piso más arriba, cuando Mónica entró al suyo, pero este edificio es demasiado sólido para que se oigan los ruidos. Vieron a ese individuo Motley algunas veces en el ascensor. Es alto, moreno, atrayente, de 35 años más o menos, cordial y cortés. No lo conocen por el nombre, pero parece que tenía acceso al apartamiento.

—Joven, buen mozo… ¡Huh! ¿Quizás un amante?

Tres reporteros subieron por la escalera principal que daba acceso a la puerta de calle. Sessions dijo:

—¡Hey! ¡Hey! ¡Afuera… afuera! —hizo que volvieran al hall.

—Nadie nos dice nada —se lamentaron—. ¡Queremos la historia!

—No tenemos ninguna historia. Mónica Glazzard está muerta. Eso es todo lo que sabemos. Les diremos más cuando sepamos más. —Hizo un ademán a McPartland, que subía desde el hall—. Mac, estás de guardia en esta puerta. No puede entrar nadie que no esté autorizado.

El Dr. Ballou, médico asistente de Homicidios, de turno esa noche, salió del ascensor y pasó por entre los reporteros. Era joven, alto, delgado, de pelo oscuro, usaba anteojos y un sobretodo liviano.

—Puedes dejarlo pasar, Mac —dijo Sessions, y se adelantó para estrechar la mano del médico—. Soy Frank Sessions. Nos conocimos en la sala de autopsias hace un par de meses cuando el Dr. Grossman buscaba la bala que mató a Lombard. Usted le ayudó a encontrarla.

Ballou sonrió:

—Lo recuerdo. Una veintidós. Profundamente incrustada en los músculos. ¿Encontró al hombre que la disparó?

—Hace diez días. Un drogadicto llamado Calvert… —Sessions lo condujo al interior del apartamiento y a la escalera.

—¿Y este caso es el de Mónica Glazzard, la columnista?

—Sí. Se supone que es suicidio, pero no lo creemos.

—¿Por qué?

Sessions le informó mientras subían: la llamada anónima, el aspecto "cuidado" del cuerpo, la falta de una nota, la presencia demasiado obvia de un frasco…

Devlin los alcanzó arriba:

—¡Hola, doctor! Escucha, Frank. He revisado las puertas y ventanas. No hay señales de violencia. Al menos señales evidentes. ¿Quieres que llamemos a un cerrajero para que examine las cerraduras, por si acaso?

—Llámalo mañana, Devlin. No hay para qué traerlo esta noche.

Pasaron entre la gente reunida en el pasillo y entraron al dormitorio. Kuhn y McAllister estaban sacando la cámara y el trípode.

—Hemos fotografiado todo.

—¿El botiquín también?

—Sí, y lo que había en los lavatorios. Es todo un alarde. ¡Dos lavatorios en un cuarto de baño! ¡Y el inodoro solo, en una pequeña habitación!

—No se parece en nada a aquellos apartamientos de Harlem, ¿eh? Vaya, ¡por Dios!

—¿Quieres que tome ahora esa foto de la almohada?

—Cuando la demos vuelta. —Sessions se acercó a la cama donde Remick y Boxton estaban explicándole al doctor Ballou que así era cómo habían encontrado el cadáver. Ballou estudió la escena brevemente, retiró las cobijas para mirar el cuerpo y flexionó un brazo. Levantó los párpados: primero uno, luego el otro, e inclinándose para acercarse, extrajo una pequeña linterna de bolsillo para inspeccionar mejor. Murmuró algo para sí, miró la boca de la mujer, la forzó para abrirla, y miró adentro con ayuda de la luz. Examinó la piel de la cara, el cuello y el pecho, levantó la mano izquierda sin anillos y observó las uñas. Luego, metió sus dedos por entre el pelo, buscando heridas en la cabeza. Finalmente le dijo a Sessions:

—Ayúdeme a darle vuelta.

La pusieron de costado, y Remick pasó al otro lado del lecho para tomarla de un brazo y sostenerla. La parte visible de su espalda estaba morada, con finas líneas amarillas provocadas por las arrugas de la sábana y las rayas del camisón.

Sessions dijo a Kuhn y a McAllister:

—¿Están listos para la foto? Quiero la sábana y la almohada. Un *close up* de la almohada.

El doctor se apartó y Sessions estudió la depresión de la almohada, mientras preparaban la cámara. Remick dijo a Ballou:

—Le está saliendo algo de la boca. —Ballou asintió sin darle importancia.

Cuando Kuhn terminó de tomar la fotografía, Sessions dio vuelta la almohada. La parte de abajo estaba limpia:

—Está bien, sargento —nuevamente colocó la almohada y dejaron que el cuerpo volviera a su posición inicial. El Dr. Ballou se dirigió a la mesa al lado de la cama:

—¿Este es el frasco de barbitúricos? ¿Puedo tocarlo?

—Todavía no, doctor. Aún hay que tomar las huellas digitales.

—Voy a necesitarlo. —Tomó una hoja-formulario de su bolsillo interior.

—Probablemente lo tenga usted que llevar… si el laboratorio no nos deja en la estacada…

—Y deseo que la gente del laboratorio proteja las manos de la muerta con bolsas plásticas.

—Entonces, ¿usted piensa en un homicidio por estrangulación, doctor?

—No estaré en condiciones de decírselo hasta después de la autopsia, pero voy a preservar lo que hay debajo de las uñas, por si acaso. Veo aquí bastantes cosas sospechosas…

—¿Tales como…?

—Las cosas que usted ha mencionado…, falta de una nota de la suicida, el frasco… También hay un par de hemorragias petequiales en los tejidos conjuntivos de los ojos…

—Eso debería hacerlo bastante concluyente…, ¿no, doctor?

—Ocurre en casos de asfixia, sí, pero también puede ocurrir por la presión de la sangre, si el cuerpo está boca abajo.

—Este cuerpo no estaba boca abajo. La lividez…

—Lo sé. Y hay un hilo de sangre en los labios, que también sucede con la asfixia. De cualquier manera, no hay heridas ni otras indicaciones de cómo pudo producirse la asfixia, de manera que aun

cuando sea la causa de la muerte, eso no indica que se trate de un homicidio. Podría haberse ahogado con algo, por ejemplo.

—Si el asesino hubiera usado guantes…

—Entonces podría no haber heridas. Como digo, es sospechoso, pero es todo lo que puedo decir por el momento.

—¿Cuándo va a hacer la autopsia?

—Mañana a primera hora.

—Usted sabe que podríamos hacerla conducir allá esta noche…

—No es tan urgente, ¿verdad? ¿No es lo mismo mañana por la mañana?

—Supongo que sí —concedió Sessions—. ¿A las nueve?

—Muy bien. ¿Piensa usted estar allí?

—Iré.

El doctor Ballou indicó el teléfono sobre la mesa de noche:

—¿Puedo llamar una ambulancia de la morgue desde aquí?

—Tengo disponible un teléfono en el apartamiento de al lado. —Llevó al médico afuera, en el momento en que una mujer policía subía por la escalera. Era fornida y ancha de caderas:

—¿Es aquí donde hay que registrar un cuerpo?

—Está allí, adentro. El teniente Boxton está a cargo. —Sessions pasó de largo y bajó la escalera, entrando con Ballou al apartamiento de los Krick, por la puerta que estaba abierta. Ballou pidió la ambulancia y comenzó a llenar la hoja-formulario mientras Sessions llamaba otra vez al laboratorio de la policía para apurarlos. Le dijeron que ya estaban en camino. Los Krick, mirando televisión, preguntaron:

—¿Quieren tomar una copa? —pero los dos hombres rehusaron.

—Me vendría muy bien una copa, sin embargo… —se lamentó Sessions.

Volvieron a salir y se encontraron con la mujer policía que bajaba la escalera:

—¿Encontró algo?

—Nada. Está limpia. No hay lugar para encontrar nada cuando se está en camisón.

—Las mujeres, por su constitución, tienen lugares para ocultar cosas…

La mujer policía rio:

—Es cierto. ¡Y las cosas que se encuentran! Pero ésta no tenía nada.

Ella salió, y Sessions se detuvo en la puerta del apartamiento:

—¿A qué hora se produciría la muerte, doctor?

—Es difícil decirlo. El *rigor mortis* está desapareciendo y no hay descomposición, pero tampoco hay forma de saber qué temperatura había en esa habitación. Está orientada al norte, de manera que no recibe sol, pero eso no significa que no pudiera estar bien templada.

—¿No quiere calcular una hora?

—Podría ser doce horas, y quizá veinticuatro… No hay manera de estar seguro. Si podemos averiguar cuándo la vieron por última vez, eso ayudaría. O si pudiéramos saber cuándo comió por última vez, y ver qué hay en su estómago…

—Entre doce y veinticuatro horas, como extremos…

—Aproximadamente.

—¿Cuántas horas? ¿Dieciocho horas, sería lo más probable?

—Eso es probable, pero no lo dé por seguro. Por el hecho de que estaba en camisón, presumo que su muerte ocurrió en algún momento entre las horas en que se acostó y la que generalmente se levantaba.

Sessions se echó a reír:

—Bien, eso también lo podemos imaginar nosotros.

Dos policías uniformados subieron por la escalera desde el hall, trayendo un equipo de instrumentos.

—Laboratorio de la policía —dijo uno de ellos—. ¿Este es el lugar?

—Este es el lugar. —Sessions apuntó sus nombres, y uno de ellos mirando a su alrededor, dijo:

—¡Algunas personas saben vivir…!

—Necesitaremos bolsas para las manos de la víctima —informó Sessions—. Tomen las huellas digitales del frasco y del vaso que están sobre la mesa de noche, enseguida. Suban. No pueden errar el camino.

—¡Estación Gran Central…! —dijo el hombre, y comenzó a subir. Kuhn y McAllister bajaban trayendo la cámara:

—¿Cuántas habitaciones hay aquí? —preguntó Kuhn a Sessions —. ¡Es tarea para toda la noche! —Fueron a la sala de estar. Devlin salió de la cocina—. Todo está guardado y limpio —dijo—, los platos lavados, los ceniceros limpios. Hasta la máquina de escribir, en su oficina, tiene la tapa puesta. Esto es lo único que encontré. —Mostró a Sessions una cinta flexible de plástico azul para el dictáfono—. Estaba en el cesto de papeles de la oficina.

Una sección de la cinta había sido grabada por la aguja del

registrador y Sessions preguntó:

—¿La pusiste de nuevo?

—No sé cómo se maneja el aparato.

El Dr. Ballou dijo que la cinta parecía del mismo tipo de la que utilizaban en la sala de autopsias, y que podía hacerlo funcionar.

Sessions los acompañó hasta la puerta.

—¡Ruegue para que sea una declaración de suicidio, doctor! —dijo. Salió al corredor, pero los reporteros habían vuelto a la comodidad del hall principal. Ecklin vino desde allá, y dijo que había estado hablando con ellos y con Berkman—. ¿Qué dijo Ballou?

—Nada. Suicidio, accidente u homicidio… Elige lo que quieras…

—Jamás dicen nada.

—También puedes elegir la hora en que murió.

—Ya lo sé. Tuve un caso el año pasado… Una joven recién casada, muerta en condiciones dudosas. El marido juraba que la dejó bien y con vida, cuando salió para dirigirse a su trabajo a las ocho y diez de la mañana. La encontró muerta cuando volvió a su casa a las cinco y media de la tarde. Naturalmente, para nosotros, él era el presunto asesino… especialmente si el médico decía que la muchacha había muerto antes de las ocho y diez. De manera que le insistimos para que nos diera la hora de la muerte. ¿Sabes lo que dijo al fin? “¿Cuándo la vio viva el marido por última vez?”

Ecklin y Sessions se echaron a reír. McPartland, de guardia en la puerta, interrumpió:

—¿Descubrieron por fin al asesino?

—La tarde siguiente… —continuó Ecklin—. Descubrimos que fue el portero del edificio. Y eso me recuerda… No creo que nadie haya hablado todavía con el portero de estos apartamientos.

—Ni con la secretaria —añadió Sessions—. ¿Qué demonios hace que demore tanto?

—¿Han encontrado a la hija?

—Nadie contesta en su casa. Lo intentaré otra vez, después que haya vigilado a esos individuos del laboratorio, y si eso no nos da ninguna pista, podemos enviar un automóvil a buscarla.

JUEVES 0,25 – 0,45 A.M.

Linda Glazzard saludó al portero nocturno cuando la ayudó a bajar del taxi, mientras David Allison, que venía atrás, pagó al conductor y luego la siguió. Entraron por la puerta giratoria al hall, y Linda dijo:

—¡Hola, Bill! —saludó al ascensorista. Después de eso sólo tuvo ojos para David, sonriéndole maternalmente mientras subían. Tenía en su compostura ese especial cuidado que pone un hombre cuando ha bebido más de lo debido.

Cuando descendieron en el noveno piso, Linda abrió la puerta del apartamiento D que quedaba frente al ascensor, y entró encendiendo las luces. David la siguió, muy tieso.

—Toma asiento, David —le dijo ella, indicando el gran sofá de la sala de estar—. Voy a poner agua para hacer café.

—No quiero sentarme —respondió él—. No podría levantarme después.

Ella se dirigió primero al gran dormitorio, donde puso la cartera en el tocador y arrojó su abrigo de primavera sobre la cama. Se retocó el pelo ante el espejo, más por costumbre que por necesidad. Sólo le había tenido la mano un momento en el automóvil. No habían forcejeado.

Su pelo era rubio teñido, no tanto porque le gustara especialmente ese color, sino porque el pelo de su madre era oscuro. Había comenzado a teñirse hacía once años, en su primer año de secundaria, como una de sus maneras de rebelión, una de sus muchas maneras de establecer su propia individualidad. Ahora, el color del pelo era un hábito y había perdido su carácter como toque de libertad, pero su necesidad de libertad seguía estando allí. ¡Era tan malditamente difícil ser la hija de una celebridad! Donde quiera que fuera, siempre era lo mismo: "¿Glazzard? ¿Dijo que su nombre es Glazzard? ¿Es usted parienta de Mónica Glazzard? ¿Quiere decir que es la hija de Mónica Glazzard…?" La vida hubiera sido mucho más fácil, si su madre cuando se aventuró en aquel desgraciado matrimonio, hubiera elegido un hombre llamado

Jones.

Salió del dormitorio a la estrecha cocina que estaba comprimida entre el dormitorio y la sala de estar. Puso agua en la pava y encendió el gas. David se acercó a la puerta y se quedó observándola. Ella no veía la forma en que él la miraba, pero lo sentía. Él estaba imaginando el cuerpo debajo del vestido. Era un cuerpo muy bien desarrollado y ella lo sabía. David también lo sabía porque habían habido ocasiones en el pasado en que la había contemplado sin el vestido… sin el beneficio de nada que la cubriera.

Esto no había sucedido desde hacía casi seis meses, ni tampoco había sido frecuente antes de ese tiempo. Hubo una época en que la rebeldía de Linda contra Mónica involucraba la promiscuidad, y entonces se entregaba a cualquiera. Pero eso sucedió mucho tiempo atrás, antes de que tres años de psicoanálisis profundo le mostrara lo que estaba haciendo y por qué. Después de aquello, la necesidad de escapar de la sombra de Mónica y establecer su propia identidad había tomado una dirección más positiva y fructífera, hasta ahora que, a los 29 años se consideraba una persona bien integrada, con una actitud controlada y bien ajustada frente al sexo. Ya no se rebelaba ciega y violentamente, porque su insurrección había tenido gran éxito. Era una personalidad bien establecida por derecho propio, en la actualidad. Como ejecutiva en Cowan y Blakeslee Television Productions, tenía una posición de alta responsabilidad y bien pagada, y si no tenía la fama de su madre entre el público en general, tenía la estima de sus asociados y pares en la industria de la televisión. Y era una posición que ella misma se había ganado. Eso era lo más importante. Había vuelto la espalda a todo lo que tuviera que ver con el campo del periodismo, porque el nombre de Mónica abría demasiadas puertas. Tenía que luchar contra Mónica por eso también, porque Mónica estaba ansiosa por allanarle el camino. Para Linda, un empleo en el mundo del periodismo como la hija de Mónica Glazzard hubiera significado una condena a muerte.

David se acercó por detrás de ella, cuando Linda buscaba los platos y las tazas, puso los brazos alrededor de su cintura, y besó el lóbulo de su oreja.

—¿Dónde has estado durante tanto tiempo?

—David —replicó ella, poniendo los platos sobre la mesa—, estás ebrio.

—No demasiado. —La estrechó más y deslizó las manos hasta

los pechos.

—David, ¡basta! —trató de apartar las manos de él, pero éste la apretó con más fuerza—. ¡David…! —esta vez se liberó—. ¡Compórtate! Son las doce y media. Sólo has entrado a tomar una taza de café, y luego te irás.

La hermosa cara de David se puso malhumorada:

—¿Qué te pasa? No te comprendo…

Ella sentía una ola calcinante en sus mejillas:

—No me pasa nada. Es tarde y tengo que levantarme temprano… y además no comprendo qué te propones.

—Antes lo comprendías.

—Hace mucho tiempo de eso —trató de respirar con más serenidad, de controlarse—. David, quiero que seamos amigos… no amantes.

—No hace mucho tiempo. Sólo seis meses. Y, ¿desde cuándo piensas que podemos olvidar de pronto el pasado, y convertirnos en platónicos?

—Pero han pasado cosas, David. En realidad nunca significamos mucho el uno para el otro…

—¿De quién es esa idea?

—De cualquier libro que leas. Es la mujer la que toma estas cosas con seriedad…, no el hombre. Yo no estaba enamorada de ti, y tú no estabas enamorado de mí. Tú me gustabas y yo te gustaba, y con el correr del tiempo, bueno… decidimos hacerlo, ¿por qué no? Pero eso es todo. Sólo fue por darnos el gusto en aquel momento.

—¿Y por qué demonios ahora no?

—Es distinto. Nuestros caminos se han separado. Tú habrás tenido citas, no sé con cuántas muchachas… Yo he tenido las mías. Y está bien. Y nos vemos a la hora del café y bromeamos y nos divertimos y te considero un amigo. Uno de mis mejores amigos.

Él la tomó del brazo:

—Me estás picando el amor propio. Si he dado cita a otras muchachas, es porque tú te negabas a salir conmigo.

—¿Cuántas veces lo hice? ¿Una? ¿Dos? David, tú no estabas enamorado de mí y lo sabes. Ahora, ¡por favor…!

—Bien, no estaba enamorado de ti. No estaba enamorado de nadie, si quieres saberlo. De manera que si comenzabas a mostrarte reticente, buscaría en otra parte. Estaba bien que te sintieras arrepentida o quizá que tuvieras miedo de comprometerte. De manera que pensé que estaba bien. Sólo seríamos amigos, nos

haríamos bromas en la oficina. Estaba bien… Hasta que de pronto, esta mañana, me invitas al teatro. Tú me invitaste a mí; no te invité yo. Ahora, ¿cómo demonios pensaste que iba a reaccionar?

—Pero, te lo dije —respondió ella, liberando su brazo y abriendo el cajón para sacar las cucharillas—. Tenía una localidad extra. Hubo un cambio de planes.

—Si tenías una entrada extra, ¿por qué no invitaste a una de las chicas para que fuera contigo?

—Sabía que tú querías ver esa pieza… y, francamente…, me gustaba mucho más ir contigo que con una muchacha.

—Sólo que querías que me comportara contigo como una muchacha… decir… "ta… ta… ta…" a la puerta, y marcharme.

—Pensé en nosotros como en dos amigos. Camaradas… Podríamos divertirnos juntos, sin tener que ir más lejos.

—No me dijiste eso cuando me invitaste. Me dejaste que te llevara a comer antes del teatro, tomar unas copas y traerte al departamento, y después de toda esa "invitación", ahora me dices que no estás interesada. Que tome una taza de café y me mande mudar.

—No iba a decirte que subieras al apartamiento, ¡pero estabas tan desesperado por tomar una taza de café para despejarte la cabeza…! De pronto, parecería que tu cabeza no necesita despejarse.

—Está bien; hablé de tomar café porque sentía que estabas determinada a que no subiera. Podía advertir eso durante la función, sentir que ibas a hacer exactamente lo que hiciste…, sugerir que te dejara en el taxi.

—¿Y fue por eso que insististe en tomar unas copas, después? ¿Tratabas de ablandarme? Eso era lo que estabas tratando de hacer…

—¿Y qué piensas? Me provocaste. Luego, cuando me ves jadeando por ti, actúas como una niñita inocente. No me gusta que me utilicen.

—No estaba tratando de utilizarte. Te ofrecí la oportunidad de ver una pieza que deseabas ver.

—¿… Y que te pagara una hermosa comida?

—No quería una hermosa comida.

—Pero me dejaste hacerlo.

—¿Y ahora quieres que te pague? —dijo ella lastimada y colérica—. Está bien; traeré la cartera —pasó por delante de él,

pero David la asió. Ella luchó por liberarse, pero él la besó y entonces le murmuró contra su mejilla:

—No luchemos…

—Yo no quiero luchar —respondió ella, con tensión en la voz.

—Está bien —apagó el gas debajo de la pava hirviente y volvió a ponerle la mano en el pecho.

—¡No! —ella lo rechazó.

—Sí.

Ella se retiró.

—David, ¡te digo que no quiero! Vamos a tomar café.

Por un momento David se quedó tenso, como si fuera a golpearla:

—¿Por qué demonios eres tan hija de perra, así, de pronto? ¿Por qué diablos esta gran reforma a mis expensas?

—No es una reforma.

—¿De quién era la entrada que usé esta noche?

—¿Para el teatro?

—¿De algún hombre? ¿De quién?

—De nadie que conozcas.

—Y él te dejó plantada, y tú me escogiste como sustituto.

—Él no me dejó plantada. Lo llamaron fuera de la ciudad.

—Y si fuera él quien estuviera aquí, en mi lugar, ya estarías desnuda, ¿verdad?

—No —respondió ella con desesperación; pero David había acertado, y eso era verdad. Si hubiera sido Randy, si no lo hubieran llamado fuera de la ciudad, estaría desnuda entre sus brazos, en este mismo momento.

—No me engañas —dijo él con voz llena de amargura—, ¡maldita mentirosa! Jugabas a ser mía, y todo el tiempo… —la tomó del brazo y la acercó. Sus ojos tenían una expresión que la asustaron. Cuando David se encolerizaba así, todo su control parecía amenazado.

En ese momento sonó el teléfono y su estridente sonido los heló a los dos. Por un momento quedaron mirándose y la luz se desvaneció de los ojos de David. Cuando el teléfono volvió a sonar, ella se liberó y pasó frente a él hacia el dormitorio, dando un empellón a la puerta en tal forma que casi se cierra. Se tiró sobre la cama para alcanzar el receptor que estaba en la mesa adyacente, del otro lado.

—¡Hola!

—¡Linda!

La voz era un bálsamo. Pertenecía al hombre con quien soñaba de noche, cuyas manos retenía durante el día, con quien reía, dormía y vivía en un mundo estrellado; el hombre con quien estaba impaciente por casarse.

—¡Oh, Randy!

—¡Querida, te extraño! Detesto haber tenido que dejarte…

—¡Ya lo sé! ¡Y cómo lo sé! ¿Cómo está tu tía?

—Se mantiene. Pero temo que sólo es cuestión de tiempo.

—Lo lamento.

—Estas cosas suceden. Sólo desearía que no fuera tan lejos de ti…

—¡Si pudiéramos vernos de cuando en cuando…! ¿De dónde llamas?

—De casa de mi tía. Acabo de venir del hospital.

—¿Tomaste bien el avión de esta mañana?

—Llegué justo a tiempo. Pero temo haber arruinado tu noche… nuestra noche.

—¡Oh, por Dios. Eso no importa!

—Y, por supuesto, esa comida con tu madre. Me temo que eso tendría que posponerse.

—No importa. Pospondremos el fatídico momento lo más posible.

—¿Le has dicho ya que, después de todo, no conocerá a su futuro yerno el viernes?

—Todavía no, pero no te preocupes.

—Sí, me preocupo. ¿Y qué sucederá si no le gusto?

—Estoy segura de que no será así, querido. Mónica tiene una gran habilidad para que no le guste nada de lo que me gusta a mí… o a cualquiera. Ni nada de lo que yo hago. Ella tiene sus propias ideas con respecto a lo que va a reflejarse bien en su imagen pública. Lo lamento, querido. Supongo que en verdad parezco amargada, y en realidad creo que hará una excepción en tu caso. Pero si no fuera así…, tendrá que acostumbrarse a la idea.

—Sin embargo, me gustaría que fuera con su bendición.

—Oh, cuando se acostumbre a la idea, será así. Ya verás que nos va a dar trabajo impedir que se adueñe de la boda.

—Quiero un casamiento simple, querida. Muy reducido.

—No necesitaremos más que nosotros dos. Supongo que un testigo, además. Creo que son obligatorios.

—¿Me amas?

Linda giró en la cama. David había abierto la puerta del dormitorio y estaba allí, de pie.

—Sí, por supuesto…

La voz en su oído, rio:

—Pareces muy evasiva…

Linda hizo un gesto con la mano a David para que se marchara, pero él no hizo caso, acercándose más aún.

—Sabes que sí —respondió ella al teléfono, pero sus palabras parecían más bien tensas que amorosas.

—¿Estás bien? ¿Qué sucede, Linda?

—Nada. Todo está bien. La función fue muy buena…

—¿Encontraste a alguien para darle mi entrada?

—Sí.

—¿A quién?

—A una de las muchachas.

David no quería marcharse. Ahora estaba del otro lado de la cama, mirándola furioso, sabiendo que la entrada que había utilizado era del hombre que estaba en el otro extremo de la línea.

Randy estaba desconcertado:

—Pareces distinta, querida. ¿Qué ocurre?

—Nada —respondió ella desesperadamente—. No ocurre nada.

A su lado, David gritó:

—¡No ha pasado nada! ¡Absolutamente nada!

Linda cubrió con la mano la bocina del teléfono, pero Randy ya estaba diciendo:

—¿Quién era? ¿Tienes compañía, Linda?

—Unas personas con las que volví del teatro —respondió ella, tratando de reír. Pero no lo logró. La veta mala de David apuntaba, y era vengativo. Tomó el teléfono y dijo en voz alta:

—¿Quién es usted para llamar a mi chica a esta hora de la noche? ¡Mándese a mudar! —y cortó la comunicación.

Linda dio un grito que tenía algo de animal. Saltó sobre él, con los puños en alto:

—¡Bestia! ¡Bestia!

El ataque lo tomó fuera de equilibrio. Uno de sus ciegos golpes le dio en la nariz y David sintió fluir la sangre. La tomó de los puños con furia, y la arrojó contra el sillón:

—¡Gata salvaje…!

Ella se hundió en los brazos del sillón y rompió a llorar,

ocultando la cara entre las manos:

—Lo has arruinado —exclamó—. ¡Lo has arruinado todo…!

—Trataste de burlarte de mí —dijo furioso David—. De desembarazarte de mí —respiraba pesadamente, porque no estaba acostumbrado al ejercicio violento.

—¿Por qué lo hiciste? —dijo ella entre sollozos—. ¡Lo amo…!

David la miró mientras se aplicaba el pañuelo a la nariz. Tenía la sensación de haber llevado las cosas demasiado lejos. Él y su mal genio…

—¿Lo amas? —dijo defensivamente—. ¡Vamos, déjate de tonterías…!

—¿Es eso tan extraño? —ella lo miró mientras las lágrimas caían por sus mejillas—. ¿Crees que soy un monstruo?

—Vamos, ¡eres demasiado sensata para enredarte! Siempre has sabido manejarte.

—Sabes mucho… —sollozó ella.

David se sentó sobre la cama, volvió a tocarse la nariz y comprobó que ya no sangraba.

—Vamos, Linda —dijo con más suavidad—. Sabes que estás exagerando. Quien quiera que sea no es más que un individuo…

—No es sólo un individuo. Es el individuo que yo quiero.

—Esta bien. Arreglaré las cosas. Le diré que era una broma.

—Ah, ¡muy bien! ¿Y eso, de qué servirá? ¿Supones que eso hará que él lo crea?

—Bien, ¿y qué demonios si no lo cree? Tienes veintinueve años, Linda. Sabes demasiado bien que él no espera que hayas vivido como un capullo durante todos esos años, esperando que él llegara. De manera que si te deja plantada, se merece que hayas salido con otro. Probablemente está con otra mujer en este mismo momento.

Linda replicó inflexiblemente:

—Si quieres saberlo, está ahora en casa de su tía enferma.

—¡Oh, vamos buen Dios! —resopló David—. ¡No me digas que crees un cuento como ése! Es tan falso como un dolor de cabeza femenino. Está con otra mujer. ¡Te apuesto dinero!

—¡Basta…! —chilló—. ¿Quieres callarte? ¡Está en Pittsburg! Voló esta mañana. Su tía se está muriendo…

—Está bien. Está en Pittsburg. De manera que cuando vuelva, será como antes, ya sea que crea o no que le eres fiel. No significará ninguna diferencia para él.

—¡Oh!, ¿crees que no?

—¿Piensas que yo me engañaba imaginando que era el único individuo que te veía cuando salías conmigo? De manera que, ¡al diablo con todo! Nos divertíamos juntos…

Ella, volviendo a llorar, exclamó colérica:

—¿Quieres acabar de una vez, de tratar de hacerme pasar por una prostituta? ¿Piensas que porque tú y yo… crees que hacía cualquier cosa con todos?

—¿Vas a decirme que nadie te tocaba durante todo el tiempo en que tuvimos citas ocasionales?

—Esta vez es diferente. En aquel entonces sólo pasábamos buenos ratos, sin ataduras, y yo no trataba de simular que era otra cosa. Tú y yo éramos sinceros y francos. Nos gustábamos, pero no estábamos enamorados.

—¿De manera que esta vez es amor? Tanta más razón para que vuelva.

—¡No comprendes! Íbamos a casarnos.

—¿Casarse…? —el sonido de la palabra le sorprendió. Esa idea jamás había pasado por su imaginación.

—Casarnos… —repitió ella con la voz quebrada—. Y eso hace que todo sea diferente, y eso significa que no se hacen tonterías cuando él se va, y significa que está en casa de su tía moribunda en Pittsburg, porque dijo que iba allí. Significa que confiamos el uno en el otro, y ahora va a creer que lo he traicionado, y todo va a terminar. —Volvió a sollozar—.

Y no lo traicioné. No quise hacerlo.

David se sintió perdido. En realidad quería mucho a Linda y si se hubiera imaginado que estaba comprometida con un individuo… extraoficialmente, porque no llevaba anillo y no había sido anunciado… habría comprendido. No hubiera hecho un solo movimiento en falso.

—Escucha —dijo—, llámalo. Le explicaré todo. Aclararé todo. Créeme, lo haré.

—No puedo llamarlo…, no sé dónde hacerlo.

—¡A Pittsburg! ¿No dijiste eso?

—Sí. Está en casa de su tía, y no es en Pittsburg mismo; está en las afueras…

—¿Cómo se llama él?

—Benson. Randy Benson.

—Llama al operador…

—Pero ese no es el apellido de la tía. No sé cómo se llama la tía.

El teléfono volvió a llamar; su escalofriante sonido los sacudió nerviosamente.

—¡Oh, Dios! —exclamó Linda—. Es él que llama. ¿Qué le diré?

David decidió proceder con hombría.

—Yo le hablaré —tomó el receptor mientras ella gritaba y trataba de arrancárselo—. ¡Hola…!

La voz en el otro extremo dijo con formalidad:

—¿Está Miss Glazzard, por favor?

—Sí… pero tengo algo que decirle antes…

Linda trató de arrebatarle el teléfono:

—Dámelo, ¡por favor!

—Espere un momento —dijo David por el teléfono—. ¿Quién habla?

Una voz chillona replicó:

—Soy el teniente Frank Sessions, de Homicidios, y quiero hablar con Miss Glazzard. ¿Quién es usted?

David no respondió a la pregunta. Ofreció el receptor a Linda, y medio aturdido retrocedió. Ella estaba pálida cuando lo tomó:

—¡Hola! —su voz era trémula.

Se puso más pálida cuando escuchó:

—¿Qué tipo de accidente? —preguntó—. ¿Es muy serio? —Luego dijo—: ¡Por favor, iré enseguida, pero dígame la verdad! ¿Qué es lo que voy a encontrar? —Terminó con un susurro—. Bien —y bajó el teléfono en silencio.

—¿Qué ha pasado?

Se incorporó de la silla diciendo:

—Mi madre ha muerto. —Tomó su cartera, y salló rígida por la puerta.

JUEVES, 0,45 – 1,05 A.M.

Cuando Sessions colgó el teléfono, Mr. Krick se le acercó:

—Supongo que es bastante desagradable tener que darle semejante noticia a la hija.

Sessions aspiró profundamente el cigarrillo por última vez y luego lo aplastó:

—Sí…

—Yo pasé un momento terrible tratando de hacer algo parecido.

—Uno se acostumbra…

—¿Tienen muchos asesinatos?

—¿Nuestra escuadra? Unos doscientos por año…

—¿Tantos?

—Es un mundo sucio.

Krick rio con afectación:

—Oh… ah… antes de que se vaya… ¿Trabajará aquí en esto, toda la noche?

—¿Aquí?… —Sessions rio—. ¡Jesús, espero que no!

—Si queremos acostarnos, y usted desea utilizar el teléfono, podríamos dejar la puerta abierta. Ustedes se encargarán de cerrarla cuando hayan terminado. Supongo que con tantos policías podemos sentirnos seguros.

—Lo que usted diga, Mr. Krick. Le agradezco el teléfono.

Sessions salió, y nuevamente entró al apartamiento de Glazzard. Boxton que bajaba las escaleras, le hizo señas:

—¿Sí, teniente?

—Frank, me marcho. Los hombres del Laboratorio están terminando en el dormitorio. Barrancas está comenzando a buscar objetos de valor. La secretaria de Mrs. Glazzard acaba de llegar.

—¿Vio a la muerta?

—La identificó. Y tú, ¿encontraste a la hija?

—Viene para acá. ¿Cómo lo tomó la secretaria?

—Con calma, con mucha calma. —Boxton atravesó la puerta, y se volvió—. Que los fotógrafos no se olviden de tomar las impresiones digitales de la occisa. Y no olvides lo que dijo el

capitán Conklin. El jefe quiere un resumen completo mañana a las ocho… Quiero decir *hoy*.

—No, señor…

Boxton se marchó y Frank se dirigió al estudio. En el comedor Kuhn y McAllister estaban fotografiando una vitrina que contenía una colección de piedras pulidas y guijarros recogidos o enviados de todas partes del mundo, cada uno con una etiqueta de identificación, indicando el lugar de origen. Sessions se detuvo un momento para observarlas. Estaban representados los cincuenta estados de la Unión e innumerables países extranjeros. Ninguna de las piedras tenía valor monetario, pero algunas eran exóticas. Había un fragmento de mármol del Acrópolis, y un fragmento de hueso fosilizado de la Garganta de Olduvai.

—¡Dios! Las cosas que coleccionan algunas personas… —comentó Sessions.

Kuhn respondió:

—Yo prefiero las rubias. Lo malo es que mi esposa se opone.

—Ese es el problema con las esposas. Uno de los problemas… —dio vuelta alrededor de la cámara y abrió la puerta del estudio. Devlin estaba solo revisando los archivos, mientras una voz en el dictáfono decía:… pero cuando trata de ser profundo, sólo es patético. El talento mediano es peor que la falta de talento, por lo menos para el crítico. Un escritor sin talento no ve su obra puesta en escena. Los que tienen un talento mediocre a veces sí, y esas experiencias son muy duras para esa parte de la anatomía sobre la cual se sienta el crítico. Punto. Treinta”.

Hubo un silencio y Devlin desconectó el aparato.

—Parece que fuera su columna —dijo—. Debe de haberla dictado antes de acostarse.

—Esa columna entró en la última edición del vespertino de hoy. La leí. ¿Se fue el médico?

—Puso la cinta en el grabador y se fue. He estado escuchando la grabación mientras echaba un vistazo, para tener la sensación de la mujer… el sonido de la voz, la manera de hablar, ¿entiendes…?

—La voz no daba la impresión de que supiera que estaba dictando su última columna, ¿verdad?

—Así es. Esto no es un suicidio. ¡Es indudable…!

Sessions anduvo mirando el contenido del escritorio, que Devlin había colocado encima. Encontró la agenda de citas y la abrió en las páginas de la semana que corría. Decía:

lunes, mayo 8 de 1967

2.30 Entrevista con Don Huxley en Expo 67. Waldorf 1548
5.15 Cocktails en lo de Betty, Biltmore (Llevar muestras)
7.00 Comida de Perry para Majznik

martes, mayo 9 de 1967

3.30 Plaza - Henry
5.00 Arch en casa. Reunión de Greg. Parlor T. - Biltmore
8.30 Teatro Anka - “Little Lost Blue”

miércoles, mayo 10 de 1967

1.00 Almuerzo, Sarah Little, Plaza.
4.00 Desfile de modas, Barbizon. Entrevistar M. Ducal.
6.30 Entrevistar a Surat en las Nac. Unidas. En su oficina.
9.30 Reunión en lo de Madeline.

Sessions comenzó a copiar los compromisos en su libreta, y Devlin sacó una póliza de seguro del archivo. Dio vuelta las hojas, y dijo:

—Aquí están las joyas que tiene aseguradas. Descripción, número de serie y valor.

—Voy a necesitar eso.

Devlin se la tendió:

—El talonario de cheques está aquí. Extiende cerca de cuarenta cheques mensuales. Y el archivo de direcciones. Deben de haber más de seiscientos nombres en él. ¿Qué te parece eso, como mala noticia?

Sessions dobló la póliza descuidadamente y la metió en su bolsillo:

—No lo sé —dijo reanudando su trabajo de copia—. ¿Están allí Motley y una tal Nettie Sandhurst?

—Motley no. Déjame ver. Sí, Nettie Sandhurst. Su dirección y teléfono.

—Llámala por teléfono. A ver si consigues comunicarte con ella.

Devlin disco el número y dejó que llamara una docena de veces.

—No contesta —dijo al fin, colgando el tubo.

Sessions terminó de copiar la agenda y dio vuelta la tarjeta de Nettie para copiar la fecha:

—¡Vaya, no es de extrañar! Es una llamada paga —dijo—. Probablemente de la tienda de la vecindad.

—Sí… ¿cómo lo sabes?

—Ese nueve que figura allí. Eso lo indica. Bien, vendrá por la mañana y podremos hablar con ella, entonces.

Guardó su libreta y dejó la habitación, entrando a la cocina, en donde abrió la puerta de servicio para echar un vistazo. El corredor, los ascensores y la escalera eran una reproducción de la entrada principal, aunque no tan bien decoradas. Comprobó que la perilla del lado de afuera de la puerta no giraba; volvió a cerrarla y abrió la adyacente a la habitación de la criada. La habitación no mostraba señales de haber sido utilizada recientemente y aparte del piso de baldosas desnudas, sólo había una cómoda vacía y una cama cubierta con diarios. Se dirigió a la escalera de atrás que estaba al lado, y por el hall entró nuevamente al dormitorio principal.

El cuerpo, ahora cubierto por una sábana, yacía ignorado y olvidado, pero la habitación era todavía centro de actividad. Barrancas, el sargento Kelly, el superintendente y una mujer baja y rolliza, con el pelo corto encanecido, revisaban una colección de alhajas esparcidas sobre el tocador. Ray Ecklin y Ralph D’Amato registraban los cajones del escritorio; los hombres del Laboratorio estaban guardando su equipo.

Kelly dijo:

—Esta es Miss Mildred Butelle, Frank, la secretaria de Mrs. Glazzard. El detective Sessions.

Murmuró una especie de saludo, pero no lo miró. Sus facciones eran duras, sus movimientos enérgicos y económicos. Frank le dijo:

—Gracias por venir, Miss Butelle —y luego, dirigiéndose a Kelly, preguntó: —¿Esos son todos los valores?

—Todo lo que pudimos encontrar. Excepto un poco de dinero en su cartera.

Sessions extrajo la póliza de seguro y se la tendió a Barrancas:

—Aquí está la lista principal. Verifique si todo está consignado. ¿Qué le parece, Miss Butelle? ¿Cree que falta algo? ¿Algo que usted recuerde?

—No lo creo —respondió escuetamente.

Uno de los hombres del Laboratorio tomó su valija, y dijo:

—Obtuvimos unas buenas impresiones digitales del frasco. ¿Qué te parece?

—¡Que han dado un paso gigante! ¿Hay huellas en otras partes?

—En el vaso. Y aquí y allá, en la habitación. ¿No ves todo lo que hemos espolvoreado?

—Sí, pero no debería verlo. Se están poniendo chapuceros…

Ambos rieron y salieron. Frank se dirigió a Ecklin:

—¿Has encontrado algo?

—Sólo cosas de rutina. Nada fuera de lo corriente. ¿Se fue Boxton?

—Sí. Dejándonos muchos consejos. "… No se olviden de las huellas digitales de la occisa… No se olviden del resumen para el jefe…" ¡Jesús, qué úlcera debe tener…!

—Quizá no crea que eres eficiente, Frank.

—Sí, supongo que no lo cree —miró a su alrededor—. ¿Dónde está el sargento?

—Entrevistando a Caligliaro, el ascensorista nocturno, allá, en el hall de entrada.

—¿Y qué hay del portero?

—Tiene cuarenta y cinco años, es casado, tiene un hijo de catorce años con acné en la cara, y una hija de diez años con trenzas. Dice que no ha visto a Mónica desde hace seis semanas, que ella nunca andaba por aquí, cuando él estaba. Tengo la relación de todo lo que hizo ayer, desde que se levantó hasta que se acostó, casi todo verificado y confirmado por su esposa, de manera que se lo podemos echar en cara si trata de cambiar la historia más tarde. ¿Quieres oírla?

—¡Por Dios, no! Guárdalo para el caso de que resulte importante. ¿Qué hay de las llaves?

—Dice que sólo el superintendente tiene una llave maestra, y que la guarda como si fuera las joyas de la Corona. Dice que nadie puede conseguir esa llave sin ver al superintendente, y que es mejor tener una buena razón para hacerlo.

—Eso es una idiotez… ¡que nadie pueda apoderarse de una llave! La consigues del superintendente con un motivo legítimo, se saca una impresión en cera, y se hace hacer un duplicado.

—Estás en lo cierto, pero tienes que tener un motivo para pensar que este tipo hizo eso, y en este momento no puedo pensar en ninguno.

—Tienes razón, mientras no traten de usar eso como coartada. —Se dirigió a Miss Butelle—. ¿Quiere contestar unas preguntas, señora?

—Supongo que sí —respondió ella sin entusiasmo.

—¿Dónde vive usted, Mildred?

—Calle 52 Este número 419.

—¿Y cuándo vio a Mrs. Glazzard por última vez? —dijo mientras apuntaba la dirección.

—Ayer, martes.

—¿Quiere hablarme de ello?

—Entré a las ocho pasadas. Hice mis tareas usuales de la mañana…

—¿Cuáles son?

—Lo primero que hago es ordenar, si es necesario. Si hay vasos o ceniceros sucios, cosas así… si ha tenido visitas la noche anterior. Los lunes y jueves se ocupa de hacer eso la mujer de la limpieza. Los otros días, me ocupo yo. Luego trascribo su columna al dictáfono y la dejo en el hall principal para que el muchacho la recoja.

—¿Qué muchacho?

—El cadete del News Features Syndicate. No sé el nombre. Rara vez lo veo, y no siempre es el mismo. Pero hay una línea telefónica directa y me aseguro de que las copias que contiene el sobre estén allí antes de las once.

—¿Y la columna siempre está lista para usted en el dictáfono?

—Casi siempre. A ella le gustaba terminarla antes de acostarse. Algunas veces, por supuesto, no lo hacía. Entonces yo utilizaba una de las columnas de repuesto que había redactado, y que están en el archivo.

—Bien, ese día usted trascribió la columna. ¿Y luego, qué?

—Entonces abrí la correspondencia, me ocupé de las cosas de rutina y aparté los asuntos que merecen la atención personal de Mrs. Glazzard, y luego escribí a máquina las cartas que me había dictado. Después cumplí algunas órdenes que me había dejado.

—¿Dónde estaba Mrs. Glazzard durante todo ese tiempo?

—Durmiendo. Su trabajo la obliga a acostarse tarde. Jamás se levanta hasta pasadas las doce.

—¿Qué sucede, entonces?

—Corrientemente me quito todo ese trabajo de encima antes de las doce. Entonces preparo el desayuno y se lo llevo entre las doce y la una. Revisamos juntas su agenda, le recuerdo los compromisos que tiene para ese día, y discutimos los planes. La ayudo a vestirse y me ocupo de que cumpla con sus compromisos.

—¿Y luego…?

—Eso depende de ella. Algunas veces quiere que la acompañe. Otras, hay distintas cosas que hacer… arreglos para viajes, si se va a alguna parte, llamar a la gente que desea ver, hacer reservaciones, compras… hacer lo que ella desee.

—¿Y después?

—Después… volver a casa. Esto podría ser en cualquier momento… a medio día o a media noche.

—¿Y qué hora era ayer, cuando la vio por última vez?

—La vi por última vez a las tres de la tarde, cuando salió para ir a un salón de belleza.

Frank anotó eso y preguntó:

—¿Y qué hizo usted después?

—Terminar unas cosas pendientes. Luego dejé el apartamiento alrededor de las cuatro. Me dirigí al correo de la Gran Central para despacharle un paquete, y volví a casa.

—¿Y no la volvió a ver después de las tres de la tarde de ayer?

—No.

—¿No la vio hoy, por ejemplo, cuando vino a trabajar?

—No vine a trabajar hoy.

—¿Y eso, por qué?

—Me dio el día libre.

—¿Usted se lo pidió?

—No. Simplemente me lo dio —contestó con espontaneidad.

—¿Y así nomás le da un día libre?

—Correcto.

—Cuénteme eso.

—No hay nada que contar —respondió ella, cortante—. Todo lo que sucedió fue que cuando salía para la peluquería me dijo: “No venga mañana, Millie… No la necesito”.

Frank garabateó de prisa, y comentó:

—¿Le da a menudo días libres?

—No.

—¿Cuántas veces lo hizo antes?

—No sé… Nunca.

—¿Nunca le había dicho antes “No venga mañana, Millie. No la necesito”?

—No.

—¿Por qué lo hizo esta vez?

—No lo sé.

—¿No se lo preguntó?

—No era de mi incumbencia.

—Vamos, Millie. No era de su incumbencia. ¿Por qué cree que le dio el día libre?

—No lo sé.

—¿Por qué *piensa* que se lo dio?

—No he pensado en ello.

Sessions mostró con la mano el cuerpo tapado con una sábana:

—Vamos, Millie. Mrs. Glazzard está muerta. Está muerta el día siguiente en que de pronto la da a usted el día libre. No me diga que no ha pensado si podría haber una conexión.

—Si la hay, lo único que sé es que no tengo idea de cuál es.

—¿Quién escribió a máquina su columna hoy?

La mujer vaciló, luego respondió.

—No lo sé. Quizás no escribiera nada.

—Su columna está en el vespertino de hoy… referente a una obra teatral que vio anoche. Fue trascrita de una cinta que estaba en su canasto de papeles en su escritorio. Eso fue hecho después que llegara a su casa del teatro anoche.

—Bien, puede ser que la escribiera a máquina ella misma.

—Entonces, ¿para qué la dictó?

Millie se apretó los labios y no contestó.

—Además de usted, ¿quién tiene la llave de este apartamiento?

—El superintendente —respondió con rapidez.

—¿El superintendente y…?

—Nettie, la criada. Quizás la hija de Mrs. Glazzard tuviera la llave. No lo sé.

—¿Qué relación tenía Mr. Motley con Mrs. Glazzard?

Ella pestañeó.

—Oh… ah… ¿él?

—Él tiene una llave, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—¿Por qué no iba a hablarnos de él?

—Me olvidé de él.

—¿Quién es, qué es, dónde vive?

Ella se controló.

—Se llama Robert Motley. No sé dónde vive. Creo que en la calle 75 Este. Hace toda clase de trabajos y cosas para Mrs. Glazzard.

—¿No va a decirme que cumplía tareas sueltas, verdad? ¿Un hombre que tenía la llave de su apartamiento? ¿Qué relación tenía

con Mrs. Glazzard?

La mujer se mordió el labio y respondió:

—Supongo que podría llamarlo su protegido.

—¿Diría que era su amante?

—No lo sé.

—¿Pero usted no pensaría que me equivoco mucho si así lo llamara…?

—No me preocupa la vida privada de Mrs. Glazzard. No la conozco.

—¿Lo llamaba algunas veces por teléfono?

—Sí, a veces.

—No está en la libreta de números telefónicos. ¿Por qué?

—No figura en la lista.

—¿Por qué?

—Supongo que Mrs. Glazzard prefería que fuese así.

—¿Ella paga su teléfono?

—Bien… yo… uh…

—¿También pagaba el alquiler?

—Creo… uh… que sí.

—¿Cuál es su número de teléfono?

Se lo dio con renuencia.

—No creo que tenga derecho a husmear —dijo con amargura—, ni tratar de difamar la buena reputación de una mujer.

—Los muertos no tienen derecho a vida privada, Millie, especialmente si hay dudas en cuanto a la forma en que murieron.

Ella pareció asombrada:

—¿Quiere decir que hay dudas respecto de la forma en que ha muerto?

—¿No cree usted que las haya?

—El frasco… el vaso… Obviamente se trata de un suicidio…

Remick apareció en el vano de la puerta y se detuvo para oír. Sessions dijo:

—¿Sabe usted que tuviera alguna buena razón para suicidarse?

—Bien, no. En verdad, no.

—¿Pero le agradaría que nosotros creyéramos que eso fue lo que sucedió?

—No lo sé. Realmente, no lo sé.

Remick los interrumpió:

—Acaba de llegar la hija, Frank. Quiere ver a la occisa… hacer una identificación.

—Está bien.

—También tengo una primicia para ti. Caligliaro, el ascensorista nocturno, está acá. Dice que la occisa volvió anoche alrededor de la una y cuarto en compañía de dos hombres y una mujer. La mujer y uno de los hombres se marcharon alrededor de las tres menos cuarto. El otro partió alrededor de las tres y cuarto.

—¿No has conseguido ningún nombre?

—No. Pero tengo las descripciones. El hombre que salió último, había estado antes. Pero Caligliaro no recuerda su nombre.

Sessions se volvió:

—¿Y, Millie, quiénes eran esas personas?

—No tengo la menor idea.

—Usted conocía sus planes. Ella fue al teatro anoche y volvió con algunas personas de la reunión que se celebraría luego. ¿Sabe usted quiénes son?

—No lo sé. Eso debe haber sido improvisado. No me dijo que vendría con nadie.

—¿Si el sargento Remick los describiera…?

—No lo creo.

Sessions interrumpió exasperado:

—¡Jesús, Millie! Usted es su secretaria. La conocía más íntimamente que nadie. ¿Quiere decirme que no sabe quiénes son sus amigos? ¿A quién está tratando de proteger?

—A nadie.

—Bien. Espere abajo. Hablaremos más tarde.

Se alejó con gusto de la cara implacable de Frank, y Remick la condujo a la puerta:

—Espéreme en la sala de estar —le dijo—. Descenderé en un minuto. —Bajó la voz cuando llegó con ella al hall—. Y si yo fuera usted, Miss Butelle, cooperaría con el detective Sessions. Es un hombre muy desagradable y malo si piensa que alguien trata de mentirle.

La llevó hasta la escalera y pidió que enviaran a Miss Glazzard arriba. Cuando Remick entró en la habitación, Sessions le dijo:

—Te oí, sargento. ¿Qué quieres hacer? ¿que ella empiece a alegar “brutalidad policial”?

Remick sonrió:

—Pensé que podría atemorizarla un poco. Además, tu aspecto es avieso y malvado.

—Eso es porque no quiero que la gente me diga pamplinas…

—¡Vaya Frankie! ¿Quieres decirme que no creíste la historia de esa pobre viejecita?

Sessions resopló:

—¡Oh, Jesús!

JUEVES 1,05 – 1,20 A.M.

Sessions se acercó a la puerta cuando Linda Glazzard subía las escaleras. Quería observarla lo más posible. Siempre era interesante, tratándose de un homicidio, ver cómo reaccionaban los parientes y amigos de la víctima. Advirtió el pelo rubio, el vestido color tostado, sencillo pero bien cortado, el elegante prendedor que lo adornaba, que no llevaba tapado, y el hecho de que el lápiz labial estuviera un poco corrido.

—Soy el detective Sessions —dijo, tomándola del brazo en el pasillo y apartándola de la gente—. Lamento haberla hecho venir para una cosa así, pero tenemos que hacer algunas preguntas.

Linda miró hacia la puerta de la habitación donde se concentraba la actividad, y se humedeció los labios:

—¿Puedo verla?

—Si lo desea —la guió pasando por delante de los policías y detectives, al dormitorio y hasta la cama. Levantó una punta de la sábana, lo suficiente para descubrir el rostro de la mujer—. ¿Es su madre?

Linda tragó y asintió con los ojos fijos en el rostro inerte, hasta que la sábana la volvió a cubrir.

—Gracias, Miss Glazzard. Si quiere acompañarme…

—¿Cómo murió? —preguntó Linda con el rostro inexpresivo, helado.

El frasco y el vaso ya no estaban. Nada indicaba la causa. Sessions dijo con franqueza:

—No lo sabemos, Miss Glazzard.

—¿La mató alguien?

—No sabemos lo que pasó. Ahora, si usted quiere…

Ella no quería marcharse:

—Usted dijo que era de Homicidios. Toda esta gente que hay aquí… Las joyas de mi madre desparramadas. No harían todo eso si alguien no la hubiera matado. Fue asesinada, ¿no es cierto?

—Hacemos todo esto porque no sabemos cómo murió. Pero debo formularle unas preguntas. ¿Quiere que vayamos a la otra

habitación?

—Preferiría quedarme aquí. —Observaba con desconfianza a los policías que registraban las joyas—. ¿Quién será el responsable de los valores de mi madre? ¿Tiene vigilados a los hombres?

—Ya han sido inventariadas, Miss Glazzard. El patrullero ha estado supervisado por el sargento, y el superintendente es testigo. Lo mismo que la secretaria de su madre.

McPartland entró anunciando que había llegado la ambulancia de la morgue.

—¡Oh…! ¡Perdón, señora! —retrocedió ruborizándose.

—Iremos a la otra habitación, Miss Glazzard —dijo Sessions con firmeza—. Aquí estorbaremos —la tomó del brazo, y ella lo siguió sin protestar a la biblioteca adyacente. Él cerró la puerta; la habitación estaba silenciosa. La hizo tomar asiento, y buscó en su cartera un cigarrillo—. ¿Cuándo vio por última vez a su madre?

—No lo sé. Quizás haga un mes…

Él se sentó en el extremo de la mesa grande, y se inclinó hacia adelante para encenderle el cigarrillo:

—Hace un mes… —tomó nota, y le alcanzó un cenicero. Algo en su voz hizo que ella advirtiera cuánto tiempo era para alguien que vivía a menos de una milla de distancia:

—La he hablado por teléfono en ese ínterin.

—¿Es usted su parienta más próxima?

—Soy su única pariente.

—¿Su madre ha hecho testamento?

—En verdad, no lo sé.

—¿Cuándo la habló por teléfono la última vez?

Ella se mordió los labios:

—Un momento. ¿Por qué pregunta usted eso del testamento?

—Es una pregunta de rutina.

—¿Usted cree que ha sido asesinada y piensa que alguien podría haberlo hecho por su testamento? Yo soy la principal beneficiarla, de manera que estoy bajo sospecha, ¿correcto?

Sessions se mostró tranquilizador:

—¡Vamos, Miss Glazzard! No hay razón para impacientarse. Estas son preguntas que hacemos en cualquier caso de muerte dudosa. No sospechamos de nadie con respecto a nada. Simplemente, queremos averiguar tanto como podamos sobre los antecedentes de la… de su madre. Ahora usted dice que es la principal beneficiaria, pero no sabe si su madre hizo testamento.

¿Cómo es eso?

—Presumo que soy la principal beneficiaria —llevó con rapidez el cigarrillo a la boca y enseguida sacudió la ceniza. Su rostro estaba muy pálido.

—¿Cuándo fue la última vez que habló por teléfono con ella?

—El lunes a la tarde. Me llamó a la oficina. Trabajo para Cowan y Blakeslee y gano muy bien, de manera que le aseguro que no me interesa el testamento de mi madre.

—¿De qué se ocupan Cowan y Blakeslee?

—De Producciones de Televisión. Compaginan y montan las revistas de televisión —ella actuaba como sorprendida de que Sessions no conociera la firma—. Tienen las oficinas en el Edificio Seagram —agregó—, en Park Avenue. —Porque si el detective no conocía a Cowan y Blakeslee, podría no saber dónde estaba el Edificio Seagram.

—Comprendo. ¿Y usted tiene un empleo allí?

—Soy la Directora a cargo de los participantes de la audición “Adivine el Acertijo”.

—¿Cómo estaba su madre la última vez que le habló? ¿Estaba preocupada por algo, nerviosa, agitada?

—No. Estaba como siempre, ocupada.

—¿Qué significa eso?

—Apurada… de prisa.

—¿La llamó por alguna razón particular?

—Quería que fuera a comer el viernes.

—¿Puede decirme algo de la vida privada de su madre, Miss Glazzard? ¿Tenía enemigos? ¿Tenía amigos íntimos, gente con la cual estaba comprometida? ¿Hay alguien que usted conozca que, por alguna razón, pudiera desear verla muerta?

—No sé de nadie —respondió Linda.

—¿Le consta que no había nadie?

Ella negó con la cabeza:

—Temo que ese sea el problema. En verdad, no sé mucho de los asuntos de mi madre. No nos veíamos con frecuencia. A veces pasaban meses.

—¿Y, entonces, el lunes pasado ella la llamó para que usted fuera a comer el viernes? ¿Solía ser ésa su conducta habitual?

—Sí, bastante parecida.

—¿Usted iba a ir a comer con ella?

—Sí.

—¿Tenía una razón particular esta comida?

Linda no veía el motivo de entrar en todos estos detalles. Significaría explicar lo de Randy Benson y muchas cosas que no tenían nada que ver con su madre. Todo lo que se obtendría de ello sería que *ese* detective imaginara mil cosas equivocadas que confundirían lo que quisiera descubrir y podría resultar embarazoso para ella y para Randy. Hasta podría salir en los diarios, y ella no quería nada de eso:

—No había ninguna razón especial —dijo—. Hacía mucho que no la veía.

—¿Y su madre decidió que era hora de verse?

A Linda no le agradó mucho la forma en que sonó eso. La hacía aparecer como algo menos que una hija respetuosa. Pero las explicaciones parecerían componendas:

—Supongo que podría decirse así.

—Su madre tenía una secretaria, una tal Miss Butelle. ¿La conoce?

—No mucho… pero la conozco.

—¿Qué piensa de ella?

—Supongo que es muy capaz y eficiente. Supongo que a mi madre le agradaba, porque si no la hubiera despachado.

—A usted, ¿le agradaba?

Esa era otra pregunta que a Linda no le complacía contestar. En verdad, no le gustaba Miss Butelle, aun cuando no tenía una explicación apropiada del porqué. ¿Qué era? ¿Una diferencia de personalidades? ¿Sólo una sensación con respecto a ella?

—Me gustaba… —respondió Linda—. Pero, en verdad, no la conocía…

—¿A quién más empleaba su madre?

—Que yo sepa, a nadie más.

—Hay una camarera, una tal Nettie…

—¡Oh, sí…! Me había olvidado de ella. —Linda restregó su cigarrillo en el cenicero y se quedó mirando las ascuas—. Ha tenido a Nettie desde hace muchos años… desde que compró el apartamiento.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace once años.

—¿Recuerda algunos otros empleados que haya tenido su madre? ¿Empleados masculinos?

—No.

—¿Un hombre para hacer mandados, conducir el automóvil?

—No tiene automóvil. Consideraba que cuando necesitaba un coche, era más barato y más conveniente alquilar un coche de remise.

—¿Qué hay de un hombre llamado Robert Motley?

—¿Robert Motley? No lo conozco. ¿Se supone que es alguien a quien mi madre conoce?

—Aparentemente, es un "protegido".

—¿Un "protegido"? —frunció el ceño—. ¿Quiere decir…, en realidad, usted quiere decir un amante?

—Esa palabra es mejor para el caso. ¿Lo cree usted posible?

Iba a decir que no, y luego guardó silencio. Después de todo, su madre no era una vieja. Se había divorciado del padre de Linda hacía más de veinticinco años, y nunca había vuelto a casarse. ¿No sería precipitado, sino verdaderamente ridículo presumir que Mónica había vivido una vida de continencia desde entonces? Linda nunca había pensado antes en su madre desde el punto de vista sexual. Nunca se preocupó de imaginar cuáles eran los sentimientos de su madre sobre ese tema. Ella misma había aprendido las cosas de la vida, de sus compañeras de colegio, y todo lo demás que supo sobre el tema había sido de otras fuentes y no de Mónica. La mayor parte de la información que había recogido en el mundo, le llegó siempre por otros conductos ajenos a Mónica. Mónica podía comunicarse con sus lectores, podía comunicarse con sus amigos y admiradores, pero no podía comunicarse con su hija.

—No sé nada de sus amantes —dijo Linda con lentitud—, no sé una palabra de eso.

—¿Lo considera usted probable o improbable?

Miró a Sessions con asombro en la cara:

—Creo que jamás he pensado en ello antes.

—¿Qué piensa ahora?

Linda se ruborizó. Buscó otro cigarrillo. Bien, ¿y qué hay con eso? ¿Y qué había sido su propia vida? Como resultado de un tratamiento de psicoanálisis había abandonado la promiscuidad, pero no había dejado a un lado el sexo. Ahora tenía cuidado y tenía que importarle algo en y por sí mismo, y eso significaba que no sucedía tan a menudo. Pero sucedía. No vivía una vida de celibato. En realidad, Randy se hubiera reído ante ese pensamiento. Se habían hecho el amor con bastante pasión y frecuencia durante algunos meses. Entonces, ¿por qué no había de hacerlo su

encumbrada y poco convencional madre? ¿Qué otra cosa podía esperar, en realidad?

—Creo que podría ser posible —respondió Linda en voz baja, preguntándose si Sessions estaría leyendo en sus respuestas su propia conducta.

Él volvió a encenderle el cigarrillo:

—¿Usted cree posible que tuviera ahora un amante, pero no sabe nada de ello? ¿Alguna vez hubo amantes que usted conociera?

—No —tampoco lo miró esta vez a los ojos. Tenía que levantar la cabeza y era más fácil mirar a otro lado. No se sentía cómoda frente a su penetrante mirada. No se sentía cómoda en su presencia. Él estaba estudiando un caso, cumplía su trabajo y todo en él lo demostraba; la forma en que miraba las cosas y la gente, leyendo, absorbiendo y drenando hasta dejarla a una seca; la forma en que se movía, estrictamente profesional, sin movimientos inútiles ni vacilaciones. Hasta el rostro magro, un poco más delgado de lo que debiera estar, un poco más pálido, parecía esculpido, así como el resto de su persona, para ir rectamente a su objetivo.

—¿Hay algo más que recuerde que pudiera tener relación con la muerte de su madre, ya sea porque su madre quiso suicidarse o porque alguien podría desear matarla? ¿Puede pensar en *alguna cosa*?

—No, señor. No puedo pensar en nada. En realidad, ni siquiera puedo creerlo —dijo, y esta vez lo miró a los ojos.

Sessions se bajó de la mesa.

—Bien, Miss Glazzard. Muchas gracias —la tomó del codo y ella se levantó de la silla próxima a la mesa de la biblioteca. Sessions la condujo hasta la puerta—. Tendrá que presentarse en la oficina del médico oficial, mañana por la mañana. Está en el Hospital Bellevue, sobre la esquina de la Primera Avenida y la calle 30. Entre las ocho y las nueve, sería mejor.

—¿Entre las ocho y las nueve… Primera Avenida y Calle 30? —Lo miró—. ¿Para qué?

—Tiene que hacer una identificación formal ante ciertos testigos específicos.

—Pero…, acabo de decir que es mi madre.

—Y tendrá que decirlo otra vez. Es la ley.

—Comprendo.

—Y mientras esté allí, puede decirnos dónde quiere que envíen a su madre, de acuerdo con los arreglos que haya hecho.

—¿Enviarla?

—Supongo que le hará algún funeral…

—¡Oh, sí…! —respondió ella, aturdida—. ¡Por supuesto!

No se le había ocurrido la idea. "¡Qué hija desnaturalizada…!" debe de haber pensado el detective. Pero había estado tan ausente de la vida de su madre, que era muy lógico presumir que… ¿qué? ¿Que Millie Butelle se ocuparía del funeral? ¿Que lo harían los amigos de Mónica del mundo del periodismo, o alguna de esas personas que la invitaban a las reuniones y que ella aceptaba? Pero, por supuesto, que no era así. Mildred Butelle, ahora, no era más que una mujer sin trabajo. Los hombres y mujeres que se congregaban al lado de Mónica, sólo estaban interesados en una Mónica viva, estimulante, excitante… Muerta, no tenía derecho a ellos.

Sólo tenía derecho sobre Linda y era un derecho del cual Linda no podía evadirse. La gente de la morgue no enterraría el cuerpo por ella. No se ocuparían de esas cosas. Ella tenía que encargarse de eso. Y de pronto comprendió que no tenía la más remota idea de cómo hacerlo. ¿Tendría Mónica algún lugar reservado en un cementerio? ¿Habría hecho alguna vez esa compra? (No… si Linda conocía a Mónica.) ¿Habría tenido ciertas ideas especiales sobre qué habría de hacerse con sus restos? ¿Estaba en favor de la cremación? ¿Se oponía a ella?

Linda bajó lentamente las escaleras, tomada del pasamanos, dándose cuenta, vagamente, de la gente que iba y venía por el hall, de los murmullos y ruidos, de la actividad. Su mente estaba atrapada por el problema del funeral. ¿A qué funeraria llamaría? Y cuando le preguntaran algo del entierro, ¿qué podría decirles? ¿Podría pedirles que sugirieran algo? ¿Podría comprarse una parcela de tierra, en algún cementerio, en dos días?

¿Y cuánto costaría? ¡Gran Dios! No podía contratar para Mónica un funeral barato… Toda la gente de "visón", las estrellas de cine, los grandes y poderosos de todas las actividades, esperarían sólo lo mejor. Pero, ¿quién iba a pagarlo? ¿Habría reservada Mónica dinero para eso? Seguramente, no. ¿Y dónde conseguiría Linda el dinero? Ganaba un buen sueldo, pero no era ahorrativa. Había sucedido tan de pronto… ¡y no tenía más de mil dólares disponibles en efectivo!

Afuera estaban llevando en una camilla con ruedas el cuerpo de su madre a la ambulancia de la morgue. La habían envuelto en una sábana, pero su pie derecho estaba descubierto a medias, y tenía atada al dedo gordo una etiqueta de identificación. La etiqueta tuvo

la culpa. Linda sintió caer las lágrimas y, rápida y ciegamente, huyó de los fotógrafos que habían tomado su retrato, de los reporteros que habían tratado de hacerle preguntas, de los policías y de los curiosos que se habían reunido en la vereda, debajo de la marquesina. ¿Qué pensarían de ella esos detectives? ¡Qué insensible debió haberles parecido! ¡Qué insensible se consideraba a sí misma, pensando en los inconvenientes que había provocado la muerte de su madre más que en la pérdida que significaba! Ahora, de pronto, la visión de una etiqueta le había hecho comprender cuán sola estaba. El baluarte de la existencia de su madre, por muy ignorado y marginado que hubiera sido, siempre había estado allí. Siempre había existido la cuerda dorada en el subconsciente. Había alguien más en el mundo de la misma sangre. Pero, ahora ya no estaba. Ahora no había nada. Si sólo la tía de Randy… Si sólo Randy… Lo necesitaba con desesperación, pero no estaba allí. Podría no volver a estar allí jamás…

En el apartamiento, los detectives pensaban en Linda, aun cuando no precisamente en la forma en que ella imaginaba. No era su insensibilidad lo que les interesaba.

—Es otra persona que tiene algo que ocultar —dijo Sessions a Ecklin—. Se ocupó de precisar que no tiene necesidad del dinero de su madre. Me dijo que tenía un empleo muy bien remunerado… tiene oficinas en el edificio Seagram que, insistió, está en Park Avenue… por si acaso yo no lo sabía. Para asegurarse de que con eso me impresionaría. —Sessions se encogió de hombros—. Teme que sospechemos que mató a su madre. Ni siquiera sabemos con certeza que se trate de un homicidio, pero teme que sospechemos de ella. ¿Por qué?

JUEVES 1,20 – 1,40 A.M.

Remick estaba hablando con Miss Butelle en la sala de estar, cuando Sessions llegó.

—Miss Butelle cree que podría reconocer al hombre que salió anoche con Mrs. Glazzard —anunció el sargento—. Alto, canoso, distinguido. ¿No es así, Miss Butelle? Dígaselo al detective Sessions.

Miss Butelle ya no era la mujer fría, dominante, que en un principio había identificado a su empleadora y catalogado los valores. Ahora estaba nerviosa y asustada.

—Es el doctor Archibald Patterson —dijo—. Eran muy amigos. Se conocían desde hace años. Creo que se ha retirado ahora de Columbia, pero da conferencias y escribe. Podrían haberse visto anoche.

—¿Dónde vive el Dr. Patterson, Mildred?

—En Morningside Heights, pero no sé la dirección. Mrs. Glazzard debe tenerla. —Con ojos suplicantes miró a Remick—. ¿Puedo marcharme ahora?

Remick le sonrió. Se volvió a Sessions:

—¿Estás de acuerdo, Frank? ¿Conseguiste lo que necesitabas?

—Todo menos el nombre del abogado de Mrs. Glazzard.

—Lawrence Stockton, de Stockton, Bates y Pierce —respondió la mujer.

—Está bien.

La dejaron partir, observándola mientras iba tropezando ciegamente por el pasillo hasta la puerta. Sessions preguntó:

—¿Qué le hiciste, sargento? Actúa como si estuviera muerta de miedo.

—No me mires así. Le he estado teniendo la mano. Lo que la sacudió fue descubrir que creemos que se trata de un homicidio. Ha estado presumiendo que era un suicidio.

—¿Ha estado presumiendo que se trata de un suicidio? ¿O ha estado presumiendo que nosotros pensábamos que era un suicidio?

—¿Me estás preguntando qué pasa por su cabeza? —Remick rio —. No te lo podría decir.

—Tú no puedes, y ella no quiere. Bien, verificaremos estos nombres que nos ha dado y veremos qué tenemos que agradecerle.

—Si Patterson estaba con Mónica anoche, podría habernos hecho un gran favor.

—Especialmente si ella lo conocía tan bien como para ponerse el camisón. Si no, será mejor ver qué estaba haciendo ese “protegido”.

Sessions volvió a la oficina próxima al comedor para buscar en el archivo de direcciones. Devlin aún estaba revisando los papeles.

—Esta dama extendía interesantes cheques —dijo. Con el dedo recorrió los talones más recientes—. Escucha esto: 17 de abril, R. Motley, ciento cincuenta dólares. 26 de abril, R. Motley, ciento diez dólares. 2 de mayo, R. Motley, ciento veinticinco dólares.

—Fuera de broma… te desempeñas bien, compañero. —Lo apuntó en su libreta.

—Y todos los meses —continuó informando Devlin— hay un cheque para Hanson y Reed Bros… bienes raíces… por 174,98 dólares. Debemos imaginar que es el alquiler de este individuo Motley.

—Así parece. —Sessions buscó en el archivo la tarjeta del Dr. Patterson y la sacó.

—¿Quieres que verifique algo en especial, Frank?

—Sí. No creo que nadie haya registrado la entrada de servicio, todavía.

—Está bien —Devlin se marchó y Frank tomó el teléfono. Una voz en la extensión estaba diciendo: “… si alguno de los que menciono tiene antecedentes policiales. Claude Hogarth. Dirección actual, Calle 72 número 154, Este. Harry Berkman…”

Sessions colgó el teléfono y se dirigió al apartamiento de los Krick.

—Ya pronto terminaremos, Mr. Krick. El Laboratorio ha concluido. Los fotógrafos se están yendo. Estamos por terminar. —Discó el número de Patterson, encendió un cigarrillo y miró su reloj. Todavía no era la una y media.

El “¡Hola!” del Dr. Patterson era culto y fluido, y no había rastros de sueño en él. Sessions cumplió con toda su identificación de rutina, y dijo:

—Entiendo que usted es amigo de Mónica Glazzard…

El interés de Patterson se aguzó instantáneamente:

—¿Detective? ¿Dijo usted de Homicidios? ¡Por supuesto! Sí, conozco a Mónica. ¿Por qué?

—Mrs. Glazzard murió en las últimas horas de la noche o en algún momento de la madrugada. Entendemos…

—¿Mónica está muerta? ¡Usted debe estar bromeando…!

—Esto no es una broma, doctor Patterson.

—Si ésta es una de sus chuscadas… —la voz, de pronto, perdió algo de la convicción de que se trataba de una chuscada—. Usted es… ¿Esto no es…? Bien, por favor, no me haga bromas.

—No estoy bromeando, doctor Patterson. Mrs. Glazzard murió hoy, temprano. Entendemos que usted la vio anoche.

—¿Quiere repetirme quién es usted?

—Detective Frank Sessions. Escuadra de Homicidios. Manhattan North. Número de placa tres-seis- siete-nueve. Verifíquelo si no lo cree.

—No, no… sí lo creo. Parece un detective. Pero, ¿me dice que Mónica está muerta? No lo puedo creer. ¿Cómo sucedió?

—Todavía no lo sabemos. Entendemos…

—¿Asesinada? ¿Cree usted que Mónica fue asesinada?

—Le dije que no sabemos cómo murió, doctor. Esperamos que usted pueda arrojar alguna luz sobre el caso.

—¿Yo? —pareció alarmado—. ¡Pero eso es increíble! ¿Cómo podría…?

—Entendemos que usted estuvo con ella anoche…

—¡No, no! Está completamente equivocado. No, no la vi anoche.

—¿No estuvo con ella anoche? ¿No la vio ayer en ningún momento?

—No. No la vi.

—Pero la conocía bien.

—¡Oh, sí! Muy bien. Una persona realmente importante. Oh, esta es una noticia terrible. ¡Es una cosa espantosa!

—Doctor, esperamos que usted pueda ayudarnos.

—Sí. ¡Por supuesto! Cualquier cosa que pueda hacer. Cualquier cosa.

—¿Podría venir ahora mismo al apartamiento de ella?

—Desde luego. Iré enseguida.

Sessions llamó luego al número de Robert Motley que le había dado Millie. Una voz de hombre respondió al tercer llamado. Sessions se identificó nuevamente.

—Lamento molestarlo a esta hora de la noche, Mr. Motley… Usted es amigo de Mónica Glazzard… ¿Es eso exacto? Lamento mucho tener que decirle que Mrs. Glazzard está muerta… Sí, murió

a la madrugada… Estamos investigando, porque parece que podría haberse suicidado, y tenemos que hablar a sus parientes y amigos íntimos. Nos gustaría hablar con usted, Mr. Motley… si está bien. Entendemos que usted es uno de sus amigos. —Sessions plegó el ceño y torció una de las comisuras de sus labios. Abrió su libreta y la puso sobre la mesa—. Es usted muy buen amigo —dijo con voz helada— porque Mrs. Glazzard le extendió un cheque por ciento cincuenta dólares el 17 de abril. Y el 26 le extendió otro por ciento diez. —Sus ojos tomaron una expresión desagradable—. Está bien, Mr. Motley. Queremos hacerle algunas preguntas con respecto a Mrs. Glazzard. Queremos que venga al Precinto 19 en la calle 67, Este número 153. Suba las escaleras a la sala de la escuadra de detectives, en el segundo piso. Pregunte por el teniente Boxton y dígale que Frank Sessions le dijo que entrara. —Escuchó y levantó los ojos al cielorraso—. Por supuesto que quiero que lo haga enseguida… Sí, ya sé la hora que es… Pero aquí se trata de averiguar cómo murió una íntima amiga suya. Sabemos que usted quiere cooperar… Gracias, Mr. Motley.

Colgó y murmuró una palabra de cuatro letras que era mucho más fuerte que *¡Jesús!*

JUEVES 1,40 – 2,15 A.M.

Devlin encontró a Sessions cuando éste salía del apartamiento de los Krick:

—Frank, he registrado la entrada de servicio. Hay una puerta de servicio en el subsuelo, que da a un pasaje lateral… por una rampa que baja entre los edificios, desde la vereda del frente. La puerta de servicio no tiene falleba del lado exterior. Sólo se abre desde adentro. La puerta tiene una tranca interior. Además hay una puerta que da a la vereda. Está abierta durante el día, pero la cierran con llave por la noche. De manera que si se trata de un homicidio, es alguien que entró por la puerta principal… ¿Eh, Frank?

Sessions no se sorprendió.

—¿Quién tiene llave de esa puerta que da a la calle? —preguntó.

—El portero.

—¿Quién más?

—No lo sé, Frank. ¿Crees que alguien podría haber tenido una llave y llegar por la rampa…?

—No sé lo que ha sucedido. Lo que quiero saber es lo que no pudo haber sucedido.

—Bien, creo que es muy poco probable…

—Si esto es un homicidio, y no hay robo, entonces es probable que el motivo sea personal, lo que hace posible que el asesino conozca muy bien a su víctima. Es probable, desde que no podemos encontrar señales de violencia para entrar, que también tenga una llave… en realidad, tantas llaves de este lugar como tenía la víctima. Sin duda alguna, el ascensorista de turno conoce al asesino. En consecuencia, habrá tratado de evitar que lo viera el ascensorista. Por lo tanto, el asesino podría haber usado la entrada de servicio como medio para entrar. Y a diferencia de ti, no considero que la entrada de servicio sea “muy poco probable”. Si hay alguna manera para que el asesino obtenga una llave, o persuada a alguien de que deje la puerta sin llave y corra la barra que traba la puerta de servicio, o atasca la cerradura o fuerza la puerta con una ganzúa, diría que esto era una manera “muy

probable” de entrar… mucho más probable que vagar por la calle buscando una oportunidad para filtrarse adentro cuando el portero de la noche sale para llamar un taxi.

—Vaya, Frank, tienes razón. Será mejor que vuelva a mirar otra vez —respondió Devlin.

—Lo que quiero —lo detuvo Sessions— es el nombre del hombre que esté dispuesto a jurar que esa puerta estaba cerrada con llave, anoche. Y cuando mañana vengas con los técnicos cerrajeros, sabrás por ellos si esas cerraduras fueron forzadas. Las de la puerta y de la entrada de servicio. No solamente las cerraduras de este apartamiento.

—Tienes razón, Frank —respondió Devlin al partir, anotando algo en su libreta.

Ecklin y D’Amato llegaron, y Ray preguntó:

—¿Qué estabas haciendo? ¿Dando lecciones de cómo ser un detective? Espero que estés cobrando honorarios profesionales.

—Es un buen muchacho. Es nuevo, pero tiene muy buena voluntad.

—¿Como el joven príncipe al que le muestran el harem de su padre?

—¡Jesús, Ecklin! ¿Sabe tu esposa el tipo de mente que tienes?

—¿Conseguiste a Patterson y a Motley, Frank? —preguntó Remick.

—Sí. Patterson vendrá a vernos aquí. Motley irá al diecinueve.

—Deberías haberle dicho a Patterson que fuera asimismo al Precinto. Casi hemos terminado, y estamos por marcharnos nosotros también.

—Tenemos que hacerlo venir aquí, sargento. Dice que no es el individuo que trajo anoche a Mónica a su casa. Quiero que lo vea el ascensorista… Caligliaro… y ver si lo reconoce.

—Está bien. Será mejor que lo esperemos.

—Tengo algo para que lean, si quieren pasar el tiempo —dijo Ecklin. Sacó de su bolsillo un delgado paquete de cartas, sujeto con un elástico grueso.

—¿Qué es eso?

—Salvo que haya otra persona en su vida llamado Bobby, Mr. Motley tiene una franca vocación epistolar. Además escribe prosa púrpura. Vean su estilo. —Ecklin distribuyó al azar las cartas, para que cada uno las analizara. Todas comenzaban con un apasionado llamado a “Monny” y terminaban con una apasionada despedida de

“Bobby”. Entre los dos nombres había una cantidad de asombrosos parágrafos describiendo con íntimos y eróticos detalles las actividades realizadas en los momentos más recientemente compartidos.

Remick leyó la mitad de una carta y le preguntó a Ecklin:

—¿Cómo llamarías a esto…? ¿Pornografía pura…?

—No lo sé, pero no creo que el director general de correos estuviera de acuerdo en que esto se deslizara entre la correspondencia. Pero la verdadera cuestión es esta: ¿es verdad o ficción?

Sessions metió su carta en el sobre, advirtiendo que no figuraba el remitente:

—Parece que a la occisa no sólo le gustaba el asunto, sino que le gustaba leer sobre ello. Y este individuo Motley sacó provecho escribiéndolo. Le gusta hablar tanto como actuar. Apostaría que hablaban hasta por los codos mientras se hacían el amor.

—Ella era más terrenal de lo que habíamos pensado.

—¿Dónde encontraste las cartas, Ray?

—Abajo, en el sótano, en el guardabaúles. En el cajón de un mueble que tiene allí. —Tendió el paquete a Frank—. Toma, es tu paloma, de modo que puedes tener la literatura. Asegúrate solamente de que ningún patrullero novel te sorprenda con ellas. Podría tratar de convertirte en su primera captura.

—Gracias. Supongo que siempre podré leerlas en los subterráneos y ómnibus. —Juntó las cartas del paquete y lo metió en su bolsillo—. No dejes que me olvide de darte un recibo.

—¿Hemos terminado? Cerremos esto y digámosle al superintendente que nadie puede entrar aquí —sugirió Remick.

Inspeccionaron el apartamiento una vez más y lo cerraron con llave. Sessions agradeció a los Krick y llevó la llave a Hogarth. Volvió al hall de entrada donde solamente estaban Remick, Ecklin, D’Amato y Norman Caligliaro. Los patrulleros, los fotógrafos, los hombres del Laboratorio y los reporteros ya se habían marchado. El edificio era un lugar tranquilo y silencioso, recogido para la noche. Remick le dijo a Caligliaro:

—Pronto va a venir un hombre. Usted me dirá si sabe quién es, y cuándo lo vio por última vez. ¿Comprendido?

—Sí, jefe —dijo Caligliaro, llevándose la mano a la gorra.

Devlin salió del pasillo principal. Se dirigió a Sessions y abrió su libreta:

—El ascensor de servicio está abierto desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, los lunes, martes y miércoles, Frank. De nueve a cinco, los otros cuatro días. El individuo que cierra, echa el cerrojo de la puerta de afuera y se marcha. De manera que, anoche, martes, Pete Tuckman cerró con llave la puerta a eso de las diez, quizás unos minutos más tarde. Se va por la rampa de servicio cuando deja el trabajo y cierra con llave la puerta. A la mañana el individuo la abre cuando toma servicio.

—De manera que la puerta está abierta la mitad de la noche, y la puerta de servicio, probablemente, está abierta parte del tiempo… aun cuando más no sea, para la ventilación.

—Dicen que no estaba abierta, pero sé a dónde vas, Frank. No van a admitir que puedan haberlo olvidado.

Remick y Ecklin se les reunieron.

—Y… —agregó Remick— Caligliaro va al baño, tal vez fume un cigarrillo allí dentro. Nadie puede jurar que alguien, con una llave del apartamiento de Mrs. Glazzard, no entró y salió sin ser visto.

Un hombre descendió de un taxi y pagó al conductor. Remick empujó a Caligliaro hacia el frente. El hombrecito, delgado y desvaído, se acercó diciendo:

—Buenas tardes, señor —cuando se acercó el hombre.

—¿Tardes…? —el hombre era alto, canoso y pulcro. Llevaba un sobretodo liviano, el sombrero inclinado a un lado, y un bastón con la empuñadura de marfil. Era un hombre apuesto, culto, cortés y consciente de todo.

—¿Doctor Patterson? —Sessions los presentó a todos y le agradeció el haber venido. Lo hizo con tanta habilidad que el recién llegado no vio a Caligliaro hablar en voz baja con Remick.

—¡Qué cosa terrible! —exclamó Patterson—. ¡Terrible! Era tan… tan vibrante, tan llena de vida, una amiga tan buena y tan querida. ¿Quién ha podido hacer una cosa así?

—Todavía no sabemos qué ha sido hecho, doctor…

—Ella no se quitó la vida, eso se lo aseguro. Y no me llame “doctor”. No soy médico. Soy sociólogo. “Señor” me gusta más. Siempre estoy esperando que la gente que me dice “doctor” pida un diagnóstico. —Rio y los detectives rieron sin mayor entusiasmo. Miró a su alrededor con cierta desconfianza—. ¿Saben…? Ustedes son las personas que en verdad admiro. Están aquellos que observan la vida, que se sientan y miran. Y están los otros que, habiendo observado la vida, pontifican. Supongo que yo soy uno de ellos.

Pero también están los que actúan. No pierden el tiempo observando y oyendo, sino que entran y experimentan. He leído sobre crímenes. He estudiado el crimen. Supongo que eso los sorprende. No creo que usted imaginara eso. Pero cuando el hombre se muestra bajo el aspecto más fascinante, es en el crimen. Cuando la ley no lo sujeta y es totalmente él mismo. El criminal es el hombre en su realidad, como el hombre es realmente… desnudo de todo subterfugio. Pero como digo: yo estudio el crimen, pero ustedes luchan contra el crimen. Ustedes son los hombres de acción. Ustedes son los héroes.

Los cuatro detectives escucharon cortésmente todo eso, y Sessions respondió:

—Sí. Bien, Mr. Patterson, queríamos hacerle unas cuantas preguntas, si no tiene inconveniente.

—¿Inconveniente? Créame, quiero ayudarles. Cualquier cosa que yo pueda hacer. ¿Sabe usted…? Probablemente yo estaba más cerca de ella que ningún otro. Me atrevo a decir que conozco mucho de ella, mucho de sus amigos… Deseo trabajar con ustedes en este caso.

—Sí, bien, tenemos que hacerle algunas preguntas, pero…

—Créame, esto no significará ninguna molestia para mí. Está en nuestra mutua ventaja. Si pudiera sentir que estoy ayudando a resolver la cuestión de la muerte de una amiga muy querida, sería una recompensa suficiente. Y créame que me alegra la oportunidad de estar con ustedes. Le diré… Hace algunos años traté de entrar al Departamento de Policía, especialmente a la oficina de detectives, podría decir… y muy especialmente a Homicidios. Ver al hombre, al criminal… usted me entiende. Y al hombre, al cazador… Sí, pero la rutina burocrática para ser admitido… Bien, temo que no tuve una experiencia muy feliz. En todas partes me daban sólo un mínimo de información y me dijeron que si quería conseguir más, tendría que pasar por ciertos canales. Y los canales que debía atravesar no parecían dispuestos a darme acceso a una mayor información —rio—. Quizá la policía recele de los intelectuales.

—Sí. Ahora, Mr. Patterson, vamos a ir a la escuadra de detectives del Precinto 19. Aquí ya hemos terminado, y…

—Y usted quiere tenerme en su propio terreno, por así decirlo, ¿verdad? Por supuesto, nunca he visto una sala de detectives.

Remick captó la expresión de los ojos de Frank. Sessions replicó:

—Es algo hermoso.

—¿Voy con ustedes? Vine en taxi…

—Sí. —Salieron y Sessions indicó—: En aquel coche negro. Los detectives D'Amato y Devlin irán en este otro.

Patterson abrió la puerta con cautela:

—Tiene el aspecto de un coche común. ¿Tiene sirena?

—Sí —Sessions esperó hasta que Patterson entrara y se ubicara en el asiento de atrás, y preguntó a Remick—: ¿Qué dijo el ascensorista?

—Que lo reconoció. Es él.

JUEVES, 2,15 — 2,20 A.M.

Linda Glazzard cerró las canillas de la ducha y escuchó. A las dos y quince de la madrugada, ¿era ese su teléfono? Volvió a sonar y descorrió las cortinas, saltó de la bañera, tomando una toalla y corrió al dormitorio.

En los treinta y cinco minutos trascurridos desde que había vuelto de casa de su madre, Linda había fumado cuatro cigarrillos, tomado cuatro onzas y media de whisky, se había desvestido y metido en la ducha. Los cigarrillos y el licor estaban destinados a tranquilizar sus nervios alterados, darle tiempo a pensar y al mismo tiempo evitarle pensar demasiado. La ducha era para quitarle la sensación de la casa de su madre, de la viscosa habitación donde su madre yacía muerta, los policías impasibles, llenos de preguntas suspicaces, más bien que comprensivos, la sucia ambulancia de la morgue, y un pie blanco, desnudo, con una etiqueta atada al dedo mayor…

Fumar y beber no le había servido gran cosa en ese intervalo de media hora. No se había repuesto mucho. Pero ahora el teléfono había sonado, y todo se compondría. No podía ser más que Randy, y él arreglaría todo. Podía haber entrado en sospechas y podía haberse enojado, pero la amaba. En verdad, la amaba. Y también la conocía. Había sido franca con él… le había dicho toda la verdad.

Por supuesto, el hombre con quien pensaba casarse no podría imaginar que a los veintinueve años, todavía fuera virgen… especialmente cuando él mismo había tenido una experiencia previa con ella. Pero hay una diferencia entre un *affair* o dos, y lo que había sido el terrible pasado de Linda antes de encontrarse a sí misma. Pero todo se lo había contado a Randy y él había dicho que no importaba. Él la quería de todas maneras…, no sólo para un momento, sino para toda la vida. Quería casarse con ella, formar un hogar con ella, y hacer todas las cosas del mundo para ella. ¡Pobre Randy! Quería darle la luna, pero aún no podía comprarle un anillo. Estaba sin trabajo y tratando de hacer durar sus magros ahorros hasta que volviera a tener un empleo.

Pero eso no duraría mucho. El problema importante del momento era solucionar las dificultades que había causado la conducta de David. Y Randy la llamaba para hacerlo.

No estaba segura del tiempo que había estado sonando el teléfono, cuando chorreando agua se tiró a través de la cama para tomar el receptor.

—¡Hola! —dijo ella, con el corazón golpeándole con fuerza, en tanto trataba de arreglar la toalla para sentarse sobre ella.

Era Randy quien respondió, pero no era el tipo de voz que generalmente empleaba cuando hablaba con ella. Esta era una voz fría con un acento casi extraño, como si llegara de algún lugar de Europa, más bien que de uno relativamente próximo.

—¿Miss Linda Glazzard?

—Oh, Randy… ¡esperaba que fueras tú!

—Estabas en ascuas por saber de mí, ¿no es así?

—Querido, si supieras… Casi me he vuelto loca. Ese estúpido David…

—¿David, qué?

—Tú sabes. Te he hablado antes de él. Está en Cowan y Blakeslee. Lo conozco desde que trabajo allá.

—¿Es uno de aquellos con los cuales te acuestas?

Eso la lastimó.

—¿David? —replicó con forzada jovialidad—. Es sólo un payaso. Me oyó hablar por teléfono contigo, e interrumpió para hacerte pensar mal. Esa es su idea de una buena broma.

—¿Y cuál es *tu* idea de una buena broma, querida? —inquirió fríamente Randy—. ¿Decirme que has ido al teatro con una amiga, y terminado en tu apartamiento con un hombre?

—Randy, ¡no continúes! —dijo ella desesperada—. Si fuera el tipo de muchacha que estás pensando… quiero decir, si yo fuera el tipo de muchacha que hiciera una cosa así… ¿crees que hubiera dejado que te dijera nada por teléfono? Después de todo… querido.

—No parecía que lo dejaras, Linda. Parecía como si no quisieras que lo hiciera. Y lo que es más, él no parecía alguien que estuviera haciendo una broma.

Linda se apretó las rodillas buscando calor. Estaba desnuda y mojada, y no sólo la voz de Randy, sino también la temperatura de la habitación la hacían tiritar.

—Sé razonable, Randy —insistió, tratando de ser razonable ella misma—, si me dejas explicarte.

—Lo he intentado, pero no sólo me cortas la comunicación, sino que no respondes cuando vuelvo a llamarte. Si no hubieses contestado esta vez, Linda…

—Oh, ¡Dios mío! —exclamó Linda; y… una vez más se había olvidado por completo—. No sabes lo que ha sucedido… mi madre… La policía me llamó. ¡Mónica ha muerto!

—¿Qué?

—¡Mónica…! Está muerta. Murió esta mañana. La policía me llamó enseguida que se cortó la comunicación contigo. Me pidió que fuera a identificarla. Oh, querido, ¿no puedes venir? Te necesito. Ahora mismo te necesito desesperadamente.

—Supongo que esa no es una broma… No podría ser… —respondió Randy con cautela.

—No. ¡Te lo juro! Randy, estará en todos los diarios. Acabo de llegar de su casa hace tres cuartos de hora. Verdad. Fue enseguida que tú llamaste. David me llevó en un taxi, y se volvió a su casa.

—Bien. Lamento saber lo de tu madre, Linda —la voz parecía sincera, pero todavía fría.

—Randy, estoy medio loca. Sé que tu tía se está muriendo, pero te necesito. Necesito alguien que me ayude en estos próximos días. No sé cómo puedo hacerlo…

Randy no cedió ni una fracción de pulgada.

—Me necesitan aquí, Linda.

—Pero, por todos los santos, ¡yo soy la mujer que amas! Tengo un problema. Por favor, Randy. ¡Es *mi propia* madre!

Randy seguía sin perdonar:

—Parecería, por la forma en que lo dices, que eso fuera importante, Linda, como si *tu propia* madre significara algo para ti. Por lo que he podido entender, tu única emoción con respecto a tu madre era el temor. *Ella* tenía que dar su visto bueno antes de que te casaras conmigo.

—No tenía que dar su visto bueno. ¿No crees que me hubiera casado contigo a pesar de lo que mi madre pudiera decir o hacer? —Linda gimió entonces—. Oh, Randy, ¿qué estamos haciendo? Estamos disputando. Son las dos de la mañana y estamos disputando. Tengo frío. Me hiciste salir de la ducha. De manera que aquí estoy sentada, desnuda. —Rio—. ¿No desearías que hubiera fonovisión?

—Déjame preguntarte una cosa. ¿Te hubiera gustado que tuviéramos fonovisión la última vez que te llamé?

—¿Por qué dices esas cosas? —replicó Linda con expresión dura—. ¿Por qué no confías en mí? ¿Cómo puedes pensar que miro a otro hombre?

—Lo has hecho, ¿no es así?

—No, desde que te conozco. Ni una sola vez desde que te conozco. Y eso fue antes de advertir siquiera que estábamos enamorados.

—Pero, ¿cómo puedo saberlo?

—Porque me conoces. Como yo te conozco a ti, y sé que ahora no estás con otra mujer, aun cuando hicieron esa acusación contra ti esta noche.

—Oh… —dijo Randy con interés—. ¿Quién la hizo?

—David. Y le dije que no sabía lo que decía.

—¿Por qué haría semejante observación?

—Oh, Randy. Porque trató de seducirme. Si quieres saberlo, hizo todo lo posible. Y le conté que te amo… Eso fue después que llamaste. Me dijo que era probable que tú me hubieras plantado por otra mujer, y yo le respondí que no harías tal cosa, y estaba segura porque te conocía. Y le dije que, por la misma razón, tú sabías que yo no estaba con otro hombre, porque me conocías. Y tú sí me conoces…

—*Sí*, te conozco, Linda. Tanto tu pasado como tu presente.

—¿Mi pasado? —dijo alarmada—. ¿Qué hay con mi pasado? Pensé que habías dicho que eso no tenía nada que ver con lo nuestro.

—El pasado, no, Linda. Es verdad. Lo que cuenta es el presente. Y eso es lo que me preocupa ahora. No te culpo, querida. Pero después de lo sucedido esta noche, tengo que preguntarme, ¿está el pasado realmente pasado? ¿Has cambiado, en verdad, Linda, o sólo piensas que has cambiado porque puedes ser fiel a un hombre?

—No me gusta que me pongas bajo una lupa de esa manera, pero desde que me lo preguntas, pienso que ser fiel a un hombre es todo lo que tú o cualquiera puede desear de una mujer.

—Sí, pero fiel mientras el hombre está a mano. Pero en el momento en que vuelve la espalda…

—¡No sucedió nada! —gritó—. ¡Te digo que no sucedió nada!

—Sé lo que me estás diciendo. Y espero que sea verdad. Pero también comprendo, querida, que me dirías que no había pasado nada, pasara lo que pasase. Y, por lo menos, has dicho otra mentira esta noche, de manera que, como ves, no puedo saber… si eres la

misma Linda cuando te doy la espalda que cuando estoy frente a ti, o si estás retrogradándote a un tipo anterior. Y si vamos a casarnos, esto es algo de lo que debo estar seguro. Odiaría descubrir, después de casados, que en el momento en que salgo de la ciudad…

—Te ahorraré toda esa preocupación, maldito y pedante fariseo. Porque no va a haber tal casamiento. No me casaría contigo aunque fueras el último hombre sobre la tierra…

Diciendo esto, cortó la comunicación y se echó a llorar.

JUEVES 2,25 – 2,45 A.M.

La sala de detectives del Precinto 19 era un gran rectángulo, separado por una puerta del área de acceso con su valla y la portezuela de entrada. La jaula para detenidos estaba contra la pared de la derecha; los escritorios agrupados en el medio; la oficina del teniente y una pequeña cocina eléctrica, saliendo a la derecha. Era una vieja habitación en un viejo edificio, como eran las salas de detectives en la mayoría de los precintos, y aun cuando no había dos de esas salas del mismo tamaño, estructura o moblaje, todas servían al mismo fin, eran utilizadas por hombres de la misma línea de trabajo, y todas tenían cierta semejanza en el aspecto, olor y ambiente. En el Precinto diecinueve, el escritorio para tomar las impresiones digitales estaba contra la pared en uno de los rincones, y cuando entraron los hombres de Homicidios con el Dr. Patterson, un detective estaba luchando por tomar las impresiones digitales a un vacilante negro que no se mostraba recalcitrante ni cooperativo. El negro, dándose vuelta para mirar a los recién llegados, se inclinó tanto que perdió el equilibrio, y sólo el hombre que le estaba tomando las impresiones al agarrarlo de la muñeca, evitó que se cayera de bruces.

—¿Tienen un pucho? —preguntó el detenido a los recién llegados.

El teniente Boxton se reunió con los hombres en la puerta de su despacho. Le presentaron a Patterson y le preguntaron por Motley. No se había presentado aún. D'Amato y Devlin llegaron, y el negro se ladeó y trató de conseguir un cigarrillo de ellos. El hombre de las huellas digitales lo apartó de un tirón, con impaciencia.

Sessions, Devlin y el teniente se instalaron en la oficina con Patterson, y los otros se acercaron a la cocina para preparar café y charlar. Patterson tomó asiento frente a la puerta abierta, desde donde veía al tambaleante negro; Sessions se sentó en una esquina del escritorio. Encendió un cigarrillo y abrió su libreta, y Patterson preguntó por qué había sido detenido el negro.

—Trató de violentar un coche estacionado —le informó Boxton.

—¡Pobre hombre…!

—¡Qué afortunado el dueño del coche…! —querrá decir. No es la primera vez que este hombre trasgrede. Ya conoce el interior de varios precintos. Ahora, dígame, para cambiar de tema. ¿Cuándo vio por última vez a Mrs. Glazzard? —preguntó Sessions.

Sessions parecía hablar en forma natural, pero Patterson se puso atento, lo miró detenidamente, y logró sonreír, nervioso:

—El ascensorista le dijo algo, ¿no es así?

—Dijo que usted la había traído a Mrs. Glazzard a su casa, anoche. ¿Quiere negarlo?

—No, señor. Es la verdad.

—Antes usted negó haberla visto.

—Es cierto, lo hice. Y me he estado preguntando por qué lo había hecho. Supongo que fue por miedo.

—¿De qué tiene miedo?

—No lo sé. De ser acusado, quizá. Usted dijo que era de Homicidios, y mi primera reacción fue la de no comprometerme. —Patterson trató de sonreír con ingenuidad—. Pero al venir, comprendí cuán tonto había sido. Quiero ayudarlo en todo lo que pueda. Mónica era una de mis mejores amigas. Haré todo lo que esté a mi alcance.

—Cuéntenos qué sucedió anoche. Díganos todo lo que hizo ayer.

Patterson dio un informe minucioso y lento. Se levantó a las nueve y media, su hora habitual. El ama de llaves tenía listo su desayuno. Había comido y leído los diarios. Estaba suscrito a cinco: tres diarios de Nueva York, el Times, el *News* y el *Post*, además del diario de su ciudad natal, y también al *Christian Science Monitor*. Después de eso trabajó en el artículo que estaba escribiendo sobre Freud. Su ama de llaves tuvo listo el almuerzo a la una. Luego, se hizo cortar el pelo, fue a la Biblioteca Columbia para trabajar, y visitó al profesor Edward English, allí mismo. Volvió a su casa a bañarse y cambiarse; alrededor de las cinco, fue en un taxi al apartamiento de Mrs. Glazzard. Tomaron una copa juntos, y asistieron a la reunión que realizaba Gregory Buckingham en honor de Frederick y Florence Lyle, estrellas de *Little Lost Blue*, que se estrenaba esa noche en uno de los teatros independientes. Asistieron a la función, se reunieron con los Lyle y con otros para cenar luego en lo de Lindy, y esperar los periódicos de la mañana con el comentario de los críticos. Los cronistas ponderaron a los actores, pero censuraron la obra, una opinión que tanto Patterson como Mrs.

Glazzard compartieron.

—Luego los Lyle, Mónica y yo volvimos a lo de Mónica para tomar un trago. Mónica iba a escribir su crónica al día siguiente. Partieron alrededor de las dos y media, supongo, pero Mónica quiso que me quedara. Deseaba mi opinión sobre su columna. De manera que se dirigió a su oficina para redactarla, y yo me serví otra copa. Volvió quince minutos más tarde y conectó el grabador para que oyera los puntos que ambos sabíamos que iba a tocar. —Patterson sonrió—. Y, por supuesto, estuvo brillante como siempre. Nos reímos mucho. Luego me fui… probablemente a las tres y media, y el portero me consiguió un taxi.

Sessions, tomando notas en su cuaderno, dijo sin levantar los ojos:

—¿Cómo estaba vestida cuando usted se marchó?

—¿Vestida…?

—Sí. ¿Qué llevaba puesto? ¿Camisón, pijamas, un *negligée*, qué…?

Patterson miró fijamente a Sessions. Por fin dijo:

—Creo que usted se equivoca en lo que piensa. Vestía un traje negro. El mismo que llevaba cuando fuimos al teatro.

—¿No se desvistió mientras usted estuvo allí?

—No, señor. ¡Por supuesto que no! Es una idea inconcebible…

Boxton interrumpió cambiando el tema. ¿No había tenido Patterson en alguna forma la sensación de que había alguien más en el apartamiento? ¿Hubo algún ruido… olores…? Por ejemplo, ¿no había olor a cigarrillo cuando entraron? ¿Y cómo estaba Mrs. Glazzard? ¿Hubo algo en su actitud que pudiera indicar que ella sabía que había alguien más, allí… que esperaba que viniera alguien?

Patterson se esforzó en pensar en algo, pero al fin, si quería ser sincero, no pudo hacerlo. No había tenido la sensación de *no estar a solas* con Mónica en el apartamiento.

—Pero, en verdad —añadió—, estábamos en el primer piso. No sé qué podría estar pasando arriba…

Sessions, entonces, comenzó a indagar los antecedentes de Patterson. ¿Cuánto tiempo hacía que conocía a la muerta? ¿Qué relaciones tenían?

Resumiendo, Patterson dijo que conocía a Mrs. Glazzard desde hacía cerca de diecinueve años, que la consideraba una amiga personal muy querida, que con frecuencia se encontraban en

reuniones sociales, pero que también se veían en otras ocasiones. Solían comer juntos de cuando en cuando, o ella le pedía que la acompañara a alguna función a la que tenía que asistir como crítica. Siempre le daban dos localidades, si no se había organizado una reunión, y ella podía hacer lo que quisiera con la localidad extra. Por supuesto, el Dr. Patterson se apresuró a poner en claro que no era el único hombre a quien Mónica invitaba a acompañarla; él no era más que un amigo íntimo entre muchos, pero Mónica disfrutaba mucho yendo al teatro con él, porque él tenía enfoques y un criterio que podían dar más realce aún a su columna.

En cuanto a la penúltima vez que había visto a Mónica, tenía que pensar cuándo había sido. ¿Sería el viernes o el jueves de la semana anterior? Creía que más bien era el jueves, pero tendría que consultar su agenda. Fue en una reunión, a la hora del *cocktail*, que Mónica había ofrecido en honor de Robin Weir, el dramaturgo, con motivo de cumplir éste 28 años. Weir era el autor de *Something of Colour*, que se estrenara en un teatro independiente, que tanto él como Mónica habían encontrado digno de encomio. Mónica, en realidad, había iniciado una cruzada en su columna, para que la gente fuera a ver la obra, y su actual éxito podría deberse en gran medida a sus esfuerzos.

—¿Ella conocía mucho a este Robin Weir?

—No lo creo. Tanto le gustó su obra que lo invitó a almorzar. Así lo conoció, y creo que en la reunión que ofreció en su honor, fue la segunda vez que se encontraron. Ella quería presentarle a gente del ambiente de teatro, y que estos lo conocieran a él. Pudo ayudarlo mucho, personalmente.

—¿Qué beneficio sacaba ella de todo eso?

—Mi estimado amigo, usted no comprende la situación. Ella percibió el extraordinario talento de Weir y quería que triunfara. Así es de simple. Si quiere añadirle un motivo egoísta, supongo que podría decirse que Mónica alegaría, después que él se convirtiera en un éxito arrollador, haberlo descubierto o haber sido la primera en advertir su potencial.

—Entonces, ¿no era lo que podría llamarse un “protegido” de ella?

—¡Oh, por Dios, no! No, que yo lo sepa. De lo contrario, estoy seguro que lo sabría.

—¿Sabe usted que tuviera otro “protegido”?

—No. A Mónica no le agradaban los “protegidos”.

—¿Conoce a un hombre llamado Robert Motley?

—No. ¿Es algún amigo de Mónica?

—Esperaba que usted nos lo dijera.

—Podría serlo. No conozco a todos sus amigos… Tiene miles de ellos… en todas partes del mundo.

¿Y qué había de sus admiradores?, inquirieron los detectives. ¿Qué había de los hombres que querían casarse con ella, que la cortejaban, o que se acostaban con ella? Patterson se sintió muy marginado en este terreno. Comenzó insistiendo en que ella no tenía ninguna relación amorosa, cuando comprendió que la respuesta exacta era que él no sabía nada de su vida amorosa. Se reclinó en el asiento, impacientándose un poco, decidiendo que no había sido un amigo tan íntimo como pensó de la encantadora, escalofriante, aguda, dotada y brillante columnista. Estos detectives que no habían puesto en su vida los ojos sobre ella, que no sabían nada de ella como ser humano, que no llegarían ni a la suela de sus zapatos en cuanto a talento y capacidad, actuaban como si supieran de ella más que él mismo, el experimentado sociólogo, el estudioso de la humanidad, su amigo personal e íntimo. El problema era que estos detectives tenían una mente que inmediatamente caía en lo vulgar. Veían una mujer muerta y pensaban en términos de sexo. No se pensaba en el sexo cuando se estaba con Mónica… o por lo menos así sentía el Dr. Patterson y, sin embargo, esos detectives podían ser los que tuvieran razón, después de todo, y podría ser el Dr. Patterson el que se hubiera equivocado; esa mente brillante seducida por los matices, sombras y gradaciones de sonido, escena y conducta que una mente ordinaria no sabría oír, ver ni captar.

Sessions encendía un cigarrillo en la colilla del otro, mientras hablaba:

—¿Qué me dice de los enemigos, Dr. Patterson?

—¿Mónica…? ¿Enemigos…?

—¿No cree que los tuviera?

—No puedo asegurarlo. Es un asunto que jamás he considerado.

—¿Nunca ha leído su columna? ¿No diría usted que sus métodos de atacar, ridiculizar y asesinar los personajes podría despertar mala voluntad hacia ella?

Su columna, ¿había sido en verdad así? Mónica era tan brillante, tan inteligente, tan devastadora con palabras, que lo que él había admirado era su manera de hacer a un lado lo trivial, lo trillado, lo tedioso. Lo que no se había molestado en considerar, aun cuando

era un sociólogo, era cómo reaccionarían las personas que creaban lo trivial, lo trillado, lo tedioso, ante la incisiva y humillante demolición de sus creaciones. Así como la criatura más fea es amada por su madre, quizá hasta la obra más vulgar es apreciada por su autor.

—Bien, supongo que están aquellos que se hayan sentido ofendidos.

—Pero, ¿nunca habló con usted de sus enemigos?

—No.

—¿Le habló alguna vez de la muerte?

—¿De la muerte? No. —De manera que estaban probando ahora en este terreno, y también era algo que no había compartido con ella.

—¿Sabe usted qué opinión tenía con respecto al suicidio o a la vida después de la muerte?

No lo sabía. Por lo menos, no en cuanto al suicidio. En cuanto a la vida después de la muerte, recordaba que Mónica había sido bautizada en la iglesia episcopal.

—¿Practicaba su fe?

—Nunca hablaba mucho de religión. Si iba a la iglesia, no lo dijo. Sin embargo, recuerdo haberla oído hablar del obispo Pike.

—¿Cuál era su opinión sobre el obispo Pike?

—Le gustaba la forma como resolvía las cosas. Pensaba que era muy saludable. Era un hombre a quien deseaba conocer, y hablar personalmente.

—Eso no nos dice mucho, Mr. Patterson. De manera que usted no sabe cuáles eran sus opiniones sobre la muerte ni sobre la vida después de la muerte.

—No —declaró con alguna pena—, me parece que no. —Otra vez lo habían atrapado. ¿Había sido, después de todo, tan amigo de Mónica? Ahora comenzaba a preguntarse si en verdad la había conocido…

Entonces, desde su silla, Patterson pudo ver entrar a un hombre y detenerse en la puerta. Era joven, moreno y muy apuesto, vestía buena ropa, pero tenía un aspecto inseguro y estaba muy pálido. A diferencia del negro, que en estos momentos era llevado a la escalera, este hombre no conocía el interior de una sala de detectives.

El rollizo Sargento que se estaba quedando calvo, se le acercó y lo hizo entrar, y Patterson se preguntó si este hombre entraba a

exponer una queja o un agravio, o si desempeñaba un papel en la muerte de Mónica. Sospechó lo último, aunque el recién llegado no parecía la clase de persona que pudiera esperarse que Mónica Glazzard conociera. No tenía talento como Robin Weir, ni era distinguido como él mismo, ni rico como algunos de sus otros íntimos Este joven sólo era apuesto.

Pero ahora el Sargento llegaba a la puerta y les decía al Teniente y a los detectives que había llegado Mr. Motley.

JUEVES 2,45 – 3,10 A.M.

El doctor Patterson esperaba tener el privilegio de escuchar a los detectives en el interrogatorio al recién llegado. Era obvio que este apuesto joven era un personaje en la vida de Mónica, sugiriendo al sociólogo nuevas e interesantes facetas de su amiga muerta. La policía, sin embargo, no cooperó y Patterson se encontró afuera, esta vez con Ecklin y D'Amato, mientras Remick, Sessions, Devlin y Boxton se encerraban en la oficina del Teniente con Robert Motley.

Patterson pudo haber vuelto a su casa, pero prefirió quedarse. Aun cuando no podía escuchar lo que Motley decía, el crimen ejercía una tremenda fascinación sobre él, y aquí estaba, en medio de lo que parecía ser un crimen.

Dentro de la oficina, Motley no reaccionó con el mismo entusiasmo. Tenía el rostro pálido y fumaba nerviosamente, sosteniendo el cigarrillo entre sus dedos tan manchados de nicotina como los de Sessions.

—¿Cuántos años tiene usted, Bob? —fue la primera pregunta de Sessions. Estaba encaramado en el extremo del escritorio de Boxton, con un cenicero frente a él.

Motley, en la silla que antes ocupara Patterson, respondió:

—Treinta y dos.

—¿Dónde vive?

—En el número 331 de la calle 75, Este, entre la Primera y la Segunda Avenida.

—¿En qué se ocupa?

Motley pensó un instante.

—Soy escritor —respondió al fin.

—¿Qué escribe?

—Artículos… ensayos.

—¿Le va bien?

—Me las arreglo.

Sessions lo miró de costado, restregó su cigarrillo, y sacó su libreta:

—¿Cuánto ganó el año pasado? —preguntó—. Escribiendo

artículos… quiero decir.

—¿El año pasado? —Motley se ingenió para no encontrarse con los ojos de su interlocutor—. Déjeme recordar…

—Vamos, Motley… ¿Cuánto fue? ¿Cincuenta dólares? ¿Quinientos dólares? ¿Cincuenta mil dólares?

—No fueron cincuenta mil dólares —sonrió Motley.

—¿Ganó algo el año pasado? ¿Vendió una sola cosa de las que escribió? —Sessions no sonreía.

—No. —Ahora tampoco sonreía Motley.

—¿Ha vendido alguna vez algo de lo que ha escrito?

—No. —Motley bajó la cabeza mirando el suelo.

—Entonces, ¿para qué miente? ¿Quiere ocultarnos algo? —Sessions adelantó la cabeza con deliberación—. ¿Quiere llamar a un abogado, Mr. Motley?

—¡No, no! —repitió de prisa.

—Déjeme recordarle, Mr. Motley —continuó Sessions— que no tiene que responder a ninguna pregunta. Ni siquiera tiene que hablarnos, y puede pedir un abogado en el momento que desee.

—¡No, no! Escuche. No tengo nada que ocultar. —Motley no sólo estaba pálido, sino traspirando.

Remick, con un pie sobre la silla, se inclinó hacia adelante, y con el codo en la rodilla, preguntó:

—¿Por qué, un hombre agradable como usted, necesita venir aquí a mentirle a la policía? Mónica Glazzard, ¿no era su amiga? ¿No quiere ayudarla?

—Sí, por supuesto.

—Bien, pues entonces diga la verdad. Es todo lo que tiene que hacer. Refiéranos lo que sabe con respecto a Mónica. ¿Es así como la llamaba? ¿Mónica…?

—Sí.

—¿Y era usted su novio?

—¡No, no! —Motley parecía otra vez asustado.

—¿Qué le pasa, Motley? —preguntó solícito Remick—. ¿Teme usted escandalizarnos? No tiene por qué preocuparse por una cosa así. Mrs. Glazzard pagaba el alquiler de su apartamento, ¿no es así?

—No. —Motley se mordió los labios—. Por supuesto que no.

—Vamos a ver su contrato, mañana a primera hora. ¿Quiere usted firmar una declaración jurada, esta noche, de que *su* nombre y no el de *ella* es el que está en ese contrato de arrendamiento?

—No. —Motley pasó una mano nerviosa por su ceja.

—Ella pagaba el alquiler, ¿verdad?

—Sí, ella pagaba el alquiler.

—Está bien. Ahora ha dicho usted la verdad —continuó Remick sonriendo—. Y…, ¿ve? No lo ha matado un rayo. El mundo no cesa de girar. En realidad, es agradable. Yo sonrío. Hasta Frank, aquí presente, sonríe… Bien, aun cuando no sonría, tiene deseos de hacerlo. Todo el mundo se siente bien. —El sargento extendió las manos—. ¿Ve usted qué fácil es? Continúe así y todo andará de perlas. Antes de que lo advierta estará otra vez en su casa, en cama.

—Ella también le compraba la ropa, ¿verdad? —preguntó Sessions.

Motley asintió.

—¿Y le daba dinero para el bolsillo? Ciento cincuenta dólares el 17 de abril, ciento diez el 26…

—Esos son préstamos…

—¿Con qué se los iba de devolver? Ella no esperaba que se los devolviera, ¿no es cierto?

—No. —Respondió hosco.

—¿Cuánto dinero le daba para el bolsillo?

—No tenía una cantidad fija. Dependía de en qué lo gastábamos. —Se hizo más comunicativo—. Verán ustedes. En realidad, yo era una especie de acompañante de Mrs. Glazzard. Era una mujer sola y necesitaba compañía. Yo servía para eso. De manera que tuvo que equiparme para el papel. Quiero decir, por eso me pagaba el apartamiento y la ropa y me daba dinero. Me daba dinero para que pagara las cuentas, cuando salíamos juntos.

La réplica de Sessions fue:

—¿Era ella exigente, sexualmente?

Esto hizo pestañear a Motley.

—Creo que usted se equivoca —respondió.

—Sí, nos equivocamos. ¿Usted tiene una llave de su apartamiento?

—No, por supuesto que no.

Sessions tendió la mano.

—¿Quiere darme sus llaves?

Motley comenzó a buscar las llaves, luego a objetar, y entonces dijo:

—Bien, tengo una llave. No sólo la acompañaba, también hacía encargos y pequeñas cosas. Era como un segundo secretario. Por supuesto, que tengo una llave.

—Y era usted su amante.

—¡No…! —lo dijo casi en un grito.

—¡Vamos! Una mujer no le da la llave de su apartamiento a un joven para que le haga mandados. Usted era su amante y lo sabemos. ¿Por qué no lo admite?

—Porque no era así.

Sessions miró a Remick:

—Vaya, sargento, he conocido a muchos embusteros —buscó en su bolsillo y sacó el paquete de cartas que Ecklin había encontrado. Se las mostró—. ¿Sabe usted qué es esto, Bobby?

Motley se hundió en la silla y por un momento pareció que iba a desmayarse. Sessions volvió a guardar las cartas en su bolsillo:

—Ahora voy a decirle algo, Motley. Usted ha estado mintiendo cuando no tenía razón para hacerlo. Le dijeron que esta mujer estaba muerta, y sin saber siquiera cómo había muerto, ha comenzado a mentir como un idiota. No sé de qué tiene usted miedo, señor, pero voy a averiguarlo. Ahora se lo repito. No tiene que contestar nuestras preguntas, y si es culpable en alguna forma de la muerte de Mrs. Glazzard, es mejor que no responda nada. ¿Entiende? Será mejor que guarde silencio hasta que venga un abogado. Ahora, ¿es eso lo que quiere hacer?

Con gran esfuerzo, Motley consiguió serenarse:

—No —murmuró por fin, roncamente—. Juro por Dios que no tengo nada que ocultar. Es verdad. No le hice nada. Le diré cualquier cosa que desee saber.

—Está bien —replicó con frialdad Sessions—. Comience por decir por qué ha estado mintiendo, si no tiene nada que ocultar.

—Sí, señor. —Motley encendió un cigarrillo y lo aspiró profundamente—. Lo que han estado diciendo, es verdad. Todo es verdad. Lo he ocultado para tratar de proteger a Mónica… —luego se inclinó hacia adelante y se quedó mirando el piso—. Y seré completamente franco con ustedes. También he estado mintiendo para protegerme. No quería admitir que era un *gigoló*. Y no quería admitir que ella me había empleado. —Entonces levantó los ojos y aspiró otra vez el cigarrillo—. Ahí tienen la verdad. Sólo que podría también admitir que ni siquiera soy un buen *gigoló*. Les dije que la llevaba a distintos lugares. Esa es otra mentira. No salíamos juntos en público… o, si lo hacíamos, era sólo a lugares donde no la conocían. Me conservaba, nada más que porque estaba enamorada de mí. Era una vida fácil y, admitámoslo, ella era toda una mujer.

Tal vez yo no estuviera tan enamorado de ella como ella de mí, pero la quería. Nos gustábamos mutuamente.

Hizo un además con las manos.

—Teníamos que mantenerlo en secreto. Con la fama de ella, sería muy perjudicial casarse con un hombre dieciséis años menor. Mónica era tan inteligente, sabia y brillante, que hubiera sido demasiado obvio lo que significaba semejante matrimonio. La pondría en evidencia como una vieja tonta, hambrienta de sexo. Con tanta gente de su edad, rica, atrayente y talentosa que la rodeaba y la adoraba, y que hubiera dado cualquier cosa por casarse con ella, yo hubiera sido una mala elección. Mónica no hubiera podido defenderla.

—Por supuesto —continuó Motley—, que no es así como ella lo explicaba, pero no soy tan tonto como para creer que podía competir en su ambiente. Lo que ella decía, y que también era parte de la razón, era que casarse con cualquiera, cortaría demasiado su libertad de acción. Si tuviera que arrastrar a un marido a todas partes adonde iba, perdería la variedad de escoltas con que contaba… Gente diferente para distintas ocasiones. Tampoco sería ya la mujer fatal, si se quiere llamarla así. Lo que quiero decir es que le agradaba ser mimada por los hombres de todas las clases. Y le agradaba su independencia. Hubiera odiado el matrimonio.

—Pero hay que reconocerlo, también le gustaba el lado físico de la vida —prosiguió Motley haciendo un gesto con el cigarrillo hacia el bolsillo de Sessions, donde guardara el paquete de cartas—. Supongo que las ha leído. Era terrenal. Le agradaba el sexo y no encontraba razones para que no fuera así. Era nuestro pequeño secreto. Imagino que ya no seguirá siendo nuestro secreto. De manera que… bien… —tiró el cigarrillo y lo aplastó con el pie—, ¿qué más desean saber?

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Antes de anoche. Es decir, el lunes por la noche. Ella asistió a una comida y a una exposición privada de algunas de las cosas del escultor Jon Majznik. Me dirigí a su casa alrededor de las doce y media y miré televisión hasta que ella volvió. Yo quería saber cómo le había ido esa noche. Además, a ella le agradaba que estuviera allí cuando volvía a su casa de noche. Le gustaba tener con quien hablar y referirle los acontecimientos de la velada. Yo no lo hacía todas las noches, pero trataba de anticiparme a lo que ella deseaba, ¿me entiende? Algunas veces volvía a su casa con gente y entonces,

por supuesto, permanecía aislado. Otras veces, Mónica salía con gente con la que no disfrutaba, o venía temprano a casa y todavía no estaba demasiado cansada. De manera que yo andaba por ahí y tomábamos un trago juntos, ella le dedicaba unos minutos a su columna…, eso no le llevaba mucho tiempo, y entonces charlábamos o hacíamos el amor, o cualquier cosa, y luego yo me volvía a casa.

—¿Usted se volvía a su casa? ¿No se quedaba? —preguntó Remick.

—Mónica tenía una secretaria que llegaba por la mañana y la despertaba para almorzar. Eso lo ha hecho durante años… desde antes de que yo entrara en escena. De manera que no quería que la secretaria supiera demasiado de mí. Yo andaba por ahí, y la secretaria me conoció, pero no era lo mismo que encontrarme en la cama con Mónica cada tantos días, cuando entraba con la bandeja del desayuno. Mónica era discreta.

—De manera que usted la vio el lunes por la noche. ¿Por qué no la vio anoche? —preguntó Sessions.

—Pensaba traer gente a su casa.

—¿Qué gente?

—No lo sé. Los amigos con quienes iba a ir al teatro, supongo.

—¿No se lo dijo a usted?

—No me lo dijo.

—Entonces *¿qué* fue lo que hizo usted anoche?

—¡Oh, yo! Nada, me quedé en casa.

—¿Qué es lo que hace generalmente, cuando no ve a Mónica?

—Quedarme en casa.

—¿No tiene amigos propios, gente que ir a visitar, parientes o nada parecido?

—No, no tengo.

—¿No ve ni da citas a nadie, excepto a Mónica?

—A nadie.

—¡Vamos, vamos…! —Remick estiró la mano y culebreó los dedos—. Un macho joven como usted, y nos va a decir que no se acuesta con otra mujer…

—Así es.

—¿Quiere hacernos creer que no tiene una muchachita agradable, escondida, que viene a su apartamiento algunas veces, quizá las noches en que Mónica tiene un compromiso? ¿O tal vez durante el día, cuando Mónica tenía sus reuniones y cosas…?

—No. Absolutamente no —respondió Motley ruborizado.

—Eh, vamos, Motley —insistió Remick con suavidad—. ¿Para qué nos hace semejante cuento? No vamos a delatarlo. Mónica está muerta. Ocultarlo no va a reportarle ningún beneficio.

—Absolutamente, no hay otra mujer. ¡Ninguna!

—¿Le gustan los *hombres,* Mr. Motley? —interrumpió entonces Devlin.

Motley se ruborizó más. Soltó una palabrota a Devlin.

—¡Está bien! No es necesario que se ofenda.

—¿Por qué no, cuando me está acusando de una cosa como esa?

—Nadie lo está acusando de nada, Mr. Motley.

—¿No le gustan los homosexuales, Bob? —preguntó Sessions.

—Pienso que son una basura.

Mrs. Glazzard conocía a muchos… homosexuales, ¿no es así?

—No lo sé.

—Usted tiene que saber quiénes eran sus amigos. Mucha gente de teatro, ¿me equivoco? Distintos tipos de artistas. Muchos de ellos son así, ¿sabe? Supongo que eso lo sabe, ¿verdad?

—Sólo por haberlo oído. Nunca me vinculé con ese tipo de gente, personalmente.

—¿Qué pensaba Mrs. Glazzard de esa gente?

—No hablábamos de ese tema.

Boxton lo miró con severidad:

—Mónica no le hablaba de esto… Mónica no le hablaba de aquello… ¿De qué demonios hablaban?

—Bien. No conversábamos mucho cuando estábamos juntos.

—¿Y qué hay de esas cartas que le escribió? Háblenos sobre eso.

Motley tragó, y forzó una pequeña sonrisa:

—Escribí esas cartas cuando empezamos a salir juntos. Antes que ella… antes de convertirme en *gigoló.* Le gustaban. Le gustaba ese tipo de cosas. De manera que traté de complacerla.

Sessions viró enseguida hacia sus antecedentes, y las preguntas se hicieron directas y rápidas:

¿De dónde es usted? ¿En dónde vivió? ¿Allí nació? ¿El nombre de sus padres? ¿Dónde viven? ¿Cuándo vino a Nueva York? ¿Por qué? ¿Cómo conoció a Mrs. Glazzard?

Motley trató de demorar las preguntas, pensando con cuidado las respuestas, dilatándolas, alternando su ritmo. Sabía lo que se proponían los detectives… Trataban de desequilibrarlo para que se contrajera, o revelarles con sus vacilaciones cuando estaba

mintiendo. No iba a permitirles que lo dominaran de esa manera. Iba a conservar un poco de control sobre los procedimientos. Dijo que había nacido y crecido en Sacramento, y que sus padres vivieron allí hasta que murieron; su padre hacía seis años, su madre, dos. Un policía le puso una trampa, preguntándole en qué condado estaba Sacramento, y no pudo contestar.

—Nunca le presté atención —explicó—. Tampoco sé en qué condado está Nueva York.

Se había graduado en la escuela superior y trabajó en una estación de servicio por un tiempo; luego consiguió un empleo como vendedor de inmuebles, de un exitoso aunque reducido agente.

—¿El nombre del hombre?

—Charles Summer.

—¿El nombre del hombre de la estación de servicio?

—Era… humm… Jerry Greenbaum… —y luego agregó más osadamente—: ¿Quiere que le dé otros nombres?

Continuó trabajando en el negocio de propiedades, dijo, y después que su padre murió, fue la fuente principal de recursos para su madre. Su padre había sido conductor de tranvías y más tarde conductor de ómnibus, y no pudo ahorrar nada.

—¿Pensiones?

—Bien, no habían tenido un plan de pensiones hasta cerca del fin.

Después que su madre murió, había tomado todo el dinero que tenía y se había dirigido al Este, a Nueva York. Harían dos años en agosto de 1965. Tomó una habitación en un desván cerca de la Avenida B que le costaba 25 dólares mensuales. Se había inscrito en setiembre en la New School, para tomar cursos de arte. Siempre había deseado pintar, pero nunca había tenido la oportunidad. También comenzó a frecuentar las galerías de arte.

¿Cómo conoció a Mrs. Glazzard? Fue en una reunión ofrecida por Mrs. Carolyn Dines Stevenson. En su apartamiento en Washington Square.

—Mrs. Stevenson nos presentó.

Sessions apuntó la dirección de Mrs. Stevenson, y preguntó:

—¿Cómo conoció a Mrs. Stevenson?

—Ambos estábamos interesados en la pintura. Nos conocimos en las galerías de arte.

—¿Cuántos años tiene ella?

—Andará en los cuarenta y tantos, supongo. Su marido es muy rico.

—¿Cuáles eran sus relaciones con ella? ¿Era usted su “protegido”?

—No, señor. No teníamos relaciones. Sólo amigos. En verdad, ni siquiera eso, porque no hacía mucho que nos conocíamos. Era la primera vez que iba a su apartamiento. Y porque Mónica y yo nos conocimos, fue la última.

—Bien, se conocieron. ¿Qué sucedió?

—Simpatizamos. Nos gustamos. Cuando terminó la reunión, me trajo a su apartamiento y charlamos un buen rato. Al comienzo, planeaba escribir una columna sobre mi persona, pero abandonamos la idea. Nos vimos con mayor frecuencia, y así comenzaron las cosas. En febrero hizo un año que nos conocimos. Entonces no quiso que viviera lejos, en un desván de la Avenida B, de manera que me hizo mudar a un apartamiento más próximo al de ella, y firmó un contrato por dos años.

—Cuando dice usted que se gustaban, ¿quiere decir que a usted le gustaba el dinero de ella? —preguntó Remick.

—No. Quiero decir que me gustaba ella.

—¿Y todavía quiere hacernos creer que no tenía a escondidas una muchacha? ¿Tal vez Mónica se enteró de esa otra muchacha y discutieron por eso?

—No. Eso no es cierto.

—Suponiendo que preguntáramos en el edificio de su apartamiento, que habláramos con el superintendente, con los ascensoristas y el portero, ¿nos dirían que nunca llevó una mujer a su apartamiento?

—Puedo asegurarle que les dirían eso.

Remick se encogió de hombros y miró a Sessions. Se dio vuelta, abrió la puerta y salió, cerrándola tras él. Sessions preguntó:

—¿Qué pensaba Mrs. Glazzard con respecto al suicidio, Mr. Motley?

—No lo sé.

—¡Vaya, Motley! Prácticamente ha vivido con esta mujer durante un año y medio, ¿y quiere hacerme creer que no sabe nada de ella? Acabe con eso, ¿quiere?

Motley se mantuvo muy sereno. No iba a dejarse intimidar por los arrebatos de Sessions:

—Sucede que no sé lo que pensaba con respecto al suicidio, pero

eso no significa que no sepa muchas cosas sobre ella. Sé, por ejemplo, que le encantaba la comida mejicana, le gustaban los juicios por asesinatos, le gustaba la buena ropa. ¿Ve usted?

—¿Y le gustaba el sexo?

—Sí. Le gustaba el sexo.

—¿Con cuántos otros hombres tenía amores?

—Con ningún otro, que yo sepa. Si lo hacía con otro, no pensará que me lo iba a decir, ¿verdad?

—¿Por qué no? ¿Qué hubiera hecho usted?

Motley se mordió el labio y consiguió reír sin ganas.

—No mucho, supongo. Pero aun así, ¿por qué había de decirme esas cosas?

—¿Y qué me dice de su vida sexual antes de conocerlo a usted?

—Tampoco me habló de eso jamás.

Boxton exclamó con sorna:

—¿No lo comprende, Sessions? Mónica y él jamás hablaban. No hablaban cuando estaban juntos. —Fijó en Motley sus ojos malévolos, pero Motley ignoró tanto la mirada como el sarcasmo.

—No puedo remediarlo —respondió Motley—. Quizá haya otra gente en la que ella confiara más. No me quería para eso.

Sessions encendió un cigarrillo en la colilla de otro.

—Creo que hemos terminado —dijo—. Un par de preguntas más. Todavía no sabemos en qué forma murió Mrs. Glazzard. Podría ser un suicidio. ¿Le parecería eso difícil de creer?

Motley pensó durante un momento.

—No, supongo que no.

—¿Por qué?

—Bien, no lo sé. Su temperamento… Era del tipo excitable, nervioso. Tenía altos y bajos. Usted sabe…, depresiones. No estoy diciendo que se sintiera deprimida anoche, porque no la vi, pero es posible.

—También podría ser un asesinato. ¿Eso sería difícil de creer para usted?

—¿Que alguien quisiera matarla? Sí. No imagino quién querría hacer eso.

—¿Nunca le habló de que alguien la odiara o quisiera librarse de ella?

—A mí, no.

Boxton interpuso:

—¿No recuerda, Sessions? Nunca conversaban…

Sessions aspiró una profunda bocanada de cigarrillo:

—Excepto de comida mejicana, juicios por asesinato, y ropa. Está bien, Motley, vamos a hablar de usted. Dice que estuvo ayer en su apartamiento toda la noche. ¿Qué hacía usted esta noche?

—Estaba en casa, mirando televisión.

—¿Cuándo se enteró de que Mónica estaba muerta?

—Cuando usted me llamó. Hace… ¿una hora y media…? Algo así.

—¿Está seguro de que no lo supo antes?

—¿Qué quiere decir? —Motley parecía realmente sorprendido.

—Quiero decir que si está seguro de que no fue anoche a encontrarse con ella. Usted tiene la llave. Usted entra, mira a su alrededor, y de pronto la encuentra muerta en la cama. Se siente preocupado y vuelve a su casa; llama a la policía e informa que hay un cuerpo en ese apartamiento…

—No. Esa es una historia fantástica. No salí de mi casa. Puedo verificarlo con el ascensorista.

—Bien, entonces, ¿por qué no vino a verla anoche? Generalmente, viene a visitarla, ¿no es cierto? Usted entra y la espera. No hizo eso anoche, porque ella volvía con amigos a su casa después del teatro. ¿Y por qué no anoche?

Motley suspiró:

—Iba a ir esta noche, pero tarde. Mónica tenía una reunión en algún hotel, con algunos amigos. No me dio detalles. Todo lo que me dijo fue que se quedaría hasta tarde. Me dijo que no llegaría antes de las tres, como muy temprano. Probablemente cerca de las cuatro.

—¿Cuándo le dijo eso?

—El lunes a la noche. La última vez que la vi.

Sessions dio una última pitada y agregó la colilla a las otras que había en el cenicero.

—Una última pregunta. ¿Qué hace durante el día… cuando ella no está para vigilarlo?

—Uh, muchas cosas. Voy al cine. Hago compras. También me gusta la buena ropa. Y hay museos y galerías de arte… y en el verano está Jones Beach y Coney Island.

—¿Con quién va a todos esos lugares?

—¿Con quién? Con nadie.

—¿Usted va solo a Jones Beach? ¿Usted visita los museos solo? ¿Nunca lleva una amiga?

—Está tratando de tenderme una trampa para que diga que conozco a otra mujer. Pero no es así. No hago citas. No salgo con mujeres.

—¿Y nunca saluda a una muchacha en la playa o conversa con alguna joven bonita?

—No. Lisa y definitivamente, no.

—¿Por qué?

—¿Para qué…? ¿Con qué objeto…?

—¿Qué está tratando de decirme? ¿Que tenía miedo de que Mrs. Glazzard se enterara y no le gustara?

—No. Era que me sentía obligado hacia ella, y quería serle fiel.

—¡Vaya, eso sí que es conmovedor…!

—Bien, no lo crea. Sucede también que quería conservar mi vida simple y sin complicaciones. No quiero hacerme pasar por un puritano, pero si se empiezan a hacer tonterías, las cosas pueden complicarse… ¿y para qué?

—¿Para qué? Vaya, podría enamorarse, casarse, sentar cabeza, y conseguir un trabajo. O acaso… ¿no hacía planes para el futuro?

—No muchos. Estaba contento con el presente.

—Y quizá Mrs. Glazzard se ocupaba de asegurar su futuro… Y de paso… ¿qué le deja en su testamento?

—No lo sé. No tengo la menor idea.

—Es otra cosa de la que no han conversado, ¿eh? Veremos a su abogado mañana, y él nos lo dirá. También nos dirá si usted conocía el testamento. ¿Aún quiere seguir sosteniendo que no lo conoce?

—No lo conozco.

—¿Tiene mucho dinero ahorrado, Motley? Me refiero a que Mónica ya no le firmará cheques. ¿Cuáles son sus planes?

—Todavía no tengo planes, ¡por amor de Dios! No he tenido tiempo de pensar.

—¿Tiene dinero?

—Un poco… no mucho. No sé qué voy a hacer.

Lo dejaron marcharse y Sessions recurrió a algo de su encanto personal. Lo acompañó hasta la puerta y le agradeció mucho su cooperación.

—Lamento haberlo hecho venir en un momento así. Pero supongo que podrá dormir mañana.

—Está bien. Lo mismo hubiera venido si hubiera tenido que trabajar a las seis de la mañana.

Sessions le sonrió ampliamente y lo saludó con la mano cuando pasó por la puerta hacia la escalera. Remick, Ecklin y D'Amato se acercaron, dejando al Dr. Patterson en la cocina:

—¿Lograste algo?

—¿De él…? —Sessions resopló—. Con este individuo, no es cuestión de saber cuánto de lo que ha dicho es verdad. Es cuestión de saber si algo de lo que dijo era verdad. ¿No tengo razón, sargento?

—¡Qué tipo…! —apuntó Remick.

—¿Saben lo que quiere hacernos creer? —les refirió Sessions—. Que vive en un monasterio. En medio de la ciudad de Nueva York, está viviendo en un maldito monasterio. Jamás mira a otra mujer. Jamás piensa en otra mujer. No tiene amigos, parientes, ni nadie con quien hablar, excepto Mrs. Glazzard. Ella es toda su vida… ¿qué les parece? ¡Toda su maldita vida…! —Puso la mano en el hombro de Ecklin—. ¿Y qué te parece? Si esto no fuera bastante… ¡engañándonos así…! Ni siquiera lo demuestra. Ella era el centro de su vida y ahora está muerta y el hijo de perra no tiene una lágrima, una palabra de pena, un pensamiento para ver si puede ayudar en alguna forma. —Sessions rio—. ¡Vaya… en verdad, debe pensar que somos unos estúpidos!

—¿Piensas que es el asesino, Frank? —preguntó D'Amato.

Sessions se encogió de hombros.

—Si pudiéramos encontrarlo con una muchacha… y que Mónica lo hubiera sabido… o si se beneficia con el testamento… ¡diablos! Tiene la llave del apartamiento, es el único que puede estar allí cuando ella está en camisón. Si hay un asesino, desde luego podría ser él. Pero de ahí a que lo sea en realidad, ya es otra cosa.

—Cambia de tema. Aquí llega Patterson —murmuró Remick.

Y Ecklin dijo por un costado de la boca:

—No lo dejes comenzar a hacer preguntas, Frank. Es un sociólogo y acaba de descubrir el Departamento de Policía de Nueva York.

—Bien, ¿y consiguieron algunas pistas? —preguntó Patterson, reuniéndose con el grupo.

—No hemos hecho más que unas cuantas preguntas —replicó Sessions—. ¿Dónde está ese café?

—Y ahora, ¿qué van a hacer? —Eran las tres y diez de la mañana, pero Patterson parecía dispuesto a pasar el día.

—Espero que volveremos a Homicidios. No hay nada más que

hacer aquí.

—¿Qué van a hacer allá?

—Tratar de dormir un poco.

JUEVES 6,30 – 9,30 A.M.

Frank Sessions acalló el despertador y se arrancó de su litera en el dormitorio común de los detectives, a las seis y media de la mañana. Encendió un cigarrillo, trató de convencerse de que dos horas de sueño eran suficiente para un día de trabajo por delante; cruzó el hall hasta los baños y dejó que el cigarrillo se consumiera en la repisa de cristal del lavatorio, mientras él se duchaba y afeitaba. Caminó sin hacer ruido, con una toalla en la cintura, hasta el dormitorio; tomó una llave de la sala de la jefatura, atravesó el hall para abrirla, puso café en la cafetera eléctrica, le echó agua y la conectó. Volvió al dormitorio, encendió otro cigarrillo, sacudió a Remick, Ecklin y Connager hasta despertarlos y comenzó a vestirse.

Ecklin gruñó:

—Siete menos diez, por Dios, ¿a qué hora terminamos con esos individuos…?

—Tú te marchaste a las cuatro y media.

—Espero que haya café.

—Traten de mantenerse en pie hasta que puedan echarse en las camas de sus casas —dijo riendo Sessions.

Remick le preguntó a Connager cómo le había ido. Mike dijo que Johnson había identificado la foto de Trench pero que no lo podían encontrar. El dueño de Green Glove vino hasta el precinto veintiocho a la una y media, diciendo que lo único que había averiguado era que White y Johnson habían robado a un traficante de drogas y que éste había hecho los disparos, pero el dueño no sabía quién era.

—¿Le preguntaste a Johnson?

—Sí. Al volver al hospital y lo desperté. Negó el robo, negó conocer al traficante.

Connager soltó una palabrota y se levantó.

—¿A qué hora viniste?

—A las dos. En el momento en que Laird estaba cerrando las oficinas de la jefatura. Dijo que tú estabas en la diecinueve.

El teniente Joseph Xavier Sullivan, oficial jefe de la escuadra de

homicidios, llegó a las siete y media. Era un hombre alto, fornido, de aproximadamente cuarenta años, que pesaba doscientas veinte libras y parecía como si todavía pudiera pertenecer al equipo de fútbol de Fordham. Estaba encaneciendo, sus trajes eran tan pulcros como los del mismo Frank Sessions, y tenía esposa y dos hijas, allá en Long Island. Este era un hombre que se movía con cuidado entre el público, consciente de que la imagen de la escuadra de homicidios y del departamento de policía dependía de él.

Se sentó en su escritorio y escuchó todo el agotador informe de Remick con referencia a las dos muertes de la noche precedente, lo que se había hecho y cómo estaban las cosas. Con el pulgar fue siguiendo las "características" y la forma en que se consiguieron las declaraciones de los sospechosos que formaban el informe escrito de los casos y se mostró satisfecho. Le preguntó a Connager:

—¿Vas a necesitar ayuda, Mike?

—No, señor. Todavía no. No se trata más que de llamar a los timbres de las puertas y hacer preguntas tratando de averiguar dónde está Trench y quién conoce al traficante a quien White y Johnson robaron.

En cuanto al caso de Sessions, el médico decidiría si le competía o no a la escuadra de homicidios, y hasta entonces no había nada especial que hacer.

—¿Estarás allí, para la autopsia, Frank?

—Sí, señor.

—Llámame tan pronto termine.

Sessions se sirvió una taza de café cuando la conferencia terminó y para entonces las oficinas de la jefatura de Manhattan North habían vuelto a animarse. Charlie Gallagher estaba en el escritorio; los hombres de la división de Hurtos y Delincuencia Juvenil, en sus oficinas; los detectives de Homicidios, Andy O'Dell, Roger Donnelly y Bill Cantrell se estaban preparando para el nuevo turno de ocho a.m. a cinco p.m. y los teléfonos comenzaron a sonar.

El Jefe Inspector Ayudante, Harry Nyborg, principal de la Seccional de Detectives de Manhattan North, entró un poco antes de las ocho y Sessions se dirigió a su oficina tan pronto como éste se instaló. Nyborg era un hombre alto, canoso, con una cara amable. Inclinó un poco su silla y cruzó las manos detrás de la cabeza mientras escuchaba el relato de Frank. En el extremo de su escritorio tenía la última edición del *News* y la muerte de Mónica estaba en la primera hoja con grandes titulares.

Cuando Sessions terminó, Nyborg preguntó:

—¿Sacaste huellas digitales de todo el apartamiento?

—Sí, señor. De cada una de las habitaciones.

—Envíalas, todas, a Washington…, hasta la última. A veces suelen deparar grandes sorpresas.

—Sí, señor.

Nyborg se enderezó, se arregló las mangas de la chaqueta y miró al detective.

—Esto tendrá mucha publicidad si es un homicidio, Frank. Mi teléfono no va a dejar de sonar. Todo el mundo llamará, del mayor abajo para saber algo del asunto. En consecuencia, quiero saber todo lo que está pasando. Quiero estar bien informado y al minuto, y esto no significa poner informes sobre mi escritorio. Quiero estar sobre este asunto durante todo el tiempo. De manera que ese es uno de tus trabajos extra, Frank. Mantenerme enterado.

Sessions se comprometió a hacerlo. Salió y tomó otra taza de café y llamó por teléfono a Devlin al diecinueve. Devlin dijo que los técnicos cerrajeros habían sido notificados y que un patrullero con radio estaba esperando en el apartamiento de la occisa para traer a Nettie Sandhurst cuando se presentara a trabajar. Él y otros dos detectives investigaban a todos los otros ascensoristas y empleados del edificio.

—¿Dormiste algo, Frank?

—Dos horas.

—Vaya, y pensar que me pareció poco lo que yo dormí, ¡tres horas y media!

—Sí. Continúa llamando, Devlin. Le daré a tu jefe el veredicto del médico tan pronto lo tenga.

—¿Vas a presenciar cómo la cortan? No sé cómo puedes soportarlo…

—Diablos, ella todavía está fresca. Los cadáveres pasados… esos son los terribles. —Colgó y dejó el escritorio que estaba en la sección Homicidios entre las hileras de armarios. Connager salió de la oficina.

—Voy a desayunar y luego empezaré a tocar timbres. ¿Vas a comer algo?

—No tengo tiempo. Debo estar con el médico dentro de cuarenta minutos y todavía no sé cómo ir hasta allá.

—El jefe ordenó que Andy te llevara.

Las instalaciones centrales del Médico Jefe de la ciudad de

Nueva York eran una estructura nueva de vidrio y ladrillos vidriados de color azul, adyacente al Hospital Bellevue. Sessions, conducido por Andy O'Dell, descendió del automóvil 299 frente al edificio un poco después de las nueve, subió la escalinata, pasó por las puertas de cristal, dio vuelta una esquina y subió otros peldaños hasta el hall de entrada. El encargado se adelantó y se dirigió al pasillo, abrió una pesada puerta azul, bajó unos peldaños y abrió otra puerta. El corredor embaldosado hacia un lado estaba cubierto de grandes cajones de metal y un ayudante negro cargaba un cadáver desde uno abierto, a una camilla metálica. Era el cuerpo de Alfred White.

Sessions pasó por la esquina a una puerta en el extremo donde el corredor daba vuelta. Pintado, en la parte de abajo del cristal, en letras descoloridas se leía "Sala Principal de Autopsia", y más allá, en la amplia habitación donde había ocho mesas de autopsias, cuatro estaban ocupadas con cadáveres. En un extremo, una mujer patóloga de Tailandia estaba investigando las causas de la muerte en dos cadáveres, el de un hombre blanco de cierta edad, y el de una negra, joven. Estaban colocando a un negro en otra mesa desde una camilla y el cuerpo de Mónica Glazzard, blanco y delgado, ya estaba ubicado en la mesa más próxima a la puerta, mientras un ayudante negro preparaba la cabeza.

El doctor Ballou hablaba por el teléfono colocado en la repisa de la ventana y Peter Quent, el detective de Homicidios asignado permanentemente a la oficina del médico, fumaba un cigarro inclinado contra una de las mesas vacías.

—Hola, Frank —dijo—. ¿Vas a asistir a esto? Bien, entonces me voy.

La sierra eléctrica, cortando huesos, hacía un ruido sordo y Quent levantó un poco la voz.

—Se supone que yo debo decirle al médico "qué es qué" y ni siquiera lo sé. Es él quien me lo va a decir a mí.

Ballou volvió del teléfono, tomó una bolsa plástica y sacó un par de guantes de goma.

—Bien, al fin vino, ¿eh?

—Sí, aquí estoy. En cualquier muerte sospechosa que me interesa me parece mejor presenciar la autopsia. No quiero saber sólo cómo murieron, quiero verlo.

—Vaya, hermano. Puedes darte el gusto —dijo Quent—. Doctor, este hombre es tan insensible como Ray Ecklin. Ray hasta trae su

almuerzo a la sala de autopsias.

Sonó el teléfono y otro ayudante que lo atendió se dio vuelta y preguntó:

—¿Está aquí el detective Sessions?

—Sí. —Frank se acercó, poniendo un cigarrillo entres sus labios. Tomó el teléfono—. Habla Sessions.

—Soy Devlin, Frank. Hablamos con la criada pero no conseguimos nada de ella. No sabe nada. Una verdadera estúpida.

—Las criadas en general saben mucho más que nadie. ¿Estás seguro de que no te está engañando?

—Oh, no. Es tonta. Limpia el apartamiento, recoge las cosas después de las fiestas y cosas así…, pero no conoce a ninguno de los amigos de la occisa. No los ve. No la ayuda a preparar las fiestas. Si Mónica daba una fiesta contrataba a otros para que le trajeran las provisiones y sirvieran.

—¿Conoce a los proveedores?

—No los conoce. Probablemente Millie los conozca. De cualquier manera, esta mujer sólo venía dos veces por semana, limpiaba la casa y no veía más quedar la occisa, la secretaria y algunas veces a ese tipo Motley.

—Sí. —Sessions recostado contra la pared tenía los ojos fijos en la mesa y en el asistente en el extremo opuesto trabajando con la sierra. El ruido se hizo más fuerte y Devlin preguntó:

—¿Qué es ese ruido?

—Nada. Le están cortando el cráneo. —Estudió el cuerpo blanco y delgado clínicamente. No había marcas visibles ni heridas. Era un cuerpo demasiado delgado. Debía haberle dado mucho trabajo mantener su figura así. Habría masajes, ejercicios, jugos de zanahoria, dietas de hambre, y una observancia diaria de la aguja en la costosa balanza del baño.

—Escucha, llámame tan pronto sepas algo, ¿quieres? —dijo Devlin.

—Sí. —Sessions colgó y con el dedo recorrió la guía telefónica; copió el número del abogado en su libreta y se reunió a los otros. El asistente tomó un martillo y un buril para aflojar la sección del cráneo que había cortado. Sessions dio vuelta a una de las manos de la mujer muerta, aspiró su cigarrillo y exhaló el humo—. ¿Ya se han tomado las impresiones digitales?

—Están tomadas e identificada. Estamos mucho más adelantados que ustedes —respondió Quent.

—¿Identificada? ¿Por la hija?

—Y por el patrullero que la encontró. Hace una hora vino la hija; él, cuando terminó su guardia.

—¿Y qué hay de las uñas? —preguntó Sessions a Ballou.

—No parece haber nada importante. Ella no arañó a nadie, ¿Qué otra cosa? Las uñas son postizas y, a juzgar por las manchas de nicotina en el índice y el dedo medio, era muy fumadora.

—El jefe quiere que se envíen todas las huellas digitales a Washington. Supongo que eso significa las de ella, también.

Ballou se dirigió al otro lado de la mesa y ajustó una tabla debajo de la cabeza del cadáver.

—¿Para qué quiere Washington las impresiones digitales de ella?

—Para nada. El jefe tiene la manía de las impresiones digitales.

—Podría ser peor —respondió Quent—. ¿Recuerdas al capitán Delehanty y las chapas de autos?

—He oído hablar de él —respondió Sessions y se acercó para observar a Ballou quitar una sección del cráneo. Ballou preguntó:

—¿Qué es eso de las chapas de autos?

Quent se apartó un poco. Reía:

—Parece que cuando Delehanty era sólo un patrullero descubrió un homicidio por anotar los números de las chapas de todos los coches estacionados dentro de la manzana de la escena y registrarlos. Eso fue su comienzo y desde entonces, cualquiera fuera el caso, su primera orden era "anoten el número de las chapas de todos los coches del área y regístrenlos a todos". Vaya… ¡las horas que solíamos perder…!

Entró el doctor Degnan, bajo, con pelo ralo y canoso, acompañado de otro médico:

—Esta es la sala principal de autopsias —dijo, mostrando con un gesto la actividad general—. Aquí —continuó acercándose a la mesa del doctor Ballou— hay un caso… aparentemente sobredosis de barbitúricos… pero sospechamos asfixia manual o por ligadura. De paso, le diré que esta mujer era una prominente periodista. Una vez me entrevistó y habló de mí en su columna, allá en la época del tiroteo de Malcolm.

—Pero si sospechan asfixia, ¿qué tiene que ver con la inspección del cerebro? —preguntó el médico visitante que era un oriental, en un inglés muy duro y difícil de entender.

—De todas maneras tenemos que hacerle un *test* por los barbitúricos.

—Pero…, la garganta ¿no sería lo primero?

Degnan rio:

—Bien, le diré, doctor. No estamos sólo comprometidos con la medicina, sino también con el aspecto legal. No únicamente con las causas de la muerte, sino con los tribunales. Suponga que usted tiene un hombre a quien le disparan doce veces y usted no investiga la cabeza, sólo busca las balas. Son las balas las que lo han matado, ¿verdad? Entonces sube usted al banquillo y el abogado de la defensa le pregunta: "¿Sabe usted lo que es un hematoma subdural, doctor?" y usted responde "Sí". "¿Quiere describirlo, doctor?" De manera que usted lo describe. "¿Puede ser fatal, doctor?" "Sí. Puede serlo". "¿La víctima tenía un hematoma subdural, doctor?" "No lo sé". "¿Por qué no lo sabe, doctor?" "Porque no examiné la cabeza. Di por sentado que las balas lo habían matado". "Oh… lo dio usted por sentado…" —Degnan rio y continuó—. Esa es la manera de pasar una tarde muy poco feliz en un banquillo de testigos. Es más fácil hacer la tarea acabadamente y hacerla bien.

Entre tanto el doctor Ballou había dirigido su atención y su escalpelo al cuerpo mismo, abriendo y quitando el esternón. Ahora terminaba la parte interior de la carne del cuello.

—Miren —dijo. Sessions, Degnan y el médico visitante se acercaron. La carne había sido lastimada y había contusiones. Cuando Ballou sacó la tráquea, se esparció un poco de fluido que no trató de evitar. Entonces señaló el resto de la evidencia. Había dos manchas oscuras a los lados de la laringe.

—Y miren aquí —mostró con el escalpelo—. El cartílago cricoides está fracturado.

Sessions miró, Degnan dijo:

—Humm… Bien, bien —el médico visitante se inclinó con mucho interés.

Sessions miró a Ballou:

—Vamos, doctor… expídase. Hágalo oficial. Homicidio, ¿verdad? Ballou asintió.

—Es un homicidio. Asfixia manual o por ligadura. Probablemente manual.

Sessions se dirigió al teléfono más próximo y disco el número de Homicidios.

—¿Jefe? Frank. Es un homicidio. El médico lo ha confirmado. Estrangulación. Como lo suponíamos. —Escuchó y respondió—. ¿El diecinueve? Está bien, tan pronto como termine aquí. Quiero ver

qué otra cosa puedo averiguar. Específicamente quiero ver si hay semen.

JUEVES 10,15 – 10,45 A.M.

Sessions entró por la puerta del Precinto diecinueve a las diez y quince y subió las escaleras de prisa, pero de a un escalón por vez. Se sentía un poco mareado y sacudió dos veces su cabeza en forma rápida y con fuerza para despejarla.

Todo el mundo estaba reunido en la sala. El sargento Trager, Devlin y otros tres detectives del Precinto diecinueve, el teniente Sullivan, O'Dell, Donnelly y Cantrell, de Homicidios. El teniente y los hombres de Homicidios tenían puestas sus chaquetas y los de la patrulla diecinueve estaban en mangas de camisa. Todos de pie o sentados alrededor de los escritorios hablaban, y la conversación giraba sobre el asesinato de Mónica Glazzard.

—¿Hubo cópula? —preguntó el Teniente cuando Sessions apareció en la puerta.

El detective meneó la cabeza.

—No hubo cópula. La hora de la muerte todavía puede ser cualquier momento desde que llegó esa noche a su casa hasta ayer al mediodía. Tendremos una información del contenido de su estómago dentro de pocos días y si podemos descubrir a qué hora comió lo que encontramos allí, será más fácil.

—Por supuesto, estás exento de cualquier otra tarea, y te daremos la cooperación que necesites y todos los hombres que pidas —dijo el Teniente a Sessions.

—Hoy puedo contribuir con cinco hombres, contando a Devlin y a mí mismo —ofreció Trager— y podemos conseguir más hombres de otras brigadas…

—No creo que vayamos a necesitar tantos —respondió Sessions —. No parece ser uno de esos asesinatos por sexo o robo en el que cualquiera podría ser el autor y, en consecuencia, tuviéramos que cubrir en forma masiva un área. Esto más bien parece del tipo del amigo íntimo o pariente, que es mucho más fácil de rastrear. El autor es probablemente alguien que está muy a mano, quizás una de las personas con quienes ya hemos hablado.

—No confíes en que va a ser tan fácil —respondió Sullivan—.

No parecería que fuera una muerte impremeditada, por impulso. Esto ha sido planeado, lo que significa que se ha tenido mucho cuidado en eliminar las pistas o se han dejado pistas falsas.

Sessions asintió.

—Sí. Y el canalla la estranguló con guantes para no dejarle marcas y le volcó barbitúricos en la garganta. Podemos estar seguros de que el líquido en su estómago va a contener barbitúricos. De manera que el propósito único parece ser simular un suicidio y eso mismo nos sugiere unas cuantas cosas.

—¿En qué cosas estás pensando? —preguntó Trager.

—Que el autor no está familiarizado con la forma en que el médico legista maneja las muertes dudosas en Nueva York. Es muy probable que él o ella no sea un nativo de esta ciudad.

—No creo que eso tenga sentido, Frank —interrumpió Donnelly —. Los neoyorquinos tampoco conocen la forma en que operan los médicos legistas.

—Lo admito, pero todavía sostengo lo que digo. En este país hay muchos lugares en donde se podría asesinar simulando un suicidio y lograr que quede como tal. En los lugares donde el médico forense es un político electo, tal vez ni siquiera es médico, o donde las autopsias son puro formulismo. Este caso parecería más bien del tipo de *modus operandi* que el autor utilizaría si lo hubiera aplicado con éxito antes en otra parte, u oído hablar de alguien que lo hiciera. Pero no sería aquí, no en Nueva York.

—En eso podrías tener razón —acordó Sullivan—. Me gustaría decir un par de cosas y luego volveremos a tus puntos de vista sobre el particular. Va a haber mucho ruido con respecto a este asunto. No les diré que luzcan bien porque siempre lo hacen. Pero sigan haciéndolo. Ocupémonos de que se cometan un mínimo de tonterías. Les recuerdo una cosa. Quiero informes al minuto. En el momento en que se presenten al Precinto escriban esos informes. Es la única forma que tenemos para saber qué está sucediendo, quién lo hace, cuándo y dónde. Es la única forma de evitar hacer dos veces las cosas. Bien, he terminado. Tú, Frank, y Devlin son los únicos que tienen el panorama completo hasta ahora. Díganos lo que saben y lo que piensan. Luego lo discutiremos.

Devlin cedió la palabra a Sessions y Frank abrió su cuaderno:

—Ustedes conocen el planteo general, por eso lo paso por alto. El médico dice que no hay rastros de piel debajo de las uñas de la occisa. De manera que no buscamos un asesino con rasguños en la

cara. A mí me parece que debe haberla tomado por detrás. Además, creo que ella estaba en camisón en ese momento. Eso convertiría al asesino en un pariente cercano o un amigo íntimo.

Donnelly objetó.

—Si la idea era establecer el suicidio por sobredosis de barbitúricos, el autor necesitaba que estuviera en camisón, de manera que se lo pudo poner. En consecuencia podría haber estado vestida cuando la mataron.

El asunto se discutió un rato, siendo el punto de vista general que, aun cuando era posible que Mónica Glazzard hubiera sido asesinada estando vestida —y quizás en otro lugar de la casa— al parecer había sido muerta en su dormitorio y en camisón. Sessions continuó.

—Si los peritos cerrajeros nos dicen que las cerraduras han sido violadas, las cosas cambian. Sin embargo, ahora parecería que el autor entró con una llave, o que la occisa lo hizo entrar. Si la atacaron por detrás, en su tocador, fue un amigo íntimo de quien no esperaba daño alguno, o por alguien inesperado, un atacante a quien ella hubiera temido pero que ignoraba que estuviera allí. Aun cuando esto último es una posibilidad y significa que alguien que no conocemos tiene una llave, no lo considero muy probable. Lo evidente es que el ataque fue perpetrado en Mónica como persona más que como en un objeto-sexual o fuente de dinero y cosas así. En consecuencia, podemos presumir que el homicidio fue cometido por alguien demasiado allegado a ella que escapa a la atención policial. Los que trabajan en el edificio son posibles sospechosos, naturalmente, desde que a despecho de lo que dice el superintendente, les es muy fácil hacerse de una llave. No parecen los más indicados como sospechosos puesto que no hay violación ni robo.

Donnelly volvió a interrumpir.

—La razón para que no hubiera violación ni robo bien podría deberse a que el autor no pensó matar y huir cuando vio lo que había hecho. Sólo porque no haya sucedido no quiere decir que no podría haber sido ésa la intención.

—Pero el asesino no huyó. Disolvió pastillas de dormir, las vertió en la garganta de la occisa y luego la metió en la cama.

—No podemos estar seguros de eso.

—Tienes razón. —Sessions rio y encendió un cigarrillo—. Tienes razón, Rog. Pero tampoco yo acepto tu idea. Es difícil concebir a

uno de los empleados del edificio enamorado y urdiendo algo así, sabiendo dónde encontrar los barbitúricos y todo eso.

—Entonces, ¿de quién sospechas? —preguntó Sullivan.

Sessions se encogió de hombros en su forma nerviosa:

—En este momento, jefe, diría, que hay cuatro sospechosos lógicos. La hija, la secretaria, el amante y el amigo, este Archibald Patterson. Presumiblemente, todos tienen llave, excepto Patterson.

—Y la criada —preguntó O'Dell—, ¿no tiene una llave?

Devlin respondió a eso:

—Sí, la criada tiene una llave, pero no podría estrangular una mosca.

—De acuerdo —acotó Donnelly—, pero eso no quiere decir que no podría haber traído a un amigo fuerte, o prestarle al amigo la llave.

Era un punto de vista, pero por el momento no muy aceptable, acordaron los otros.

—¿Hay algo que a tu parecer indique a alguien en particular? —preguntó a Sessions.

Sessions se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo. Tomemos la hija. Presumimos que hereda. ¿Es ese un motivo? Aun cuando lo fuera, no tenemos nada que la ponga en escena. ¿La secretaria? No tenemos un motivo conocido. Sin duda tuvo la oportunidad. ¿Patterson? A él lo tenemos en la escena, pero tampoco hay un motivo. ¿El amante? Nuevamente no hay motivo, también al parecer no hay coartada. En realidad, él pierde con su muerte… salvo, por supuesto, que se lo mencione en su testamento.

—No parece convencerte ninguno de ellos.

Sessions rio.

—Todos me gustan. Pienso que uno de ellos es el culpable. Pero todavía no sabemos bastante acerca de ninguno de ellos para saber cuál es.

—¿Hay alguna conjetura?

—Por lo que vale, me gusta el amante, por supuesto. Es él quien está más comprometido con la occisa y ese es el material de que están hechos los motivos.

—¿Y tú, Devlin? —preguntó el Teniente.

—Bien, estoy de acuerdo con Frank. Y además de sus razones, porque su amante es el único hombre en el caso. Personalmente, pienso que una estrangulación es cosa más de hombre que de

mujer.

—Y Patterson, ¿no es un hombre?

—Es un viejo. Físicamente lo comparo con las mujeres.

—¿Y no crees que las mujeres fueran capaces de hacerlo?

—¿De estrangular a la occisa? La camarera, no. Supongo que la secretaria es bastante fuerte, bastante fornida; y la hija es joven y parece capaz. La cuestión es si serían capaces de pensar en una cosa así. Creo que Patterson y las mujeres tendrían un modo diferente de matar.

—Excepto —dijo el Teniente— que hay una segunda parte del plan…, la tentativa de hacerlo parecer como suicidio. En todo esto hay algo más que el simple hecho de pensar en la mejor forma de matar. Se trata de "cómo matar mejor y hacerlo parecer suicidio".

—Sí, sí. Tiene razón, teniente.

Luego hablaron de los caminos que iba a seguir la investigación. Por supuesto, se verificaría a todos los sospechosos por intermedio de la Oficina Central de Investigaciones, para ver si tenían antecedentes policiales. Esto incluiría a los empleados del edificio, algunos de los cuales ya habían sido verificados, así como los amigos especiales de Mónica Glazzard. Sessions quería ponerse en contacto con la policía de Sacramento por si acaso Robert Motley tenía antecedentes allí. Más que eso, quería averiguar si Motley alguna vez vivió en Sacramento, cosa que dudaba. El abogado de Mónica estaba en la lista. Sessions lo vería acerca del testamento. Devlin se ocuparía del otro ascensorista… lo que pudieran decir sobre Mónica, lo que pudieran decir uno de otro. O'Dell iría a casa de Lindy para averiguar algo sobre el estado de ánimo de Mónica después de la función… qué hizo y qué comió. Cantrell visitaría a Frederick y Florence Lyle, Donnelly conseguiría una lista de los invitados de Gregory Buckingham. También estaba Linda Glazzard y, por supuesto, Millie, y el asunto de quién trascribió la columna de Mónica. Eso significaba ir a las oficinas del sindicato y averiguar quiénes eran los mensajeros y lo que tenía que decir la gente de allá. Y desde luego, había que averiguar qué clase de individuo era este Archibald Patterson. Qué opinión tenían de él.

Además de todo eso estaba también el archivo de direcciones de Mónica y los cientos de nombres con quienes se podía establecer contacto si no surgía ninguna otra cosa. Podía hacerse, desde luego, una verificación de las llamadas de larga distancia hechas por Mónica durante los últimos meses. Muchas posibilidades existían en

esa área de investigación.

El caso de Mónica Glazzard podría no requerir el esfuerzo de cientos de detectives, que trabajaran las veinticuatro horas del día, pero había bastantes pistas al comienzo para mantener activa a la actual dotación.

JUEVES 11,10 – 11,20 A.M.

Las oficinas de Stockton, Bates y Pierce estaban en el piso catorce de Park Avenue, número 507, mirando a la calle 59. La habitación de la recepcionista era moderna —metal, plástico y colores pastel. La oficina de Lawrence Stockton, miembro principal de la firma, era eduardiana: paneles, cuero y pinturas al óleo. Stockton se levantó y pasando frente a su escritorio se acercó para estrecharle la mano cuando Sessions entró a las once y cuarto; tenía más de seis pies de altura, llevaba sus doscientas veinticinco libras bien fajadas, y parecía como si sus trajes grises se limpiaran con la misma frecuencia que sus camisas.

—Una ocasión muy desgraciada —dijo Stockton, ofreciendo una silla pesada de cuero verde, a su visitante. Volvió a su escritorio y tendió una caja de costosos cigarros a Frank—. Leí en el diario esta mañana que había muerto en forma misteriosa. Pero luego usted me llamó y me dijo que había sido asesinada. Eso es espantoso.

—Sí, señor, así es. Arroja una luz diferente sobre las cosas, ¿no lo diría usted? Ahora queremos saber quién la odiaba. Y queremos saber quién se beneficia con su muerte. Eso, como le expliqué por teléfono, es la razón de que esté acá.

—¿Quiere saber a quién nombra en su testamento?

—Eso es exactamente lo que queremos saber.

Stockton tomó un anotador de papel de oficio y buscó sus anteojos.

—¿Tiene ya algún sospechoso, Mr… ah… Sessions?

Frank, ignorando los cigarros, encendió un cigarrillo y cruzó las piernas.

—Somos muy cuidadosos con respecto a esa Mr. Stockton.

—Podría decirle que la hija es la principal beneficiaria. ¿Eso significaría algún problema para ella?

—Probablemente no. Es lógico que la hija sea la principal beneficiaria. ¿A cuánto asciende el monto de la herencia, Mr. Stockton?

—No podría decirle. Tiene algunas propiedades, por supuesto. Es

dueña del apartamiento en que vivía. Terminó de pagar la hipoteca el año pasado. Y tiene una chacra en Connecticut. Esa está hipotecada, pero la hipoteca está asegurada en forma tal que automáticamente queda pagada a su muerte. —Volvió a su anotador y continuó—. Acciones en una hostería en New Hope, Pennsylvania. Es decir, una tercera parte. Además hay algunas acciones y bonos e inversiones, pero no soy su consejero inversor y no puedo decirle nada de eso.

—¿Sabe quién es su consejero?

Stockton apretó un botón en un aparato intercomunicador y le pidió a su secretaria que lo buscara.

—No sé nada de su cuenta bancaria ni cuál era su renta. Tengo la copia de su contrato con News Features Syndicate. Gana tanto por cada diario que se suscribe a su columna. Y su columna se publica en muchos periódicos. También hay otras fuentes de ingreso, sus conferencias, apariciones en televisión. Diría que su renta es bastante sustancial.

—¿Y qué otra persona hereda además de su hija?

—Me atrevo a decir que va a decepcionarse cuando se lo diga. Temo que no va a conseguir ninguna clave allí —repuso sonriendo Stockton.

—No se preocupe por eso, Mr. Stockton. Lo importante no es conseguir claves. Lo importante es que tenemos que saberlo.

—Bien, se lo diré por lo que vale. —Stockton se ajustó mejor los anteojos. A sus espaldas la persiana veneciana estaba levantada, pero todo lo que se veía era la fachada de un edificio del otro lado de la calle—. Lo anoté antes de que usted llegara para evitarnos una cantidad de “considerando” y “en consecuencia”. Primero, hay una donación de 1.000 dólares para Nettie Sandhurst. Esa es su criada.

Sessions puso el cigarrillo en un cenicero grande del escritorio y lo anotó.

—Hay un mes de salario para Mildred Butelle, su secretaria. Una donación de cien dólares para la Fundación de Contingencias del Club de Periodistas de Nueva York.

—Excúseme… ¿sabe usted a cuánto asciende el salario de Miss Butelle?

—A ciento setenta y cinco dólares por semana… por lo menos era eso cuando se hizo este testamento en 1964, porque establece setecientos dólares como salario mensual.

—1964 —dijo, y escribió Sessions.

—Hay otro legado de trescientos dólares a la Liga Antiviviseccionista. Quinientos dólares al Fondo de Actores. Sus papeles, cartas, manuscritos y escritos van a la Universidad de Boston y todo el resto es para su hija, Linda.

Sessions consignó eso en su libreta y preguntó sobre presuntos enemigos. Stockton no sabía que tuviera enemigos. En realidad no había visto a su cliente desde que hizo el testamento.

—Y desde entonces, ¿no lo ha llamado o hablado de la posibilidad de hacer un testamento nuevo?

—No. Nunca.

Sonó una chicharra y Stockton levantó el receptor. Se lo alcanzó a Sessions por encima del escritorio. —Es para usted.

—¿Irás a ver a Linda Glazzard hoy? —le preguntó Devlin.

—Sí, en algún momento, ¿por qué?

—Porque tengo un par de granadas que podrían cambiar un poco tus planes. ¿Quieres saber quién transcribió la última columna de Mónica Glazzard? Millie Butelle. La mujer que dijo que había tenido el día libre. Ella la pasó a máquina.

—¿De dónde sacaste eso?

—De Carl Mancini. Uno de los ascensoristas. Su turno es de diez de la mañana hasta las siete de la noche. De manera que le pregunté quién entró y salió del apartamiento y lo primero que me dijo fue que a eso de las doce del día… bajando las escaleras… no utiliza el ascensor, vio a Millie Butelle salir a la calle.

—¿Y eso fue ayer a las doce?

—Correcto, ayer.

—¿A qué hora entró?

—Eso es lo que todavía no he podido averiguar. Porque Lester Fritz, que es el hombre que lo sabe, está ausente hasta el viernes y no he podido conseguirlo en su casa.

—¿Y qué me dices del otro individuo… el que vino anoche? ¿Del que lo reconoció a Patterson?

—Caligliaro. Su turno es de una a diez de la mañana, pero cuando Fritz llega a las ocho, Caligliaro sale una hora a desayunar. No estaba aquí entre las ocho y las nueve.

—¿Y acerca de la columna transcrita y dejada en el hall principal para que la recogieran…? ¿Quién la vio dejarla? ¿Caligliaro o Mancini?

—Ninguno. Sabemos que salió al mediodía del edificio. Pero eso no es todo. Adivina qué otra cosa… No habían pasado cinco

minutos desde que la secretaria se había marchado cuando, ¿quién crees que entró? ¡La hija! ¡La que dice que hace meses que no ha visto a su madre!

—¡Estás haciendo carrera, muchacho! ¿Cuánto tiempo permaneció la hija allí?

—Es por eso por lo que tengo que ver a Fritz. Mancini no lo sabe. No la vio salir.

—Bien. Veré qué tiene que decir ella de todo eso. ¿Tienes ya el informe de los peritos cerrajeros?

—Sí. No hay nada. No hay rasguños en el interior de las cerraduras. No estaban forzadas, fueron abiertas con llave. Es alguien que tenía una llave. ¿Averiguaste algo sobre el testamento? ¿Hereda algo Motley?

—Linda es la que hereda. A Motley ni se lo menciona. No estaba en la escena cuando se redactó el testamento.

—Linda, ¿eh? ¿Y la hora de la muerte, Frank? Mónica podría haber estado viva todavía cuando Linda llegó allí.

—Sí, compañero —rio Frank—, pero no apostaría dinero.

JUEVES 11,30 – 11,45 A.M.

Linda Glazzard verificó el último nombre de la lista. Todos los posibles competidores estaban presentes, sentados en la pequeña antesala del otro lado de la mampara de su oficina. Abrió la puerta y entró en la antesala.

—Todos ustedes son muy puntuales —dijo sonriendo a los ocho hombres y mujeres que de pie o sentados esperaban en las reducidas dimensiones de la habitación—. Todos ustedes han llegado temprano, de manera que podemos empezar. —Abrió otra puerta que daba a un pasillo y los condujo a una primera habitación a la izquierda que estaba amueblada con una mesa grande y una docena de sillas. La gente se sentó alrededor de la mesa y Linda les alcanzó lápices y dos *tests* mimeografiados—. Pongan por favor sus nombres arriba. El primer *test*, como advertirán, es una especie de prueba de información general. No es difícil, pero nos dará una idea del tipo de áreas que cubre el conocimiento general de ustedes. Deben llenar los espacios en blanco con las respuestas a las preguntas. El segundo *test* configura ejemplos de claves que tiene el programa de "Adivine el Acertijo". De paso, ¿hay alguien aquí que no sepa cómo se juega? —Nadie levantó la mano, de manera que continuó—. Bien. Como verán, hay diez series de claves. Tendrán diez minutos para eso. —Miró a su alrededor sonriente—. ¿Hay alguna pregunta?

Una mujer dijo:

—Bien, este primer *test*. Donde dice: "¿Cuál es la montaña más alta del mundo?" Es una pregunta con sentido, pero la segunda: "¿Quién jugó como primer "baseman" en el New York Yankees?" No creo que sea una pregunta apropiada para incluirla en un *test* como éste. Quiero decir que quizás algunos hombres puedan saberlo, pero, ¿cómo imagina que una mujer pueda responder a una pregunta así?

—Dije que sólo era un *test* de conocimientos generales. Si no sabe la respuesta deje el espacio en blanco.

—Pero eso significa que no me ha comprendido. Me parece que

no es una pregunta adecuada. Quiero decir, ¿quién va a responder eso fuera de los hombres que viven en Nueva York y a quienes les gusta los Yankees en lugar de los Mets? Si usted preguntara quién era el primer “baseman” de los Mets sería más apropiada, porque los Mets gustan a mayor cantidad de gente.

—No importa dejar un espacio en blanco, se lo aseguro. Es muy posible que nadie conozca la respuesta del total de las veinte preguntas. Así es como se ha hecho el *test*

—No me importa no saberlo yo. Hablo de una pregunta adecuada. Ahora más adelante tiene esta otra: “¿Quién es el dirigente de Egipto?” Esa es mi idea de una pregunta correcta. Podría no saber quién es, pero es una pregunta adecuada.

Linda sonrió.

—Lamento que no le guste el test, pero fue concebido por psiquiatras especialmente para los postulantes de este *show*. —Miró su reloj—. Si no hay más preguntas pueden empezar… ahora.

Los ocho competidores del *show* “Adivine el Acertijo” se pusieron manos a la obra. Linda se reclinó contra el marco de la puerta. Su sonrisa se desvaneció y se mordió el labio. Se sentía casi enferma físicamente. Ahí estaba el detective otra vez. El detective Sessions. Había algo en él que la aterrorizaba. Había reconocido su voz en el momento en que sonó la extensión y tomó el teléfono. ¿Cómo podría describirse su voz? ¿Podría llamársela una voz “flaca”? Así era. Flaca como el hombre. Y cuando había levantado el teléfono y dicho “hola” con la dulzura y encanto que le eran propios, de pronto una voz dijo, “¿Miss Glazzard?”, y enseguida se vuelve a recordar todo… Había sido anoche… un escuchar preguntas y saber si sospechan cosas de una, cosas que no quieren mencionar. Se sentía acorralada y culpable. Especialmente ese detective Sessions cuando dijo: “Traté de encontrarla en su apartamiento”. Nada en su tono la condenaba. Nada traicionaba sorpresa o sospecha. Era un tono muerto y quizás esa era la manera de describir su voz. Era una voz muerta. Como el hombre mismo. Parecía demasiado delgado. Parecía, para usar el viejo clisé de la secundaria, “un muerto recalentado”.

Pero primero la había llamado a su apartamiento y sólo cuando no recibió contestación la llamó a su oficina. ¿Y cómo explica eso, linda muchachita? Su madre acaba de morir. Los arreglos del funeral todavía no se han hecho. No se ha hecho nada. Ni siquiera se han derramado lágrimas. Sin embargo, aquí está usted

trabajando, repartiendo *tests* a mujeres discutidoras que no se imaginan que su manera de quejarse ha sido mucho más nefasta para ellas que no saber dónde está pasando ahora sus vacaciones Mickey Mantle. Les está sonriendo, está siendo amable con ellos. Está en contacto con personas agradables, talentosas, comprensivas, pero de cuando en cuando aparece una “agriada” que nunca debió haber llegado hasta estos *test*. Y aquí está usted como si anoche no hubiera pasado nada. Y tal vez es lo que usted quiere simular, que no ha pasado nada, pero no le diga eso a un detective. Se preguntará el porqué de la falta de lágrimas, de la espartana vuelta al trabajo cuando hubiera podido descansar una semana. Y va a decidir que esta joven, Linda Glazzard, debe haber odiado realmente a su madre para mostrarse tan insensible ante su muerte. Quizá la odiara lo suficiente para matarla. Porque ahora es eso. Asesinato. El detective lo había dicho. Lo aclaró bien. Linda lo advirtió. Quería hablar con ella otra vez. Quería hacerle más preguntas. Porque ahora sabían que Mónica Glazzard no había muerto de muerte natural. La habían ayudado a morir y el infierno se vendría encima.

Eso formaba parte de la náusea de Linda. Una cosa es cuando alguien próximo a una se muere por causa natural o aun accidental. Mucho peor es cuando alguien se suicida. Pero cuando matan a una persona, cuando la arrancan prematuramente del seno de la tierra, o cómo demonios lo haya dicho o lo hubiera dicho Shakespeare, es un golpe terrible. Lo deja a uno débil y enfermo. Y cuando se comienza a percibir que hay ojos que la vigilan a una, que la policía piensa que una misma podría ser la parte culpable, una se siente realmente enferma. Estrangulada, había dicho el detective; Mónica había sido estrangulada. Pero eso significa que el culpable es un hombre, ¿no es así? Ciertamente, Linda misma no podría haber estrangulado a su madre. Mónica era delgada, fina, conservada, bien fuerte. ¿Podría haberlo hecho Linda? ¿Tendría fuerzas físicas para poder hacerlo? Esa no era la cuestión. ¿Podía probarle al detective que ella no había sido? Oh, sí, por supuesto que harían pruebas, lo verificarían, pero todo el mundo sabía que esa no era la forma en que procedía la justicia. Todo el mundo sabía que en la vida real una estaba condenada salvo o hasta que probaba su inocencia. Y aun entonces, aun cuando se haya probado que una no ha hecho nada malo, quedaban todavía aquellos que dudaban. Se continuaba por la vida manchada para siempre.

Ahora el detective se alejaba. Había tenido que decirle que estaría libre recién a las doce. Un poco antes del mediodía de hoy, porque el grupo había comenzado los *tests* dos o tres minutos antes que de costumbre.

Almuerzo. Él había dicho algo sobre el almuerzo. La había invitado a almorzar, y ahora ella no tenía apetito. Sola o con alguien del grupo habitual podría haber tomado algo… Todos le habían presentado sus condolencias y habían comprendido que Mónica y Linda no eran muy unidas, y que Linda no estaba en realidad quebrantada, que había mucho trabajo que hacer en Cowan y Blakeslee. Ella era parte del equipo y lo que ella hacía era importante para el conjunto. Si se paralizaba su trabajo o se traía un sustituto, todo el resto se demoraría. Además, como se lo había dicho a todo el mundo, la mejor cura para el dolor o la pena es el trabajo. No hay que sentarse sin hacer nada sintiendo pena por una misma, hay que salir y hacer algo. Obligarse a olvidar. Esta gente entendía, pero no creía que lo entendiera el detective. Le llamaría racionalización, y se preguntaría qué estaba tratando de ocultar. ¿Almorzar? No sabía cómo lo lograría. Sin embargo, tendría que comer. No podía dejar que él se preguntara qué era lo que le pasaba a ella. Cuanto más nerviosidad mostrara, tanto más seguro estaría él de que Linda sabía cosas que no le había dicho.

Linda salió al hall en busca de la fuente de agua. No quería que los competidores la vieran sin la sonrisa ni la completa atención a sus preocupaciones e intereses. Entró David. La había evitado toda la mañana y ella no lo había visto desde que la dejó en lo de Mónica, la noche antes.

—Vaya, Linda. Si hubiera imaginado que trabajabas hoy… te hubiera hecho saber… saber sobre anoche… ¿cómo estás?

Por supuesto, mentía. Sabía que ella había venido a trabajar.

—Estoy bien —ya no estaba enojada con él. No tenía ningún sentimiento para él. De manera que David estaba mintiendo; era en el fondo un cobarde. No importaba. No le interesaba tanto. Un pensamiento espontáneo cruzó por su mente: “me he acostado con este hombre. Nos hemos duchado juntos, bañándonos uno a otro”. No parecía posible. No era con este hombre. Era con algún otro. Con alguien que ella conocía. Este hombre era un extraño. Anoche nomás habían reído y bromeado juntos… hacía doce horas… y eso tampoco parecía real.

—¿Sabes…? —dijo él—, con respecto a tu novio… quiero decir

que haré lo que tú quieras. En verdad lo lamento.

Realmente era así. Ella lo sabía. Pero no importaba. La mención de su novio, sin embargo, le recordó que todavía quedaban algunas cosas que importaban. Sintió una congoja, como una aguda puñalada que la atravesaba. ¿Randy era también ahora una parte del pasado, como David? Unas pocas palabras mentidas, gritadas en el teléfono y toda la vida de una cambia de dirección… Las puertas se cierran clausurando los jardines del futuro y el precipicio que desciende a oscuras cavernas toma su lugar. Donde había habido confianza, comprensión y perdón, ahora había sospechas y la fealdad de los malos pensamientos. ¿Podrían alguna vez ser borrados, o Randy, en esa breve cólera, había revelado que no podía, después de todo, separarla de su pasado? Y eso, ¿a dónde conduciría su futuro? ¿Llegaría alguna vez alguien con las manos llenas de perdón y generosidad que Randy parecía tener, poseyéndola de veras, cosa que al parecer no había sucedido con Randy? ¿O sería una larga sucesión de años vacíos con compañías esporádicas la anormal situación de su vida? Tal vez si hubiera permanecido virgen… Oh, por amor de Dios, seamos razonables. Pero, por supuesto, jamás debió ser tan promiscua. Después de todo había sido un poco demasiado. Un hombre puede olvidar hasta un cierto punto, pero…

¿Pero qué? ¡Demonios! Esos muchachos no le interesaban nada. Ni siquiera los recordaba. Ni a uno solo de ellos. Ni siquiera podía recordar cómo era aquello, cuáles eran sus sentimientos entonces. Lo había superado con su psiquiatra. Había descubierto qué era lo que la inducía a comportarse de ese modo al menos para poder corregirse y convertirse en un ser humano bastante respetable y funcional, sí, y hasta importante… ¿Seguiría maldecida para siempre…?

Observó a David marcharse por el hall. Su manera habitual bastante entusiasta estaba ligeramente moderada esta mañana… como una deferencia al dolor de Linda. Frente a los demás sin duda sería el David de siempre. En realidad, ya casi lo era ahora y había en su andar esa sensación de alivio… de haber enfrentado una tarea desagradable y llevado a cabo con éxito. Él no estaba herido. Él no había perdido a su madre ni a la persona con quien pensaba casarse, en una sola noche.

Volvió a la habitación y sonrió al grupo. La mayoría había terminado y estaban verificando las preguntas más difíciles. La

mujer que no conocía al dirigente de Egipto más de lo que conocía al primer "baseman" de New York Yankees tenía un aspecto desdichado. Sentía que no había pasado la primera prueba. No era que importara. Podía ser la mujer más lista del Estado, pero no era del tipo que se elige para participar en audiciones de entretenimientos ante una cámara de televisión.

Linda preguntó:

—¿Todo el mundo ha terminado o quieren los diez minutos completos? —la mujer quería los diez minutos completos y Linda le dijo que le quedaba un minuto y medio.

—Creo que es más que eso —respondió la mujer—, miré el reloj cuando empezamos.

Linda había pasado por estas cosas antes, aun cuando afortunadamente no con frecuencia.

—Si quiere tiempo extra —respondió con suavidad— puede tener todo el que quiera. Entre tanto, no retendremos al resto del grupo.

—No necesito tiempo extra —respondió la mujer apartando el papel—. He hecho todo lo que pude. Pero quiero decir que estas preguntas no son apropiadas: "¿Quién escribió la letra de "Star-Spangled Banner"? Vamos. Yo sé tanto como cualquier otra persona, pero ciertamente no atiborro mi mente con información sin importancia.

Con los papeles en la mano, Linda dejó que los miembros del grupo vieran las respuestas para que tuvieran la satisfacción de saber que el Nilo era el río más grande del mundo, que Dean Rusk era el secretario de Estado, que el jarabe de maple procedía de azúcares de maple, pero que la palabra "árboles" era aceptable. Preguntó si había más preguntas antes de que comenzara el segundo de los *test* y una joven delgada le preguntó:

—Su nombre es Miss Glazzard, ¿verdad?

—Correcto.

—¿Es pariente de Mónica Glazzard, la columnista que murió?

—Pariente lejana. ¿Continuamos?

JUEVES 11,57 A.M. - 12,45 P.M.

A las doce menos tres minutos, Linda recogió los *tests* mimeografiados y agradeció efusivamente a todos.

—Si no tienen noticias nuestras dentro de una semana o diez días, probablemente no las tendrán, de manera que a partir de entonces yo no contaría con ellas. —Los volvió a llevar a la pequeña habitación que daba al pasillo y Frank Sessions estaba allí.

Sabía que iba a estar, pero su corazón se sobresaltó y sentía que las rodillas le temblaban. Había planeado estar fríamente eficiente con él: “Sólo puedo darle unos minutos” o algo así, pero al mirarlo comprendió que no podría hacerlo. No era que no pareciera cordial, fumando un cigarrillo y sonriéndole agradablemente al verla desempeñar su papel de gallina despidiendo a sus polluelos. Pero la sonrisa era parte de su trabajo lo mismo que su presencia. No había venido a buscar a una novia, no había venido a hacer una prueba para televisión. Ni siquiera le importa si el *show* salía al aire o no. Lo único que le importaba era quién había matado a su madre. Por eso estaba aquí, sonriéndole y estudiándola al mismo tiempo, estudiando la clase de trabajo que hacía, la gente a quienes despedía, interpretando lo que estudiaba en el contexto de antiguo detective y lo que había experimentado y aprendido en esos años. No podría despedirlo con un tono firme. En realidad, en su presencia lo único que pudo hacer fue evitar un temblor en la voz cuando agradeció una última vez al grupo, despidiéndolo.

La sonrisa de él se desvaneció mientras apagaba su cigarrillo en uno de los ceniceros entre la colección de sillas desparejas que se agrupaban contra la pared de la pequeña habitación. Parecía en cierta forma inflexible cuando la tomó de la mano diciendo:

—Espero que le guste la comida francesa…

En taxi se dirigieron a un pequeño restaurante en la calle 58 donde había reservado una mesa. Era al fondo de un salón largo y angosto donde Sessions se sentó con la espalda a la pared, ella con la espalda a los concurrentes. A Linda le agradó que él hubiera decidido el lugar a donde ir, y qué habían de almorzar, en lugar de

preguntárselo a ella. Además estuvo de acuerdo con su decisión. El restaurante estaba demasiado alejado del Edificio Seagram para atraer a su gente, y si tenía que sufrir que la esposaran, no sería frente a sus amigos. También volvía a sentir apetito, lo que era agradable, porque ésta sería mejor que sus comidas habituales. Y podría traerle ventajas en otro sentido. Era posible que con la comida el detective perdiera algo de su reserva. Era posible que ese detective comenzara a notar que ella era una mujer agradable. Linda no se hacía ilusiones con respecto a su apariencia. No era una reina de belleza, pero tampoco era el caso de ser excesivamente modesta. Era muy atractiva y muchos hombres la habían perseguido (aun después que había dejado de ser la compañera de cama de cualquiera) como para tener confianza en su poder de atracción. Era un área donde no se sentía subordinada a Mónica.

Ahora, en la penumbra íntima del restaurante, con una copa frente a ellos y un menú en sus manos, Linda comenzó a analizar a su temible adversario con más cuidado. Anoche en el apartamiento de Mónica, él era sólo una cara, una figura y una voz sin una forma ni sonido particular, preguntando e indagando de una manera que la asustaba, pero estaba demasiado perturbada, en verdad, para comprender. Ahora podía ver que el detective Sessions tenía ojos color castaño, que en realidad eran hermosos si uno pudiera olvidar la mirada del policía. Su pelo también era castaño oscuro, bien peinado, su ropa mucho más costosa de lo que ella imaginaba que podía vestir un policía. Y eso la llevó a preguntarse cuánto ganaba un hombre de su posición y cuáles eran sus responsabilidades financieras. Podría estar casado, tener esposa y familia. Los policías se casaban, después de todo; lo comprendía aun cuando le resultaba difícil imaginar cómo sería la vida de la esposa de un policía. Era más alto de lo que en un principio creyó. Tenía por lo menos seis pies, aunque parecía más bajo. Tampoco era tan delgado como aparentaba. Parte de lo que parecía delgadez era fatiga. Necesitaba aumentar cinco kilos, pero necesitaba dormir, aun más.

Pidieron más bebidas y ella advirtió que él no se sentía incómodo en un costoso restaurante francés. ¿Por qué pensaba que un policía estaba fuera de su ambiente en el momento en que entraba a un restaurante más elegante que el mostrador de Nedick? Este detective sabía lo que quería comer y en qué forma le agradaba su Martini. Hasta pidió el vino sin pedirle consejo al mozo. Era un hombre de mundo en un restaurante francés, pero también había

algo aniñado en él. Linda lo advertía en el cansancio al que él no prestaba atención. Necesitaba alguien que se ocupara de él, que le dijera que no es sólo la ropa lo que hace al hombre, sino el hombre mismo, y que debía cuidar su cuerpo tanto como sus trajes. Y la forma en que fumaba cigarrillos… ¡Dios! Era de sorprender que aún le quedaran pulmones. Sentado frente a ella, parecía como un pobrecito niño huérfano de madre que despertaba el instinto maternal en el corazón de una mujer.

Pero entonces recordó que este mismo niño sin madre llevaba un revólver en su cadera, que sabía cómo usarlo y cuándo usarlo. Y que no había llegado a ser lo que era en el Departamento de Policía sólo por estudiar sus lecciones y cumplir con sus horarios. En el trabajo de policía había que arrestar gente… algunas veces gente peligrosa. Había que arriesgarse y seguir adelante donde el hombre promedio retrocede. Un policía no observaría desde la ventana mientras a Kitty Genovese la apuñaleaban en la calle hasta matarla. Un policía no se marchaba por temor a involucrarse o miedo a que lo hirieran. Este detective podría no tener madre pero no era un niño. Cualquier cosa que lo pintara con esos colores era engañoso. "¡Cuidado!", se recordó Linda, mientras sorbía el Manhattan y esperaba las preguntas.

Frank Sessions bebió un poco de su Martini. Su último cigarrillo se había terminado hacía menos de un minuto, pero ya estaba encendiendo otro.

—¿Por qué no nos refirió lo de ayer, Miss Glazzard? —preguntó para romper el hielo. Era el tipo de pregunta abrupta e inesperada que revelaba mucho a través del efecto que hacía en el interlocutor.

En este caso, todo lo que le proporcionó a Sessions fue la sensación de sobresalto y asombro. Pero también había un matiz de culpa que parecía haberla tocado.

—¿Decirle qué, de ayer?

—Que fue al apartamiento de su madre al mediodía.

—¡Oh! —se sonrió un poco—. Debería haber imaginado que eso lo descubriría pronto. —Por supuesto él no le creería, pero en realidad no había pensado decírselo—. No pensé en ello —respondió, diciendo la verdad y sin esperar que le creyera.

Sessions no respondió a eso. Se encogió de hombros nerviosamente y fumó su cigarrillo.

—¿Qué sucedió?

—Nada. Fui hasta allá. Llamé a la puerta. Nadie respondió, de

manera que me volví.

—¿Así nomás?

Ahora su voz expresaba incredulidad. Podía advertirlo en su forma fría y cortante.

—Así nomás —respondió.

—¿Por qué no utilizó su llave?

—No tengo la llave.

—Repítalo…

—Dije que no tengo una llave.

—Es el apartamiento de su propia madre…

—¿Y qué hay si lo es? Que Mónica fuera mi madre no me daba el derecho de invadir su vida privada. Ella tampoco tenía llave de mi apartamiento.

—Mónica. ¿Es así como la llamaba?

—Sí. ¿Le parece extraño?

—No es lo usual.

—Mónica no era del tipo maternal. No puedo imaginar a nadie llamándola “madre”. Tampoco podía ella, motivo por el cual me criaron haciéndome llamarla por su nombre. También, desde el punto de vista de la vanidad, estoy segura de que no le hubiera gustado tener una hija de veintinueve años, indicando con la palabra “madre” que ella tenía una generación más.

—Volviendo a la llave…

—Dije que no tengo una llave. ¿Quiere ver mi llavero?

—Por supuesto.

Ella no pensó que aceptara y anduvo buscando a tientas para sacarlo de su cartera. El llavero no tenía muchas llaves…, la de su propio apartamiento, una del apartamiento de Randy, la de un cajón de su escritorio, otra de la puerta de la oficina y una más de su maleta.

—Ahí tiene —dijo poniéndolas en la mesa—. Y si conoce la llave del apartamiento de Mónica…

Él señaló una con el dedo.

—¿De dónde es ésta?

—De mi apartamiento.

—¿Y ésta?

Era la del apartamiento de Randy.

—Esa… uff… una de la puerta de calle de la oficina. Esta otra de la puerta de adentro.

El camarero llegó y comenzó a servir el primer plato. Quitó el

corcho de la botella de vino con habilidad y la puso frente a Frank. Sirvió un poco de vino en la copa de Frank, éste lo aprobó y llenó las dos copas. Cuando se marchó, Linda había vuelto a poner las llaves en su cartera.

Sessions se llevó a la boca un primer bocado, terminó el resto del Martini y dijo:

—Vamos a terminar con el asunto de la llave, Miss Glazzard, por favor. Usted no tiene la llave. ¿Qué hizo con ella?

—No hice nada con ella. Nunca tuve una llave.

—Miss Glazzard, usted tiene veintinueve años. Me dijo anoche que su madre compró el apartamiento hace once años. Eso significa que usted tenía dieciocho. Presumiblemente a los dieciocho años todavía vivía con su madre. ¿Espera que crea que no tenía cómo entrar al apartamiento?

—¡Pero eso fue años atrás!

—Desde luego. ¿Qué hizo con la llave?

—No lo sé —lo miró enfadada—. ¿Por qué es importante?

—Es su coartada, ¿no es así?

—¿Mi coartada?

—¿Me está diciendo que no entró al apartamiento…?

—¿Está sugiriendo que yo podía haberla… matado? —preguntó con repentino temor en la voz. Bien podía usar la palabra. Durante todo el tiempo había tenido la sensación de estar bajo sospecha con respecto a algo… aun antes de saber cómo había muerto Mónica. Pero hasta este momento no se le había ocurrido que la sospecha fuera asesinato. Había jugado con la idea, pero sólo jugado. Eso no podía estar pasando en realidad. Pero la policía tiene sus fijaciones sobre las cosas y si este detective realmente pensaba que ella era culpable, le daría mucho trabajo arrancarlo de su convicción. Que la estuviera considerando como una asesina hizo que le faltara aire y que sus labios temblaran.

Él la observaba con atención, aun cuando aparentaba naturalidad.

—Usted podría haberlo hecho… si cuando usted llegó Mónica hubiera estado viva todavía. También podría haber encontrado su cuerpo, si es que estaba muerta.

—Pero no entré. Toqué el timbre y nadie respondió. No sé qué pasó con aquella llave. Hace tanto tiempo. Posiblemente esté en algún llavero infantil, en un baúl, en alguna parte. O quizá la tiraran cuando me fui de casa.

—¿Para qué fue a casa de su madre?

—Quería decirle algo a Mónica.

—Es indudable que usted me está obligando a formularle muchas preguntas —observó Sessions—. No está en el banco de los testigos, no la estoy acusando de nada. ¿Por qué se conduce como un testigo hostil?

Linda bajó los ojos. La mirada de él era demasiado penetrante, su manera demasiado intensa. Disparaba demasiadas chispas. ¿Cómo pudo imaginar que este hombre necesitaba cariño materno? Y ella que de buen grado habría servido de madre a ese león…

—Porque estoy bajo sospecha —le respondió con suavidad.

Sessions cambió por completo. Le sonrió. Tomó un sorbo de vino y comenzó a comer.

—No quise ser duro —dijo con esa inflexión de niño que no era nada infantil… sino por interpretación—. Tengo que hacer muchas preguntas. Tengo que buscar en muchos lugares. Tengo que hablar con mucha gente ¿comprende? —Le sonrió—. Un detective tiene que descubrir muchas cosas. Es su madre y la han matado. Esto es un homicidio. ¿Comprende eso? Alguien la mató. Debemos descubrir quién es ese alguien. Y usted quiere ayudarme, ¿verdad? De manera que, por favor, ¿quiere decirme todo acerca de la visita al apartamiento de su madre al mediodía? Para qué fue, a quién vio, qué sucedió. Todo.

Linda suspiró. Terminaron el primer plato y dejó que el camarero pusiera la *entrée* frente a ellos.

—Está bien, si lo que quiere es un montón de detalles sin importancia. Estoy comprometida para casarme. Es con un muchacho que mi madre no conocía. Hasta hace una semana y media, mi madre no sabía que yo estaba de novia. Por supuesto, entonces quiso conocerlo. Decidió invitarnos a comer. Esto debía ser mañana a la noche. Tenía entradas para algo que debía estrenarse en un teatro independiente. Íbamos a tomar *coctails*, comer con ella, luego ir al teatro y después a una reunión.

—Bien —continuó Linda—. Lo que sucedió fue que la tía de mi novio, residente en Pittsburgh, enfermó gravemente y él es su sobrino preferido y heredero principal y tuvo que salir para Pittsburgh de prisa. No sé cuánto tiempo se quedará allá, pero no volvería esta semana. De manera que fui a ver a Mónica para decirle que no iríamos a comer y que lo pospusiera para otro momento.

—Y fue a su apartamiento, tocó el timbre y entonces, ¿qué pasó?

—Nada. Volví a la oficina. Oh, compré un *hamburger*.

—¿Y no hizo usted nada más para cancelar el compromiso?

—Sí. Traté de hablar varias veces por teléfono durante la tarde, pero no contestaron.

—¿Desde dónde telefoneó?

—Desde la oficina. Tengo una línea exterior.

Sessions tomó su cuaderno y escribió algo.

—¿Las comunicaciones se registran en alguna parte?

—No.

—¿Por qué fue usted a verla durante la hora de almorzar en lugar de llamarla?

Linda vaciló. Esa era otra cosa difícil de contestar como lo de la llave. Parece muy lógico para uno mismo, pero misterioso y poco natural para cualquier otro.

—Bien, es difícil… Verá. Millie Butelle, la secretaria de Mónica, está allí hasta que Mónica almuerza y eso es en cualquier momento entre las doce y media y la una y media. Y si llamaba y Mónica dormía, Millie no la despertaba. Millie tiende a ser rencorosa de esa manera. No me tiene mucha simpatía.

—¿Por qué?

—No lo sé. Creo que no le gusta mucho la *gente*.

—¿Qué tipo de respuesta es esa? ¿Por qué no le tiene simpatía a *usted*?

Linda hizo un gesto.

—Bien, si quiere saberlo, allá en mi adolescencia yo le gustaba. En realidad cuando Mónica no estaba, le gustaba abrazarme y besarme. Pero a mí no. Dejó de hacerlo y desde entonces no me tiene simpatía.

—Me preguntaba si ese sería el motivo. Continúe.

—Si trataba de insistir en hablar con Mónica, querría saber de qué quería hablarle y otras muchas cosas. Además, tampoco había visto a Mónica desde hacía un par de meses.

—Pensé que le había hablado de su compromiso.

—Eso fue por teléfono. De todos modos era mi hora para almorzar y se trataba de un tema que una prefiere hablar personalmente con su madre. Estoy segura de que no lo cree, pero es la verdad.

—¿Por qué no habría de creerlo? —Sessions comió otro bocado. Tomó vino, volvió a llenar los vasos de la botella que estaba en la

canasta—. ¿Quién era el hombre que contestó el teléfono en su casa anoche cuando la llamé?

Linda se estremeció involuntariamente. Oh, Dios, ahora le tocaba eso. ¿Tendría que explicar a continuación lo de David? ¿Y de ahí tendría que relatar sus tres años en el diván del psiquiatra y en primer lugar las razones que la llevaron al psiquiatra? Maldito sea. Una mujer tiene derecho a *alguna* vida privada aun cuando su madre haya sido asesinada.

—No creo —dijo con frialdad— que eso le interese. No tiene nada que ver con mi madre.

—Podría tener algo que ver con su novio, sin embargo. No era su novio, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo se llama el hombre que estaba en su casa?

—No se lo diré —respondió ella comprendiendo enseguida cuán culpable la hacía aparecer esa respuesta—. ¿Por qué quiere enterarse de mi vida personal?

—Créame, no es su vida personal. Es de la vida personal de su madre.

Linda casi rio.

—¿Eso es lo que le preocupa? Pues no se preocupe. Se trata de un muchacho que trabaja en la oficina. Randy… ese es mi novio… y yo íbamos a ir al teatro anoche. Se enfermó su tía. Vino a la oficina a decírmelo y a traerme las entradas. Me dijo que fuera con una amiga. Así lo hice. Fue con un amigo de la oficina.

—¿Y no quiere decirme su nombre?

—Se llama David Allison.

—¿Cómo se llama su novio?

—Randy. Randy Benson. ¿Por qué?

Sessions lo anotó en su cuaderno.

—¿La dirección?

—Espere… espere un momento. Él tampoco conoce a mi madre.

—Motivo por el cual no tiene de qué preocuparse —respondió Sessions.

—Pero, ¿para qué quiere saber de él?

—Porque va a casarse con una muchacha que va a heredar mucho dinero a causa de que su madre ha sido asesinada.

Ella se llevó las manos a la cara. Casi lloraba.

—Oh… eso es demasiado. Bien, si eso le preocupa puede olvidarlo. En primer lugar su tía es muy rica, y en segundo lugar,

probablemente… no habrá boda.

—¿Qué significa eso…? ¿Por qué?

—Rompimos el compromiso y no quiero hablar de ello. —Sacó su pañuelo y se sonó la nariz—. De manera que mañana a la noche en lugar de estar Randy y yo con Mónica, tendré que estar con ella sola. Y ella no va a enterarse siquiera…

—¿Qué dice?

—Su funeral. El velatorio es mañana a la noche y tengo que estar al lado del féretro.

—¿Usted arregló eso?

—El agente de Mónica, Dick Morton fue quien lo arregló. Me llamó esta mañana para decirme que la agencia se ocuparía de todo. Ha sido su agente durante años. Saben lo que hay que hacer y cómo hacerlo. Yo me limitaré a hacer lo que me digan.

JUEVES 1,20 – 4,15 P.M.

Sessions, después de dejar a Linda, se dirigió en taxi a la Agencia de Richard Morton en el décimo piso del edificio ubicado en la esquina de la Quinta Avenida y la calle 45. Pasó veinte minutos enterándose del impacto que había representado para todos la muerte de Mónica y lo que esta firma, que había manejado los negocios de Mónica durante más de veinticinco años, había resuelto hacer con respecto al funeral. No se enteró de nada que arrojara luz sobre la causa de su muerte.

A la una y cuarenta y cinco caminó hacia Madison y tomó un ómnibus, reflexionando mientras mostraba su placa, pues éste era el medio más común para andar por la ciudad. Podía imaginar las interjecciones y risas que provocaría lo que había gastado en taxis, si lo hubiera consignado en su hoja de gastos.

En la calle 66 se bajó, subió el cuello de su sobretodo contra la lluvia que empezaba a caer, y volvió al Precinto diecinueve, a la sala de detectives. Allí leyó los informes que no había visto, y, a pedido del sargento Trager, habló con dos reporteros mientras tomaba sus propios apuntes. Cuando los periodistas se marcharon, llamó al jefe Nyborg para darle un resumen, y para entonces había vuelto Devlin.

Se sentaron a tomar una taza de café mientras Devlin dijo que había encontrado a Lester Fritz, quien confirmó que Millie Butelle llegó un poco después de las ocho, el miércoles. Le entregó la copia de la columna para el mensajero de servicio alrededor de las diez y media. El mensajero la recogió como siempre, a eso de las once.

Devlin pasó a máquina su propio informe y a las tres y quince salieron juntos bajo un tremendo chaparrón y se dirigieron a la calle 52 Este número 419, para visitar a la otrora secretaria de Mónica y oír qué tenía que decir.

El apartamiento de Millie Butelle estaba en el cuarto piso. La sala de estar se encontraba hacia la derecha del hall de entrada. Era pequeño, pero cómodo, prolijo y difícil de clasificar. Tenía piso de parquet y miraba al apartamiento que había en la acera de enfrente.

En cuanto a la mujer misma, vestía pantalones amplios y una blusa suelta. Uno de esos nuevos cigarrillos de cien milímetros pendía de sus labios y la ceniza estaba a punto de caer. No producía la misma impresión de la noche anterior, esa estrictez todo eficiencia que tenía en lo de Mónica. En su propia casa se abandonaba un poco. En su propia casa no importaba si los pantalones no sentaban a su figura un poco fornida, ni tampoco si la faja permanecía olvidada en el cajón.

Los detectives sacaron sus placas.

—Sólo unas preguntas, Millie. —Se limpiaron con cuidado los zapatos y se quitaron los abrigos antes de entrar y Devlin sacudió la lluvia de su sombrero. Había estacionado su coche patrullero frente a una toma de agua a dos puertas de distancia, pero llovía a cántaros y hasta los pocos segundos que les llevó correr cien pies, fueron suficientes para empapar sus ropas.

Millie los miró con frialdad, pero los dejó pasar y los dos hombres atravesaron el hall hasta la sala con esa cierta manera de andar a trancos que se convierte en la característica de un policía; el resultado de miles de entradas en miles de diferentes situaciones, siempre como el "hombre-a-cargo", o el hombre de quien se espera algo, siempre como el hombre preparado para entregar ese algo fuese lo que fuese.

En la sala observaron todo sin parecer hacerlo, excepto que Sessions separó las cortinas corridas sobre una gran ventana en el otro extremo de la pared para ver qué vista tenía, si había un balcón o una escalera de incendio, y cómo se abría la ventana. Era un hábito tan natural como instintivo el evaluar todos los medios de entrada y salida de una habitación antes de sentarse. Era lo mismo que lo que hacían él y los otros detectives cuando se sentaban de espaldas a las paredes, con las caras hacia las puertas y si no se le ofrecía esa posibilidad, estaban conscientes del hecho.

—¿Usted vive sola? —preguntó Sessions, apartándose de la ventana y abriendo su libreta.

—Sí. —Estaba de pie dentro de la habitación erguida y tensa.

—¿Dónde nació?

Respondió a las preguntas de rutina sobre su hogar y su familia. Venía de Poughkeepsie, pero sus padres habían muerto y una tía y tres primos eran la única vinculación que todavía tenía con aquella ciudad. Su pariente más cercano, vivo, era un hermano, que estaba en un sanatorio para retardados mentales. Había estado allí la

mayor parte de su vida.

Las preguntas de Sessions eran de rutina y su voz natural, pero no sonreía, no había halago en su manera. Lo sintiera o no Millie, esto no era una broma.

—Anoche usted dijo —yendo directamente al asunto— que no había ido al apartamiento de Mrs. Glazzard durante el día de ayer, ¿correcto?

Millie se sentó con lentitud en el diván como si supiera lo que vendría luego.

—Puedo habérselo dicho —dijo con cautela, y concentrada en quitarse la ceniza del cigarrillo de su blusa.

—Y eso era mentira, ¿no es así?

Millie no sabía cuál era la mejor respuesta, de manera que hizo otra pregunta.

—¿Lo fue?

—Díselo, Devlin.

—Lester Fritz, portero del apartamiento —comenzó a decir éste — dice que usted entró al edificio ayer un poco después de las ocho de la mañana y subió al apartamiento de Mrs. Glazzard; que bajó a eso de las diez y media con un sobre para el mensajero del *News Features Syndicate*. Que volvió al apartamiento y se quedó allí hasta las doce cuando la vieron salir Lester y Carl Mancini, que también estaban de turno en ese momento.

Sessions, de pie con sus piernas bien plantadas dijo:

—Ahora es usted quien lleva la pelota, Millie. ¿Qué quiere hacer? ¿Quiere referirnos lo que ocurrió? ¿Quiere venir al Precinto con nosotros? ¿Quiere llamar a un abogado? ¿Quiere acogerse a la Quinta Enmienda?

Ella lo miró de igual a igual.

—Suponiendo que rehúse decir nada. ¿Qué harán entonces?

—Le diré lo que haremos —respondió Sessions con la misma mirada—. Puesto que este es un caso de homicidio y estamos buscando la persona que asesinó a la que fue su empleadora, lo primero que haremos es decidir que usted tiene conocimiento culpable. Pensaremos que usted es la asesina o sabe quién es el asesino y trata de protegerlo. De manera que empezaremos a recoger evidencias contra usted para presentarlas al Gran Jurado…

—Espere un minuto —respondió ella con un toque de alarma en su voz—. Yo no la asesiné. No sabía que la habían asesinado. Honestamente. Yo no sabía que la hubieran asesinado.

—¿Qué es lo que sabe?

Se puso de pie y comenzó a pasear en círculo, palpando y frotándose la cara con una mano. Por fin dio una pitada al cigarrillo.

—Está bien, les diré todo. Les diré todo lo que pasó.

—Es lo mejor que puede hacer, Millie. Sáqueselo del pecho.

Ella volvió a sentarse, se quedó mirando por un rato largo la mesa de café como si estuviera tratando se serenarse, dejó el cigarrillo en el cenicero y examinó sus uñas.

—Eso del día libre —dijo con un suspiro— no era verdad. Fui como cualquier otro día. A la misma hora de siempre.

—¿Qué hora era ayer?

—Un poco después de las ocho. Llegué y allí estaba Lester. Él me llevó arriba. Él también acababa de llegar. Yo entré.

—¿Qué le dijo a Lester?

—Nada.

—¿Nada? ¿Ni siquiera le dijo, "hola"?

—Bien, supongo que lo saludé.

—¿Y eso es todo?

—En general no tengo la costumbre de hablar con los ascensoristas.

—Continúe.

—Entré. Recuerdo que había algunos vasos sucios y ceniceros en la sala. Los limpié.

—¿Cuántos vasos? —preguntó Devlin.

—No recuerdo. Creo que cuatro.

—¿Había lápiz labial en alguno?

Ella lo miró.

—No lo advertí, pero tenía la impresión de que habían estado dos parejas, que Mrs. Glazzard no era la única mujer.

—¿Lápiz labial en los cigarrillos?

—Sí, ahora lo recuerdo. Algunos tenían marcas de lápiz labial. —Reflexionó un momento y luego continuó—. Limpié y guardé esas cosas. Entonces entré al escritorio inmediato al comedor. La cinta de su columna estaba en el dictáfono. La puse y la trascribí, como siempre. Entonces la coloqué en un sobre y la llevé abajo para dársela a Lester.

—¿Qué hora era?

—Alrededor de las diez y media. Un poco antes.

—Continúe.

—Volví al escritorio e hice algunas otras cosas sin importancia. No había mucho que hacer. Arreglé algunos archivos, y alrededor de las once y media, llevé café y jugo de frutas a Mrs. Glazzard. Tenía un compromiso para almorzar con Sarah Little, la poetisa, a la una. Bien, llamé y entré. Puse la bandeja con el desayuno sobre la cama, pero ella no se movió. La llamé dos veces, y luego le puse la mano en el hombro, y estaba fría. Enseguida me di cuenta de que estaba muerta. De manera que llevé las cosas del desayuno de nuevo a la cocina, las lavé y me vine a casa.

—Así nomás, ¿eh? —preguntó Sessions.

—Bien, no quería quedarme en la casa con una muerta.

Devlin se llevó las manos a las caderas:

—¿Por qué no llamó a la policía?

—No lo sé.

—¿Qué es eso de que no lo sabe?

—Quiero decir que supongo que debí hacerlo pero no quería verme implicada. No lo sé. Quizá tuve miedo de que me culparan de su muerte, desde que era la única persona que estaba allí.

—¿Por qué pensó que la iban a culpar?

—Acabo de decírselo. Porque no había nadie más que yo en la casa.

—Usted sabía, entonces, que ella no había muerto por causa natural. Usted sabía que alguien la había matado.

—No. Pensé que se había suicidado. El frasco estaba allí en la mesa, vacío, y había sido llenado hacía una semana. Imaginé que había tomado una dosis excesiva.

—Si usted creyó que se había suicidado, ¿por qué pensó que la culparían?

—No lo sé. A lo mejor no he querido decir eso. No quería verme envuelta. La gente podría pensar que yo hubiera podido evitar una cosa así. No lo sé. Sólo sé que no quería informar que estaba muerta. No sé de qué tenía miedo. Supongo que estaba aterrorizada.

—¿Usted, aterrorizada…? —exclamó Sessions.

—Sí, yo aterrorizada.

—¿Cuándo fue la última vez que se aterrorizó?

—No lo sé. —De pronto lo miró con los ojos entornados de cólera—. ¿Por qué?

—Cuente bien la historia, Millie. Ha mentido antes. No mienta ahora.

—No estoy mintiendo —dijo con malhumor—. No puedo

decirles por qué motivo no llamé a la policía. No quería verme envuelta. Estaba conmovida. No sabía qué hacer excepto alejarme lo más pronto posible, dejar que algún otro descubriera el cuerpo.

—Está bien, continúe —concedió Sessions.

—Volví a casa y me quedé acá. Creo que esperaba que ese Robert encontrara a Mónica e informara a la policía. Y esperé enterarme de que la habían encontrado. Bien, no sucedió nada. Cayó la tarde, luego la noche y todavía no oí una palabra. Estaba segura de que me notificarían tan pronto la descubrieran. Pero ni una palabra. De manera que salí y me encaminé hasta allá, a la calle 72, y caminé por la vereda de enfrente para que Harry, el portero, no me viera. Todo estaba tranquilo. Tienen que comprender que para entonces yo pensaba que Mónica deliberadamente había tomado una sobredosis de barbitúricos. De manera que volví a casa y no sabía qué hacer. Tenía miedo de que no la descubrieran esa noche. Pensé que cuando no concurriera a sus compromisos la gente trataría de hablar por teléfono con ella y que alguien vendría a buscarla, pero no sucedió nada de eso. Parecía que nadie lo hubiera notado y de pronto comprendí que… podría ser que no la encontraran en toda esa noche… y entonces, ¿qué? ¿Qué haría yo a la mañana siguiente? ¿Esta mañana…? No podía dejar de ir a mi trabajo, pero tampoco podría simular durante todo el día que ella no estaba muerta. De manera que al fin llamé a la policía en forma anónima y les dije que había un cuerpo en el apartamiento. Y entonces la policía la encontró.

Miró a los ojos de los dos detectives con beligerancia.

Devlin fue el primero en hablar.

—Usted dijo que estaba aterrada, creo que ese fue el término. Eso no fue lo que nos dijeron Lester y Carl. Decían que parecía en perfecto control de usted misma. ¿Son ellos los que han mentido o usted quiere cambiar su historia?

—Por supuesto que *parecía* en perfecto control. ¿Piensa usted que me iba a mostrar aterrada con ellos?

—¿Usa usted guantes cuando trabaja? —preguntó Sessions.

—Algunas veces.

—¿Los usó ayer a la mañana?

—No.

—¿Por qué?

—Por nada en particular. Como le dije no siempre los uso.

—¿Recuerda la hora en que los usó?

—Recuerdo que ayer no usé guantes y lo juraré en la Corte. Ya sé lo que está tratando de hacer, Mr. Detective. Está tratando de acusarme.

—¿Acusarla?

—Está tratando de hacerme admitir que tenía guantes y luego va a tratar de imputarme que usé los guantes y estrangulé a Mrs. Glazzard por alguna razón que ni siquiera puedo vislumbrar. Así fue como la mataron, ¿verdad? La estrangularon, ¿no es así?

—Es una buena suposición, Millie. ¿Cómo se le ocurrió? —preguntó Devlin.

—¿Y qué conclusiones quiere sacar con eso? Está muerta y ustedes me dijeron que había sido asesinada. No tiene marcas, ni sangre, ni heridas. ¿Qué otra cosa puedo pensar excepto que la han estrangulado?

—¿Cómo se llevaban Mrs. Glazzard y usted?

—Nos teníamos una mutua consideración.

—¿La ha favorecido en su testamento?

Miss Butlle suspiró.

—Si lo ha hecho, me sorprendería mucho. No espero nada de su testamento. No sé por qué había de dejarme nada.

—Usted entró al apartamiento a las ocho. ¿Cuándo descubrió el cuerpo de Mrs. Glazzard? —preguntó Sessions.

—Ya se lo dije. A las once y media.

—¿No entró a su habitación antes por ninguna razón? ¿No hubo llamados telefónicos para Mrs. Glazzard, no tuvo necesidad de molestarla para nada?

—Mis instrucciones siempre han sido muy explícitas. Por ninguna circunstancia debo molestar a Mrs. Glazzard antes de mediodía. Y eso incluye llamados telefónicos también. Si el rey de Siam llamara, le diría que volviera a llamar. Ayer subí temprano con la bandeja, porque ella me había dicho que la despertara a las once y media, porque tenía que salir a almorzar. En general no almorzaba afuera, pero Sarah Little era una ocasión especial. Mrs. Glazzard estaba de acuerdo en levantarse temprano para almorzar con Mrs. Little.

Preguntaron acerca de Miss Little, que estaba en ese momento en la ciudad, residiendo en el Plaza. Luego preguntaron acerca de Motley. Millie dijo que la primera vez que lo vio fue cuando llegó al apartamiento a las dos y media, una fría tarde de febrero, para salir de compras con Mrs. Glazzard. Las compras, según se enteró luego

Millie, eran para él. Luego Mónica tomó un apartamiento para Motley y en algún momento se habló de comprarle un automóvil.

—Pero no se concretó —agregó ella— y creo que es la única cosa que él no consiguió.

—A usted no le gusta Motley. ¿Por qué?

—Porque es un buscador de oro, fanfarrón e inservible. Eso es lo que es. Ella ha estado manteniéndolo y cualquier hombre que permite que una mujer haga eso no es un hombre. Tampoco le importaba ella un comino. Era el dinero. Ella le pagaba bien para que se quedara y era por eso que él lo hacía.

—¿Y eso la molestaba a usted?

—¿Y cómo no va a molestarme? Yo trabajaba y me ganaba el dinero que me pagaba. Él recibía el suyo por sonreírle, por adularla. Apostaría que el señor Cara-Linda no ha trabajado un sólo día en toda su vida.

—¿Él y ella discutían alguna vez?

—No delante de mí.

—¿De dónde procede Motley?

Millie no sabía eso. No sabía nada de sus antecedentes. Tampoco lo veía con mucha frecuencia y cuando se encontraban apenas cambiaban algunas palabras. Mrs. Glazzard jamás le había hablado de él.

—¿Conoce alguna razón por la que podría haberla estrangulado?

Ella meneó la cabeza.

—Pero si lo hizo, fue por dinero.

—¿Y qué me dice de la hija de Mrs. Glazzard, Linda?

—¿Me pregunta si podría haber estrangulado a su madre? Ya lo creo. Le puedo asegurar que no se querían mucho.

—Usted tampoco quiere mucho a la hija, ¿no es cierto?

La mujer suspiró.

—Ella y sus lindas y respetables maneras. Le gustaría que se pensara de ella que es toda una dama. Eso querría ella, ¿verdad? Bien, podría decirle cosas que le darían un ataque al hígado.

—¿Como qué?

—No importa. No soy tan ruin. Pero podría preguntarle a los hombres de la ciudad. Cualquier hombre. De cualquier ciudad. No tendría por qué tener esos humos conmigo. La conozco desde entonces.

—¿Y qué me dice de *este* doctor Patterson? ¿Dónde encaja en todo esto?

Su desprecio fue menor pero todavía estaba allí:

—Es el viejo amigo, el compañero cómodo. El viejo y respetable Archie. No estaba mentalmente a su altura, pero era manuable, y era su mejor público, y creo que a ella le gustaba eso. Y, si necesitaba que la acompañaran o un hombre extra, siempre se podía contar con él.

—¿Y qué recibía él a cambio?

—Emoción, supongo. Ella veía y hacía cosas excitantes. A él le gustaba participar.

—¿Cree que estaba enamorado de ella?

—Creo que era un adorador. Admiraba su sabiduría e inteligencia. La consideraba. Y por supuesto, Mrs. Glazzard se sentía halagada. Pero ella sabía lo que él valía. No podía engañarla. Sólo ese Robert Motley podía engañarla, y no creo que estuviera tan engañada como hubiera deseado.

JUEVES 4,15 — 11,00 P.M.

Devlin y Frank dejaron la secretaría a las cuatro y quince y se dirigieron al Plaza para hablar con Sarah Little. Esta era una criatura menuda, de casi noventa años, que se movía y gorjeaba como un pájaro, que estaba horrorizada con el asesinato de su amiga y fascinada de que la policía la interrogara. Había visto a Mónica quizá cuatro veces en su vida, pero había habido una simpatía mutua y se mantenían en contacto. Cuando la columnista no llegó para almorzar como había prometido, Miss Little la llamó a su apartamiento dos o tres veces sin que le respondieran y presumió que sin duda se trataba de un error o un mal entendido y continuó con sus otros asuntos.

Fue una entrevista que apoyaba cierta tesis y explicaba otras, pero que no contribuyó con nada nuevo a la investigación. Los detectives regresaron al Precinto diecinueve, escribieron a máquina sus informes, hicieron algunas llamadas telefónicas y volvieron a salir para efectuar otras entrevistas. Esta vez pusieron sus placas en sus chaquetas y llamaron los timbres de todas las puertas de la gente que vivía en el piso de Motley. Luego cruzaron en coche toda la ciudad hasta Morningside Heights y repitieron el procedimiento en el vecindario del doctor Patterson.

Eran las nueve menos cuarto y todavía llovía cuando volvieron al coche después de la última visita. Devlin puso el auto en marcha y le preguntó a Sessions:

—¿Eres casado, Frank?

Este rio con acritud.

—Lo fui una vez, hace mucho tiempo. ¡Por Dios, no me lo recuerdes!

—Me lo preguntaba. Llamé a mi esposa cuando fuimos al Precinto para que me esperara a comer, pero no imaginé que tardaríamos tanto. Vaya un día. Estoy molido. Sólo he dormido tres horas anoche.

—Sí. Será mejor que vuelvas al Precinto diecinueve. Tu esposa pensará que has salido con otra mujer.

—¿Vas a tu casa? Tengo un coche en el Precinto. Puedo dejarte de pasada.

—Cantrell no pudo encontrar hoy a esos actores. Creo que voy a ir al teatro y sorprenderlos en un intervalo.

—¿Quieres que te acompañe? Vivo en Stuyvesant Town. Está en esa zona.

—¡Por Dios, no! Pero puedes acercarme.

El primer intervalo era el de las nueve y media hasta las nueve cuarenta y cinco y Sessions obtuvo su entrevista, pero no se enteró de nada nuevo. La lluvia era sólo llovizna cuando salió por la puerta de atrás y caminó hasta el subterráneo más próximo, en la Séptima Avenida, para subir a un tren que lo llevara al centro. Cuando bajó en la calle 96 llovía a cántaros otra vez, pero hizo señales a un coche patrullero que pasaba, que lo condujo unas cuadras hasta el Precinto veinticuatro, Jefatura de Distrito.

Cuando entró eran las diez y media y todo estaba tranquilo. El sargento de homicidios, Lou Monast, estaba frente a su escritorio hablando con los oficiales de guardia, el sargento Bill McVey y Ed Higgins, de la brigada treinta y dos.

—Vean quién está acá —dijo Monast y le preguntó a Sessions cómo andaba el asunto.

—Todavía no tenemos nada. ¿Qué pasa aquí? ¿Dónde están los muchachos?

—En el dormitorio. Todo está tranquilo. No hay nada como un chaparrón para que la gente se comporte con honorabilidad.

—Con honorabilidad, no, sargento. Para que se quede adentro de sus casas.

—Es la misma cosa.

Sessions rio. Volvió a la sección homicidios, sacó las hojas para informes, el papel carbónico, su libreta y comenzó a escribir a máquina. Tecleó trabajosamente durante veinte minutos, puso el resultado en el escritorio del teniente Sullivan y volvió a donde estaban los otros.

—Al diablo con todo. Ya no encuentro las llaves.

Joe Riley llegó desde el dormitorio, llevó su mano a la cabeza diciendo:

—Oh, Dios… es Sessions. Dime Frank, ¿nunca vas a tu casa?

—Ya me voy… Estoy harto. Siento que los ojos me perforan agujeros en la cabeza.

—No sabía que tuvieras casa —interpuso McVey—, creí que

dormías de pie.

—Tiene un millón de camas en esta ciudad —dijo Riley— con una mujercita distinta en cada una.

Monast sonrió.

—¿Dónde va a estar el vagabundo esta noche?

—Vaya —respondió Sessions—. ¡Qué puñado de cómicos! —Se sentó en el escritorio de McVey y abrió su libreta—. De paso, ¿saben si Connager descubrió al culpable en ese tiroteo de anoche en Harlem?

—Todavía no —replicó Monast—. Cree que el herido… ¿cómo se llama? ese Johnson… no es el autor.

—¿Sí…?

Higgins sacó un número del *New* de la mañana en donde se leía en grandes titulares "MÓNICA ASESINADA".

—Tienes suerte, Frank. Para el caso de Connager ni siquiera hicieron notas necrológicas.

—Pues preferiría tener ese caso. He tenido entrevistas con dos reporteros. Tengo que informarle al jefe cada vez que voy al baño, tengo que contarle al capitán Concklin toda la historia mañana por la mañana… debí de haberlo hecho esta tarde pero no llegamos a tiempo. Vaya, es bastante desagradable tratar de cumplir con este trabajo.

—Pero ha salido tu nombre en el diario. Dice "De acuerdo al Detective de Homicidios de segundo grado, Frank Sessions, no hay señales de violación de domicilio y la policía considera que el robo no ha sido el motivo del crimen".

Sessions rio.

—¿Qué te parece como declaración que no compromete nada? —Disco un número y dejó su cigarrillo en el cenicero—. ¿Fred? Soy Frank Sessions. ¿Dónde diablos has estado todo el día? Cada vez que llamé a tu oficina tu secretaria dijo que te esperaban en cualquier momento. —Escuchó y rio agregando—: Yo también lo haría. —Tomó el cigarrillo para dar una pitada—. Lo que necesito es alguna ayuda de la compañía de teléfonos. Imaginé que podrías salvarme el inconveniente. ¿Puedes conseguirme una información de las llamadas de larga distancia de Mónica Glazzard, las de los cuatro meses últimos…? Correcto, Mónica Glazzard… Sí, estoy en el caso. —Escuchó un momento y dijo—: Está bien, mañana a las doce. Será mejor que ñame yo. No sé dónde estaré.

Cuando colgó, Higgins preguntó:

—¿Crees que sus llamadas de larga distancia tienen algo que ver?

—No lo sé, pero no está de más averiguarlo.

Entraron Alfredo Rodríguez y Bar Mannion desde el dormitorio.

—¿Quién quiere café? Hola, Frank.

Lou Monast dijo que tenía hambre. Salió del escritorio:

—¿Vas a comer algo, Frank?

—¿Sabes? Iba a comprar una hamburguesa cuando terminé con el asunto del teatro y lo olvidé por completo. —Discó otro número.

—Será mejor que vengas con nosotros. Tienes que reponer energías.

Sessions tapó con una mano la bocina.

—Ya les diré. —Escuchó y respondieron. Rio y preguntó—. ¿Te desperté, querida? —Volvió a reír. Apagó el cigarrillo—. Estoy en la oficina… escucha, no estoy bromeando —tapó otra vez la bocina—. Cree al oírlos que estoy en un bar. —En el teléfono dijo—. El sargento Monast está aquí, Bart y Joe Riley, Alfredo y un par de individuos de la treinta y dos. Escucha, ¿tienes café en tu casa…? Porque si tienes café iré dentro de media hora a tomar una taza. Primero tengo que ir a casa a cambiarme la camisa… también tengo que ver si hay cartas. Dame tres cuartos de hora. —Escuchó—. No, no he comido… bien, almorcé… está bien, tres cuartos de hora.

Cuando colgó Monast estaba recibiendo órdenes de McVey y Higgins.

—Estaremos en Broadway —dijo—. ¿Cómo se llama el lugar? Probablemente lo de Stanley. ¿Correcto, Joe?

—Sí, lo de Stanley. Pero parece que Sessions tiene un lugar mejor para ir —respondió Riley.

—Ella deberá hacer café caliente —rio Monast.

—Me parece que a él le gusta su compañía más que la de nosotros —apuntó Alfredo.

—Especialmente lo que ella puede ofrecerle —apuntó Riley.

Sessions interrumpió:

—Muchachos, tienen que encarar los hechos. Ustedes me gustan pero no los amo.

Se dirigieron al ascensor y Riley preguntó:

—¿Es verdad, Frank, que ella tiene 83 años, pero pasa a máquina tus informes?

—¡Por Dios, no me los recuerdes!

Ya afuera, en lugar de ir caminando hasta Broadway, los

hombres insistieron en subir al coche y llevar a Sessions a su casa. Este tenía un apartamiento sin ascensor, que quedaba en la Tercera Avenida entre las calles 92 y 93, en frente y un poco más allá de la Cervecería del viejo Ruppert. Cuando bajó del coche, le dijeron que les gustaría esperar hasta que se cambiara y llevarlo a tomar esa taza de café.

—Podría tener unas tazas extras…

—De nada serviría. Odia a los policías. Su primer marido era policía.

Sessions saludó con la mano y cruzó la acera. La puerta de calle estaba entre dos vidrieras y tenía un pequeño panel de cristal, arriba. Se abría sobre un hall de entrada no muy grande que conducía a un par de escalones y a otra puerta. Sessions entró por la puerta interior con una llave, caminó hasta el pie de la escalera y comenzó a subir lentamente. Su apartamiento estaba en el cuarto piso y consistía en una pequeña sala de estar, dormitorio, una *kitchenette* y cuarto de baño. La sala y la *kitchenette* tenían ventanas que miraban al patio del fondo; el dormitorio y el baño, a un espacio estrecho de luz y aire.

Sessions anduvo por el apartamiento encendiendo luces al pasar. El lugar estaba cómodamente amueblado y bastante limpio. La cama destendida; pero eso era algo tradicional. Sessions sólo hacía la cama cuando cambiaba las sábanas. Había un par de platos sucios en la pileta, un vaso y algunos cubiertos.

Sessions abrió la heladera y bebió el resto de leche que quedaba. Abrió el *placard* al lado de la pileta y sacó una botella de Canadian Club que estaba medio vacía, vertió un dedo en un vaso limpio, le agregó agua y la llevó al dormitorio para beber mientras se cambiaba de ropa. En el baño se dio una ducha rápida, al final con agua fría, luego examinó su cara en el espejo. Estaba pálido y demacrado, los ojos oscuros y tristes. Le pareció una cara odiosa… aun peor, porque no estaba peinado y tenía algo de barba. Se frotó la cara, que era como papel de lija, con la mano. Sus dedos eran largos y finos como los de un artista. Las uñas bien manicuradas, las palmas suaves.

Pestañeó. La ducha lo hizo sentirse mejor, pero todavía le ardían los ojos por la fatiga. Tomó su máquina de afeitar y la espuma en aerosol, dejó su cara suave. Se puso otra ropa, incluyendo un traje y zapatos distintos. Verificó el dinero, la pistola, los cigarrillos, tomó el resto de su bebida y atravesó el apartamiento apagando todas las

luces. Sólo había demorado allí veinte minutos.

Abajo, en el hall, abrió con la llave su buzón. Había una cuenta de su sastre y una carta de la esposa de su hermano en California. Las dejó donde estaban y salió a la calle en busca de un taxi.

VIERNES 7,30 — 7,50 A.M.

Cuando sonó el despertador, Nora Hensen se incorporó apoyándose en un codo, tratando de abrir los ojos. Su pelo alborotado era oscuro, sus mejillas rosadas, y los ojos de un color castaño, más claros que los de Frank. Tenía los labios llenos y los dientes blancos y fuertes, la cara redonda y salpicada de pecas. Cuando abrió los ojos lo suficiente como para ver, buscó el despertador para acallar la campanilla. Entonces apartó las cobijas y se sentó. Era el tipo de muchacha a la cual se le podría llamar "agradablemente redondita". Sus pechos eran grandes, lo que era bueno, pero colgantes, lo que era malo. Tenía los brazos y piernas redondeados, particularmente en la parte superior de los brazos y los muslos, de manera que no se los podía llamar finos, pero tampoco gordos, en ningún sentido, y tenía muy bonitos tobillos aun cuando era ella misma quien lo decía. Sin embargo, la línea de su estómago no la hacía muy feliz. Si estaba de espaldas se le veía muy chato, pero al sentarse, como estaba ahora, sobresalía mucho. Y cuando una muchacha dormía desnuda, como ella, esto no podía ocultarse a ningún par de ojos que estuvieran por ahí. En ese momento, sin embargo, sus ojos eran los únicos que estaban en la habitación. Frank no estaba en la cama y ella tuvo la impresión de que hacía bastante tiempo que se había levantado.

Frank apareció en la puerta, totalmente vestido, excepto la corbata y la chaqueta. Instintivamente Nora se enderezó un poco y trató de hundir el estómago.

—¿Cuánto hace que te has levantado?

—Desde las cinco. Me desperté y no pude volver a dormir. Dime, ¿no tienes nada en la casa para leer? No pude hacer más que mirar la trasmisión de tras, tras, trasnoche y tomar café.

Tratar de permanecer derecha era un esfuerzo y no parecía natural. Se abandonó nuevamente. Al demonio con su estómago. Era la parte menos interesante de su anatomía, por lo menos para Frank. Además, él la conocía de pies a cabeza. No había una posición que pudiera adoptar o una forma de moverse que fuera

nueva para él. ¿Y cuánto tiempo hacía que se conocían? ¿Tres meses? Parecía tres años. Casi como si se hubieran conocido siempre.

—Hay un par de novelas sobre la televisión.

—Ya las leí. Me llevó veinte minutos cada una.

—Bien, debiste haberme despertado. Yo podría haberte entretenido.

Sessions rio:

—Nadie lo pone en duda.

—En realidad, todavía podría hacerlo. —Se tendió en la cama y cruzó las manos por detrás de la cabeza. Quedaba bien así y ella lo sabía. Su estómago se veía más chato y mostraba un poco más de su cuerpo. No tengo que estar en mi trabajo hasta las nueve.

—Sí, pero yo tengo que estar a las ocho.

—Pensé que tenías los dos próximos días libres.

—Eso era antes del homicidio de Mónica Glazzard. Ahora voy a tener que trabajar todo el día y todos los días —le hizo un gesto—. Pero daré una vuelta por aquí.

—Cuando quieras. —Ella se levantó y fue a buscar su robe. Después de todo, si un hombre tenía obligaciones, era una crueldad tentarlo. Lo siguió hasta la cocina donde él había estado bebiendo café instantáneo y ahora volvía a calentar agua—. ¿Qué tal esta noche, querido?

Sessions sacó una taza para ella y midió el café para ambos.

—No lo sé. No sé dónde estaré o cómo me sentiré, ni cuándo terminaré.

Nora dejó que vertiera el agua caliente en la taza y se la pasara. Le echó azúcar y buscó la leche.

—¿Cómo podrás trabajar con sólo tres horas de sueño?

—No te preocupes por eso, querida. Estoy bien.

—Mira Frankie, yo tenía un tío que solía decir eso. Esas mismas palabras. ¿Y sabes lo que le pasó? Cayó muerto la misma tarde. En la calle.

—¿De veras? Qué barbaridad, lo siento mucho. —Miró su reloj y encendió un cigarrillo.

—Está bien, no era un tío carnal. Pero lo que te quiero decir, es que necesitas que alguien te cuide, Frankie. Que ordene un poco tu vida.

Sessions rio.

—¿Me estás proponiendo matrimonio, pequeña? Olvídalo, sería

un marido insoportable.

—Seríamos una buena pareja, Frankie. Tú lo sabes. Ahora mismo nos llevamos bien. Tienes que admitirlo.

—Es cierto. Entonces, ¿para qué cambiar la situación? —Él se acercó para poner su mano en la de ella—. De manera que no meneemos el bote…, ¿eh?

—Lo que quiero decir, Frankie, es que nos entendemos y esto que vivimos es muy agradable. No estoy quebrándolo. Créeme, no es eso. Pero lo que necesito decirte es que tengo veintiséis años. Tú sabes que ya a esa edad no se es exactamente joven… Bromas aparte. No te sonrías. Tú eres mayor, pero eres hombre. Veintiséis años son muchos para una muchacha. Comienza a preguntarse ciertas cosas. ¿Y sabes las cosas que se pregunta, Frankie? Que cuándo se establecerá. Si va a casarse… Tú sabes que a una muchacha no le gusta eso de no casarse.

—Tú estuviste casada. Y me dijiste la primera vez que salimos que no había nada peor que el matrimonio.

—Casarse con alguien como Andy, sí, por supuesto. Eso no era asentar cabeza. Andaba detrás de cada falda que veía. Se acostó con una prostituta cuando estábamos en luna de miel. Literalmente cierto. Eso fue lo que hizo. Está bien, quizás yo no era tan buena entonces como soy ahora, pero vaya, eso realmente me dolió.

Sessions dijo con suavidad.

—Yo también ando a la caza de las faldas, Nora, y es mejor que lo sepas. En verdad he venido haciéndolo desde hace trece largos años.

—¿Crees que no lo sé? Yo soy una de ellas, ¿no es así? Pero a eso me refiero. Si nos casáramos, ya no tendrías que hacerlo. Te haré feliz. Créeme, no te quedarán fuerzas para buscar otra mujer.

Sessions se inclinó hacia adelante.

—Querida, me gusta lo que tenemos. Pensé que a ti también te gustaba.

—Oh, pero si me gusta, Frank.

—De esta manera somos individuos libres. ¿Para qué quieres atarnos con nudos? ¿De qué sirve eso?

—Hay una buena razón para legalizarlo, Frank. Son los hijos. Una mujer quiere casarse para tener hijos. Cuando yo nací mi madre no había cumplido veinte años, ¿sabes? Y aquí estoy yo, con veintiséis años y nada, ni siquiera en el horizonte. Si no me caso pronto ya nadie me querrá. Y no tendré hijos.

Sessions sonrió con ternura:

—Y… ¿ese es el problema? ¿Quieres encontrar un marido? Mira, si el que yo venga te complica las cosas… si es motivo de que otros hombres se aparten…

—No, no… —respondió ella de prisa—. No vienes con frecuencia. Olvídate de los niños. Sinceramente, Frankie, sólo lo mencioné de egoísta que soy. Imaginé que si nos casábamos te vería más. Es la primera vez en una semana que no estoy sola. No quiero decir que no tenga otras citas… especialmente los fines de semana… pero no es como estar contigo, Frankie. Me preocupa cuando pasan los días y no me llamas por teléfono. ¿Con quién estás, qué estás haciendo, si es más bonita que yo… ves, Frank? No soy la única muchacha en tu vida. Pero me gustaría serlo. De manera que tiré un anzuelo. —Pensó un momento—: Oye… iba a prepararte desayuno. Y aquí estoy hablando hasta por los codos, yo que digo que detesto las mujeres charlatanas.

Pero Sessions ya estaba de pie:

—No puedo, querida. Son las ocho menos cuarto. Lo harás la próxima vez, ¿eh? —La besó en la boca.

—Te dejo en libertad bajo palabra —le sonrió ella—. ¿Como si te fueras a la otra habitación? ¿Así?

—Así mismo. —Volvió a besarla en la puerta y ella lo besó y se apretó contra él. Frank tuvo que hacer un movimiento para liberarse. La *robe* de Nora estaba abierta y ella lo advirtió, cuando él se dirigió al ascensor. Si algún hombre saliera de uno de los apartamientos en ese momento hubiera tenido un buen espectáculo. Aun así se tomó tiempo para ajustarse la *robe*. Sería bueno que Frank se llevara en la mente la imagen de ella semidesnuda. Podría ayudar a contrabalancear ese abrazo demasiado largo que le dio. Eso, además de la charla sobre el casamiento y los niños podía ser bastante para espantar a alguien como Frank Sessions para siempre. No se puede retener a un hombre con las manos, ni con cadenas, ni con leyes ni con llamados a su sentido de responsabilidad. No es tan fácil. Hay que retenerlo con la personalidad y el temperamento que se posea, más el interés, más si es posible, con un sexo mejor que el que pueda conseguir en otra parte. Pero eso es muy difícil. Si no se había nacido con ese don, era endiabladamente difícil adquirirlo.

Ella lo saludó con la mano y le envió un beso, cuando él entró en el ascensor con una gran sonrisa. Luego ella cerró la puerta, dejó que la *robe* cayera en cualquier parte y volvió a tomar café. Ahora

no sonreía. Su rostro estaba melancólico mientras analizaba la situación. Bien podía haber sido un beso de despedida el que Frank le dio en la puerta. No cabía duda de que no debió haberle hablado de matrimonio a las ocho menos cuarto de la mañana. Pero, ¿cuándo diablos podía tocar esos temas? ¿Qué otra cosa hacían sino el amor? Había dormido tres horas y dos la noche anterior. Había trabajado sin cesar todo el día. La autopsia a la mañana, el almuerzo con la hija… las entrevistas…

Nora, pensando en eso, comprendió que hacían otras cosas además del amor. Frank hablaba. Le contaba lo que hacía. Y, por supuesto, eso era bueno, porque él no era el tipo de persona que cuenta cosas a todo el mundo. Pero ella no le decía cosas a él. Excepto a la hora del desayuno, cuando imaginaba que estaba bien despierto. Todo el trabajo, toda la falta de sueño, todo el sexo de anoche… más de dos horas haciendo el amor… Si en algún momento iba a hablar de casamiento, esta mañana era el propicio. Y si lo había alejado en lugar de atraerlo, bien, lo había hecho mal. Pero, ¡qué diablos! ¿Nunca iba a arriesgarse para conseguir lo que deseaba? ¿Por qué había de mantenerse en disponibilidad para un detective suelto, bala perdida, que no parecía en verdad saber qué hacer consigo mismo cuando no estaba trabajando?

Se dijo que Frank no era una “ganga”, cubriéndose contra la posibilidad de que él no volviera más. ¡Casarse con un individuo como Sessions! Vaya, probablemente no lo viera con más frecuencia que ahora. Pero, por supuesto, casada tendría hijos. Eso lo haría más fácil si no del todo perfecto. Pero, ¡vaya hombre para enamorarse! ¿Qué tenía? Era agradable, pero no podía decirse que fuera apuesto; ganaba bien como detective de segundo grado. Podía permitirse lujos, pero con una esposa y familia no llegaría a tanto. Su trabajo era del tipo que su amistoso vecino, corredor de seguros de vida, no se mostraría tan entusiasta por contratar. Tres detectives murieron en un tiroteo en Brooklyn hace apenas unas semanas. Un detective fue ultimado a balazos por un traficante de narcóticos en Harlem, en marzo último. Una mujer podía permanecer las noches enteras despierta preocupada, si el marido era detective.

Por supuesto Frank podía hacer el amor como ni siquiera soñó que pudiera hacerlo nadie. Pero esta capacidad no era más que un lugar común. Tampoco tenía ella tanta experiencia desde que antes de Frank, sólo había dos muchachos en la secundaria y su ex marido.

Pero, pudiera o no casarse con él, en realidad deseaba hacerlo y ahora había hecho el primer movimiento. Había plantado la semilla. Podría crecer… si la tierra era fértil. Por lo que Frank le había dicho, casi todos los veinticuatro hombres con quienes trabajaba estaban casados y tenían hijos. En verdad, en algunos casos, sus hijos tenían hijos.

Y quizá estuviera cansándose de andar suelto y a la caza. Tal vez estuviera maduro para atraparlo. Si ella no tuviera tantas pecas… Si pesara un poco menos… si su estómago no sobresaliera tanto cuando se sentaba sin la faja…

Decidió que no iba a desayunar.

VIERNES 11,30 — 11,45 A.M.

El viernes a las once y media de la mañana, cuando Sessions se presentó en el apartamiento de Mrs. Carolyn Dines Stevenson, en Washington Square, ya tenía en su haber medio día de trabajo. Le había hecho un resumen verbal al jefe Nyborg sobre el estado del caso, había revisado los resultados y programado el trabajo del día con el teniente Sullivan, Devlin y los detectives de Homicidios y de la patrulla diecinueve; relatado los resultados de la entrevista al capitán Conklin personalmente, otorgado una entrevista a la prensa, informado a Nyborg qué era lo que estaba sucediendo, concertado una entrevista con Mrs. Stevenson, puesto al día su informe escrito y utilizado media hora de viaje entre la calle 100 Oeste y Washington Square.

En cuanto a los resultados del primer día de investigación, se estableció que Mónica y el doctor Patterson habían llegado juntos a la reunión ofrecida por Greg Buckingham, en el hotel Biltmore, alrededor de las seis. Habían asistido también otros treinta y cuatro invitados. Hubo un *buffet* al que no pudieron quedarse los huéspedes de honor, Frederick y Florence Lyle, porque tenían que estar en el teatro mucho antes de que se levantara el telón, y porque jamás comían antes de una función. Después de la representación, Buckingham, los Lyle, Patterson, Mónica, el director, productor y el ángel protector, estuvieron juntos en lo de Lindy donde comieron y esperaron las primeras ediciones de los diarios para leer las críticas. Las críticas habían sido decepcionantes para los que estaban conectados con la producción y la reunión terminó casi tan pronto como fueron leídas.

En verdad, las nueve personas no formaban un grupo feliz. A Mónica le habían preguntado su opinión sobre la obra y se había mostrado muy severa. El autor, defendiéndose, puso en tela de juicio el buen gusto de ella y hubo una evidente frialdad entre las dos partes. Cuando las críticas confirmaron la opinión de Mónica, ella no lo mencionó, pero el autor, que había estado muy descortés, y sus amigos, se marcharon. Los Lyle, a quienes Mónica había

tratado bien, se quedaron, y cuando la reunión terminó los persuadieron a volver con Mónica y Patterson para seguir hablando de lo que sería la base de su columna. Se quedaron hasta tarde, pero Patterson se quedó aún más. Ellos ignoraban cuál era la relación de él con Mónica, excepto que parecían por lo menos muy buenos amigos y, a lo sumo, amantes. Desde luego, los Lyle no podían vincular esa relación con un asesinato. Ni siquiera podían ver mala voluntad. El autor, director, productor y ángel protector estaba entre las personas que la policía intentaría entrevistar ese día.

En cuanto a las otras áreas de investigación, ni las tres personas más cercanas a la mujer muerta, su hija, la secretaria y el amante, ni ninguno de los empleados del edificio tenían antecedentes policiales en la ciudad de Nueva York, por lo menos con sus nombres actuales. Nada de lo que Millie Butelle ni Robert Motley dijeron sobre sí mismos fue refutado por los otros vecinos. Sin embargo, Motley, no calzaba tan bien con los informes de la policía de Sacramento. No solamente no tenían un antecedente policial de ese hombre, sino que tampoco podían encontrar antecedentes de que hubiera vivido allí. Esa era la razón principal de que Frank Sessions visitara a Carolyn Dines Stevenson, la mujer que había presentado a Motley a Mónica Glazzard.

Mrs. Stevenson era regordeta, de cabello gris y jactanciosa y su apartamiento tenía el aspecto del callejón posterior de un supermercado. Invertía mucho dinero en arte pop y en montones de cajas de toallas para maquillaje, especialmente apiladas y pegadas por un artista pop, que decoraban ambos lados de la chimenea. Había un *collage* de diez pies cuadrados, de etiquetas de latas y cajas encontradas en los anaqueles de un almacén, una tela de tres pies por diez, pintada con un color rosado odioso y compacto, dos muestras de una yarda cuadrada cada una de arte pop que, si se las miraba prolongadamente, lo inducían a uno a la náusea y una colección de obras menos imponentes e incisivas cubrían la mayor parte del espacio disponible de las paredes.

—Mi marido no pisa este apartamiento —dijo Mrs. Stevenson—. Lo llama mi museo y se queja con amargura cada vez que compro una obra de arte. Pero ya descubrirá que es una inversión valiosa. El gran arte aumenta su valor con el correr de los años. Esto de ninguna manera es dinero malgastado como él parece pensar.

—Es una sala muy interesante, Mrs. Stevenson.

—¿Puedo ver su insignia otra vez? ¿Es así como la llama?

—Placa, señora. —Abrió el estuche de cuero y se la mostró.

—Vaya, es muy hermosa. Esa placa es una obra de arte. ¿Sabía eso, teniente? El arte de nuestro tiempo es precisamente eso. Apreciación de la belleza del diseño, y sentir que eso ha sido puesto en favor de los artículos más comunes. ¿Cuánto quiere que le dé por esa placa?

—¿Qué?

—Quisiera ponerla en un marco y exhibirla. Creo que sobre la chimenea se vería bien. Quizá con una pequeña mancha para hacerla deslumbrante. ¿Es de verdadero oro, teniente?

—No es oro verdadero ni está a la venta. Lo lamento…

—¿Qué le parece mil dólares? Aun cuando fuera de verdadero oro sería un buen precio, ¿no le parece? Mil dólares. Al contado. Ahora mismo. Veinte billetes nuevos de cincuenta dólares en la palma de su mano dentro de un minuto, ¿eh?

Sessions rio y guardó la placa.

—No la puedo vender sin el permiso del comisionado. Pregúnteselo a él.

—Bien, esa es mucha molestia. En cambio, mil dólares… Siempre podría decir que la ha perdido.

—Pregúnteselo al comisionado. ¿Ahora quiere que hablemos de Robert Motley, el hombre en quien le dije que pensara?

Mrs. Stevenson se interesó entonces en Robert Motley y habló un largo rato sobre el tema. Lo encontró por primera vez en una de las galerías de arte a la que era *habitué*. Esto sucedió hace dos octubres. Comenzó a encontrarse con él en otras galerías y empezaron a conversar. Se enteró de que estaba estudiando arte en el New School; vivía en una buhardilla sobre la Avenida B, tenía poco dinero pero estaba obsesionado por el deseo de pintar. Le mostró alguna de sus obras y ella se quedó impresionada. Le dio un poco de dinero para ayudarlo durante el semestre del segundo término en la escuela, porque él no tenía familia ni parientes a quienes acudir.

A principios del año siguiente, lo invitó a una de sus reuniones. Ella vivía sola la mayor parte del tiempo, porque su marido tenía una designación del gobierno y trabajaba en Washington y ella no quería abandonar Nueva York. Era por eso que ofrecía frecuentes reuniones con un propósito u otro, para agasajar a esta o aquella persona. Esta reunión particular era para un escritor que ella conocía y deseaba ayudar, después de todo, esa es la misión de los mecenas… ayudar a los dotados a abrirse paso. Había invitado a

Robert Motley, otro talento desconocido, porque en esta reunión habría gente, como Mónica Glazzard, que le convenía conocer. Y desde que Motley personalmente era también muy bien dotado, se ocupó en forma muy especial de presentárselo a Mónica.

El encuentro, sin embargo, fue bastante curioso, siguió diciendo Mrs. Stevenson. Dejó a los dos juntos y estuvo ocupada saludando y hablando con los otros y cuando volvió a encontrar a Mónica junto a la ponchera le preguntó qué le había parecido el joven, y Mónica le había respondido, riendo, que era un completo fraude y que de dónde lo había sacado.

—Bien —continuó Mrs. Stevenson—, no sabía qué pensar de esa respuesta. No es un fraude, le dije. Es un pintor y muy bueno. Y Mónica me respondió. Es el fraude más grande que he visto en esta década. Si él es pintor, yo soy nadadora del canal.

Mónica, continuó diciendo Mrs. Stevenson, aparentemente había cambiado de opinión, porque más tarde, esa misma noche, la vio junto a Motley sumergidos en una seria y prolongada conversación. Luego reían y por fin se marcharon de su casa juntos. Y nunca más volvió a ver a Motley. Dejó el New School… por lo menos allí no sabían nada de él, cuando ella había ido a investigar… y Motley no aparecía en las galerías de arte ni en ninguna parte. En verdad, cuando quiso ponerse en contacto con él, un par de meses después, se había mudado sin decir dónde.

—Y, ¿preguntó en el New School?

—Sí… al no encontrarlo en su desván. Pero todo lo que pudieron decirme era que ya no asistía a las clases.

VIERNES 8,00 – 10,00 P.M.

La casa funeraria en donde iban a ser velados los restos mortales de Mónica Glazzard estaba en la Avenida Lexington entre las calles 84 y 85, y se publicó en los diarios que el velatorio tendría lugar el viernes desde las 8 p.m. y el sábado desde las 9 a.m. hasta las 2 p.m., hora en que se oficiaría un servicio. Lo que no se anunció en los periódicos era que el destino de los restos era la cremación de acuerdo a sus propios deseos expresados en el testamento.

El velatorio del viernes a la noche se llevó a cabo en la *suite* de habitaciones del cuarto piso y se necesitaron cuatro habitaciones, dos para ordenar la gente en fila y dos para presentar las condolencias. Resultó una cantidad de gente tal, que producía vahídos, y las flores que se enviaron casi fueron tantas como las personas. El gigantesco féretro de caoba con su forro de seda blanco estaba prácticamente oculto por las flores y el resto de éstas se había dispuesto en la capilla del segundo piso donde se llevaría a cabo el velatorio del día siguiente y los servicios finales.

Linda Glazzard estaba de pie en la habitación, con el féretro, pero próxima a la puerta de salida a fin de mantenerse algo alejada del cuerpo de su madre. Mónica yacía amortajada en terciopelo púrpura con un broche de piedras de colores en el pecho, ambas cosas adquiridas por la Agencia Morton (previo asesoramiento de la casa funeraria), parecía serena y muy hermosa aun cuando no completamente real. Linda en un principio estuvo sola, de pie, estrechando manos y recibiendo besos de simpatía y comentarios de gente que en su mayoría jamás había visto antes, por lo cual no podía dejar de pensar con frialdad: “Apostaría que piensa que luce mejor que yo”.

Era evidente que Linda sentía lástima de sí misma, y estaba deprimida. No tenía la sensación de pérdida por la muerte de su madre. Su madre había pertenecido al público, no a ella, y era el público el que estaba dolorido. Algunos que miraban el cuerpo vertían lágrimas reales, y aun cuando la mayoría de las personas eran amigos muy allegados a Mónica y tenían un sincero dolor por

la muerte de la columnista, era obvio para Linda que muchos otros jamás la habían conocido y la querían sólo a través de sus columnas.

Pero no era la cantidad de amigos de su madre lo que la deprimía. Era el hecho de que ella misma no tenía a nadie. Si sólo hubiera estado Randy allí para tener en quién apoyarse. Si hubiera podido sentir el calor de su presencia aun cuando no hiciera nada. Pero Randy no estaba y al parecer jamás volvería a estar. Ni siquiera había enviado un telegrama de pésame.

Pero el doctor Patterson, bendito sea, vino en su rescate. Llegó a las nueve menos cuarto cuando la fila todavía estaba en estado embrionario y se quedó con ella para saludar a los que llegaran.

Otro que apareció fue el detective Frank Sessions. Vestía un costoso traje oscuro y una corbata gris y blanca. Pero a ella le parecía que el disfraz no engañaba a nadie. No se puso en fila, no se mezcló ni habló con nadie. Sólo estaba allí observando, para ver quién estaba y qué sucedía. Hacía que Linda dudara de su capacidad como detective. Para ella, él tenía la palabra "policía" escrita por todas partes.

Lo que Linda no sabía era que el joven formal de traje negro, que ofrecía el libro a cada uno de los recién llegados para que firmara, también era un detective. Los nombres de todas las personas que asistían al velatorio y al servicio serían cuidadosamente escudriñados por el departamento de policía —y en algunos casos la escritura— antes que la funeraria se lo entregara a Linda.

En cuanto a Frank Sessions, que era responsable del asunto del libro, no le importaba si todos sabían o no que él era un detective. Sólo guardaba las apariencias porque tenía que hacerlo. El capitán Conklin, comandante del Cuarto Distrito, se mostraba muy quisquilloso en este caso de Mónica Glazzard. Si no se resolvía en un tiempo razonable podía despertar un gran disgusto en el público. El Departamento de Policía tendría que soportar un violento cañoneo, y la forma usual de manejar el disgusto en una organización era disponiendo cambios. El capitán Conklin no deseaba cambios en su distrito porque el rodado de cabezas podría empezar desde arriba.

Cuando se enteró del velatorio, preguntó con rapidez a Sessions y a Devlin cuál de ellos pensaba ir, y no se mostró muy complacido cuando dijeron que ninguno. ¿Creían, acaso, que no podían sacar

ninguna información del velatorio, de la gente que asistiría o dejaría de asistir? Le informaron del arreglo del libro de registro, pero aun así no se mostró satisfecho. No había nada como las medidas tomadas en el terreno, particularmente por aquellos que forman el sistema nervioso central de un caso. Ambos detectives debían asistir al velatorio —tanto el viernes como el sábado— y conservar los ojos muy abiertos. Sin embargo, desde el momento que había que verificar otras pistas, sería suficiente que un hombre fuera a cada cosa y permaneciera todo el tiempo necesario para asegurarse de que ninguna pista había sido pasada por alto. A Frank Sessions el cometido le llevó veinte minutos.

Tomó un ómnibus para volver al Precinto diecinueve y subió las escaleras a las diez menos cuarto. Boxton estaba en la habitación principal en mangas de camisa charlando con otros dos detectives. Nadie estaba en la jaula y la habitación, exceptuando ellos, estaba vacía.

—¿Dónde está mi socio?

—¿Devlin? —respondió Boxton—. Se fue a su casa por un par de horas.

—¿Qué tal el velatorio? —preguntó un detective llamado Nichols.

—¡Oh, Dios! Una ordalía de pesar. ¿A quién demonios se le habrá ocurrido la idea de exhibir cuerpos muertos? ¡No son nada más que carne en putrefacción! Vaya cosa…

—Cuidado, Frank. ¿Quieres hacernos vomitar a todos? —protestó Boxton.

—Pareces comunista —afirmó Nichols.

—Tendrías que oírlo hablar de religión alguna vez.

Sessions rio.

—¿Por qué no me hablan de casamiento? Soy bueno en eso. —Encendió un cigarrillo—. ¿Tienes algo para mí? ¿Alguna novedad?

Boxton le mostró los informes que tenía él y se sentó para hojearlos. La mayoría eran entrevistas con los invitados a la reunión ofrecida por Buckingham. Uno dijo que había sacado fotografías que mostraría a la policía tan pronto las revelaran. Nadie más tenía ni siquiera eso para ofrecer.

Boxton se sentó frente a Sessions e inclinó una silla.

—Me dicen que te estás concentrando en Motley. ¿Crees que es el autor del crimen?

Sessions se encogió de hombros y puso un pie en el escritorio.

—Es un impostor, un fraude y falso. Eso no lo convierte en el autor pero hace que uno piense de él de esa manera.

—¿Qué has descubierto?

—Oh, mucho… Primero, hablé con esta dama que lo presentó a la occisa, Carolyn Dines Stevenson. ¡Vaya, si es extravagante! Me dio la dirección de la buhardilla donde vivía. Eso concuerda con lo que él nos refirió. Me dijo que había seguido unos cursos en el New School… de manera que allá fui y jamás han oído hablar de este individuo. Jamás asistió a los cursos que se dictan allí…

Sessions se sentó para apagar su cigarrillo y continuó:

—Luego conseguí una lista de las llamadas de larga distancia de la occisa, la de los cuatro primeros meses de este año. Dios, hace casi tantas llamadas como un corredor de apuestas. Debe haber doscientas…

—Sí, lo sé. Vi las boletas. Eso tendrá ocupada a alguna gente —interrumpió Boxton.

—Entonces fui hasta la buhardilla en donde había vivido Motley. Un individuo que lo conocía estaba allí. Otros tres no estaban. Este que lo conocía es un pintor y dijo una cosa significativa. Motley le ofreció parte de su habitación a este pintor para que guardara sus telas allí. De ahí sacó la idea Mrs. Stevenson de que el hombre pintaba. Mostraba el trabajo del otro como si fuera suyo. De manera que era un pintor fraguado. Trataba de conseguirse un trabajo liviano y parecía como si Mrs. Stevenson se lo fuera a proporcionar pero… apareció algo mejor.

—No sé cómo esa mujer Glazzard no lo caló —comentó Nichols.

—Lo evidente es que lo hizo y aun así lo tomó. ¿Qué otra cosa recuerdo? Ah… sí. Estoy tratando de averiguar de dónde procede este Motley. Mintió con respecto a Sacramento, lo que significa que no quiere que sepamos de dónde es, lo que hace que sea importante averiguarlo. De manera que investigué en el correo algún cambio de domicilio. Nada. Verifiqué para ver si alguna vez intentó cobrar seguro de desocupación, o algún subsidio. Tampoco, nada. Probé en las agencias de empleos. Pero no ha dejado ni una huella. De pronto aparece en Nueva York sin una vida previa como Venus en la conchilla o una víctima de amnesia que recupera la memoria. Y es muy difícil seguirle la pista a este hijo de perra.

—Tal vez si hablas con él…

—Lo intenté después de comer, pero no estaba. Pensé que podía encontrarlo en el velatorio, pero tampoco estuvo allí. De manera

que estoy pensando que eso es algo interesante. Me dijo el portero que cuando Motley salió llevaba un portafolio… como un ejecutivo que va a su trabajo. Eso fue a media tarde.

—¿Qué podría tener en un portafolio? ¿Pijamas y una camisa limpia?

—Esa es la respuesta obvia. Pero, ¿qué está haciendo…? ¿huyendo? ¿o dejando atrás su vida monástica y acudiendo a una cita? Si es así, ¿quién es la amiga?

VIERNES 10,15 P.M. — SÁBADO 12,15 A.M.

Sessions dejó el Precinto diecinueve a las diez y quince, ese viernes a la noche, pero no se dirigió a su casa, que quedaba casi exactamente a una milla al norte, hasta las doce y cuarto. Tomó un ómnibus y descendió una cuadra antes de llegar a su domicilio para ir al bar de Paddy, entre las calles 91 y 92. Allí tomó dos vasos de cerveza y fumó cinco cigarrillos, miró el final del partido de los Yankees en la televisión, charló con un par de hombres, sospechó que la mujer gorda de cincuenta años tenía sífilis, no vio a nadie más y finalmente se preparó para ir a su casa.

En el hall de entrada volvió a detenerse para abrir su buzón y encontró que la cuenta del sastre y la carta de su cuñada estaban prendidas juntas con un broche de propaganda de una lavandería recién abierta a la vuelta de la esquina. Frank metió su anunció y cuenta en el bolsillo y abrió la carta de su cuñada. La leyó de prisa a la débil luz del hall. Eran dos páginas escritas con letra grande en las dos carillas, pero Sessions terminó de leerla en menos de treinta segundos. Era una carta triste. La aventura de la casa en la cual se habían metido con tantas esperanzas no andaba bien. No podrían devolverle el dinero todavía. En verdad, si no conseguían un préstamo de alguien pronto, ella no sabía lo que pasaría. Ken era demasiado orgulloso para escribirle a su hermano mayor y pedirle más dinero cuando ya le debía tanto, pero si Ken era demasiado orgulloso, ella, Kathleen, no lo era. Había dos niños involucrados… el pequeño Frankie Sessions, que llevaba el nombre de su tío, el gran detective, y Bárbara, cuyo nombre era el de su abuela paterna, la madre del propio Frank… y Kathleen no podía permitir que el orgullo fuera un obstáculo para su bienestar, prescindiendo de Ken. ¿Podría Frank prestarles quinientos dólares por seis meses? Seguramente podía hacerlo, puesto que después de todo era un hombre soltero que ganaba más de doce mil dólares al año. Y ella le ofrecía con gusto su anillo de brillantes de compromiso como garantía. Aun cuando no valiera quinientos dólares (Frank sabía que Ken había pagado ciento cincuenta por él, porque le había prestado

el dinero) pero sentimentalmente tenía el doble de ese valor.

Una de las comisuras de la boca de Sessions se endureció y metió la carta en el bolsillo. No le hubiera importado que Kathleen le hubiera pedido el dinero, pero él la conocía bien. Los conocía bien a los dos. Era obra de Ken. Los homónimos le molestaron. Había hecho que Kathleen le escribiera. Ken sabía que Frank siempre le había tenido simpatía a Kathleen, siempre había pensado que ella era la que había llevado la peor parte en ese matrimonio. Ken estaba tratando de ser listo pero sólo procedía con chapucería. Era la historia de su vida… siempre era el futuro empresario, el hombre que hubiera tenido un millón sólo que *a* empezó la guerra; *b* la guerra cesó; *c* la persona influyente murió; *d* engañaron a la persona influyente y se volvió contra él; *e, f, g* y todo el alfabeto. Ken haría casi cualquier cosa para ganarse un dólar, excepto trabajar.

Sessions puso la llave en la cerradura de la puerta interior y mientras lo hacía, la puerta exterior se abrió, y para su sorpresa, Linda Glazzard entró al pequeño hall mal alumbrado. Parecía aturdida y nerviosa, sin mostrarse tan fría, inmutable y tranquila como estuvo en el velatorio. Pero por lo demás era la misma… la misma ropa, el mismo peinado y el mismo maquillaje. En realidad era una muchacha muy atractiva para una aventura al pasar. Sessions tenía conciencia de ello. Luego recordó que era la hija de una víctima de asesinato, una sospechosa en el caso y muy posiblemente una asesina. Por lo menos era una desventurada ciudadana, que dependía de la ayuda de la policía y la policía en esos casos no eran personas, eran autómatas creados y mantenidos con el propósito de ayudar y nada más.

—Hola —dijo él en esa forma aniñada que solía tener cuando no estaba actuando en calidad de funcionario. Se sonrió y sostuvo la puerta abierta—. ¿Me estaba esperando?

Ella asintió.

—Pensé que nunca vendría. Fui al Precinto después del velatorio y me dijeron que se había marchado a las diez y cuarto y que venía a su casa. Lo he estado llamando y todo…

Entró una mujer con un perro y pasó entre ellos. Frank le dijo a Linda.

—¿Quiere subir? Es más privado. ¿O prefiere hablar aquí?

—Preferiría subir. Me gustaría sentarme. Estoy de pie desde las ocho.

La dejó pasar adelante por las escaleras, abrió la puerta de su apartamiento y encendió la luz. La siguió al interior y encendió las otras luces. Ella se detuvo y miró a su alrededor.

—Es el apartamiento de un hombre solo —dijo.

—Usted también es detective. ¿Quiere un trago? —Pasó por su lado hacia la *kitchenette.*

—Whisky, por favor, solo, con hielo. No veo flores ni floreros frágiles ni nada de esas cosas. ¡Tiene cortinas! ¿Sabe? Pensé que no las tendría. Pero son sencillas y pesadas. Parecen más bien útiles que decorativas.

—Lo que hace la diferencia entre un hombre y una mujer. ¿Cómo supo dónde vivía? ¿Se lo dijeron en el Precinto?

—No. Busqué la dirección en la guía de teléfonos. No quise preguntárselo a los detectives. Hubieran querido saber para qué lo quería ver a usted y tengo alguna experiencia de la forma en que ustedes los detectives hacen preguntas. Pasan a través de las defensas de una persona como un taladro. Si les hubiera dicho que era algo que tenía que ver con mi madre, hubieran querido que les dijera de qué se trataba. Si decía que no era así, hubiera sido peor.

Sessions sacó el whisky del placard de la *kitchenette* y vertió un poco en dos vasos. Ella se acercó a la puerta al lado de él.

—Canadian Club —dijo con asombro.

—Los vasos no son de la mejor calidad, pero el whisky, sí. —Sacó el hielo—. Entonces, ¿para qué quería verme y por qué?

Ella abrió la puerta del placard para ver el resto de su bodega.

—Usted es bastante curioso… Usa muy buena ropa. Lo advertí en el almuerzo, ayer. Es ropa costosa. Y compra las mejores marcas de licor, y sin embargo vive en una casa de apartamientos de cuatro pisos sin ascensor en Germantown. ¿Puedo preguntarle cuánto paga de alquiler?

—Sesenta y dos dólares con dieciséis céntimos por mes. Ha habido un aumento. —Puso el hielo en los vasos y llenó el resto del suyo con agua de la canilla.

—Para mí también un poco de agua, por favor. Eso no parece tener sentido. ¿Cuánto hace que vive acá?

—Vine aquí tres meses después de mi divorcio. Ya hace trece años. Y tiene sentido. Todo lo que necesito es un lugar donde guardar mi ropa y dormir de cuando en cuando. —Le dio el vaso pequeño, levantó el suyo—. ¡Salud! Volvamos a la sala y sentémonos para que me cuente qué tiene que ver su visita con el

asunto de su madre.

Entraron en la pequeña sala, Linda tomó un sillón frente a Sessions, que se dejó caer en un diván, puso sus cigarrillos al lado y tomó uno de los pocos que quedaban en el paquete. Linda levantó su vaso diciendo.

—Por usted.

Él rio.

—Sí, bebamos por mí. Ahora, ¿por qué me esperó hasta que llegué a casa para decirme algo que tiene que ver con su madre y que no quería decirle a los otros detectives que trabajan en el caso?

—Yo también me he preguntado eso —respondió Linda mirando fijamente su vaso antes de tomar un sorbo—. La respuesta es que cuando sospechan que una muchacha ha matado a su propia madre… ella… tiene miedo de los extraños. Por supuesto que sé que usted sospecha de mí… probablemente más que cualquiera de los otros… Pero siento como si lo conociera mejor. Siento que si le dijera algo que podría alejar las sospechas de mí, usted podría aceptarlo más que los otros.

Sessions encendió el cigarrillo y lo aspiró profundamente.

—Tiene lástima de sí misma. Usted ha perdido a su madre. Eso le pasa a todo el mundo. Nadie la ha escogido para endilgarle una mala suerte especial.

—Ya lo sé. Y si siento lástima de mí misma, esa no es la razón. No estoy llorando por Mónica. Ella ha vivido más en sus cuarenta y ocho años que la mayor parte de la gente en ochenta y cuatro y, desde que rara vez la veía, no puedo decir que su muerte va a alterar mi modo de vida en forma notoria. Ha sido asesinada y eso es un golpe, pero cualquier pena que sintiera sería por ella, no por mí. De manera que si realmente quiere saber por qué tengo lástima de mí misma… me gustaría mejor decir que es porque estoy melancólica, eso suena mejor…, es porque acabo de soportar una buena dosis de ser la ayuda de cámara de la Reina Mónica, otra vez. Eso no ha sucedido muchas veces en los últimos años… desde que salí de su órbita y comencé a crear defensas… y casi había olvidado lo que era.

—Deme una idea —dijo Sessions, observándola y bebiendo su whisky.

—Usted lo vio. Usted estaba allí. La gente entraba a ver a Mónica… por centenares. No le envidio eso, créame. Debo parecerle terriblemente egoísta y egocéntrica, pero no lo soy. En realidad, eso

es una de las cosas que jamás he sido. Oí decir a un ministro cierta vez: “cualquiera que no crea en el Pecado Original no ha visto jamás a un bebé. Observe a un bebé, nace totalmente egoísta y egocéntrico. Cree con sinceridad que es el centro y la cosa más importante del universo”. Luego, continuó diciendo aquel ministro, que el camino de la bondad era la lucha para apartarse de la actitud egocéntrica. Bien, pues, sucede que está equivocado, porque si eso es bondad, entonces yo soy un ángel. Porque yo, Mr. Frank Sessions, nunca creí que fuera el centro del universo. Hasta donde puedo recordar, supe que Mónica era el centro del universo y yo un pedazo inútil de equipaje descargado en la vecindad. En verdad, el psicoanalista que me atendió trató de situarme en el centro de mi propio universo para poder llegar a asimilar en una forma más normal que no era el centro del universo.

—¿Y qué logró?

—Tuvo algún éxito. Soy un ser humano razonablemente normal, ahora. Excepto que nunca tendré el tipo de confianza que da el ser bueno y saber que uno es bueno. Por ejemplo, estoy segura de que en algunas cosas soy buena, pero no me atrevo siquiera a pensar que lo soy de miedo a equivocarme… y descubrir que no soy más que una tonta.

Sessions se levantó a buscar un cenicero.

—De manera que Mónica tiene la visita del público por última vez. Y todo el mundo le ha rendido homenaje a ella y no a usted. ¿Y qué hay con eso? Usted está viva y ella no. No conozco a nadie que quisiera cambiar el lugar de usted por el de Mónica, incluyéndola a ella.

Linda frunció el ceño.

—Usted se ingenia para que todo lo que digo parezca espantoso. No le envidio nada a Mónica. En realidad desearía volverla a la vida. Pero se trata de la soledad de ser ignorada. Es estar allí de pie recibiendo el saludo de la gente que no me conoce, que quizá ni siquiera sabía que Mónica *tenía* una hija, hasta ese momento, o tal vez ni siquiera sabía qué estaba haciendo yo allí. Cuando el doctor Patterson vino a ayudarme, fue mejor. Pero le aseguro que era desolador.

—Sí —exclamó Sessions, recuperando su posición en el diván—. Usted no tenía a su novio que la ayudara en esos momentos difíciles. ¿Es eso lo que hay en el fondo?

—Tal vez. No lo sé, realmente. Todo lo que sé es que mi único

pariente se va al mismo tiempo que se va mi novio y de pronto comprendo que era todo lo que tenía en el mundo. Quizá me tengo lástima porque es un poco duro de sobrellevar.

—Es una razón tan buena como otra cualquiera. Ahora volvamos a hablar de su madre, de aquello que usted piensa que yo creeré y los otros detectives no.

—No lo quise decir así.

—¿Cómo lo quiso decir?

—Lo que quiero decir es que… bien, este es un caso muy importante. Es un caso que usted tiene que resolver. A fin de resolverlo, usted necesita un culpable, ¿no es así? ¿Y quién parece más culpable que la hija? De manera que si la policía sospecha de mí, no va a ser un descubrimiento muy feliz la evidencia de que soy inocente. Van a desconfiar de ese tipo de evidencia, porque podría arruinar el caso que están levantando contra mí.

—¿Y yo, no? ¿Es eso?

—Bien, usted me conoce un poco más. Me refiero a que para usted soy un ser humano… por lo menos eso es lo que creo. No soy sólo un nombre que se registra en un libro. En consecuencia podría agradarle pensar que soy inocente. En consecuencia contemplaría la evidencia con mayor benevolencia. —Lo miró esperanzada—. ¿Comprende?

—Sí, comprendo. Es un milagro, pero lo comprendo. —Se sentó y puso sus pies en el suelo—. Usted es una buena muchacha pero está confundida y realmente está sumergida en autoconmiseración. Voy a tratar de ayudarla un poco. En primer lugar, ¿qué demonios cree usted que es un detective? ¿un monstruo marciano? ¿Cree usted que sólo buscamos a un individuo en desgracia para colgarle una cuerda al cuello? ¿Cree usted que no tenemos ninguna sensibilidad para las personas?

Linda se mordió el labio.

—Bien, no lo demuestran mucho. Una persona se muere y ustedes comienzan a hacerle preguntas a los parientes afligidos como si no les importara nada su dolor. No muestran una hilacha de simpatía ni comprensión.

—Cuando nosotros aparecemos, miss Linda Glazzard, es porque alguien ha sido asesinado y nuestro trabajo es descubrir al asesino. Y desde que muchas veces los asesinatos son cometidos por parientes cercanos, no nos impresionan los que están llorando. Cuando hacemos preguntas, no es para obtener las respuestas que la

persona quiere darnos, es para obtener la verdad. En consecuencia no vamos a consolarlos, vamos a indagarlos, a hacer que pierdan el control. Vamos a ser duros porque si no lo somos algún hábil charlatán tratará de engañarnos. Esto es un homicidio, ¿recuerda? No podemos permitir que eso suceda.

—Está bien, pero una mujer está muerta. No importa que sea mi madre, eso no viene al caso. Está muerta. Y todos ustedes tratan el asunto en la forma más caballeresca. No es más que una persona muerta. ¿A quién le importa? Entonces, ¿por qué no colgamos a la hija por eso? ¿A quién le importa?

Sessions rio.

—¡Por Dios! Beba su whisky, ¿quiere? ¿Sabe cuántos cuerpos vemos por año? Personas viejas, bebés, cuerpos frescos, cuerpos descompuestos, cuerpos intactos, cuerpos golpeados. Había una muchacha… muerta por alguien que la atropelló con el coche y huyó, allá en Harlem, hace poco. El coche la partió en dos. Debe haber andado a cien millas por hora. Una mitad de su cuerpo estaba en una intersección y la otra mitad a una cuadra de distancia en otra intersección. Y se ven cosas peores. Simplemente uno no puede involucrarse con cada cuerpo muerto que ve. Aun cuando se quisiera, es una imposibilidad física. Se ve demasiado. De manera que no andamos en puntillas ni hablando en voz baja. Nos reímos y hacemos bromas. ¿De qué otra manera podríamos soportar este tipo de trabajo? Pero no bromeamos sobre la persona muerta y no bromeamos sobre la muerte. Porque en nuestro trabajo, eso no es una broma.

Ella permaneció en silencio un momento. Luego dijo:

—¿Me está diciendo que la policía también es humana?

—Lo que estoy tratando de decirle es que nos importa la persona que mató a su madre. Nos interesa atraparla. Si sucede que usted es esa persona, la prenderemos por ello. Estaría incluida en un homicidio. Es el crimen del que todo el dinero, toda la influencia, todas las lágrimas del mundo no podrán salvarla. Por otro lado, si usted es inocente, no tiene nada que temer. No la necesitamos para nada.

—¿Qué cree usted que soy?

—En este momento, inocente. Por ahora así lo dicen las evidencias, pero el cuadro podría cambiar.

—¿Los policías son realmente humanos? En este momento usted parece frío y totalmente deshumanizado.

Sessions rio y se reclinó otra vez en el diván.

—Le estaba explicando a usted los hechos de la vida. Usted puede engañar al detective cuanto quiera, puede entregarle su cuerpo blanco y puro, pero la encerrará a pesar de todo eso si usted es culpable. Pero si es inocente…

—No vine aquí para ofrecer mi cuerpo blanco y puro.

Él volvió a reír y apretó el cigarrillo.

—Correcto. Usted vino a decirme algo con referencia a su madre. ¿Qué es?

Linda dejó su vaso y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas desnudas debajo del ruedo de su falda.

—El miércoles a la noche, cuando estaba allí, habían reunido los valores de mi madre. ¿Recuerda? Me dijeron que podía pasar a recogerlos en el Precinto diecinueve dentro de un par de días, si no los enviarían al Depósito de la Municipalidad y entonces tendría que ir allí. De manera que esta tarde fui al Precinto después del trabajo y me dieron los valores, y antes de ir al velatorio los revisé. Descubrí que falta un broche de brillantes cuyo valor es de tres mil quinientos dólares.

SÁBADO 12,15 – 2,25 A.M.

Frank Sessions levantó una ceja, tomó un buen sorbo de su vaso y se arrellanó cómodamente sobre dos almohadones.

—Un prendedor de tres mil quinientos dólares, ¿eh? Vaya, ¡eso es interesante!

—¿Podría haberlo robado uno de los hombres de la policía?

Sessions se enderezó lentamente hasta quedar sentado:

—Todo está inventariado. Hasta el número de serie de cada billete. ¿Verificó usted la lista del inventario?

Linda asintió.

—No estaba en el inventario.

—Entonces no se encontró en el apartamiento. —Sus ojos cambiaron de expresión otra vez. Habían sido cálidos y personales, mirándola como a una mujer. Ahora eran los ojos de un policía, agudos, indagadores, pesando y evaluando.

—¿Cómo sabe usted que tenía un broche así?

—Porque estaba con ella cuando se lo obsequiaron. Era una comida de honor en el año 1957 festejando sus veinte años con el periodismo. Mónica lo hizo tasar y asegurar por tres mil quinientos dólares y lo recuerdo porque me lo prestó para usarlo en mi graduación y yo estaba muy nerviosa a causa del broche.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Cuando se lo devolví, después de la graduación. Eso fue en junio de 1959.

—Hace ocho años. Vaya, muchacha. No puede…

—Pero si lo hubiera perdido o algo así, estoy segura de que lo hubiera mencionado o dicho algo.

—Creo que sí. Su póliza de seguros describe todas las piezas que la compañía cubre y todas las piezas descritas por la póliza se encontraron en su apartamiento. Si todavía conservaba ese prendedor de tres mil quinientos dólares, estoy seguro de que The Travelers Indemnity Company la habría asegurado junto con las otras.

—¿Travelers? Pensé que Bertram Fox era la compañía de

seguros.

La ceja de Sessions volvió a levantarse.

—Oh…

—Al Lanard de Bertram Fox. Él solía hacer sus seguros. Por lo menos algunos de ellos.

Sessions sacó su libreta.

—¿Algunos de ellos? ¿Se aseguraba en más de una compañía?

—Bien, en verdad no lo sé. Pero no me sorprendería. Usted comprende, distribuir los negocios entre los amigos. Eso sería muy de Mónica. En cuyo caso el prendedor podría estar…

—Lo averiguaremos —respondió Sessions, anotando y dejando a un lado la libreta.

—Podría haber más que un broche, también. Lo robado podría ser mucho más.

—Esperemos para ver.

—Si faltan algunas *joyas*, ¿eso cambiaría todo el motivo del crimen?

—Podría ser.

—¿Y ustedes buscarían un ladrón más bien que un enemigo?

—Quizá. Depende de lo que se llevaron y por qué… Si era incidental en cuanto al propósito real del crimen o si el crimen era lo incidental.

Cayó un silencio entre ellos. Un silencio de espera. Linda miró su reloj y dijo:

—Son las doce y cuarto. No advertí que era tan tarde.

—No es tarde.

—Debería irme a casa. Usted debe estar cansado. —Ella rio un poco y lentamente se puso de pie—. Creo que ya lo molesté bastante.

—¿No quiere terminar su whisky?

—Ya tomé la mayor parte.

Sessions se levantó, tomó el vaso de ella y lo puso en sus manos sonriendo.

—¡Vamos, sea buena!

Ella sonrió y bajó los ojos, tomando el vaso con ambas manos. Terminó la bebida con rapidez, se estremeció y dijo:

—Uff… —le devolvió el vaso—. ¿Fui buena?

—¡Buenísima! —Puso el vaso en el borde de la mesa contra la pantalla de la televisión.

Durante un momento ninguno de los dos se movió.

—Oh… quería preguntarle. ¿Descubrió si mi madre tenía un amante?

—Sí.

—Comprendo. ¿Alguien lo sabía?

—Yo no lo sabía. No sé quién pueda saberlo.

Estaban de pie muy próximos, ella mirando insegura la corbata de él, y Frank mirando el brillo dorado de su pelo y la forma en que redondeaba su vestido.

—Es tarde. Creo que es mejor que me vaya —dijo ella. Él puso su vaso en la mesa y ella se dio vuelta, él la tomó de los brazos y la hizo girar. La acercó y la besó con fuerza en la boca. Ella sorprendida no trató de resistirse, pero si lo hubiera hecho no lo habría logrado. Los dedos de Frank retenían sus brazos como garras de acero y quedó aturdida y dominada por su fuerza. Esos dedos delgados largos de artista que parecían más apropiados para un pianista que para un detective de la escuadra de Homicidios.

—Y eso, ¿para qué fue? —preguntó ella cuando los labios de él se corrieron a la mejilla y al lóbulo de la oreja.

—Para nosotros.

—Es tarde.

Frank deslizó su mano por arriba de su brazo y la tomó de la barbilla. Volvió a poner su boca otra vez sobre la de ella y Linda sintió su lengua entre los dientes. Ella devolvió la caricia con la suya y el brazo derecho de él la rodeó; el izquierdo se apartó de la barbilla, bajó por el cuello, por el escote de su vestido y penetró debajo de la tela que cubría sus pechos.

De pronto las cosas se iban de entre las manos. Ella apartó su boca de la de él y trató de separarse, pero Frank era demasiado fuerte. El brazo que rodeaba su cintura la apretaba, la mano que oprimía su pecho también exigía.

—No, no debemos hacerlo —dijo ella mientras él mordisqueaba el lóbulo de su oreja.

Entonces los músculos de él se relajaron con lentitud y ella pudo separarse. Linda quebró el contacto sintiendo una leve decepción. Si él se hubiera rehusado a ceder, si la hubiera forzado, si la hubiera tomado allí mismo en el diván sin tanto “si usted me permite”, ¿le hubiera importado mucho? Entonces la culpa no habría sido de ella y podía haber comido y además quedarse con el pastel.

Pero él no iba a violarla. Iba a dejar que se marchara, en cambio. La liberó… sin ganas, pero sin vacilación alguna.

—Es una muchacha muy complicada, ¿no es cierto? —dijo de pronto, y sacó uno de sus cigarrillos del paquete que había sobre el diván.

Ella retrocedió y se sentó en el otro extremo del diván, respirando pesadamente.

—Complicada… ¿por qué?

El encendedor llameó y él exhaló una gran bocanada de humo.

—Usted no sabe lo que quiere. Se mueve en dos direcciones diferentes y en dos niveles diferentes.

—Y eso, ¿qué quiere decir? —Ella buscó su penúltimo cigarrillo y lo puso entre los labios.

Frank se lo encendió y se sentó en el brazo del sillón que ella había usado.

—Hablemos de su novio. ¿Piensa permanecerle fiel o no? Si es así, ¿por qué me busca y para qué? Si no, ¿por qué me aparta de usted?

Ella dijo defensivamente:

—Bien, sólo porque una mujer entra al apartamiento de un hombre para ayudarlo en su trabajo… no creo que usted tenga derecho a considerar que lo está buscando.

—No ha venido a mi apartamiento para ayudarme en el trabajo. Me ha acechado. Rehusó dar información a nadie y esperó afuera durante una hora hasta que llegué. Es una información que no tiene para qué darme personalmente. No es una información que tenga que darme esta noche. Ahora, si quiere jugar a la inocencia ultrajada, metida en claustros… ¡váyase al diablo!

Linda se reía a medias y a medias estaba ceñuda.

—¿Sabe…? Eso es muy interesante. Nunca lo pensé de esa manera. Pero puede ser que tenga razón.

—Vaya, ¡por Dios! —Frank meneó la cabeza—. ¿Qué clase de conversación es esa?

Ella rio, se quitó los zapatos y se acurrucó en el diván.

—Quiero decir que yo también me lo pregunté mientras me estaba helando, paseando de un lado al otro de la calle de esquina a esquina; me pregunté qué estaba haciendo, por qué no se lo había contado a los otros detectives, y por qué tenía la necesidad de decírselo esta misma noche. Cavilé sobre todo eso de estar bajo sospecha y supongo que estaba tratando de racionalizar mi conducta.

—Irracionalizarla. No tenía el menor sentido.

Ella sacudió el cigarrillo.

—Está bien, irracionalizarla. Pero en verdad no quería que usted se propasara conmigo. Sinceramente no lo deseaba. Por lo menos no en este nivel. Sólo Dios sabe lo que estoy pensando en el nivel subconsciente. Dios y mi psiquiatra.

—¡Oh, vaya! —rio Sessions—. Ya está racionalizando otra vez. Le gusta que la besen. Sólo fue cuando dejó de pensar en lo que estaba haciendo, que decidió marcharse.

—No, no lo creo. No quiero decir que no me gusta que me besen, eso es bastante obvio. Me refiero a que no es tan simple. El motivo de mi venida no era para que me besara. Era para evitar tener que ir a casa. Si de veras quiere analizarlo, fue eso.

—Usted habla demasiado. ¿Y quiere que le diga una cosa? No le creo.

—Es la verdad, Frank. Realmente. Está bien, no simulemos que soy inocente como una florecilla. Cumplí veintinueve años en febrero último y esos años representan bastante cantidad de vida. Pero no soy promiscua. Hubo un tiempo… seré totalmente honesta con usted, y no sé por qué lo hago, excepto que es la única manera de enfrentarme conmigo misma… y eso es algo que debo hacer para poder seguir adelante. Hubo una época, hace muchos años, al terminar la adolescencia y al comienzo de los veinte… en que pensaba que el sexo era una especie de curalotodo para cualquier dolor y a mí me dolían muchas cosas. —Se encogió de hombros y fumó. Había un débil rubor en su rostro y no miraba a Frank—. Después de un tiempo descubrí que no aliviaba nada y un psiquiatra me curó. Desde entonces he sido una muchacha de tipo promedio. En aquellas ocasiones en que me he apartado de lo derecho y estricto, fue como resultado de una madura reflexión… en la medida en que soy madura… y con alguna preocupación en cuanto al porqué, cuándo y qué esperaba recibir en cambio. No soy, en otras palabras, juguete de nadie. Quiero que entienda eso, Frank.

—Desde luego. Lo entiendo. Pero, ¿para qué me dice esas cosas?

—Estoy tratando de explicarle que en realidad no vine aquí para una aventura. Es importante que usted sepa eso.

—Está bien, de manera que usted juega al amor por números. En la primera cita se cuentan mutuamente la historia de sus vidas; en la segunda, se toman de las manos; en la tercera se besan en la boca; en la cuarta en el cuello…

—No es por números. No es cierto.

—Pensé que me estaba tratando de explicar que no puede decidir nada sin una madura reflexión y que eso significa que tienen que conocerse y verse un número de veces antes que logre esa madura reflexión.

—No, usted no está escuchándome. Trato de decirle que no me interesa ese tipo de cosas. Estoy de novia… bueno supongo que en realidad ahora no lo estoy… ya no. ¿Recuerda la noche que me llamó y un hombre respondió a su llamado? Bien, no era lo que usted está pensando. Era un amigo que había ido al teatro conmigo y vinimos a casa para tomar café. Quiso propasarse… y en ese momento llamó mi novio… este amigo… tomó el teléfono. Y eso fue el fin. Mi novio ya no es mi novio. No puedo convencerlo de que no había pasado nada.

Sessions tomó su vaso y bebió la mitad de lo que le quedaba.

—¿Sabe algo, miss Glazzard? Cuanto más habla menos sentido tiene lo que dice.

—Oh, ¿ahora es miss Glazzard? Qué formal para alguien que ha besado a una joven y explorado algunas partes íntimas de su anatomía.

—… y que ha sido regañado por eso. Tampoco tiene sentido.

—Estoy tratando de que me comprenda. Estoy sola. Estoy en un velatorio. Es el cuerpo de mi madre el que está allí. Me recuerda que ella se ha ido. Que nunca más estará conmigo. Mi padre murió hace años, no tengo parientes. Mis abuelos murieron. No queda nadie. Y esta es una noche en que más que nunca lo siento. Toda la gente viene a ver a mi madre muerta. Eso lo acentúa. Y mi novio… Él también se ha ido. El velatorio termina y, ¿qué queda por hacer? Ir al apartamiento cuya vaciedad es bastante mala casi todas las noches, pero absolutamente insoportable esta noche… ¿Qué puedo hacer…? ¿ir a un bar a beber? ¿Llamar al doctor Patterson para que me lleve a alguna parte? Ahora él está muy amable. Es la única persona que me ha tomado en cuenta, que parece preocuparse por mí, pero es bastante viejo para ser mi abuelo. No me sirve. Y está el robo de joyas que tengo que informar. Parecería que la información será una manera de evitar tener que volver a casa. Ahora, ¿comprende? —Terminó Linda.

—Desde luego, comprendo. Usted no está segura de si está de novia ni tampoco de si es lo suficientemente libre para hacer lo que le plazca.

—Y, ¿qué es lo que me place hacer?

—Evadirse de la soledad.

—Y el sexo no es una respuesta, Mr. Frank Sessions. Eso lo descubrí hace mucho tiempo.

—Entonces ¿por qué se quitó los zapatos?

Ella los miró en el piso.

—Porque quería estar cómoda. No quería poner los zapatos sobre la colcha.

—Porque quería quedarse un tiempo más. Porque sea cual fuere la respuesta, usted cree que la va a encontrar aquí.

—¿Sabe usted algo, Mr. Sessions? Usted es un egotista.

—De manera que ahora soy Mr. Sessions, ¿verdad? Se está poniendo bastante formal para ser una muchacha que ha sido besada y explorada.

Ella se levantó del diván y él también se puso de pie. Descalza, él le llevaba una cabeza. Linda dijo:

—Desde luego que espero ser formal con un hombre que sugiere que estoy insinuándomele. Además, ahora son las doce y media. Tengo que volver al velatorio a las nueve. —Se volvió y buscó con los pies los zapatos.

Él le puso las manos sobre los hombros acercándola con suavidad. La besó en las mejillas. Ella se estremeció.

—Debe dejarme ir.

Puso un pie en el zapato y él la besó otra vez, más cerca de la boca.

—Tengo que levantarme para ir al velatorio…

—Hay mucho tiempo. Usted no quiere volver a su apartamiento vacío, todavía.

—Oh… ¡Dios mío! ¡Claro que no quiero! ¿Sabe usted lo que es estar sola?

—Todo el mundo está solo. —La hizo volverse y cuando la besó en la boca, esta vez ella le echó los brazos al cuello.

Se estrecharon uno contra otro, las bocas juntas, y él buscó el cierre de su vestido. Cuando lo abrió deslizó la mano por debajo de la combinación y sobre el corpiño. Ella se apartó un poco para darle espacio.

—Su vestido molesta.

—¿No es por eso que las mujeres usan vestidos?

—También por eso se los quitan.

—Oh… Pensaba que era para que no se arrugaran.

—Es para evitar que se rompan.

—Si puedo elegir, prefiero quitármelo, por favor. Es nuevo.

—La dejaré. Venga. —La llevó de la mano al dormitorio donde la cama estaba sin tender. Mientras ella se quitaba el vestido por la cabeza y lo ponía en una silla, él se quitaba la pistola y cinturón, poniéndolos juntos con la placa en el cajón de arriba de la derecha de su escritorio, que tenía cerradura, y le echó la llave.

—¿Sabes qué hora es?

—No me he ocupado mucho de la hora. No lo sé.

—Mira tu reloj pulsera. Son las dos y cuarto.

—Y ahora que hemos encontrado una parte vital de información…

—Tengo que ir a casa. No puedo quedarme aquí toda la noche, después de todo. Escandalizaría al ascensorista allá en la calle 57 Este número 302.

—Te llevaré a tu casa cuando llegue el momento.

—Vamos a tomar café. ¿Te gustaría una taza de café?

—No tengo más que café instantáneo.

—Está bien. Lo prepararé.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—No quiero que te cubras.

—¿Por qué?

—Me gusta mirarte.

—Sí, ya lo sé. ¡Y cómo lo haces! ¿Sabes una cosa? Haces que una mujer se sienta tan totalmente femenina… y feliz de serlo.

—No encuentro objeción que poner.

—Yo tampoco. Frank, en verdad no estoy enamorada de ti. Pero creo que podría enamorarme de ti si quisiera.

—No lo hagas. Soy un mal negocio.

—Es el mejor negocio que he tenido en toda la semana.

—Soy veneno. Te lo advierto. No te enredes conmigo. No soy del tipo casadero. No tengo pasta de marido. No te traería más que penas.

—Yo no dije que iba a enamorarme de ti. Dije que podría. Y eso fue un cumplido. Pienso que eres todo un hombre.

—¿En la cama o afuera?

—En ambas partes. Eres un buen detective, ¿no es así? Quiero decir, ¡muy bueno!

—Y eso, ¿qué significa? Igual que los otros, trabajo en eso. Algunos casos los resolvemos, otros no. Investigamos todo lo que puede ser investigado. Compaginamos todo lo que es posible compaginar. Si es suficiente para hacer un arresto lo hacemos, si no, no lo hacemos.

—¿Quién mató a mi madre, Frank?

—No lo sé. Y no te lo diría si lo supiera.

—¿Sospechas de alguien?

—No discuto los casos con personal no autorizado.

—¿Consideras a una muchacha con la cual recién te has acostado como personal no autorizado?

—Te dije, muchachita, que soy mal negocio. No mezclo el trabajo con el placer. Si eres inteligente, Linda, volverás a tu novio.

—Eso es curioso, ¿verdad? Esto es justamente lo que él me acusó de hacer y ahora lo he hecho…

—Pero no lo hubieras hecho si él no te hubiera acusado, de manera que se lo merece.

—No debió acusarme. No tenía derecho. Debió haber confiado en mí. ¿Cómo puede ser que no confíe en la persona con quien va a casarse?

—No lo sé, pero creí que ibas a preparar café.

—Sí, sólo que tú quieres que lo haga desnuda y hace frío.

—Hará calor en la cocina.

—Está bien, pero tienes que venir conmigo y tampoco puedes ponerte nada encima.

—Estoy contigo. Vamos.

—¿Sabes algo…? Cuando llegue a casa voy a tener una buena tarea en tratar de comprender lo que pasó esta noche.

—Pensé que esta noche ibas a comenzar a despejar un poco las cosas.

—En cierta forma, pero la vida se ha complicado mucho en otros sentidos.

—No pienses en ello.

—Pero tengo que hacerlo. Eso es lo que me pasa desde que me analicé. Siempre me estoy preguntando por qué hago las cosas. ¿Para qué vine en verdad aquí esta noche? ¿Fue para esto? ¿Sabía que iba a suceder? ¿Tú me sedujiste a mí o yo a ti? ¿Cómo se enciende esta cocina?

—Así… ¿Y qué demonios importa quién sedujo a quién?

—Mucho, si quieres comprenderte a ti mismo. ¿Quieres

comprenderte, Frank?

—Por supuesto que no. Te dije que soy un mal negocio. No me gusta enterarme de los malos negocios.

—Escucha… no hay cortina en esta ventana de la cocina.

—Está bien, podemos calentar el agua en la oscuridad.

—Pero entra luz desde la sala.

—En verdad… te preocupas por todo…

—Bien, pero cómo puedo adivinar… Frank. Se supone que sólo vas a mirar y no a tocar.

—Si eres lo bastante mal pensada como para creer eso…

—Frank, si quieres café…

—No dije que quisiera café…

—Oh, Dios… haces que una se acalore.

—Tú también le das muchas ideas a un hombre… querida. ¿Te gustaría acostarte en el diván?

—Tienes unas ideas hermosas… son tan directas… Déjame apagar la cocina.

DOMINGO 4,00 – 4,25 P.M.

Informe (Rev. 9-66)
Informe complementario de denuncia.

19 Presc.	*22 U.F. 61 NO.*	*Año*	*Ser. Sqd. Det.*	*Status del caso*	*Fecha del informe*
19	#6434	1967	19	Abierto	Mayo, 13, 1967

Detalles informados por el agente que suscribe:

Con Mr. Allen B. Lanard de la Compañía de Seguros Bertram Fox, se compara la lista de valores encontrados en el apartamiento de Mrs. Glazzard con la lista de 5 ítems asegurados en la compañía de Seguros Bertram Fox.

Los 5 ítems asegurados, descritos más abajo, no se encontraron en el apartamiento de la causante.

Continúa la investigación.

DESCRIPCIÓN DE PROPIEDADES PERDIDAS O ROBADAS
VER APÉNDICE G DE R&P

Art (*nombre*)	*Cantidad*	*Valor*	*Descripción*
Broche	1	$ 3.500	16 brillantes desde 0,5 a 1,1 kilates en racimo alrededor de una piedra central de 3 kilates
Anillo	1	$ 250	Piedra celeste, engarzada en oro. Inscripción “Mónica-Bill 5/10/37 y para siempre”.
Broche	1	$ 1.110	Esmeralda de 1 kilate engarzada en filigrana de oro.
Collar	1	$ 7.500	31 brillantes variando en tamaño de 1 a 3 kilates.
Reloj	1	$ 600	Reloj de oro Movado inscrito adentro de la tapa: “A Artkur Gray Lining, profesor de Literatura de Paul University

1918-1943". Caja nfi
621311. Máquina nº
J 787415

Firma del agente Investigador
FRANK G. SESSIONS

Firma del Oficial Jefe
J. X. SULLIVAN

Información (Rev. 9-66)
Informe complementario de denuncias

19 Pres.	*22 U.F. 61 NO*	*Año*	*Ser. Sqd. Det.*	*Status del caso*	*Fecha del informe*
19	# 6434	1967	19	Abierto	Mayo, 13, 1967

Detalles informados por el agente que suscribe:

Entrevista con Mildred Butelle ref. Desaparición de 5 joyas pertenecientes a Mónica Glazzard.

a) La declarante niega tener conocimiento de la desaparición.
b) La declarante dice no saber los valores que poseía la occisa, niega haber visto nunca las joyas desaparecidas.
e) La declarante niega haber visto la póliza de seguros de Bertram Fox en el archivo de la occisa, pero concede que podía haber estado allí.
d) La declarante no cree que sea extraño que los valores robados incluyan tanto la póliza como los valores, y únicamente los valores que la póliza cubría.
e) La declarante estaba extremadamente nerviosa durante la entrevista.
f) La investigación continúa.

Firma de agente Investigador
FRANK G. SESSIONS

Firma del Oficial Jefe
J. X. SULLIVAN

Rómulo Romero, un funcionario de la Asociación de Seguros de Detectives, así como antiguo miembro de la brigada de Homicidios, estaba explicando los planes actuales de dicha Asociación a Jim Murtry, Ed Kelsey, Ray Ecklin y al sargento Lou Monast en la oficina de homicidios cuando Frank Sessions entró a las cuatro de la tarde de ese domingo. Romero, con veintiocho años de servicios en el departamento, aun cuando sin cumplir todavía los cincuenta años, terminó y dijo:

—Hey, aquí llega Frankie. El regalo de Dios para las mujeres que suspiran por amor.

—Santo cielo, ¿todavía sigues hablando de la Asociación?

—A los hombres de hogar como Kelsey y Ecklin y el resto de nosotros nos agrada escuchar esas cosas. ¿A quién le vas a dejar todas tus pertenencias, Frankie, cuando mueras?

—¿No lo saben? Me las llevo conmigo. Tengo un arreglo especial con el Todopoderoso.

—Pensaba que no creías en el Todopoderoso, Frankie.

—De eso trata el arreglo. Creo en Él y Él me deja llevar lo que yo quiera. —Rio, tomó el teléfono y disco un número.

—Si alguien se lo puede llevar consigo, creo que es Frank —dijo Ecklin.

Monast sonrió:

—Si él pudiera llevarse algo, el cielo estaría recargado de mujeres.

Sessions, con el teléfono en el oído protestó:

—Vaya, este lugar se está poniendo como la televisión. No hay más que cómicos.

—Hace que nos olvidemos del trabajo.

—Sí. ¿Cómo le va a Mike con el caso White?

—Muy bien —respondió Monast—. Han reconocido al autor.

—¿De veras? ¿Johnson confesó?

—No fue Johnson. Fue otro. Johnson aparentemente está limpio. El autor confundió a Johnson con el hombre que lo había robado en combinación con White.

—¿De manera que ahora es cuestión de localizar al alegado autor? —se volvió y dijo en el teléfono—: Por favor, con el Jefe Nyborg… Oh, Frank Sessions, jefe. Podría ser que tuviéramos una pista referente a la procedencia de Motley. Una muchacha que conoció en la buhardilla donde vivió recuerda que hizo un cheque contra un banco de Allentown, Pennsylvania… Sí, es curioso que recuerde eso, pero quizá tenga razón. Dice que él y ella compartían la renta y que él le dio el cheque como su participación por los primeros tres meses. Ella dice que lo advirtió porque él nunca decía nada de su pasado y ella se preguntaba de qué ciudad provendría. —Encendió un cigarrillo y continuó—. Pienso que podríamos verificar los bancos de Allentown mañana. Sin embargo, debemos dedicarnos especialmente a visitar las casas de empeños o cualquier lugar donde podrían haber vendido esas alhajas… No, el

Departamento de Recuperación de Propiedades no tiene nada, pero de todas maneras pensamos que las han vendido. No creemos que el autor las tomara para usarlas. Así es que hurgaremos un poco y luego veremos qué descubrimos en Allentown… No, no creo que estemos demasiado sobre Motley. Estamos atentos también a los otros sospechosos. En realidad, Devlin está hoy en Poughkeepsie y yo ahora voy a ir a hablar con el Jefe del Departamento de Sociología en Columbia… No, Motley no ha aparecido todavía… No, no estuvo en el velatorio ni en el funeral… Sí, lo vigilamos, pero es todo lo que podemos hacer. No podemos decirle que no puede ir y venir a su antojo. —Escuchó un poco, dijo un par de "Sí, señor", y colgó—. No lo entiendo —explicó—. Por un minuto Nyborg parece pensar que le dedico demasiado tiempo a Motley… cegándome con respecto a otras posibilidades, y al siguiente parece pensar que Motley es el autor.

—¿Qué piensas tú? —preguntó Rómulo.

Sessions apagó el cigarrillo y encendió otro.

—Podría ser, según mi opinión, pero no voy a caer sobre él mientras la secretaria esté mintiendo.

—¿Y qué hace ella?

—Miente todo el tiempo. Primero mintió diciendo que la muerta le había dado el día libre. Luego mintió con respecto a las joyas, diciendo que no sabía que estuvieran aseguradas en Bertram Fox. Era la secretaria de la dama, ¡por amor de Dios! ¿A quién demonios cree que está engañando? Pero no puedes zamarrearla. La pescas en una mentira y tiene otra para explicar la anterior. Hace eso o se aferra a la primera mentira aun cuando es obviamente una mentira. Está ocultando algo pero no podría decirte si tiene que ver con el homicidio o con el robo. ¿Mató a la occisa por las joyas? Si es así, ¿por qué no se llevó todas o por lo menos todas las aseguradas en Travelers, en lugar de cinco que no estaban aseguradas allí? ¿Mató a la víctima por otra razón y sacó los valores después de pensarlo? ¿Alguna otra persona estranguló a Mónica, y Millie encontró el cuerpo y tomó las joyas? ¿O alguna otra persona perpetró el homicidio y el robo y ella sabe quién es y lo está encubriendo? ¿O trabajó con otra persona, dándole la llave, esperando que sólo robara, pero el autor también cometió homicidio? Bien, no lo sabemos.

—¿No hay nada en su vida amorosa? ¿Ningún hombre con quien esté complicada? —preguntó Romero.

—Aparentemente, no. El ascensorista de su apartamiento dice que nunca la vio con un hombre. Sale mucho pero parece que no recibe a nadie. Eso es hasta donde hemos seguido esa línea, pero indagaremos sus antecedentes, ahora. Para eso fue Devlin a Poughkeepsie y quizás tengamos un nuevo punto de vista cuando regrese.

—¿Y qué hay del amante? ¿Por qué te inclinas por él?

—Porque es un mentiroso, como la Butelle, pero lo hace en distinta forma. Por ejemplo, esa primera noche que hablamos con él nos dijo que procedía de Sacramento, California. Eso no es verdad y lo interesante es que nos dice esa mentira antes de que se hablara de homicidio, cuando todo lo que él sabía era que ella había tomado una dosis excesiva de barbitúricos y deliberadamente se había suicidado. Nos miente antes de que pudiera tener una razón para querer mentirnos. ¿Por qué? ¿Es porque entró al apartamiento a escondidas del portero y estranguló a Mónica cuando ésta se preparaba para dormir… o por razones que no conocemos? O podría ser que sea un individuo con un antecedente, atrapado por algo y cuando aparece alguna cosa mala, tiene miedo que se le culpe a causa de los problemas de su pasado. No aparece en el velatorio, y el viernes se marcha con un portafolio y no ha regresado desde entonces. ¿Por qué?

—Quizás llevara las joyas robadas en ese portafolio —dijo Murtry.

—Puede ser, pero no lo creo. Si robar es el motivo, ¿para qué matar? Si mata, ¿para qué perder tiempo simulando un suicidio? ¿Y por qué sólo lleva cinco joyas y deja el dinero en efectivo? Tengo que pensar que el robo es incidental y el verdadero propósito es el homicidio y realizado en forma tal que parezca suicidio. En ese caso, no se atreve a cometer un robo obvio. Sólo se lleva unas cosas cuya desaparición cree que no será advertida… sabiendo de antemano, por supuesto, cuáles son las joyas que estaban cubiertas por la póliza de la Compañía Fox.

—Y pensando, desde luego, que un prendedor de tres mil quinientos dólares es algo que nadie recordará que ella poseía —apuntó Ecklin.

Sessions rio.

—Sí, y un collar de brillantes de siete mil quinientos dólares. Vaya, es ese maldito robo lo que perturba todo. De cualquier manera, Connager y Trafolo tienen su culpable, ¿eh?

—Tienen el nombre y la dirección del presunto autor, pero no lo tienen al presunto autor.

—¿Y se trata de un traficante de drogas a quien White robó y se lo hizo pagar? Así es la cosa. Allí en Harlem los motivos son obvios. Todo tiene que ver con drogadictos y galopines, o con drogadictos y prostitutas, o drogadictos y dinero o sólo con drogadictos. Se va al *East Side*, y, si no se trata del asesinato de un galopín, los motivos comienzan a parecer extraños. Lo mismo podrías estar en otro país.

—Los motivos, no —exclamó Ecklin—. Sólo la técnica. ¿Puedes imaginarte a alguien en Harlem estrangulando a una mujer y tratando luego de hacerlo parecer como una sobredosis de barbitúricos?

—Para empezar, no puedo imaginarlos estrangulando a nadie —respondió Sessions—. Los tajean, los balean. ¿Para qué complicarse?

—¿Qué pasa con Motley y las muchachas, Frank? —preguntó Kelsey.

—Jamás ha llevado a nadie a su apartamiento, salvo que el portero mienta en su beneficio. Y aun cuando los porteros puedan darnos mucho que hacer, no creo que mientan por un inquilino en un caso de homicidio.

—¿Y qué sucedía fuera del apartamiento? Tenía mucho tiempo disponible, ¿no es así?

—Tenía mucho tiempo disponible y una de las cosas que queremos que nos diga es cómo lo utilizaba. Sabemos que no se pasaba las horas en su casa con las manos cruzadas haciendo girar los pulgares esperando que Mrs. Glazzard llamara. El portero dice que casi nunca estaba en su casa.

—Apostaría que hay otra mujer. —Dijo Murtry.

—Desde luego. Tiene que haber una mujer o un puñado de mujeres. Mónica puede haber sido muy temperamental en el dormitorio pero no va a necesitarlo tanto como él. Ella tiene cuarenta y ocho años. Está ocupada con su carrera. Él tiene treinta y dos y nada que hacer.

—Pero aun cuando lo encontremos con una mujer a su lado… o todo un harem… ¿qué significa eso? En sí mismo, eso no es razón para cometer un asesinato. Ni siquiera si la occisa lo hubiera descubierto y amenazado con despedirlo, no es una razón. Tenemos que encontrar más que eso para atribuirle un motivo, francamente no puedo pensar en nada.

—¿Y a pesar de todo eso es tu presunto asesino? —preguntó Lou

Monast.

—Sí, lo es, pero podría ser que fuera porque personalmente no me agrada y no veo otra alternativa. En realidad no tengo ninguna razón valedera para sospechar de él. Pero te diré una cosa. Tan pronto como aparezca, quiero que le sigan la pista.

—Si es que aparece otra vez.

—Si no aparece, entonces está huyendo, y si está huyendo es que tenemos suerte. Porque si está huyendo de un cargo de homicidio, es estúpido y si es estúpido las posibilidades son de que nos cuente todo en una cinta registradora media hora después que lo atrapemos. Si fuera listo, se quedaría tranquilo ahí nomás. No tenemos nada contra él… ni motivos; nadie lo vio en la vecindad del crimen durante las horas en que se cometió, ni evidencia, nada. Puede llamar a un abogado y burlarse de nosotros. No creo que esté huyendo. Ha pagado el alquiler hasta fin de mes. Creo que volverá.

DOMINGO 7,15 — 7,20 P.M.

Cuando sonó el teléfono, el corazón de Linda dio un vuelco. Estaba en la cocina comiendo un *sandwich*, leyendo la parte literaria del *Times* del domingo y era la primera vez en el día que sonaba el teléfono. El sábado se habían realizado los servicios fúnebres y casi quinientas personas estuvieron presentes. Linda pensó que nunca terminaría. Pero de pronto, todo había acabado. El féretro se cerró, la gente se marchó, y se encontró sola. Frank no estaba a la vista en el momento final y el doctor Patterson no había estado a su lado; estuvo allí, pero en esa ocasión sólo tuvo ojos para Mónica y se marchó inmediatamente después. Ahora todo había terminado y Linda estaba completamente sola. Nadie la llamó el sábado, ni tampoco el domingo, hasta ahora. Ese era el problema cuando se rompía un compromiso. Era toda una tarea ponerse otra vez en circulación. Y a medida que pasaban los años, tanto más tiempo llevaba hasta que alguna vez llegaría el día en que jamás se volvería a estar en circulación. Linda no estaba segura de que ese momento no hubiera llegado, pero no quería pensar en ello. Frank Sessions la regañaría diciéndole que tenía lástima de sí misma. Tenía que tener cuidado con eso. Hacía cuatro días la vida había sido un cielo y podía andar por ella feliz. Luego entró la desolación. No fue la muerte de Mónica la que la provocó, fue el hecho anterior, la enfermedad de la tía de Randy. Si él no se hubiera marchado de la ciudad…

Ahora, sin embargo, al oír sonar el teléfono, sus pensamientos no se concentraron en Randy. Iban hacia Frank Sessions. Era él quien llamaba. Era el único en Nueva York, actualmente, que sabía que ella estaba viva, o el único que podía preocuparse por ella. Frank era un ser solitario como ella misma, que necesitaba compañía y rara vez la encontraba. Había estado impregnada de los sucesos del viernes a la noche durante todo el sábado y la mayor parte del domingo. Pero el efecto se estaba diluyendo ahora y necesitaba ser abastecido de nuevo. La vida sin Randy no sería tan mala si estaba Frank.

Frank, desde luego, era una persona con la que una no debía enredarse. Su cabeza le decía que Frank era exactamente lo que decía ser… un mal negocio… aun cuando su corazón tenía una manera de cambiar el ritmo cuando pensaba en él. No era amor, se decía, era la forma en que hacía el amor. Era esa cualidad infantil tan fugaz y sin embargo tan conmovedora. Pero un futuro con Frank Sessions era un panorama triste para contemplar. Parecería no ofrecer nada más que una larga sucesión de noches subiendo las escaleras hasta su apartamiento a una hora temprana, bajando con él más tarde para volver juntos en taxi a su propia casa.

Ese era uno de sus aspectos. No dejaba que una mujer se marchara sola, ni siquiera la dejaba en un taxi. Se vestía y peinaba y la llevaba a su casa personalmente y hacía que el taxi esperara mientras la acompañaba hasta la puerta y con la llave abría el apartamiento.

Ese era un rasgo que le gustaba. Nada podría haberle hecho sentirse más una mujerzuela que ser puesta en un taxi y enviada a su casa. ¡Hacía que fuera tan obvio lo que había estado sucediendo antes! De esta manera se sentía como una dama. No era que fuera una dama, exactamente. Lo que había hecho el viernes a la noche no era precisamente el proceder de una dama, y se había estado preguntando durante el solitario fin de semana por qué deseaba sentirse una dama, y si lo deseaba, sería para ocultarse de sí misma. Pero aun tratando de juzgarse con severidad, no podía ver mucha culpa en su conducta. Era una mujer a quien habían dejado “colgada”, después de todo, sin perspectivas futuras, y una mujer necesitaba amor lo mismo que un hombre. Admitamos que hacía poco que se conocían, pero no era un *affair* fortuito. Por lo menos para ella no lo era. Ninguna mujer podía sentir a Frank como una cosa fortuita.

De prisa se dirigió a su dormitorio para atender el teléfono, llegando después que sonó por segunda vez. Entonces se controló y esperó que llamara una tercera vez antes de tomar el receptor. Tratemos de no parecer demasiado ansiosa. Él es un detective y cosas pequeñas como esas son registradas. Se detuvo antes de hablar y logró controlarse bien.

—¡Hola!

La voz que respondió no era la de Frank. Era la de Randy.

—Querida —dijo—. ¡No sabes lo que he estado pasando!

En ese momento las emociones de Linda dieron vuelta como un

dado en un cubilete. Ahora estaba totalmente desorientada. ¿Quería oír la voz de Randy? No podía estar segura de si estaba contenta o triste, si lo amaba o si lo odiaba.

—Qué… —respondió con vaguedad.

—Digo, querida, que no sabes lo que he estado pasando estos últimos días.

—¿Dónde estás? —aún estaba tratando de asentar los pies en la tierra.

—Todavía estoy en Pittsburgh, todavía extrañándote. Querida, ¡tu madre! He estado leyendo… lo lamento tanto. Estoy desesperadamente triste. En un momento así tener que estar ausente. ¿Cómo estás, querida?

Linda se pasó la mano por el pelo y se sentó lentamente en la cama.

—Estoy bien —dijo, pero sabía que esta no era la manera de hablar. Después de todo podría aún haber casamiento, si es que llevaba las cosas bien. Estos podían ser los minutos más críticos de su vida, estos momentos en el teléfono.

—Querida, ¿podrás perdonarme alguna vez?

—Quieres decir, ¿perdonarte por no estar acá? —no podía salir de su turbación—. No es culpa tuya que tu tía esté enferma.

—No, no. Eso, no. Quiero decir por enfadarme de esa manera la otra noche…

—Oh…

—Acerca de ese amigo que estaba contigo. Eres tan deseable, querida; creo que sin quererlo espero que todos los hombres anden detrás de ti.

—Bien, así era.

—¿Qué…? ¡No te entendí bien!

Ella reaccionó un poco. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿tratando de mandar todo al diablo? No lo estaba haciendo por Frank Sessions, ¿verdad? Dios, ¿no estaría tratando de borrar a Randy y lo que representaba, por Frank y lo que ofrecía…? ¿Qué clase de demencia era esta? Había sucumbido ante Frank tan recientemente, cuando estaba tan deprimida y sola, que su efecto sobre ella estaba magnificado. Su impacto había obliterado temporariamente el efecto que Randy siempre le había causado. Piensa en Randy, por amor de Dios, se decía. Es apuesto, musculoso… Randy, un verdadero Apolo, dotado, talentoso, muy inteligente, amable, cortés, sin embargo, bien terrenal cuando la

situación lo demandaba. Lo único que Sessions tenía y le faltaba a Randy era un trabajo. Pero eso era algo que Randy estaba en proceso de obtener y cuando lo obtuviera ganaría como Frank…

—No, no. Lo que estaba diciendo era que, en verdad, me estaba persiguiendo. Como si tuviera esperanza de que yo…

—¿En vano?

—Sí, ya te lo dije. Te lo dije cuando llamaste.

—Lo sé.

—Y no quisiste creerme.

—No sé lo que me pasó.

—¿Quieres decir que ahora me crees?

—Sí, querida. Y quiero aclararte que nunca dejé de creer en ti.

—Pues parecías no creerlo —había un tono de amargura en su voz, pero a ella no le importó. Por lo menos merecía eso por la angustia que le había causado.

—Estaba perturbado. Mi tía tan enferma, extrañándote, y luego te llamo para fortalecerme con el sonido de tu voz, para oír palabras de amor y aliento y oigo esta voz frenética diciendo cosas increíbles que me enloquecieron. Y luego la voz de ese hombre, quien quiera que fuera. Querida, ¿me culpas?

—No. Supongo que no.

—¿No crees que te conozco bastante para saber que no era posible? ¿Crees que podía realmente pensar que me engañabas en el momento en que volvía la espalda?

—No, supongo que no.

—Podrías volver con un hombre a tu apartamiento después de la función. Podrías volver con diez hombres. Nada pasaría. Sé que no pasaría nada. No sólo confío en ti, sino que te conozco. Si te sorprendiera saliendo del apartamiento de un hombre a las cuatro de la mañana, no se me movería un pelo. No me inquietaría. Sé que nada podía haber pasado.

Linda se estremeció. ¿Por qué habría dicho cuatro de la mañana? Esa fue la hora exacta en que Frank Sessions la había llevado a su casa anteanoche. Y desde luego no podía decirse que no había pasado nada. Casi nada dejó de pasar. En el otro extremo de la línea, Randy dijo:

—¿Hola…?

—Hola —logró decir Linda.

—¿Qué pasa? Por un segundo pensé que nos habían cortado.

—No.

—¿Oíste lo que te dije?

—Sí. Te oí.

—No parece que te haya hecho muy feliz. En verdad pareces muy extraña. ¿No te gusta que confíe en ti, que crea en ti?

Linda volvió a pasarse la mano por el pelo, sin cuidado y distraída. ¿Por qué demonios habría ido al apartamiento de ese detective? ¿Por qué había dejado que la tocara? Dios, casi no conocía al hombre y allí estaba entregándose con abandono. ¿Qué la había poseído? Si no lo hubiera hecho, entonces sería la virtuosa novia digna de confianza que Randy creía que era. Podría cantar de alegría. El malentendido ya estaría solucionado. La querella de los amantes habría terminado y las cosas estarían una vez más como antes. Pero ahora no era así. Su novio había vuelto la espalda y ella no había sido fiel. Se había entregado a otro hombre. Por supuesto, que creía que su compromiso estaba roto, que habían terminado, pero, ¿esa es una coartada? Randy no había dicho que terminaba con ella, ella lo había presumido. No le había dado una oportunidad para que la llamara. No había esperado. Había saltado al vacío.

Y ahora, ¿qué iba a hacer? ¿Mentiría pretendiendo que era una mujer totalmente leal y correcta como él pensaba o le diría la verdad para borrar todo?

—Hubiera deseado que me creyeras —le dijo—. Te he referido bastantes cosas de mí.

—Ya lo sé querida, y por eso me siento tan mal. Te juré que nunca te enrostraría el pasado y sin embargo eso fue lo que hice. La mujer que eras antes del análisis y la mujer de ahora son dos personas distintas. No tienen ninguna conexión. Y yo fui perverso, mezquino y suspicaz tratando de hacer esa conexión. Lo lamento, perdóname.

—Está bien. No tienes en verdad, la culpa. Llamas y hay un hombre en mi habitación. No puedo reprocharte por saltar a la conclusión a que llegaste.

—Eres adorable. Pero no debía hacerlo. Te conozco. Me has dicho todo. Has desnudado tu alma. Sé que nunca me ocultarías nada ni me mentirías. Es por eso que nuestro matrimonio va a ser tan formidable. No habrá secretos entre nosotros…

Linda tenía una expresión de angustia y se llevó la mano a la frente. ¿Qué haría? ¿vivir la mayor mentira de todas? Él lo descubriría. Sentiría que le ocultaba algo. Pero quizá no fuera así. Las mujeres eran muy agudas para descubrir el engaño y los

hombres en verdad muy crédulos. Creían lo que querían creer y lo que querían creer no tenía necesariamente relación alguna con la verdad. Podría vivir la mentira con él. La cuestión era si podía vivirla consigo misma.

—Eso es lo que hace toda la diferencia en el matrimonio —decía Randy—. Es la confianza total que derriba todos los muros y hace de dos personas una sola. ¡Oh, querida, casarme contigo va a ser tan maravilloso!

Linda de pronto soltó a llorar. No pudo evitarlo. Tapó la bocina del teléfono y sintió aflorar las lágrimas. Randy dijo quejándose:

—Linda… ¿pasa algo?

—Pasa de todo —respondió llorando y quitando la mano de la bocina para que pudiera oírla—. Todo… todo… No puedo hacerlo. No puedo casarme contigo. Jamás podré hacerlo.

—¿Por qué…? —esa pregunta fue frenética—. Linda, ¡no cortes…!

—No vale la pena que hablemos de ello. No servirá de nada. Nada servirá de nada nunca más.

—¡Linda, Linda! ¡No digas eso! ¡Habla, por favor! Dímelo. ¿Qué hice?

—Tú no hiciste nada.

—Pero, ¿no me amas?

—Sí, te amo. Pero no importa.

—¿Qué ha sucedido? Por favor, querida, dime, ¿qué ha sucedido?

—No puedes confiar en mí —exclamó y las lágrimas caían por sus mejillas.

—Quieres decir —dijo él con incredulidad— que ese hombre en el dormitorio…

—No, él no. Otro hombre. Cuando pensé que me habías dejado, cuando estaba tan desesperada… pero eso no es una excusa. No sirvo para nada. No fui fiel. No esperé para estar segura. No puedo mentirte, Randy. El matrimonio no puede ser lo que tú quieres que sea… no un matrimonio conmigo. No puedo hacerte ningún bien.

—Linda, quizás podamos considerarlo juntos…

Ella exclamó con más amargura aún:

—Eso es lo peor que podías haber dicho. No podría hacértelo a ti. No quiero.

—¡Linda!

—No, no, por favor. No digas nada más. Adiós, Randy —cortó la

comunicación y se dio vuelta tirándose a todo lo largo de la cama, llorando con la cara entre los brazos.

Un momento después el teléfono sonó de nuevo, ella no contestó. Siguió llamando y Linda contó diez llamados antes de que callara.

LUNES 1,30 - 2,10 P.M.

Frank Sessions bebió su café y apagó el cigarrillo; tomó la cuenta y se dirigió a la caja. Su almuerzo ascendía a ochenta y cinco céntimos, tomó el vuelto para dejarlo sobre la mesa para la camarera. Luego salió a la tarde nublada y húmeda.

El almuerzo había sido una tregua de quince minutos después de una mañana de duro escudriñar a los prestamistas de uno a otro lado de la Tercera Avenida, y otros que no estaban en la Avenida pero sí ubicados en el "East Side" donde viven los más sospechosos. El robo de las joyas era un asunto distinto, por supuesto, y no competía a la brigada de homicidios, pero Frank estaba deseando identificar al ladrón, y trabajaba voluntariamente con los detectives que tenían a su cargo ese aspecto del caso. Ahora, después de una mañana infructuosa, estaba dispuesto a abordar el distrito de los brillantes, en la calle 47 Oeste, entre la Quinta y la Sexta Avenida.

Comenzó con la gran galería de negocios que hay a mitad de cuadra. Era una colección de vidrieras y puertas que se abrían a pequeños locales que ofrecían apenas espacio para colocar un mostrador y exhibir mercaderías de oro; la silla del cliente al frente y un espacio detrás para el propietario, su ayudante, y las herramientas de su oficio: caja de seguridad, mesa de trabajo, bandejas, cajones, herramientas, archivos, y todo lo demás.

Sessions entró a la primera de ellas, mostró su placa y dijo:

—Quiero ver sus libros.

El hombrecillo detrás del mostrador se mordió el labio, se volvió y sacó un libro mayor de un anaquel estrecho de la pared de atrás. Lo colocó sobre el mostrador frente al detective y extendiendo las manos dijo:

—No tengo nada que ocultar. Todo es legal.

Sessions no respondió. Con el pulgar pasó las páginas hasta el nueve de mayo y verificó las entradas con una mirada atenta. Cerró el libro diciendo:

—Gracias. —Y salió.

El hombre saludó con la cabeza y lo observó en silencio. Sabía

que era inútil preguntarle al detective qué era lo que estaba buscando. Ya era bastante que no lo hubiera encontrado en su tienda.

Sessions entró en la puerta siguiente y repitió la actuación. Recorrió toda la galería de la misma manera en un tiempo sorprendentemente corto.

Luego lo intentó en uno de los consorcios de joyeros que eran grandes salones en la planta baja, bordeados y seccionados por mostradores formando una trama de pasillos. Dos puertas daban entrada al consorcio y Sessions se detuvo antes de ir a registrar las vitrinas donde se exhibían pulseras de oro, eslabones, cadenas, chucherías, broches y anillos, que estaban entre las dos puertas y alrededor de la entrada. En cada vitrina se leía: "La mercadería exhibida sólo se vende en el mostrador directamente detrás de la vitrina", pero ninguna de las joyas allí exhibidas había sido robada del apartamiento de Mónica.

Entró para registrar más libros, comenzando con los tres comerciantes de adentro que tenían una ubicación destacada conferida por las vidrieras sobre la calle. Luego siguió con el mostrador que dividía la pared interior, abordando al comerciante que atendía cada pequeña sección. Ahora lo seguían con la mirada, lo mismo que había sucedido en la galería. Quince o veinte clientes estaban en el consorcio, contemplando una venta o una compra, pero Frank estaba allí por otra razón, de manera que un aura sutil se extendió a su alrededor y los comerciantes, uno a uno, la percibieron. Se daban vuelta, observaban y se preocupaban, pero estaban fijados allí a sus mostradores como mariposas en un cartón y sólo podían esperar su turno, e incómodos, sacar sus libros para una inspección.

En la tercera sección, Frank tuvo éxito. Mayo diez era la fecha en el libro y allí estaba todo; el prendedor de brillantes, el de esmeralda, el anillo, el collar, el reloj de oro, todo descrito, hasta la caja y los números de la máquina. El precio pagado por el lote fue de tres mil dólares redondos, y el nombre de la vendedora era "Mónica Glazzard".

El nombre en el mostrador decía "Herman Levy Inc." y Mr. Levy era un hombre bajo, de nariz larga con una espesa franja de pelo canoso alrededor de una coronilla calva, un par de anteojos como fondos de botellas y una sonrisa de media luna en una boca del tamaño de una moneda de veinticinco céntimos. Con él estaba su

hija, una avispada joven de cabello castaño, con un vestido verde que rellenaba atractivamente con cinco kilos de más.

Sessions dio vuelta al libro y señaló con el dedo.

—Propiedad robada, Herman. ¿Qué ha hecho con ella?

—¿Robadas? —gruñó Herman—. ¿Esas joyas eran robadas…?

—Todas. ¿Dónde están?

—Yo no sabía que fueran robadas. Créame, señor. Mi hija y yo… ¿dónde están? Tienen que estar en exhibición. —Herman se puso a registrar las bandejas debajo del vidrio del mostrador—. Quizá estén en la caja de seguridad. Miriam, mira en la caja.

Miriam frunció el ceño mirando el libro, leyendo las descripciones, luego abrió la puerta de la caja. Estaban en una bandeja con otras joyas y las puso sobre el mostrador. Sessions estudió la descripción de la compañía de seguros y recogió los artículos robados. La muchacha retiró la bandeja y cerró la caja fuerte. Herman dijo:

—Pero, ¿Mrs. Glazzard? ¿Alguien como ella? No puedo creer que sean robadas. ¿Va a llevárselas?

—Correcto. Póngalas en un sobre, le firmaré un recibo.

—¿Las recobraré?

—Pertenecen a los bienes de Glazzard. —Sessions comenzó a redactar un recibo, describiendo las joyas como estaban descritas en la póliza de seguros.

Herman y Miriam miraban y tragaban. Ambos estaban pálidos.

—¿Y qué pasará con los tres mil dólares? —preguntó Herman.

—Eso no lo sé. Bien, ¿ahora quiere decirme qué clase de negocio es este? ¿De qué se ocupa usted? —Sessions dejó de escribir y señaló con la pluma el libro mayor—. Usted puso el nombre del vendedor como Mónica Glazzard, pero no la describe.

—Un descuido, señor. Pero la recuerdo muy bien. Mi hija y yo, ambos la recordamos muy bien.

—¿Qué aspecto tenía?

—Una mujer baja, pesada. Cabello castaño, encaneciendo.

El labio de Frank se plegó. Siguió escribiendo.

—¿A qué hora vino el miércoles?

—A la tarde. A las dos… o tres. Alrededor de las tres. —Levy se humedeció los labios y volvió a colocar su sonrisa de media luna.

—¿Qué le mostró como identificación?

—Tenía una placa de crédito.

—Tenía una placa de crédito —imitó Sessions—. Vaya, ¡qué

listo! No pudo resistirlo, ¿verdad? ¡Joyas robadas por un valor de trece mil dólares por tres grandes!

Herman Levy perdió su sonrisa. La traspiración se perlaba en su frente:

—¡Oh, no, señor! No sabíamos que eran robadas. Si era propiedad robada fuimos unos tontos. Nunca pensamos que Mrs. Glazzard…

—Esa no era Mrs. Glazzard y ustedes lo sabían bien.

—No, señor. Nos mostró la placa de crédito. Pensamos que era de ella. ¿No es así, Miriam? Se lo juro.

Miriam respondió con angustia.

—Estábamos impresionados. Una celebridad como ella.

—Sí. —Sessions terminó y dio el recibo a Levy.

—Verifíquelo, ¿quiere? Miriam… un sobre…

Ella le dio un pequeño sobre de papel manila y él puso las joyas adentro y lo cerró. Lo metió en su bolsillo, sacó su libreta y tomó los nombres, dirección y su teléfono en Brooklyn.

—Si podemos hacer algo para que atrape a esta mujer. Le juro que no sabíamos que eran joyas robadas. ¿Cree que la atraparán?

—Lo haremos. —Sessions dejó a un lado la libreta, tomó un anotador impreso de su bolsillo y comenzó a llenar los blancos en la parte superior del papel.

—¿Para qué es eso? —preguntó Levy.

—Es una citación.

—¿Una citación?

—Para el Tribunal.

—¿Tribunal? —Levy se puso más pálido—. ¿Para qué? ¿Por qué?

—Por violación del Código Administrativo.

—No comprendo.

—Vaya si lo comprende. Una lista y descripción de esas joyas debió ser remitida a la Oficina de la Recuperación de la Propiedad hace cuatro días. De manera que no me diga que no sabía que eran robadas.

—De veras, créame, señor, no lo sabíamos. Lo hemos informado. Estoy seguro de que lo hemos informado. Miriam, ¿no lo hemos informado?

Miriam asintió y se humedeció los labios.

—Sí, sé que lo hemos informado. Siempre lo hacemos. Quizá se haya perdido en el correo. Eso debe haber pasado. Se perdió en el

correo.

—Eso es, por supuesto —corroboró Levy.

—Si fuéramos personas que trafican con joyas robadas, ¿no cree usted que nos hubiéramos deshecho de las piezas? ¿Cree usted que las tendríamos aquí?

Sessions arrancó la hoja de la citación y la puso en manos de Levy.

Levy dijo confundido:

—Por favor, le estoy diciendo la verdad…

—No soy la persona a quien debe decírsela, Herman. Dígaselo a su abogado—. Sessions tocó el bolsillo que contenía el sobre de manila y se marchó.

En un teléfono de un restaurante del frente, llamó a homicidios. Contestó Riley y dijo que el jefe había salido a comer algo y que volvería en cualquier minuto.

—Cuando venga dile que recuperé las joyas robadas de Glazzard.

—¿No estás bromeando, Frank? ¿Atrapaste también al autor?

—Es la secretaria. Las vendió en el distrito de joyas el día diez. Antes que se informara que la habían encontrado muerta.

—¿Antes, eh? ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Una detención. Avisa en el Precinto diecinueve, ¿quieres? Y dile al jefe que la traeré para ser interrogada. La hemos atrapado en felonía si no la tenemos en homicidio.

—¿Crees que hablará?

—No me importa si habla o no. Si persiste en no hablar la pondré en la fila de reconocimiento con otras y traeré mi testigo.

—¿Tienes un buen testigo?

—El mejor. —Frank rio—. El padre y la hija que compraron la mercadería. Le dieron a la mujer tres mil dólares que querrán que se los devuelva. Escucha, Joe, ¿hay coches disponibles allí?

—El dos noventa y nueve. ¿Quieres que te recojan?

—Quisiera que me buscaran en el apartamiento de la mujer. Es en el 419 de la calle 52 Este.

—Estará allá. Yo mismo lo conduciré.

LUNES 2,45 — 3,30 P.M.

Sessions y Riley llegaron al Precinto con la detenida a las tres menos cuarto y la llevaron arriba donde estaban esperando el teniente Sullivan con el sargento Trager y el detective Harry Lamb, de la escuadra de detectives del Precinto diecinueve. También estaban presentes dos detectives más, recogiendo informes de quejas en escritorios separados, mientras los que planteaban las quejas, una mujer joven y un hombre de mediana edad, estaban sentados respondiendo en voz baja a las preguntas de los formularios.

Mildred Butelle entró con la cabeza baja, la cara pálida. No tenía esposas y Sessions abrió la portezuela y la condujo de un brazo como un caballero conduce a una debutante.

—Aquí, Millie. ¿Quiere sentarse aquí, Millie? —La dejó en el banco cerca de la baranda y él y Riley se reunieron con los otros disponiéndose a escuchar. Lamb dijo:

—Riley, te conozco, pero no creo que nos hayan presentado, soy Harry Lamb.

—Sí. ¿No estabas destacado en Carlyle cuando Kennedy hacía su campaña?

—Ese era mi hermano mayor Jerry.

—Jerry. Ese era. Te pareces a él.

Sessions le estrechó la mano y habló en voz baja a Trager:

—¿Sabes algo de Devlin? ¿Está todavía allá en Poughkeepsie?

—Ha vuelto —respondió el Sargento en un susurro—. Ha vuelto hace una hora y fue a su casa a cambiarse de ropa.

—¿Consiguió algo?

—Nada que la comprometiera en ningún sentido. Quizá cuando escriba los detalles podamos descubrir algo que no vemos por ahora. Hay indicios de lesbianismo…

—Diablos, eso lo vi el miércoles a la noche, ¡por amor de Dios! Pero la occisa no lo era, de manera que no sé lo que puede significar.

—Mildred no tendría celos del amigo de Mónica, ¿verdad? —

preguntó Lamb.

—No lo sé. Podemos pensar lo que se nos ocurra, sin evidencia, pero, ¿de qué sirve?

—Hablando del amigo, me han dicho que has descubierto de dónde procede… —dijo Trager.

—Más o menos. Llamé a los bancos en Allentown y conseguí uno que tenía un cliente llamado Robert Motley hasta hace un año y medio. Iré hasta allí tan pronto tenga una oportunidad… probablemente mañana… salvo, por supuesto, que lo que tenga que decir Millie lo haga innecesario.

—Sabías que había vuelto, ¿no es verdad?

—¿Motley? ¿Ha vuelto a su casa?

—A las tres y media esta mañana. Eso es lo que me ha dicho Harry. Con el portafolio y todo. Llegó en taxi.

—¿Borracho o sobrio?

—Mis fuentes dicen que estaba sobrio —repuso Lamb.

—¿Alguien habló con él…? ¿descubrió dónde había estado?

Trager respondió que todavía no y Lamb dijo que Motley les había comentado a los porteros que había salido a pasar el fin de semana afuera.

—¿Lo han seguido?

—No, Frank. No lo han seguido —respondió Trager.

Sessions se volvió a Sullivan:

—¿Qué le parece, jefe? ¿Piensa que debemos mantenerlo vigilado?

Sullivan lo consideró durante un momento. Luego respondió:

—Veamos qué tiene que decir esta mujer.

—Muy bien. —Sessions volvió hacia la secretaria con los otros y los presentó—. Ahora, vamos a la otra habitación… ¿Quiere?

Todos juntos atravesaron el hall hacia una habitación alejada de la sala de la brigada donde podrían estar en privado y Sessions esperó a que la mujer se sentara y que se cerrara la puerta antes de hablar. Entonces anunció:

—Millie quiere cooperar con nosotros. Lamenta mucho lo que ha hecho. Admite que fue una equivocación haber tomado las joyas y quiere referir cómo lo hizo. —Buscó en su bolsillo y sacó un pequeño paquete de fichas de archivo de cuatro pulgadas por seis, rayadas de un lado y llevando un sello en el otro. Le tendió una diciendo:

—¿Quiere leer eso mientras se lo digo en voz alta? Uno: por esto

queda advertida que tiene el derecho de permanecer callada y que no tiene que decir nada que no desee decir. ¿Comprende?

Ella asintió con la cabeza y él continuó:

—Dos: todo lo que diga será usado contra usted en los Tribunales. ¿Comprende? Tres: tiene derecho a tener un abogado presente durante cualquier interrogatorio ahora y en el futuro. Cuatro: si no puede pagar un abogado, el Juzgado le asignará uno. Cinco: si no tiene un abogado disponible ahora tiene el derecho de permanecer callada hasta que tenga la oportunidad de consultar con alguno. Seis: ¿quiere un abogado?

Miss Butelle vaciló un momento y luego meneó la cabeza. Sessions continuó—. Siete: “he leído la declaración de mis derechos y estoy informada de cuáles son mis derechos”. ¿Comprende eso, Mildred? Bien. —Tomó una lapicera—. ¿Quiere firmar esa tarjeta en la línea de arriba?

Ella titubeó con la lapicera en la mano y lo miró mientras él se inclinaba a su lado en la mesa.

—No sé si debo hacer esto.

—Mildred, es lo mejor que puede hacer. Ha admitido haber cometido felonía ante mí y ante el detective Riley. Tenemos testigos. Esto que ha hecho es una cosa seria, no puede evadirlo, de manera que cuanto más fácil lo haga para nosotros tanto más fácil se lo haremos para usted.

—Supongo que sí. —Escribió su nombre y devolvió la lapicera. Cuando Frank tomó la tarjeta y la guardó en su bolsillo, los labios de ella temblaban.

—Bien, Millie. ¿Quiere referirnos toda la historia? Comience por el principio y dígalo todo hasta el final. No la interrumpiremos, salvo que haya una pregunta que hacerle.

Mildred se sentó con un brazo sobre el respaldo de la silla y el otro sobre la mesa, los dedos jugaban con algunas hebras de tabaco sueltas.

—No hay mucho que contar —dijo con tristeza, mirando las hebras de tabaco—. Vine a trabajar el miércoles y cuando fui a despertar a Mrs. Glazzard, la encontré muerta. Creí que se había suicidado. Iba a marcharme cuando pensé que no me había pagado desde el primero y que me debía una semana y media y… ¿cómo iba a conseguir que me las pagaran? Ciento setenta y cinco dólares semanales es lo que recibo y los gasto hasta el último céntimo en vivir. Pago más de doscientos dólares por mes y gasto mucho en

ropa. Como secretaria de Mrs. Glazzard tenía que ver gente. Tenía que causar buena impresión. Tengo un hermano retardado que está en un sanatorio y debo contribuir a su mantenimiento. Podía pasar meses antes de que recibiera ese dinero que me debía… si es que llegaba a recibirlo… ¿Y qué iba a hacer entre tanto? —Suspiró—. Si Mrs. Glazzard me hubiera despedido, me hubiera indemnizado. Tendría algo que me respaldara hasta encontrar otro empleo. Esto significaba la espalda contra la pared.

—De manera —continuó Mildred— que busqué en su cartera. Pensé que sacaría el dinero que me debía y nada más, pero sólo tenía alrededor de sesenta y cinco dólares en efectivo. Entonces pensé en sus joyas. Decidí que podría vender algo y conseguir mi dinero de esa manera. Creí que un par de piezas podrían pasar inadvertidas. Nadie se enteraría. Pero luego recordé el seguro. No creo que lo hubiera pensado, si no fuera que Mr. Lanard vino con la póliza para ser renovada la semana pasada. De manera que comprendí que había un registro de todo lo que poseía Mrs. Glazzard y de la única manera que podía llevármelas era llevándome también la póliza. Y desde que la póliza con Mr. Lanard era pequeña… sólo cinco piezas… esa fue la que me llevé. Pensé que sería suficiente para cubrir mi semana y media de sueldo y tres meses de preaviso.

—Querrá decir un mes —intervino Sessions.

—Tres meses. Eso es lo que reciben en las fuerzas armadas. Yo estuve en la WAC.

—Treinta días.

—Creí que eran tres meses. Así fue como lo pensé, de todas maneras. Puede ser que me haya equivocado. Pude haber estado en un error, pero pensé que tenía derecho a dos mil quinientos dólares. Quizá fuera porque estaba perturbada, pero esa es la cifra que pensé que me debían.

—¿Dos mil quinientos dólares? —dijo el sargento Trager—. Es usted muy costosa para ser despedida.

—No estaba tratando de robar nada que no me perteneciera. Por eso sólo llevé cinco piezas. Si hubiera querido hubiera podido llevármelo todo.

—Cuéntenos el resto, Millie —dijo Sessions—. Tomó las cinco piezas y la póliza de seguros, ¿y luego qué…?

—Bien, no sabía dónde venderlas, de manera que busqué en las páginas amarillas y encontré que podría servir un tal Abraham en la

calle 47 Oeste que decía que compraba oro, brillantes y cualquier otra cosa, de manera que fui hasta allá le mostré el reloj para ver qué sucedía: me ofreció cien dólares por él. Le respondí que estaba asegurado por seiscientos y contestó que lo más que pagaría sería ciento veinticinco. Le dije que debía pagarme quinientos y rio. De manera que me marché y encontré que allí había muchas casas que compraban joyas. Entré a ese negocio grande y pregunté en uno de los mostradores en que había dos hombres. Ellos me ofrecieron ciento veinte dólares por el reloj, les dije lo que valía, respondieron que valía siempre que encontrara alguien que pagara esa cantidad y que si podía encontrar alguno que pagara más de lo que ellos ofrecían debería vendérselo. Bien, lo intenté en un par de lugares más, y siempre la misma oferta. Le mostré a un hombre el prendedor de brillantes, que vale tres mil quinientos dólares. Me dijo que me daría setecientos cincuenta.

—De manera —continuó Millie— que le mostré el prendedor a Mr. Levy diciéndole en cuánto estaba asegurado. Quiso darme setecientos dólares, pero cuando oyó que había rechazado la oferta de setecientos cincuenta me ofreció ochocientos. No quería hacerlo, pero deseaba mantener la reputación de que pagaba más que cualquier otro. De manera que le di todas las piezas y me pagó tres mil dólares por ellas. Pero quiero que comprenda, todo lo que estaba tratando de hacer era recibir lo que en derecho era mío.

—¿Cree usted que los tres mil dólares le pertenecían? —preguntó Trager.

—Pensé que los dos mil quinientos eran por derecho míos.

—¿Y los quinientos dólares extra?

—Bien, supongo que no tenía derecho a eso, pero eran sólo quinientos dólares y no tenía ninguna otra manera de obtener el dinero que me correspondía.

Sessions rio:

—¡Es usted admirable…! ¿Cuánto pensaba recibir vendiendo las joyas de su patrona?

Ella se volvió a él:

—No sé lo que me quiere decir.

—Le chocó ver que sólo le pagaban el veinte por ciento del valor de las joyas que estaba tratando de vender. Esperaba una suma mucho mayor. Quería el ochenta por ciento de Abraham por el reloj. En un capital de trece mil dólares de propiedad robada debe haber esperado casi once mil dólares, ¿verdad, Millie?

—Escuche, únicamente quería recuperar lo que era mío.

—¿Cinco piezas de joyas aseguradas en casi trece mil dólares? Vamos… Millie.

—Pero ya se lo he explicado. Esas joyas estaban aseguradas en Bertram Fox Company. No podía sacar una sola, tenía que llevarlas todas.

—Y la póliza de seguros. Y una de las placas de identificación de Mrs. Glazzard. Lo pensó bien, Millie.

—Ya sé lo que está tratando de hacer. Está tratando de que parezca aún peor… lo que hice. Pero si en realidad quería robar, hubiera llevado todas las joyas. No olvide eso, podía haberlas llevado todas. Pero no lo hice. Quería lo que me debían.

—No se llevó consigo todas las joyas, porque entonces hubiéramos sabido que había un ladrón. Y usted no quería que supiéramos eso. ¿Verdad, Millie?

—No soy una ladrona. No puede llamarme ladrona. Únicamente me llevé tres mil dólares y tenía derecho a eso. Por eso vendí las joyas baratas, no estaba tratando de sacar mucho dinero. Sólo quería mis dos mil quinientos dólares. Y ese dinero extra se lo puedo dar. No quería ese dinero. Sucedía que no sabía qué hacer con él.

—Excepto que está su hermano. Podía ayudar a su hermano con ese dinero. Eso es lo que pensó, ¿no es así?

—Bien, sí. Pensé que a Mrs. Glazzard no le hubiera importado que utilizara el dinero en eso.

—¿Y no quería esperar hasta que se leyera el testamento para ver qué recibía?

Ella meneó la cabeza.

—No. De sobra sé lo que pasa con los testamentos. Esas cosas se estiran y estiran…

—Y necesitaba el dinero de prisa. ¿No tenía mucho?

—Tenía algo.

—Le pidió dinero a Mrs. Glazzard, ¿verdad?

—No.

—¿Ella no quería prestarle dinero?

—Nunca se lo pedí.

—¿Qué hubiera hecho si necesitaba dinero de apuro y Mrs. Glazzard, con todo el dinero que tenía y apartamiento grande y todas sus joyas, no quisiera prestárselo?

—No lo sé.

—¿Qué otra cosa le robó a Mrs. Glazzard?

—¿Qué otra cosa? —Lo miró—. Nada.

—Quizá no entonces. Quiero decir otras veces.

—Nunca. Nada.

—¿Esta era la primera vez?

—Sí.

—¿Estaba desesperada, ésta única vez?

—Quería recobrar lo que me debían.

—Tomó mucho más de lo que le debían. Usted quería mucho dinero.

—Quería dos mil quinientos dólares, nada más.

—¿Cuándo la mató? ¿Esa mañana, o la noche antes?

Millie se puso más pálida y pareció encogerse.

—¡No, no! ¡Yo no la maté!

—Tuvo una gran discusión con ella, ¿verdad?

—No. Yo no la maté. No puede hacerme decir que lo hice.

—Vuelva a contarnos todo, Millie. Díganos todo lo que sucedió.

Estuvieron con ella hasta las tres y media, y mientras insistían una y otra vez sobre el robo de las joyas no pudieron hacerle confesar el crimen.

Finalmente Sessions y el teniente Sullivan salieron a respirar un poco al hall. Sullivan, que tenía dos pulgadas más de altura y sesenta y cinco libras más de peso que Sessions, no fumó y observó a Sessions encender un cigarrillo.

—Parece que está diciendo la verdad en cuanto al homicidio —dijo.

—Ya lo sé. Está demasiado confundida con las joyas robadas y demasiado clara en cuanto a que no cometió el homicidio. Hay una línea delgada entre las dos cosas, y si hubiera cometido el homicidio para lograr las joyas manejaría ambas cosas de la misma manera.

—Creo que trataré de conseguir al Fiscal de Distrito para que venga a tomar la declaración. Este sería el momento oportuno.

Sessions asintió.

—La suavizará un poco y cooperará.

Alfredo Rodríguez subió las escaleras y les sonrió. En sus días jóvenes, Rodríguez había sido un portorriqueño delgado, moreno, apuesto. Ahora estaba un poco más grueso de cintura, la cara

mofletuda, y el pelo comenzaba a ralearle. Vestía un impermeable y traía un sobre de fotografías que le entregó al Teniente.

—Mr. Harper acaba de dejarlas. Son las fotografías sacadas en la fiesta que ofreció Buckingham.

Sullivan sacó una docena de fotografías de seis centímetros por seis, junto con los negativos y los hombres comenzaron a mirarlas. Las fotografías en general eran desalentadoras; pequeñas y con mucha gente desconocida.

—¿No es ella la que está allí atrás? —Había un *close up* bastante bueno de Mónica, pestañeando y sonriendo con una boquilla en una mano, y Patterson riendo a su lado. En una esquina estaba parte de la cara de Frederick Lyle.

—¿Qué es eso? —Sessions puso el dedo sobre el vestido de Mónica.

—Una joya —dijo Rodríguez, mirando.

—Vamos a traer una lupa. Esta no parece ninguna de las que estaban en la lista.

Rodríguez se dirigió al escritorio del Precinto para buscar la lista. Sullivan y Sessions trajeron la foto para que la viera Millie Butelle. La lupa reveló que la joya era una estrella de cinco puntas con una perla en el centro y Millie dijo que jamás la había visto antes. Rodríguez volvió con la lista de los valores y no estaba anotada allí.

—Y no está en la lista de seguros —dijo Sessions—. De manera, que… ¿qué puede significar esto? Que no tiene valor suficiente para ser asegurada, o que la adquirió recientemente y no tuvo tiempo de asegurarla. ¿Qué le parece, Millie? ¿Usted también se llevó esa?

Sessions tomó la foto:

—Déjeme intentar comunicarme con Archie Patterson, quizá él pueda decirnos algo. —Volvió al salón de la brigada y tomó el teléfono más próximo.

Sessions tuvo suerte en dos aspectos. El doctor Patterson estaba y recordaba el broche.

—Estrella de cinco puntas hecha en filigrana de oro —dijo— con una gran perla en el centro. Mónica la recibió ese día de Hong-Kong de una familia a quien las conexiones de Mónica en el Lejano Oriente habían ayudado a salir de China Roja. No sé lo que pueda valer, pero ella estaba encantada con el regalo.

Sessions pasó la información a los otros:

—Y si Millie no lo robó —dijo— debe tenerla el autor del

crimen. Me llevaré el negativo a fin de conseguir una ampliación para mañana.

LUNES 5,30 – 6,10 P.M.

Por supuesto que habrá impuestos estatales y federales —dijo Lawrence Stockton— pero cuando la propiedad haya sido inventariada y se haya pagado por todo creo que usted se encontrará con que es una señorita en una buena posición.

Linda Glazzard, sentada en el borde de la silla de cuero frente al escritorio de Stockton, asintió. Debería importarle algo, pero no era así. Ella ganaba más dinero con su trabajo del que podía gastar. No necesitaba la fortuna de Mónica.

—Está el apartamiento —continuó Stockton—. Allí no se debe nada. Eso ya es totalmente suyo. Por supuesto, que están los gastos de mantenimiento. Le costará mil dólares mensuales.

—¿Tengo que pagar esa suma? —preguntó Linda dándose cuenta de pronto de la importancia de la cifra.

—No, no. Saldrá del conjunto de la herencia. Ahora hay otras cosas. Sus joyas. Tenemos una lista. Hay algunas joyas robadas, según entiendo. Por supuesto no se le impondrán impuestos por esas. Pero pagará impuesto por los pagos que el seguro haga por las piezas robadas. ¿Usted comprende eso, verdad?

—Naturalmente.

—Hay bastantes acciones. Mis listas no están al día. El corredor de Mrs. Glazzard debería haberme mantenido informado, pero temo que es bastante descuidado en cuanto a eso y yo todavía no he visto los papeles de propiedad de Mrs. Glazzard. Espero revisarlos tan pronto termine la policía.

Linda recordó la policía y eso la hizo pensar en Frank Sessions. Pensar en él la llevó a Randy y ese recuerdo la hizo sentirse desgraciada. Arrojaría por la borda todo ese dinero de que hablaba el abogado si a cambio de eso pudiera tener a Randy. Se veía a sí misma como una solterona rica, seca y marchita en su palacio de mármol. Preferiría tener un marido y vivir en una carpa. Y no era porque el casamiento fuera algo tan apetecible, después de todo. Para muchos de sus amigos y amigas había sido un horror. Podía ser muy envidiable ser una mujer con carrera y en libertad para

vivir como quiere, pero Linda todavía lamentaba lo que había perdido. Para las mujeres de carrera, se decía, la soledad no significaba la angustia que significaba para ella. Tenían padres y parientes a quienes amar y quienes a su vez los amaban. La necesidad de cariño no era para ellas una maldición que reclamaba un objeto en quien volcarse. No conocían la ansiedad que produce el no saberse querido por nadie. ¿Y qué podía hacer una persona con esa gran suma de dinero que ella recibiría si no tenía con quien compartirla, sino consigo misma? Se estaba poniendo sensiblera, se reconvino con acritud. Era un poco más de esa lástima que se tenía. Era un defecto que a toda costa debía superar.

—¿Cuánto hay…? En acciones, quiero decir —preguntó, pensando que debía mostrar cierto interés. Después de todo podría estar en peores condiciones. Podía estar no sólo sin amor, sino también sin dinero.

—Bien, como le dije, no tengo un informe al día. Sin embargo, creo que podré darle una idea. Mil doscientas acciones en General Motors. Mil acciones en U. S. Steel. Su madre, podría decirle de paso, era muy hábil en las cuestiones de dinero. Invertía en compañías sólidas y de confianza. Este es un beneficio que usted cosechará. Hay otras mil acciones de International Business Machines. Quinientas en AT&T, quinientas en Union Carbide, y muchas otras inversiones menores. Además, tiene un cuarto de millón de dólares invertido en bonos municipales a tres punto veintiuno por ciento. Ese es un interés más bien bajo, pero está libre de impuestos, y en el conjunto de sus ingresos, resulta más provechoso que un cinco o seis por ciento.

Linda lamentó haber preguntado. No quería en realidad llenarse la cabeza de cifras. Mientras hubiera bastante para pagar la renta y comprar las cosas que deseaba, estaba contenta. Cualquier cosa por encima de eso se convertiría en un dolor de cabeza y por la forma en que hablaba Stockton, prometía ser un gran dolor de cabeza.

—Bien, supongo que no importa —dijo ella—. Todo se aclarará antes o después y ya sabremos lo que resulta y entonces resolveré qué hacer con ello.

Stockton se aclaró la garganta:

—Nuestra firma ha manejado los asuntos legales de su madre casi durante un cuarto de siglo, en condiciones muy satisfactorias para ambas partes. Si usted no tiene una firma a la cual se sienta atraída, Stockton, Bates y Pierce estaríamos encantados de que nos

confiara sus asuntos legales.

—Bien, supongo que ustedes ya están acostumbrados a hacerlo —Linda sonrió ligeramente ante la formalidad de la parte Stockton de la firma—. Ciertamente no tengo otras conexiones legales. No llevo una vida tan complicada.

Linda se puso de pie y Stockton la imitó de prisa.

—Creo que descubrirá —dijo— que la vida es un poco menos simple cuando se convierte en una persona de la clase adinerada. Stockton, Bates y Pierce, sin embargo, tratarán de evitarle molestias, salvo que sea absolutamente necesario.

—Gracias —exclamó con gentileza Linda y se marchó.

La mujer adinerada no subió a un taxi cuando salió a Park Avenue. Ni siquiera tomó el ómnibus de la calle 57 que la llevaba a su casa. En lugar de eso se puso a caminar. "Esto por el dinero", dijo, chasqueando los dedos, y recorrió a pie toda la distancia aun cuando comenzaba a llover cuando llegó a la marquesina del edificio de su apartamiento, un poco más allá de la esquina de la Segunda Avenida.

Bill estaba en la puerta giratoria cuando ella entró e hizo un comentario sobre el tiempo, diciendo que los depósitos tendrían que estar bastante llenos ya. Linda asintió y se dirigió a los ascensores y entonces casi dejó caer la cartera de la impresión. Incorporándose de uno de los sillones verdes para visitas, más atrás de las columnas, estaba Randy Benson.

—¡Oh, no! —dijo y distintas emociones la recorrieron por todo el cuerpo y por turno; sorpresa, excitación, esperanza, cautela, temor, amor, todos los tipos de sentimientos que ella conocía.

Él le sonrió con una de esas sonrisas que producen dolor a una mujer, y se acercó.

—Hace mucho frío para ser mayo —dijo— desde que estamos hablando del tiempo. ¿Cómo estás?

La tomó del brazo y ella dejó que la condujera al ascensor.

—Estoy bien. —Así se sentía, si no fuera que no estaba segura de que las piernas la sostuvieran—. ¿De dónde llegaste?

—De Pittsburgh.

El ascensorista murmuró un saludo y apretó el noveno botón y las puertas se cerraron. Linda le sonrió y le dijo a Randy:

—Estás… está todo… ¿tu tía?

—Tengo que volver. Es sólo un viaje rápido por razones que se harán evidentes si puedo persuadirte a que me invites a tomar una

copa.

Ella se sintió confortada y alegre aunque un poco aturdida. Sonrió.

—Oh, por supuesto, entra a tomar una copa.

—Vaya, gracias, ¡señora! Lo haré con mucho gusto.

Linda le dio la llave y él abrió la puerta; ella encendió la luz del hall y la de la sala que al mismo tiempo encendía las lámparas de la larga mesa próxima al diván. Linda corrió las cortinas dejando afuera la tarde fría, gris y lluviosa. Luego se volvió y desde el otro extremo de la habitación, meneando la cabeza lo miró:

—Si alguien me hubiera dicho…

—Que iba a estar aquí ahora… Así es la vida. Sorpresas.

—¿Cuándo llegaste?

—Vine por avión esta tarde. ¿Y dónde estabas tú? Llegué a las cinco y veinte y esperaba encontrarte. En cambio… llegaste a las seis.

—El abogado de Mónica quería verme… leerme el testamento y explicarme todas las cosas.

—Oh… ¿y qué tal la explicación? ¿Era buena o mala?

Ella rio.

—Llevará algún tiempo antes que todo se arregle y sepa cuánto hay y cuánto recibo.

—¿No sabes cuánto vas a recibir?

—Recibo todo, pero hay algo para la mujer de la limpieza, la secretaria y algunas donaciones.

—Espero que sea mucho —dijo riendo Randy.

—Promete serlo. El abogado dijo que sería una mujer con una fortuna sustancial. De manera que pon atención. Seré una mujer rica.

—Sustancial era la palabra. ¿Crees que podrías preparar esa copa que me invitaste a tomar? El vuelo no fue seco, pero la espera abajo, sí.

—Por supuesto. —Se dirigió al bar en una esquina a buscar un balde y lo llevó a la heladera en busca de hielo. Él la siguió y se quedó en la puerta.

—Te he extrañado.

El corazón de Linda se detuvo y debió hacer una pausa antes de abrir la puerta. Iba a comenzar la conversación y ella no quería que empezara todavía. Por unos cuantos minutos solamente quería que siguiera así… un poco más de cariño en caso de que la conversación

fuera mala y ya nunca más hubiera nada.

—Yo… ah… ¿de veras? —dijo con ligereza y sacó el hielo.

—¿No sabes que es así? No he podido pensar en otra cosa más que en ti desde que esto comenzó.

Ahora no podía pensar en una respuesta trivial. No podía pensar en nada. Se volvió cuando rompió los cubos porque tenía los ojos llenos de lágrimas. Randy dijo:

—Todo fue culpa mía.

Ella negó con la cabeza y dejó caer el hielo en los vasos.

—No, no es así.

—Yo te abandoné, querida.

Ella se dio vuelta y pasó frente a él, sosteniendo los vasos, con la cabeza baja. Murmuró:

—Yo hice algo peor que eso.

Él dejó que vertiera whisky en los vasos, luego la tomó de un brazo y la llevó al diván:

—Ahora vamos a sentarnos para hablar. —Se acercó a ella, tomó su mano libre en la suya diciendo—. Te amo. Eso es lo primero que quiero decirte. Te amo.

Ella puso el vaso sobre la mesa y se apretó los ojos cerrados con los puños.

—¿Cómo puedes amarme? ¿Después de lo que he hecho? ¿Siendo lo que soy?

—Eres lo más delicado, maravilloso, hermoso y deseable que hay en el mundo. Ninguna otra cosa importa.

—¡Hay otras cosas que importan! Oh, Randy, ¿no lo sabes? ¿No entendiste lo que te dije por teléfono, anoche?

—Te entendí. Pensaste que te había abandonado y en consecuencia hiciste algo que no hubieras hecho de otra manera.

—Pero no esperé a estar segura de que me hubieras dejado.

—Eso no importa, querida. Era como sentías en ese momento. Estabas sola y abandonada. Tus defensas estaban debilitadas. Y para colmo en un momento y lugar donde la seducción era posible y con un hombre que tenía interés en seducirte. —Le palmeó la mano—. No te tortures. Deja de pensar que estás volviendo a lo que eras en el pasado. Eso es totalmente diferente de lo que me has dicho que era antes del tratamiento.

—¿Quieres saber cómo y dónde pasó todo?

—No, no quiero saberlo. No quiero saber nada de eso.

Él la estaba perdonando y ella sabía que debía callar, pero no

podía. ¿Serían sus complejos de culpa? ¿Tenía que torturarse y torturar a los que amaba a fin de expiar su culpa? ¿O sería honestidad, para asegurarse de que Randy supiera hasta dónde había llegado antes de que la perdonara? ¿O simplemente trataba de que no la perdonara… para huir de la felicidad que creía que anhelaba?

—Quiero decirte… quiero que sepas. Era… él… él es un detective. Fue en su apartamiento.

Randy se mostró incrédulo.

—¿Un detective?

—El que está tratando de descubrir quién mató a Mónica.

La cara de Randy se oscureció.

—El miserable, la escoria. Seduciendo a una inocente muchacha… podemos delatarlo. Podemos destruirlo. Haré que lo echen del departamento.

Ella le puso ambas manos en la rodilla.

—No, Randy, espera. No fue suya la culpa. Él no me arrastró a su apartamiento. Yo fui a su casa.

—¿Para qué?

—Para decirle que faltaban unas joyas. Cinco piezas de las joyas de mi madre fueron robadas.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Estaba en los diarios de Pittsburgh. Pero ese es el asunto. Vas hasta allí con una razón muy inocente para ayudarlo en el caso y él contigo en su guarida, aprovecha tu soledad y…

—No, no hizo eso. Fui yo…

—Querida, si vas a defenderlo tratando de hacerme creer que tú lo sedujiste a él, bien, creo que estás perdiendo el tiempo. Sé lo que son los policías.

—Pero yo no tenía para qué haber ido a su apartamiento.

—Sí, debiste ir porque tenías una evidencia.

—No tenía que ir a su apartamiento para dársela. Quise hacerlo. Lo esperé durante una hora hasta que volvió para subir con él y decírselo —comenzó a sollozar—. No lo tenía premeditado conscientemente cuando fui allá, pero creo que subconscientemente debo haber deseado que me sedujera.

Randy ahora estaba tranquilo y no la tocó.

—¿Estás enamorada de él? —preguntó con calma.

Ella enjugó sus ojos y apretó las manos entre sus rodillas.

—No —dijo mirando la pared—. No, no estoy enamorada de él. Creo que tengo afinidad con él. Me sentía tan sola y allí estaba él, la criatura más solitaria que jamás haya visto. La más solitaria del mundo. Me sentía atraída por él. Quizá quería sufrir con él.

Ahora Randy la tocó, le acarició el pelo.

—Entonces está bien. Si no estás enamorada de él, está bien.

—¿Qué es lo que está bien? Me parece que eso lo empeora.

—No, no, querida. Eso está bien. Porque si no estás enamorada de él, entonces no te he perdido. Por eso vine en avión hoy. Cuando no quisiste contestar mis llamadas telefónicas, ya no importaba lo que le pasara a mi tía en Pittsburgh, tenía que verte hoy. Espera. —Se levantó y se dirigió a una silla donde había dejado su sobretodo y volvió con un pequeño estuche cuadrado envuelto en un papel blanco con una cinta verde.

Volvió a sentarse al lado de ella con el brazo izquierdo rodeando su cintura y puso el estuche en su regazo—. Te traje esto.

—¿Me trajiste…? —dijo ella trémula.

—No tenía un anillo de brillantes para darte porque todavía no tengo dinero. Esto es un sustituto. Pertenecía a mi tía y ella me lo dio. Me dijo: es para la “Mujer”, cuando encuentres a la “Mujer”. Querida, si lo aceptas, quiere decir que te amo y que quiero casarme contigo y unirnos para siempre.

—¡Randy! —Las lágrimas corrían más a prisa y quitó el papel y abrió el estuche. Luego exclamó:

—Oh, Randy, ¡es precioso! —y lo sacó.

Era una estrella de cinco puntas hecha en filigrana de oro y una gran perla en el centro.

MARTES 4,30 – 4,55 P.M.

Devlin entró al hall principal del edificio de apartamientos de Robert Motley a las cuatro y media, el martes a la tarde, con un paso rápido y una de las ampliaciones recién llegadas, en su bolsillo. Había estado esperando tener la ampliación para venir.

Le mostró la placa cuando el portero trató de interceptarle el paso.

—Robert Motley y no se preocupe por anunciarme.

El ascensor estaba en otro piso y Devlin no lo esperó, sino que subió por las escaleras de servicio. Eso era lo que pasaba con los porteros. Se les dice que uno es policía y mientras se sube por el ascensor le avisan telefónicamente al inquilino dándole la oportunidad de escurrirse por la escalera. Bien, el apartamiento de Motley estaba en el tercer piso, de manera que no iba a tener tiempo de huir a ninguna parte. Y Motley estaba en su casa porque el Teniente lo tenía vigilado y no lo había visto salir desde que hizo el primer contacto… cuando había vuelto al apartamiento a las once, la noche anterior.

En el tercer piso tocó el timbre de Motley y se colocó frente a la puerta de manera que si Motley miraba por la mirilla, pudiera ver bien quién era. Levantar la mirilla detrás de la puerta hacía muy poco ruido, pero Devlin estaba escuchando porque sospechaba que Motley miraría antes de abrir. Motley y las mujeres. La mayoría de los hombres no lo haría porque no tienen miedo.

Escuchó y esperó que corriera el cerrojo. No se produjo, de manera que golpeó la puerta de metal.

—Vamos, Motley —dijo en alta voz—. Sé que está allí, de manera que abra.

El cerrojo corrió y la puerta se abrió una pulgada hasta donde la detenía la cadena. El rostro de Motley en la ranura tenía una expresión inocente.

—Oh, usted es uno de esos detectives.

—Soy el detective Devlin, correcto. —Mostró su placa—. Abra.

Motley abrió sin mucho entusiasmo y siguió al detective por el

hall a la sala de estar, pequeña, pero bien arreglada, que miraba al patio de atrás.

—¿Por qué nos mintió? —preguntó el detective cuando se volvió.

Motley se detuvo al entrar a la habitación.

—Yo no mentí.

—Usted dijo que procedía de Sacramento. Eso no es verdad.

—Sí, es verdad.

—¿Cómo se llama el hombre de la estación de servicio para quien trabajó allí?

Los ojos de Motley se entrecerraron y todo su continente se endureció. La voz se hizo dura:

—Escuche, Devlin. Ya sé lo que usted pretende. Mónica fue asesinada y usted quiere echarme la culpa. He estado esperando eso y le voy a decir algo. No responderé a ninguna pregunta que me formule sino delante de un abogado.

—¿No quiere decirnos de dónde procede, eh? ¿No quiere que lo sepamos, eh?

—Ya se lo he dicho. Si no quiere creerlo, pues dígalo usted.

—¡Debe haber amado mucho a Mrs. Glazzard, Motley!

—¿Qué quiere decir con eso?

—No aparece en el funeral, no le envía ni siquiera una rosa, se marcha de la ciudad cuando se celebran los servicios finales. No quiere ayudar a la policía a encontrar a la persona que la mató. Ni siquiera le importa.

—Usted sabe muchas cosas… ¡eh! ¿Qué demonios cree que debía hacer, allí al lado de su féretro? ¿Mucho le hubiera gustado eso a ella, verdad? Nadie sabía que yo existía, por amor de Dios… ¿no lo comprende? De manera que me marcho un fin de semana… ¿Y qué hay con eso? ¿Para qué había de quedarme en la ciudad? Con toda esa angustia y esa tristeza. En cuanto a quién la mató, por supuesto que quisiera saber quién lo hizo, pero, maldito sea, no lo voy a ayudar a que me lo endilguen a mí.

—¿Adónde fue este fin de semana?

—A Sacramento. California. Caminé.

—Vaya… suerte. Sessions sólo tenía que ir a Allentown. Fui yo quien tuve que venir aquí.

Motley preguntó alarmado:

—¿Allentown? ¿Quiere decir en Pensylvania?

—Allí mismo.

—¿Para qué?

—Siguiendo una pista —Devlin sacudió la cabeza y rio—. ¡Ese individuo Sessions! Cuando tiene un caso, creo que no duerme. Salió esta mañana en el ómnibus de las siete y estuvo escribiendo y estudiando los informes hasta las dos a.m. Cuando huele el rastro sigue, sigue y sigue hasta que consigue al hombre.

Motley no reaccionó esta vez. Mostró los dientes en cambio.

—¿Qué está tratando de hacer, Devlin…? ¿asustarme?

—¿Asustarlo? ¿Y para qué iba a hacer eso?

—Bien, Sessions es un gran héroe. ¿Y qué otra novedad tiene?

—¿Usted no cree que sea tan bueno, eh?

—Pienso que todos ustedes son grandes. ¿Cuántos casos no han resuelto?

—No los descubrimos a todos, muchacho, si eso es lo que quiere decir. La mayoría, pero no todos.

—Y Sessions no resuelve todos sus casos, ¿verdad?

—Nadie lo hace.

—Bien, ¿entonces para qué vino usted tratando de asustarme porque no quiero responder a sus preguntas?

Devlin tomó la hoja doblada de su bolsillo, la abrió y cruzó la habitación.

—Usted la conocía bien. ¿Cómo obtuvo Mrs. Glazzard esta joya?

La fotografía era bastante buena. Uno tenía que imaginar el trabajo de filigrana y el material de que estaba hecha, pero la forma de la joya era obvia y la perla inconfundible. Debajo de la fotografía estaba en letras de imprenta la descripción.

Motley se humedeció los labios y se controló muy bien.

—Jamás la he visto antes, en mi vida —respondió.

—La usaba la noche en que murió.

Motley le devolvió la ampliación.

—Bien, no lo puede probar por mi intermedio.

—¿En qué otras oportunidades la usó?

—Le dije que no la he visto nunca. Y al diablo con usted. No contestaré a ninguna de sus preguntas.

Si quiere arrestarme, llamaré al abogado y veremos lo que pasa. Pero, hasta entonces…

—Es mejor que se consiga un abogado. Y pronto.

—Dio un paso largo frente al hombre y salió.

Motley no se movió hasta que la puerta se cerró tras el detective que se marchaba. Luego se volvió y él mismo se dirigió a la puerta, corrió un doble cerrojo y puso la cadena. Luego entró al pequeño dormitorio próximo al hall y se dejó caer en la cama, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos.

Comenzó con una sarta de improperios que pronunciaba golpeándose la cabeza a los lados con las manos. Ese detective quería amedrentarlo. Esa mención de Allentown fue deliberada. Por supuesto, que Allentown no era en verdad la ciudad, sino Larkspur, pero quedaba al lado de Allentown y si Sessions había llegado hasta Allentown, ¿quién podría asegurar que no descubriría toda su trayectoria… hasta llegar a aquella vieja?

En verdad, la culpa había sido de ella, de la vieja y rica Elizabeth Anderson. ¡Cómo se había prendado de él! ¡Y él que había hecho el papel de galán! Ella lo mantenía bien, para gran disgusto de las sobrinas y sobrinos.

Había sido una vida hermosa. Había encontrado muchachas con quienes entretenerse y Elizabeth era muy descuidada con el dinero, haciéndole posible robar pequeñas sumas en efectivo y hasta algunas alhajas de cuando en cuando, cuya falta pasaba inadvertida. Desgraciadamente, Elizabeth cayó en la cuenta un día y finalmente llegó el aciago momento en que con pesar, ella le dijo que tendría que marcharse.

Si ella lo hubiera indemnizado, hoy estaría viva. Pero no lo hizo. Estaba dispuesta a dejarlo ir sin un céntimo… como castigo por sus pecados. Como un castigo por aprovecharse de ella. Elizabeth, con varios miles de dólares en efectivo ocultos en distintos lugares de la casa. Él conocía los lugares pero no podía tocar el dinero sin que Elizabeth echara la policía tras de él. Eso era obvio, pero llegó el momento en que hasta sus pequeños robos fueron descubiertos. Era insoportable.

De manera que tuvo que matarla y se llevó el dinero y todo había resultado bien. Estrangulación con guantes, volcar barbitúricos en su estómago, la fuga con el dinero que había sacado de sus escondites. En la pequeña ciudad de Larkspur, lo llamaron suicidio en el momento en que encontraron barbitúricos en su garganta. Además había impresiones digitales de ella en el frasco y en el vaso que él había preservado con cuidado. No se hizo ninguna investigación. Y como pocas personas conocían su existencia, nadie iba a hacer mucho alboroto de un suicidio obvio, llevándolo a un

interrogatorio. Y por supuesto, la familia no estaba muy apenada con su muerte, especialmente porque heredaban todo. Por el contrario, se sintieron muy aliviadas cuando él no trató de discutir el testamento y hacer pública su relación.

Todo había andado tan bien, en verdad, que estaba seguro de que sería igualmente exitoso cuando fuera el momento de liberarse de Mónica. Mónica, que era alguien a quien había que admirar aunque de mala gana. Lo había descubierto como un impostor en la primera reunión en que se conocieron. No pudo engañarla ni por un solo momento, con aquella actitud de artista dedicado y trabajador y los cursos de New School. Tenía un sexto sentido con respecto a los hombres que buscaban vinculaciones con gente rica y se rio de él.

Pero ella también tenía su talón de Aquiles. Si veía a través de él, no veía a través de sí misma. Ella no advirtió, como no lo advirtió él, que la forma de conquistarla era confesarle todo. Cuanto más admitía ser un fraude, tanto más la deleitaba. Era una broma deliciosa, una broma que sólo ellos compartían. Eso fue el comienzo. Y al final, ella resultó la entregada.

Desgraciadamente, aun cuando estaba enamorada de él, también se mostraba lista con él. No dejaba a su alcance ni dinero ni joyas. Un movimiento falso e iría a parar a la cárcel, y él lo sabía. Y era propietaria de todo lo que él tenía, desde el apartamiento, cuya renta pagaba, hasta los muebles, la ropa que vestía, el dinero de bolsillo que le daba cautelosamente… haciendo imposible que pudiera hacer tonterías con cualquier otra persona. Ella lo tenía atado.

Pero lo ató con demasiada fuerza. Él tenía treinta y dos años ahora y estaba llegando a una edad crítica. ¿Cuánto tiempo más seguiría esta vida? ¿Cuándo se cansaría Mónica de él? ¿Y cuánto duraría su poder de seducción? ¿Sería demasiado viejo para encontrar otra mujer rica y jugar al perro faldero?

La única respuesta era casarse. Casarse con una mujer rica, por supuesto… vieja o joven, no importaba. Entonces tendría derecho a la fortuna, si sobrevivía a su esposa, o haría una espléndida ganancia si ella quería liberarse de él… Pero Mónica… vaya, cómo se rio cuando él le propuso matrimonio. Se rio hasta que las lágrimas cayeron por sus mejillas. Casarse con Mónica estaba fuera de la cuestión, pero… en la forma en que ella lo tenía bajo llave y cerrojo… era difícil encontrar otra persona elegible.

Hasta el momento en que tuvo que ocultarse en otra habitación cuando llegó la hija de Mónica. Así fue como se enteró de la existencia de Linda y como tuvo una primera visión de ella. Pero a partir de entonces fue fácil. Linda no tenía la sabiduría mundana de su madre y reaccionó bien a la esforzada lucha del artista. Sólo que esta vez luchaba por ser escritor, no pintor.

Por supuesto, que el doble juego no podía seguir para siempre. Si hubiera podido fugarse con Linda hubiera sido magnífico. Habría una licencia matrimonial con que lidiar cuando Mónica se enterara. Pero Linda *tenía* a toda costa que decírselo a su madre; *tenía* que presentarle a su futuro marido. Eso con gran eficiencia eliminó todas las alternativas. Mónica tenía que desaparecer.

Y así había sido, pero no se parecía en nada al caso de Larkspur. Al día siguiente desarrolló ante Linda el asunto de una tía moribunda en Pittsburgh, de manera que Randy Benson no tuviera que aparecer frente a los que lo conocían como Robert Motley. Y luego se sentó a esperar el veredicto del suicidio en la tranquilidad de su casa.

En lugar de eso, se consiguió mil variedades de infiernos. La estúpida de Millie no descubrió el cuerpo de Mónica cuando debía hacerlo, y cuando lo hizo vino la policía con endiablada rapidez a golpear a su propia puerta. Ese fue el momento crítico… cuando lo hicieron ir a la Jefatura. Si Linda hubiera estado allí… Pero estaba en su apartamiento, cuando él llamó para cerciorarse.

Si se había librado de eso, había otros horrores al acecho. La policía sospechó asesinato desde el primer momento y comenzaron realmente a indagar. No esperaba que fuera así. Tuvo que permanecer oculto y finalmente abandonó la ciudad durante el asunto del funeral para estar lejos del alcance de Linda y de los posibles reporteros. Afortunadamente la existencia de Robert Motley no se publicó en la prensa y el riesgo de que su fotografía apareciera en los periódicos quedó eliminado. Sin embargo, tenía que estar saltando de aquí para allá a fin de escamotearse. De ahí su disputa con Linda referente al hombre en su apartamiento. Su disgusto le permitió cortar toda comunicación con ella durante los días del funeral, eso fue bueno. Pero también fue malo, porque cuando la perdonó, ella había cometido una verdadera indiscreción… con el odioso detective… y no quería perdonarse a sí misma.

De manera que tuvo que venir personalmente para enamorarla,

comprometerla definitivamente, haciéndole un regalo. Era un regalo que no ofrecía el menor peligro. Mónica lo usaba la última vez que la vio y le dijo… antes de descubrir que él estaba allí para matarla… que acababa de llegar, ese mismo día. Fue el único objeto de Mónica que se atrevió a robar, y como no valía mucho, se lo había regalado a Linda como un adelanto sobre la fortuna que pronto poseería al casarse. ¡Pero ese maldito detective y su fotografía! Lo conocían, sabían que Mónica lo tenía puesto, sabían que lo había robado el asesino. Después de todo no había resultado nada seguro. Era lo menos seguro que pudo haber tomado.

Y se lo había dado a Linda. La policía le mostraría la fotografía y ella diría “Randy Benson” y en menos de un minuto la policía descubriría que Randy Benson era Robert Motley y… Pero, no pensaría en eso.

La cosa era… ¿la policía habría estado ya con Linda? Miró su reloj. Eran las cinco menos diez. Ella todavía estaba en Cowan y Blakeslee. Las probabilidades eran que el detective hubiera tratado antes de ver a Motley que a Linda, en primer lugar, y en segundo lugar, que no fueran a buscarla a la oficina. Podrían estar esperando que ella volviera a su casa. En ese caso…

Tomó el teléfono y disco, aclarando la garganta y pasando una mano por su pelo, en forma controlada y tranquila.

—Extensión cuarenta y uno —dijo con suavidad respondiendo a:

—Cowan y Blakeslee, buenas tardes.

—Hola, querida —dijo cuando llegó Linda. Su voz tenía una sonoridad alegre, pero su rostro estaba hundido y la traspiración chorreaba por sus mejillas. Tenía que planearlo de prisa y bien.

—¡Randy! —dijo ella en la bocina—. Oh, querido. ¿Dónde estás?

—De vuelta en Nueva York. Quizá pueda quedarme. Ya te contaré. Comeremos juntos.

—Me encantaría. ¿Dónde…?

—Te recogeré en taxi en el Edificio Seagram dentro de diez minutos.

Ella asintió y colgó. Hasta ahora todo estaba bien. El detective Devlin no la había visto todavía y si la esperaba en la calle 57 Este, 302, sería una espera larga, porque nunca más volvería.

Primero comerían y luego la llevaría al pequeño apartamiento que había alquilado para galanteos bajo el nombre de Randy Benson. Pero no antes de que hubiera oscurecido. No quería que la gente los viera subir juntos, y a él bajar solo más tarde.

Se levantó y buscó en los cajones el par de guantes que había utilizado antes. La estrangulación, como a Mónica, y luego… ¿qué? ¿La dejaría en la habitación? Había algo mejor aún… la azotea. Por sobre el parapeto y… al patio. Sin identificación, por supuesto. Quizá nunca descubrieran quién era ella, ni supieran cómo y por qué se había caído de un sexto piso.

Odiaba hacerlo. En verdad sentía cariño por Linda y su manera de enamorarla no era sólo cálculo. Y, por supuesto, era decirle adiós a la fortuna. Adiós al sueño dorado que había alimentado y por el que había trabajado tanto. Todo el esfuerzo para nada…

Pero ahora era una cuestión de supervivencia. No importaba el dinero, ni los sentimientos por la muchacha. ¡Ese maldito prendedor que había robado! Si no le costaba la vida le estaba costando todo lo demás.

Puso su billetera en su chaqueta. Contenía todo el dinero que poseía y no era mucho. Y la comida, así como el taxi, tenían que salir de allí. Esperaba que Linda tuviera dinero. Caminó por el hall al ascensor. Afuera llamó con la mano un taxi para evitar la propina del portero.

Y, en la vereda de enfrente, un hombre que había estado estacionado durante horas frente a la bomba de agua anotó algo en una libreta y puso en marcha su coche.

MARTES 9,00 — 9,20 P.M.

Frank Sessions entró a la Jefatura a las nueve deja noche. Mike Connager y Ray Ecklin, sus compañeros regulares, estaban con el sargento Remick… Connager, escribiendo a máquina sus informes en el lugar de homicidios; Remick y Ecklin, leyendo en la oficina.

—¿Ya consiguieron al culpable? —preguntó Sessions cuando entró Connager.

—No. Sólo dos falsas alarmas. ¿Cómo te va a ti?

Sessions sonrió y se quitó el sobretodo.

—Tengo un sospechoso.

Eso hizo que Ecklin y Remick se asomaran a la puerta.

—¿En el caso Glazzard?

—Sí. —Sessions encendió un cigarrillo—. Todo lo que tengo que hacer es encontrar la forma de probarlo.

—¿Quién es el autor?

—Motley, el galán. Tal como lo imaginamos.

—¿Qué pruebas tienes en contra de él?

—Nada. Ninguna. Ese es el problema. Por lo menos por ahora. Pero es nuestro hombre.

—¿Cómo lo sabes, Frank?

—Porque lo hizo antes. La misma muerte. Una mujer estrangulada con barbitúricos en la garganta. En un lugar llamado Larkspur, Pennsylvania.

—¿Qué sucedió?

Sessions se sentó en el extremo del escritorio.

—Llegué a Allentwon alrededor de las diez y me dirigí a ese banco en que Motley tenía una cuenta. La cerró hace un año, en octubre, pero tienen su antiguo registro y su antigua dirección. Es a pocas millas de Allentwon, en un lugar llamado Larkspur. De manera que fui hasta allá, hablé con los dueños, inquilinos y todo eso, y descubrí que había partido en agosto de ese año; la última semana de agosto. Lo que es más, el arrendamiento estaba firmado por una Elizabeth Anderson y tenía seis meses más pagados. Descubrí que la sucesión pagó el alquiler, porque Elizabeth

Anderson había muerto después de pagar la renta de agosto y antes de setiembre. Pero, ¿quién es Elizabeth Anderson? Sólo la mujer más rica de Larkspur. Murió a los cincuenta y ocho años a causa de una dosis excesiva de barbitúricos.

—De manera que hablé con sus parientes —continuó Sessions— y me informaron que Motley estaba ordeñando a la vieja y que ella lo mantenía. Después del suicidio… incidentalmente, ni lo cuestionaron… Motley deja la ciudad y para ellos es una liberación. En cuanto al suicidio… el alegado suicidio… no hay nota ni marcas en el cuerpo. Como el que encontramos aquí. Lo verifiqué con el médico de la anciana. Él fue el que firmó el certificado de muerte. Hizo una autopsia. Encontró barbitúricos en el estómago. Veredicto, suicidio. No se investigó más.

Ecklin se quitó el cigarro de la boca.

—¿No estudió los tejidos del cerebro?

—No. Solamente el estómago. No miró la cabeza, ni la garganta. Uno sospecha barbitúricos, se buscan barbitúricos y se encuentran barbitúricos. ¿Para qué buscar otra cosa? Se hace el veredicto y todo lo que ese maldito veredicto significa es que es un engaño. Vaya, estoy acostumbrado a la forma en que se hace en Nueva York. He olvidado cómo se trabaja en otras partes.

—¿De manera que el muchacho Robbie viene a Nueva York — dijo Ecklin— y se encuentra con otra tonta?

—Sí. Y hace la misma cosa con ella. Sabe Dios cuáles fueron los motivos en Larkspur. Quizá lo haya despedido y a él no le gustara eso. De cualquier manera sólo Dios sabe el motivo que ha habido aquí. Quizá lo despidieron otra vez.

—¿Tienes una evidencia, Frank? —preguntó Remick.

—¿Contra Motley? Ni una miserable cosa. No podemos exhibir un motivo, no podemos probar que hubo oportunidad, no podemos producir nada contra el hijo de perra. Todo lo que podemos hacer es vigilarlo… ver cómo se mueve. Ver si nos conduce a algo. Eso me recuerda… —Se volvió y tomó el teléfono, disco y le dieron con el Precinto diecinueve—. ¿Teniente? Habla Frank Sessions. —Dijo unos cuantos “sí” y se rio agregando—: Y quiero decirte que el hijo de perra lo hizo antes. Sí. Mató a otra mujer en Pennsylvania. Homicidio dudoso, si quieres ser técnico. En realidad, casi no se puede decir dudoso. A nadie le consta que lo haya hecho. Pero es el autor de esta muerte. De eso no cabe duda… Correcto, él es y no podemos echarle mano. Salvo que él nos ayude. De manera que

creo que debemos vigilarlo por partida doble. Debemos poner dos hombres las veinticuatro horas. Lo que me recuerda. ¿Tienes algún informe sobre sus actividades de hoy?

Sessions apagó su cigarrillo y sacó la libreta y la lapicera.

—Bien, espera un momento. El sujeto dejó el apartamiento a las cuatro y media. Tomó un taxi hasta… —Sessions se detuvo—. Un momento, teniente. ¿Qué dijiste? ¿Se encontró con una muchacha en el Edificio Seagram? ¿Edificio Seagram? ¿Qué quieres decir con eso de que me estoy excitando? Allí es donde trabaja Linda Glazzard. Linda Glazzard. Correcto. ¿Vaya, el rastro condujo hasta la muchacha? ¿Hay alguna descripción de ella? —Sessions asintió y se llevó un cigarrillo a la boca—. La descripción corresponde a Linda. La recoge a Linda… ¡por amor de Dios! ¿Qué diablos está pasando?

En el otro extremo de la línea, Boxton dijo:

—Quizá trabajan juntos, Frank.

—Vaya, ¿quién lo sabe? Cualquier cosa es posible. Está bien, ¿entonces qué? —Escuchó y anotó—. El restaurante de Papa Luigi. Calle 58 entre la Primera y la Segunda Avenida. Caminaron desde el edificio Seagram, ¿eh? Entraron al restaurante a las cinco y cincuenta y cinco. Vaya que tomaron tiempo. ¿Qué más? ¿No hay más información? ¿Entonces todavía están allí? —Sessions escuchó un poco más y dijo—. Comprendo, está bien, llamaré más tarde. —Colgó, encendió un cigarrillo y meneó la cabeza—. ¿Cómo puede compaginarse esto?

—¿Compaginar qué? —preguntaron los otros y él se lo refirió. Motley y Linda estaban comiendo juntos. La hija y el amante de la madre—. Y ella dijo que no conocía a Motley. Ni siquiera sabía que su madre tuviera un amante. —Sessions rio con amargura—. ¿Y saben algo? Yo la creí. Debo estar envejeciendo.

—¿Crees que están en este asunto juntos? —preguntó Ecklin.

—Así parece. El funeral ya ha terminado, todo se está enfriando. No saben que están vigilados. Creen que pueden comenzar a verse de nuevo. —Sessions hizo un gesto—. Ahora empiezan a encajar las piezas. Y no es un cuadro bonito.

Connager, que sabía poco del caso desde que estaba ocupado con el suyo, estaba escuchando con las manos cruzadas detrás de la cabeza, la silla reclinada contra la pared.

—¿Para qué necesitan matar a la madre?

—Por su dinero, por supuesto. Linda es heredera. ¿Qué quieres

apostar que se casan antes del primero del mes y viven en el apartamiento de ella?

—Pareces amargado, Frank. Actúas como si jamás se hubiera hecho antes.

—Lo han hecho millones de veces. Y lo harán millones de veces más, tipos como él… ¿pero ella…? —se encogió de hombros—. No lo imaginaba.

—No te engañes por eso, Frank —rio Remick—. Después de todo, ella es una mujer y una mujer muy hermosa, además.

—Torturar, es la palabra, sargento. —Dijo Ecklin quitándose el cigarro de la boca.

—Torturar es una buena palabra —acordó Remick—. ¿De manera que si ella sale con este muchacho, Frankie, y lo alienta… cuál otra puede ser la reacción de él?

El muchacho Frankie pronunció una palabrota que hizo reír a carcajadas a los otros. Miró su reloj que marcaba las nueve y media.

—No estarán comiendo todavía —dijo en alta voz.

Remick dejó de reír.

—¿Quién lo está vigilando?

—Un hombre nuevo llamado Lesgroe que no conozco. Utiliza su propio coche y no tiene trasmisor. Debe buscar un teléfono cada vez que necesita pasar un informe.

—¿Qué estás queriendo hacer?

—Me gustaría atraparlos… a los dos. Me gustaría llevarlos al Precinto diecinueve, separarlos y ver qué tienen que decir.

—Motley no dirá nada. Devlin ya lo ha intentado.

—La muchacha hablará. Yo haré que hable.

Ecklin rio:

—Te digo, Frank, que si puedes engatusar tanto a una muchacha como para quebrantarla hasta el punto de confesar un homicidio, tendría que admitir que no sólo eres un gran amante, sino el amante más grande que jamás existió.

—Pierdes el tiempo —interrumpió Remick—; te diré lo que ambos harán. Enmudecerán y llamarán a un abogado. Ni siquiera les dirán sus nombres.

Ecklin suspiró.

—Ah… los buenos tiempos aquellos antes de Miranda. La vida era fácil entonces.

El teléfono sonó en frente y el Sargento que estaba en el escritorio vino diciendo que era para Remick. Este entró en la

oficina a tomar la comunicación y Sessions aplastó el cigarrillo con el pie, con mal humor. Linda y Motley. Eso era algo que no había previsto y le molestaba haber sido engañado. Quizá no sirviera para nada atraparlos, pero de todas maneras quería hacerlo.

Cuando Remick volvió, traía la libreta abierta.

—Hay un bebé muerto en el treinta y dos. Parecería que por causas naturales, pero el agente que está allí informa que tiene un par de rasguños en la cara. Y con los homicidios de niños que ha habido en esa zona, McVey quiere estar seguro. Le dije que iríamos enseguida.

Ecklin y Connager se levantaron y fueron a la oficina a buscar sus abrigos. Sessions tomó el teléfono y disco nuevamente. Remick preguntó.

—¿Vienes, Frank? Comeremos algo al volver… presumiendo que no sea homicidio.

—No, todavía estoy dedicado a éste. Hola, teniente. Otra vez Sessions. ¿Hay más informes…? ¿Nada? ¿Lesgroe va a venir? Bien, no estarán todavía en el restaurante, ¡por Dios! ¿Qué pueden estar haciendo? Entraron a las seis… Escucha, iré yo mismo.

Colgó e interceptó a Remick.

—¿Qué coche estás usando? ¿El doscientos noventa y nueve? Entonces sacaré las llaves del doscientos cuarenta y cinco.

MARTES 9,30 — 10,10 P.M.

El detective Jerry Lesgroe condujo su coche por la Segunda Avenida cruzando la calle 57 y se detuvo en la parada del ómnibus frente al edificio amarillo de la Escuela Superior de Artes Liberales.

Robert Motley y la muchacha con quien estaba iban un poco más adelante que él, caminaban tomados de la mano, en una forma pausada como sin rumbo fijo. Era más de las nueve y media y estaba oscuro. Habían pasado tres horas en el restaurante, un tiempo increíblemente largo, que Lesgroe no podía comprender, y ahora caminaban a paso de caracol por la Segunda Avenida. Era como si deliberadamente estuvieran matando el tiempo.

Lesgroe apagó los faros, pero dejó andando el motor mientras esperaba, parado detrás de otros coches hasta que su presa cruzó la calle 56, luego se puso en movimiento otra vez. La pareja se dirigía en dirección opuesta al apartamiento de Motley, situado en la calle 75 Este. ¿Hacia dónde se dirigían?

Pocos minutos después, Lesgroe lo supo. Dieron vuelta en la calle 53 y Lesgroe también detuvo su coche frente a una bomba de agua y esperó. La pareja pasó frente a la entrada de una casa de apartamientos nueva de ladrillos blancos, luego doblaron y subieron los escalones de una alta gradería perteneciente a la casa de apartamientos de seis pisos, vieja y de ladrillos rojos que estaba más allá. Entraron y Lesgroe ya había descendido del coche y caminaba por el otro lado de la calle, vigilándolos. Allí cruzó, subió los escalones de la alta gradería y entró al vestíbulo. La puerta de adentro que daba al hall y a las escaleras estaba cerrada con llave, lo que significaba que uno de los dos tenía una llave; puesto que el nombre de Motley no aparecía en ninguno de los timbres ni en los buzones, le hizo pensar que la casa pertenecía a la muchacha, aun cuando parecía un edificio muy pobre para alguien que trabajaba en el edificio Seagram.

Lesgroe volvió a salir, copió la dirección, bajó los escalones y cruzó la calle. Y ahora, ¿qué debía hacer? ¿Qué era este lugar? La muchacha, ¿viviría en realidad aquí? ¿Sería la casa de algún amigo?

¿Serviría como nido de amor? Podía imaginar para qué habían subido Motley y la muchacha. Una comida que duró tres horas, y la tranquila vuelta caminando a un apartamiento, sin duda alguna sería un asunto sexual. Hasta aquí todo parecía claro. Entonces, ¿qué debía hacer? ¿Ir hasta la Tercera Avenida y buscar un teléfono, o sentarse a esperar vigilando la puerta por el tiempo que fuera necesario hasta que salieran?

Se suponía que Motley era un presunto asesino. Había otros, pero a los muchachos de homicidios les parecía que Motley era el mejor candidato. No tenían evidencias, de manera que lo estaban vigilando para ver qué surgía. Bien, Lesgroe había estado haciendo el trabajo desde que lo relevó al detective D'Amato frente a lo de Papa Luigi y le mostraron el hombre que debía seguir. Y en cuanto a él, le parecía que los muchachos de Homicidios estaban equivocados. Él podía testificar que Motley no parecía ser un sospechoso. Parecía un hombre enamorado. Y era obvio que él y la muchacha habían entrado al apartamiento para un momento de amor, después de lo cual reaparecerían. Presumiblemente él la llevaría a su casa y él mismo iría a la suya. O quizá era en verdad el apartamiento de ella y después de un rato reaparecería Motley solo.

Pero las órdenes de Lesgroe eran telefonear en cada oportunidad y quizá al teniente Boxton le gustara saber acerca de esta dirección en particular. Para Lesgroe no significaba nada, pues él ni siquiera estaba en la brigada diecinueve. Pertenecía a la treinta y cuatro y hacía sólo un mes que había recibido su placa dorada… que sería probablemente la causa de que lo llamaran a hacer un turno extra en este caso. Estaban llamando a un montón de gente para trabajos extra, pero los hombres nuevos tenían la carga más pesada. El rango, después de todo, tenía sus privilegios.

Bien, presumió que la pareja no saldría tan pronto y que tendría tiempo de hacer un llamado telefónico a 221 calle 53 Este. El teniente Boxton sabría lo que tenía que hacer.

Linda Glazzard se quitó el abrigo mientras el hombre con quien esperaba casarse cerraba la puerta detrás de ella. Ella dijo:

—Oh… cuánto he comido… —Se estiró y se dirigió al espejo. Era un apartamiento pequeño de dos ambientes con una combinación de dormitorio y sala de estar, una pequeña *kitchenette* y un baño, detrás.

—Por eso pensé que debíamos caminar —dijo el hombre. Sonrió, mientras ella se arreglaba el pelo en el espejo y acariciaba el

prendedor de filigrana de oro. Podía ir hasta ella ahora, si quería, tomarla por el cuello desde atrás. No habría ni un grito, sólo el ruido del forcejeo mientras luchara, pero eso terminaría rápidamente. Y desde atrás, ella no tendría oportunidad de arañarle la cara. Así fue como lo hizo con Mónica, y vaya que resultó una suerte, porque la policía estaba mirando su cara menos de veinticuatro horas después. Si hubiera habido rasguños, y luego ese veredicto de asesinato, podría haberse visto en dificultades. Elizabeth lo había rasguñado bastante fuerte. Afortunadamente, cuando se evadió de la ciudad, nadie trató de hacerlo volver y jamás se sospechó que fuera un asesinato.

Pero, por supuesto, todavía no podía estrangular a Linda. No tenía los guantes puestos. Aún estaban en el bolsillo de atrás. Y además, el apartamiento no era el lugar indicado. Los malditos médicos de Nueva York, en alguna forma secreta, supieron que Mónica había sido estrangulada a pesar de los indicios de suicidio que se había encargado de dejar. Con seguridad sabrían que Linda había sido muerta de la misma manera y dejada ahí. Y él podría quizás cambiarse el nombre, pero su letra estaba en el contrato de alquiler y eso no podía cambiarse. No, el lugar era la azotea. Si la arrojaba al vacío, seis pisos serían sin duda de fatales consecuencias. El patio de atrás era de cemento. Vamos a ver si estos condenados médicos probaban que no era suicidio esta vez. Vamos a ver si los malditos policías de Nueva York descubrían a quién había ido a visitar Linda.

Pero había un peligro en el asunto de la azotea. El nuevo edificio de apartamientos de al lado tenía catorce pisos de altura, con un apartamiento en la azotea. Corría el peligro de ser visto. Pero no había luna y ¿cuántas personas miraban hacia afuera? ¿Lo haría ahora, o esperaría hasta más tarde cuando hubiera menos gente levantada? ¿Le haría el amor primero, como ella estaba esperando…? ¿O sugeriría que fueran a contemplar el firmamento?

—¿Quieres una copa…? —preguntó él.

—No, he tomado bastante. Prácticamente estoy flotando en este momento. —Le sonrió y era la sonrisa de una amante. Estaban solos en una habitación que habían utilizado para hacer el amor antes. Estaban comprometidos. Linda psicológicamente estaba dispuesta para el amor.

—¿Y un poco de café…? —dijo él para ganar tiempo.

Por muy dispuesta que estuviera ella, él no lo estaba. No era que

sintiera escrúpulos ni aun tensión nerviosa, pero la idea de hacerle el amor a una mujer y luego tirarla por la azotea era totalmente repelente. Hasta el hecho de tocarla era repugnante, sabiendo lo que iba a hacer. No quería besarla ni abrazarla. Quería disociarse de manera de no tener emociones cuando llegara la hora, para poder actuar sin vacilación, sin el echarse atrás momentáneo que le ofreciera a ella una oportunidad de escapar, o lo incapacitara totalmente para llevar a cabo lo que se había propuesto. Sí, existía esa posibilidad. Con Elizabeth y Mónica no había tenido ninguna reacción. Pero ellas eran mayores. Aun cuando con todo éxito había fingido amor y fascinación, ellas no le provocaban emoción alguna. Pero esta mujer sí, y si se detenía a reflexionar o a mirarla más como a Linda que como a una amenaza para su vida, sabía que su resolución vacilaría.

—¿Café? —volvió a ofrecer pasando frente a ella en dirección a la *kitchenete.*

—Deja que yo lo haga.

Ella se acercó a él y Motley se apartó.

—Está bien, puedes demostrarme cuán buena esposa serás.

Linda se rio. Le gustó eso.

Frank Sessions preguntó:

—¿Qué hay de nuevo? —cuando Boxton colgaba el teléfono. Boxton se recostó en su silla.

—El sujeto y la muchacha entraron a un edificio en el 221 de la calle 53 Este a las nueve y cuarenta. ¿Te dice algo esa dirección? Dice que el nombre de Motley no está en los buzones.

Frank miró su reloj. Eran las diez menos veinte.

—No. ¡No sé qué demonios está pasando! ¿El que los vigila se llama Lesgroe?

—Sí. ¿Vas para allá?

—Es imposible ir a casa.

Todavía faltaba poco para las diez cuando Sessions llevó el Plymouth de color castaño a la calle 53, y enderezó hacia la manzana deteniéndose al lado de la vereda frente a una toma de agua, pero los coches a ambos lados de la calle estaban tan apretados que apenas había espacio.

Sessions descendió del coche y cruzó la calle. Lesgroe estaba recostado en una puerta frente al número 221, fumando un cigarrillo y actuando como un residente tomando el fresco aire de la noche, pero Sessions lo reconoció instantáneamente.

—¿Lesgroe? —dijo con suavidad, acercándosele.

Los ojos de Lesgroe se plegaron.

—¿Y usted quién es? —interrogó.

—Sessions, de Homicidios.

—Oh, bien. —Lesgroe sacudió su cigarrillo—. Soy Lesgroe, del treinta y cuatro. —Se estrecharon las manos—. Todavía están allí, salvo que se hayan marchado mientras yo estaba hablando por teléfono. El sujeto y una muchacha rubia. No tengo identificación con respecto a ella.

—Yo sí. Se llama Glazzard. Es hija de la persona muerta.

—¿La hija? —Lesgroe señaló con el pulgar el edificio—. ¿Y él? ¿Están juntos en eso?

—Los que matan juntos duermen juntos. Así es como lo entiendo. —Cruzó la calle.

—¿Va a sorprenderlos?

La comisura de la boca de Sessions se endureció y se volvió.

—Al demonio con ellos —dijo con amargura—. Dejémoslos que se diviertan. Hicieron bastante para ganárselo. Quiero ver los nombres que figuran en el vestíbulo.

Lesgroe lo acompañó y subieron los peldaños del alto *porch*, muy iluminado por lámparas a ambos lados de la puerta. Entraron y Sessions con el dedo fue verificando los nombres de las chicharras que había a un lado. Le llevó tres segundos descubrir el nombre de Rendy Benson en la ranura del 4A.

—Por Dios —dijo tratando de abrir la puerta.

—¿Qué sucede?

—Creo que el hijo de perra mató a la madre para conseguir la hija y ella no lo sabe. Esta es una historia diferente. —Apretó distintos botones del primer piso y se rio con cierto alivio—. Ahora vamos a visitarlos después de todo para saber qué dice ella cuando se entere de que es una víctima.

Linda subió las escaleras con lentitud. En realidad no quería subir a la azotea y no podía comprender la insistencia de Randy. Por supuesto que desde allí la vista sería hermosa, con esos altos edificios iluminados por dentro y por fuera… ¿pero qué tenía que ver con el esquema de las cosas? Inesperadamente habían tenido otra noche juntos y tal vez, desde que él había venido a buscarla para beber y comer y la había traído a esta humilde residencia,

deseaba acabar la noche como lo había hecho otras veces. Para eso ella estaba preparada, todo había sido dirigido a ese fin, y sin embargo él se estaba comportando en la forma más extraña. Primero una taza de café, ahora la visita a la azotea para admirar la perspectiva desde arriba.

—No sabía que fueras tan amigo de los panoramas —dijo ella cuando llegaron al hall del sexto piso y subieron unas escaleras especiales que llevaban a la azotea.

Él rio con ligereza, pero fue algo realmente forzado. Le esperaba una tarea fea. No había podido convencerla de ir a la azotea. Ella aguardaba con paciencia que él la tomara entre sus brazos y comenzara a actuar en la forma que lo había sugerido todo su comportamiento de la tarde, y además no le interesaban en lo más mínimo las azoteas. Sus excusas para obligarla a subir habían sido desmañadas, frívolas y sería también difícil que luego pudiera justificarlo. Pero no habría un "luego" y tampoco habría demoras en la azotea. La llevaría hasta el parapeto y la arrojaría por encima lo más pronto posible.

Ella abrió la puerta y salió a la superficie alquitranada.

—¡Mira eso! —dijo siguiendo y observando el apartamiento de la azotea de ladrillo blanco, situado en el piso catorce de un edificio próximo. Lo dijo con gran sorpresa porque en realidad había una cantidad de ventanas iluminadas que arrojaban mucha luz sobre la azotea. Hacia la izquierda, sin embargo, encontró algo que le gustó más. Más allá del parapeto de mampostería que dividía esta azotea de la del otro edificio, había una puerta por donde se bajaba. Eso era una suerte. Después que la arrojara al patio del fondo, podría bajar por las escaleras del otro edificio en lugar de hacerlo por las del suyo. Podría bajar y salir sin tener siquiera que volver a su propia casa. Podía marcharse por una puerta de calle distinta y jamás volver.

—Bien —decía ella—. Ahora que me has mostrado la azotea, ¿tienes alguna otra cosa que mostrarme?

Iba a tener que tocarla.

—Ven —le dijo, poniéndole el brazo alrededor de la cintura—. No estés tan apurada. Vamos a gozar un momento de esto.

Maldito sea, pensó Motley, ¡no puedo bajar por el otro edificio! Tengo que volver al 4A. Ella tiene su abrigo allí, también está mi abrigo. Necesito todo el dinero que ella tenga… vamos a ver qué hay en el patio del fondo.

Frank Sessions y Jerry Lesgroe subieron con lentitud las escaleras. Abajo, en el primer piso, la gente abría las puertas, preguntándose quién había llamado sus timbres, pero ya los detectives no estaban a la vista. Encontraron el 4A al dar vuelta la esquina en la parte superior de la escalera y Frank llamó con fuerza a la puerta. No hubo respuesta y volvió a intentarlo. Hizo girar el picaporte y entró. Dos abrigos, la cartera de una mujer, las cosas del café… todo eso estaba, pero faltaban las personas.

—¡Qué demonios! —exclamó Sessions—. ¿Nos habrán oído llegar? —Registró la *kitchenette* y el cuarto de baño, abriendo la pequeña ventana que miraba al patio de atrás. Allí no había nada porque la escalera de incendios estaba en el frente del edificio. Frank y Lesgroe salieron al hall asomándose a las ventanas que daban a la calle, pero el polvo que se había acumulado allí estaba intacto—. No utilizaron la escalera de incendio. Ve tú al sótano, Lesgroe, y yo iré a la azotea. No pueden estar lejos, acaban de salir.

—No, no me gusta acercarme al borde.

—No seas tonta. Mira, el parapeto… mira qué alto es, querida. Es perfectamente seguro, acércate. Ven.

—Estoy bastante cerca. Puedo ver bien.

—Inclínate para que puedas mirar allí abajo.

—No quiero mirar hacia abajo. ¿Qué objeto tiene?

—Te hará bien.

—¿Mirar un viejo patio del fondo…?

—Hacer algo que te atemoriza. Yo te sostendré. Te sostendré y nada puede sucederte.

—No te comprendo. ¿Por qué es tan importante?

—Oh, no lo es —dijo y su voz era suave, pero por dentro se sentía furioso. La maldita perversidad de las mujeres. Sólo quiere acercarse hasta un cierto punto del parapeto y no más. No quería dar el último paso y apoyar su cuerpo contra el borde de mampostería, no quería asomarse, y sin esta ayuda, ¿cómo podría arrojarla al vacío? No podía luchar con ella porque gritaría. ¿Tendría que estrangularla, al fin? O golpearla, dejarla inconsciente. Le gustaría golpearla, la maldita recalcitrante, testaruda.

Linda estaba diciendo.

—Bien, si miro abajo una vez, ¿estarás satisfecho? ¿Entonces nos

iremos de acá?

—Por supuesto, querida…

—¿Quieres sostenerme?

—Bien apretada.

La tomó con un puño de acero. Eso lo ayudaría a arrojarla.

—Está bien, querida.

—Espera. Todavía no estoy lista. Randy, ¿qué estás tratando…?

Ese fue el momento en que Sessions abrió la puerta. Hizo ruido y el ruido hizo que Randy vacilara y perdiera la iniciativa.

—Shsh —le murmuró a Linda—. Hay alguien aquí.

—Bien, no me importa que haya gente —respondió ella colérica —. ¿Qué estabas tratando de hacer? Te dije que no estaba lista y que no quería…

—Shsh —le puso la mano sobre la boca—. ¡Agáchate!

Pero no había lugar donde ocultarse y Sessions los vio.

—Linda, ¿qué demonios estás haciendo aquí? —dijo asombrado —. Y con Robert Motley…

—¿Quién? ¿Qué…? —preguntó Linda.

—Tu amigo… y también el amigo de tu madre. Y el prendedor de tu madre. ¿Te lo regaló él?

Ella se volvió diciendo:

—Randy… —pero él echó a correr.

—¡Deténgase! —dijo Sessions y sacó la pistola.

Él no se detuvo. Pasó por encima del parapeto a la azotea de al lado y corrió hacia la puerta para bajar las escaleras. Sessions gritó:

—¡Deténgase o disparo…! —y disparó al aire.

Linda exclamó:

—¡No!

La puerta en el otro edificio estaba cerrada con llave. Él dio dos empujones y luego echó a correr. Linda se apoderó del arma de Sessions:

—No lo mates…

—No lo mataré —le sacó el arma y tiró otra vez al aire.

El hombre no se detuvo. Pasó por encima de otro parapeto.

Pero esta vez no había azotea del otro lado… sólo el espacio de seis pisos con un fondo de cemento. Su grito duró dos segundos y terminó con un golpe sordo.

MIÉRCOLES 3,30 — 3,50 A.M.

Eran las tres y media cuando Linda se metió en cama, pero a pesar de la hora sabía que no iba a poder dormir. Demasiadas cosas habían pasado; muchas cosas horribles. Randy en realidad había querido matarla. Frank se lo explicó. ¿Randy… o era Motley… o algún otro nombre? Su amante, su *fiancé*. El asesino de su madre.

Esto era algo con lo que tendría que aprender a vivir, aprender a sobrellevar. Pero ella lo había amado, o al menos había amado al hombre que creía que era. Eso era lo peor de todo. Y ese casamiento vuelto a hacer y otra vez deshecho, ahora se había cancelado para siempre y en una forma y por razones aún más horribles de lo que puede merecer cualquier mujer. Quizá Dios la estuviera castigando por sus innumerables pecados. Quizá nunca se perdonaran las cosas que una había hecho aun cuando la persona se reformara. ¿Pero de dónde sacaba esas ideas? Dios no existía. Mónica no quería pensar en Él. La religión en todos sus matices y formas fue apartada de la infancia de Linda y cuando recogía palabras y pensamientos sobre el tema, de afuera, Mónica las suprimía con una lógica ácida.

No. Linda tendría que luchar en un mundo incierto y cuando las incertidumbres se hicieran demasiado duras, tendría que buscar apoyo en su analista. Los dioses no eran reales, pero los analistas, sí. Y quizá fuera mejor volver a un analista para saber hacia dónde se dirigiría ahora. Una mujer a las puertas de los treinta años, con mucha necesidad de un marido.

Pensó en Frank Sessions. ¿Podría persuadir a un hombre como Frank a aceptar un dogal? Ah, ¿podría persuadirlo en primer lugar a que volviera a verla? La había llevado a su casa después de que se tomaron todas las declaraciones, cuando todo terminó… Bien, él y otros tres detectives la habían llevado a su casa… y él le había dicho que iba directamente a su propia casa después de eso. Sería mejor que lo dejara sentarse en su propio apartamiento pensando en cómo lo llenaba ella. Sería mejor que se acostara en su cama y recordara el momento en que ella estuvo allí.

En su pequeño apartamiento de la Tercera Avenida, un Frank Sessions a medio vestir estaba sentado en el diván mirando con tristeza una película en la televisión. Un cigarrillo se consumía en el cenicero de vidrio sobre la colcha y él sostenía una lata de cerveza entre las dos manos.

Fumaba y sentado bebía la cerveza, mirando la televisión y pensaba con inquietud en los dos días francos que le había dado el Teniente. Al fin se puso de pie, apagó la televisión, se dirigió al teléfono y disco un número. Cuando la voz gruesa de un hombre respondió, preguntó por Liz.

—Dígale que es Frank Sessions.

Después de un momento una voz cálida respondió:

—Frankie, querido… qué sorpresa… ¿cómo te va?

Ahora él parecía más contento. Rio.

—Sin muchas novedades, querida. ¿Dime, a qué hora terminas con tu servicio?

—Dentro de diez minutos. A las cuatro. —Rio con una risa rica, gozosa—. ¿Por qué? ¡Cómo si no lo supieras…!

Él también rio.

—¿Qué te parece si voy por ti en un taxi y con un cepillo de dientes?

—Siempre es un placer…

Colgó, se arregló el pelo, silbó una tonada desafinada y comenzó a vestirse otra vez.



V.1 agosto 2017

NOTAS

[1] Nacida para víctima (El Séptimo Círculo, Nº 180).
[2] Apelación de un prisionero (El Séptimo Círculo, N° 186).
[3] La joven desaparecida (El Séptimo Círculo, Nº 201).
[4] El hombre ausente (El Séptimo Círculo, Nº 212).